

AMÉRICA es una de las publicaciones con más larga trayectoria en el Ecuador. Tiene 75 años de vida y recoge el pensamiento de los miembros del grupo cultural que toma su nombre.

Su contenido reúne ensayos críticos, análisis literario, estudios científico, poesías, cuentos e informaciones del mundo cultural y científico del país y el continente.

A través del intercambio con similares publicaciones, **AMÉRICA** comparte con un multicultural, multiétnico y pluralista grupo de lectores del continente sus artículos y opiniones.

AMÉRICA ahora en su segunda etapa, camina en el nuevo milenio con la misma fuerza con la que inauguró su vida editorial y busca el enriquecimiento del ser humano, su entorno, civilización, cultura y cosmovisión.



Comentarios literarios:
Homenaje póstumo a
Gonzalo Zaldumbide
y Medardo Ángel Silva.
Personajes:
Juan Montalvo, París y los
derechos humanos.
Poesía:
Alicia Yanes Cossío
Eduardo Mora Anda
Federico Ponce

Relatos:
Ximena Montalvo
Fabiola Solís
Aguilar Monsalve
Angel Felicísimo Rojas
Sección Científica:
Plutarco Naranjo
Rodrigo Fierro Benítez
Carlos de la Torre
Argentina Chiriboga.
Homenajes a Israel y al
escritor Nelson Estupiñán Bass

AMERICA
Revista del Grupo América
Número 119
Segunda época

Diagramación: Abya-Yala Editing
Quito, Ecuador

Impresión Digital: Docutech

Impreso en Quito-Ecuador, 2000

AMÉRICA

REVISTA DEL GRUPO AMERICA

NÚMERO 119

Segunda época

Quito - Ecuador
2000

GRUPO AMERICA

COMISION DIRECTIVA

Presidenta:	<i>Alba Luz Mora</i>
Vicepresidente:	<i>Plutarco Naranjo Vargas</i>
Secretario:	<i>Claudio Mena Villamar</i>
Tesorera:	<i>Gladys Jaramillo de Luzuriaga</i>
Protesorera:	<i>Susana Cordero de Espinosa</i>
Directora de la Revista:	<i>Fabiola Solís de King</i>
Codirectora de la Revista:	<i>Alicia Yáñez Cossío</i>
Director de la Biblioteca:	<i>Humberto Vacas Gómez</i>

SOCIOS ACTIVOS

Gonzalo Abad Grijalva
Luis Aguilar Monsalve
Miguel Albornoz
Laura Arcos Terán
Leonardo Arízaga Vega
Alfonso Barrera Valverde
Mario Cobo Barona
Manuel Corrales Pascual
Argentina Chiriboga de Estupiñan
Carlos de la Torre Flor
Nelson Estupiñan Bass
Renán Flores Jaramillo
Gustavo Alfredo Jácome
Piedad Larrea Borja
Teresa León de Noboa
Julio Pazos Barrera
Estela Parral de Terán
Galo René Pérez Cruz
Manuel Federico Ponce
Edmundo Ribadeneira Meneses
Angel Felicísimo Rojas
Antonio Sacoto Salamea
Eduardo Mora Anda

SOCIOS CORRESPONDIENTES

Gastón Aráoz
Antonio Riva Palacio

ÍNDICE

Portada:	Mural del Templo Mazónico de Quito, pintado por Carlos Rodríguez
Contraportada:	"Historia del Cristianismo" por Carlos Rodríguez
Página 9:	COMENTARIOS DE LIBROS
2.1	"Aprendiendo a morir" de Alicia Yáñez Cossío, por Antonio Sacoto Salamea.
2.2	"William Falkner y su Mundo mítico en Yoknapatawpha" por Luis Aguilar Monsalve.
2.3	"Tres figuras heroicas" por Estela Parral de Terán
2.4	"Memoria del humo" de Violeta Luna, por Claudio Mena Villamar.
2.5	"El cansancio de Dios" por Edmundo Ribadeneira
Página ...:	HOMENAJE A GONZALO ZALDUMBIDE Y MEDARDO ÁNGEL SILVA
2.6	"Vigencia de Gonzalo Zaldumbide" por Alba Luz Mora.
2.7	"El esteticismo en la obra de Gonzalo Zaldumbide", Leonardo Arízaga Vega

2.8	"Gonzalo Zaldumbide y su obra literaria" por Humberto Vacas Gómez.
2.9	Sobre Medardo Ángel Silva en el centenario de su Nacimiento, por Susana Cordero de Espinosa.
3.1	Vida pasión y muerte de Medardo Ángel Silva, por Nelson Estupiñán Bass.
3.2	¿Modernismo, signo de transición ideológica? por Alba Luz Mora.
Página...:	PERSONAJES:
4.2	"La amistad permanente: dos ilustres ecuatorianos en México" por Antonio Riva Palacio, miembro correspondiente y ex-Embajador de México en Ecuador.
4.3	Juan Montalvo, París y los derechos humanos, por Miguel Albornoz.
Página...:	SECCIÓN POESÍA
4.4	Crear es una forma de amar, por Eduardo Mora Anda.
5.1	Agreste, por Alicia Yáñez Cossío.
5.2	Poemas Corregidos, por Federico Ponce
Página...:	RELATO CORTO
6.1	"Ejercicio de Redacción N° 5" por Ximena Montalvo López

6.2	"De muerte natural" por Fabiola Soliz de King.
6.3	"Más allá de la bruma" por Luis Antonio Aguilar Monsalve.
6.4	"En el club de los machorros" fragmento de una novela, por Ángel E. Rojas.
Página...:	SECCIÓN CIENTÍFICA
7.1	"El azar en la vida y obra de Darwin" por Plutarco Naranjo Vargas
7.2	"Medicina latinoamericana: Marco histórico de referencia" por Rodrigo Fierro Benítez
7.3	"Cirugía estética e identidad" por Carlos de la Torre Flor.
7.4	"Raíces de la comida afro esmeraldeña" por Argentina Chiriboga de Estupiñán
Página...:	HOMENAJE AL ESTADO DE ISRAEL EN SUS CINCUENTA AÑOS DE VIDA
8.1	"Israel Finisecular" por Alba Luz Mora
8.2	"Masada" por Julio Pazos Barrera
Página...:	HOMENAJE A NELSON ESTUPIÑÁN BASS:
8.3	Significación literaria de Nelson Estupiñán Bass, candidato al Pre-

mio Nobel de Literatura 1998, por
Alba Luz Mora.

Página..:

SINTESIS DE ACTIVIDADES
DEL GRUPO AMÉRICA

9.1

Datos imprenta, número ejemplares,
número revista y número edición,
Quito, Ecuador, 1999

COMENTARIOS DE LIBROS

APRENDIENDO A MORIR DE ALICIA YÁNEZ COSSIO

Empecemos indicando paladinamente que tanto el asunto como el personaje y el entorno de la época están enlazados con la historia y con muchos personajes verdaderos de nuestra patria. Sin embargo, el texto literario es ficcional, puesto que no es una novela histórica ni una biografía novelada, es una novela de tema histórico. George Luckas precisa que “de lo que se trata en la novela histórica es demostrar con medios poéticos la existencia, el ser así de las circunstancias históricas y sus personajes”¹. Aquí veremos que no se trata de demostrar que el personaje es así, sino que se ficcionaliza apuntalando su vida en hechos que sí ocurrieron y que han sido testimonio del relato.

La vida de Santa Mariana de Jesús² se desarrolla simultáneamente a la historia de Ecuador y España, pero todo ello sumergido, englobado en el mundo humano: por un lado la vida y costumbres del criollo en la colonia, sus fiestas, sus inquietudes, sus ambiciones, sus amorfios sus vicios, su limpieza de sangre, por nombrar unos aspectos; y por otro, la vida del indio explotado, vejado y paradójicamente, el dínamo económico, pero al mismo tiempo el elemento marginado de la sociedad, estorbo y vergüenza de sus explotadores. Creo que el verdadero valor de la novela se relievra en este aspecto: la sociedad quiteña del siglo XVII con todos sus prejuicios y su vida sensual, ociosa, acomodada y preocupada por su abolengo y limpieza de sangre, muy a la usanza española de la edad media, cuyo orgullo se nutría en lo que, a boca llena, solían llamar el “castellano viejo”.

De un enorme valor es también el lenguaje y, principalmente, el preciosismo cromático y descriptivo del estilo, saturado de innumerables imágenes, comparaciones, y metáforas, etc.

La trama de la novela es la vida de Mariana de Jesús, rodeada de una aureola de santidad: evocaciones religiosas, ayunos, suplicios y flagelaciones, los milagros, búsqueda de la "unión espiritual con Dios", apoteosis y muerte.

SMJ nace en el año 1618, octubre 31, víspera de la festividad de todos los santos (28). Hija de don Jerónimo Senel Flores de Paredes, natural de Toledo (29) y de doña Mariana Jaramillo de Granobles (30), su llegada a este mundo está rodeada de una aureola mística religiosa que le señalan de inmediato como la futura santa. "La mestiza María Paredes, criada propia de la casa solariega, tan propia que hasta lleva el mismo apellido de los amos" (29), "...jura que la estrella con la palma está colocada sobre el mismo tejado de la casa y es idéntica a la estrella que guió a los Reyes Magos al pesebre" (33). Por ello, todos aseveran que "será santa". La noticia del sereno que "pregona a los cuatro vientos que en Quito ha nacido una santa" (33). De su niñez sabemos que la "niña ayuna, que sólo se alimenta con unas gotas de leche cuando comienza la mañana y vuelve a mamar cuando llega la noche" (35) y la gente comenta "la niña ayuna porque nació predestinada a los altares" (35). En consecuencia, "su salud es mala y sólo cuando aparece el sol le permiten levantarse" (44). Tiene tres o cuatro años pero ya "le han dicho que es el propio Dios quien le ha mandado los achaques que padece" (45). De regreso de la hacienda al vadear un río se cae del caballo pero "el padre y los peones la ven parada en el agua. No grita ni tampoco llora, está tranquila y riende. Parece una figurilla de porcelana..." (52) "...la niña tiene el extraño poder de andar, como el señor Jesús sobre las aguas" (53), por los que asistimos al primer milagro de ella cuando la santa recién tiene probablemente cinco o seis años. De su niñez sabemos que hasta los tres años jugaba con una amiguita. "Escolástica Sarmiento, una criatura de la misma edad" (37) y que ella "le ha tomado gusto al silencio y la quietud" (53). "A los dos años de la caída al río, don Jerónimo Senel, después de una larga enfermedad, se va..." (54). "Pasan los años, y cuando los deudos están en medio luto, muere dona Mariana Jaramillo" (55). Es decir, que la Santa Mariana se queda en la orfandad, se le vuelve a reiterar a esta tierna edad que "los dos están en el cie-

lo, a la diestra de Dios Padre, el sitio más hermoso, donde no existen quebrantos ni fatigas, donde no hay colas de mendigos ni baldados..." (55). (Este juicio es ambivalente, porque se puede interpretar que la belleza del cielo es tal que no hay mendigos ni baldados que hieran la vista y que ninguno es ni pobre ni baldado). Es entonces que la santa "empieza a ansiarla (la muerte) y no comprende porque se llora tanto cuando alguien deja el valle de lágrimas" (55). A los seis años, nos dice la novelista "Mariana deja demasiado pronto de ser niña. A los seis años, los familiares admiran cuando habla de los intrincados conceptos teológicos con la sorprendente madurez de una persona adulta" (56). Al igual, anota que "Obedece al mandato de ser santa porque ha podido penetrar en la envoltura del Verbo" (56). Por una vez se desdobra el espíritu tierno de Mariana cuando en el bello pasaje poético la novelista anota que "descubre que todas las cosas tienen alma y es una realidad, no es sueño ni es visión, el descubrir el alma de las cosas..." "Aprende que todo lo creado, hasta las piedras están vivas, porque están donde están y son lo que son para decir alabanzas al Altísimo" (57). Pronto advertiremos en Mariana su vocación, su espíritu religioso y el deseo de inmolarsse como víctima expiatoria frente a un vicio principal de la ciudad, el juego. "El vicio del juego se extiende hasta el interior de los conventos. Los clérigos empiezan a rezar con demasiada premura el Oficio de Vísperas para que les quede más tiempo para el vicio..." (68) y así nos continúa describiendo como este vicio se ha apoderado de toda la población y es por esta razón que Mariana de Jesús en "su escuálida figura aparece con la espalda desnuda y se azota con ramales de ortigas" (68). No conocemos de sus intimidades, amistades e inquietudes, de su adolescencia, de sus alegrías, sabemos sí que "Canta acompañándose de la vihuela. Inventa canciones que fluyen como el agua de la pila, su voz se extiende como una lámina dorada" (70), pero casi nada más, incluso su vida ascética, su anhelo ferviente de la unión espiritual no son descifrados con toda la angustia que conlleva este ferviente anhelo místico, sino que simplemente se relatan los hechos. Ha leído los libros de Santa Teresa de Ávila, sin embargo el meollo, lo ascético y místico de la obra no cuajó o no tuvo imbricaciones en la actitud, en el pensamiento de SMJ, al punto que Alicia Yáñez, la novelista, infiere "en la simpleza de su medio ascético y ajeno a lo que sea su misión de santidad ignora la connotación que la palabra implica, la repite porque es la fórmula usual" (84). Se refiere a la búsqueda de la unión espiritual

del ser con Dios, último término al que llega el místico en su arrobamiento religioso, como es el caso de Santa Teresa, San Juan de la Cruz, etc.

Sin embargo, ha influido más bien el enorme entusiasmo que tuvo la monja de Ávila por los libros de caballería y Santa Mariana de Jesús quiere también salir en busca de aventuras santas. Como nació bajo una aureola de santidad, su vocación se trasluce a través de innumerables pasajes, los ayunos, los silicios, las flagelaciones, son hechos que sin cuestionar el sentido religioso, nos dejan estupefactos. En una ocasión reunió a sus sobrinas e hicieron un altar para cada una de las 14 estaciones, colocaron al pie del altar piedras de cantería y espinas de penco clavadas de punta, luego la santa les pide a sus sobrinas que la empujen. "Que me empujéis de golpe, por detrás, para caer encima de las espinas y las piedras... Se levanta con el rostro magullado y la boca clavada de espinas... Mariana no siente ni escucha nada" (74). Ante el cúmulo de vicios de los quiteños se cree llamada para enmendar la falta y quiere ir de penitencia hacia el cráter (del Pichincha, nos imaginamos), les dice a sus sobrinas "Nos quedaremos a vivir allí y para que nadie nos reconozca y nos haga volver *nos zajaremos el rostro con vidrio y nos echaremos tizne en las heridas*" (79). Adviértese que la letra bastardilla indica que es un testimonio. Igual nos erizan las laceraciones de la santa y nos preguntamos si era necesario, si ese era el camino de la santidad, con muchos otros interrogantes que puedan formularse desde un punto de vista religioso y humano. Sin embargo, comprendemos que la santa es hija de otra época, de la Teresa de Ávila y no de la Teresa de Calcuta, cuando se conjugan y generan todas las habilidades del ser para el servicio y ayuda a los necesitados. Leamos este pasaje: "Se ha lacerado más que nunca el pecho, las piernas, los brazos y la espalda. Quiñientos azotes le han dejado exhausta. Ha vertido sangre. Ha mojado el piso y las paredes" (116). Se da fe y testimonio de los milagros, no sólo de lo que la gente dice y cuenta, sino aquello que consta en bastardilla en la novela indicando que es tomado directamente de los archivos históricos para la beatificación de Santa Mariana de Jesús en 1774. Alicia Yáñez, en el Prefacio, indica que la novela se basa precisamente sobre estos testimonios que se encuentran en los archivos históricos:

"Más de siete testigos presenciales declaran años más tarde, cuando se inicia el proceso de su beatificación, bajo solemne juramento, que ven

salir los huevos con las yemas intactas, juran con la mano sobre los textos sagrados y ante las más altas autoridades religiosas de la época, que ven cómo la santa hace una seña y cómo las cáscaras *salen saltando de detrás del cancel*, cómo se unen las yemas a las claras, se meten en las cáscaras y se pierden de vista tras la puerta..." (105-106).

"Petrona de San Bruno, *monja profesada de velo blanco* del convento de Santa Clara, amiga de la infancia de Mariana, declara con licencia de la prelada, en el largo Proceso, que fue una tarde a acompañarle y le pidió que tocara la vihuela. Confiesa que estando tocando por espacio de un credo se quedó elevada y en suspenso, se le perdió la mirada en las alturas y se le paralizaron los dedos en las cuerdas. Se estuvo desta suerte de las cinco a las seis y cuando volvió del éxtasis..." (130).

Por razones médicas se decide hacerla una sangría, se recoge hasta la última gota de sangre que se la deposita en un hoyo y no "logra entender por qué razón no se corrompe y siempre está fresca" (175). Los aspectos teológicos de la unión espiritual con Dios no tienen el arrobamiento que se encuentra por ejemplo en la Mística de San Juan de la Cruz y sus canciones del alma que se goza de haber llegado al alto estado de la perfección que es la unión con Dios por el camino de la negación espiritual, ni tampoco con ese "vivo sin vivir en mí y de tal manera espero que muero porque no muero" en la poesía de Santa Teresa. En la novela se dice "Cuando no está sumida en su mundo interior mirando los juegos de luz y escuchando la voz audible del arrobamiento místico..." (58). Al referirse a la influencia de la obra de santa Teresa de Ávila, de quien recibe la palabra *esposo* cuando se trata de explicarse a sí misma y a los que la escuchan una "búsqueda de unión apasionada de su ser con la divinidad" (84). La autora nos dice "Mariana en el atroz martirio de la soledad universal se sumerge en la mayor noche oscura del alma" (115), posible alusión a un verso de San Juan de la Cruz.

En el transcurso de la novela, lo que a menudo encontramos con nitidez es una vocación de mártir, un anhelante deseo de inmolarsse como víctima expiatoria por los vicios que azotan a la ciudad de Quito, principalmente el juego, y para librarla de la amenaza de los cruentos terremotos que ya ha sufrido anteriormente. SMJ fallece en 1645 y su muerte está rodeada de testimonios. Pero también hay cierto humor

negro en la descripción "cuando le llevan a la capilla mayor para las exequias abre los dos ojos. Las gentes se pasman y se confunden... El Jesuita Alfonso de Rojas ha tenido suficiente para preparar las honras fúnebres y no sabe qué hacer ante un cadáver que abre los ojos". Por su pasividad y casi inercia frente al mundo humano que le rodea se limita a mirar éste desde la ventanilla de su casa a las colas de pobres que asistían a recibir una limosna o una comida de los padres bethlemitas, Heredera criolla, que pudo hacer obra social cristiana, se ha despojado de la herencia de sus padres y la ha cedido "a su cuñado Cosme y a su hermana Jerónima..." (133). Hay un pasaje de un valor inmenso en la novela y es de una prostituta, María de Miranda, aislada de la sociedad, totalmente marginada de la gente, nadie quiere tener tratos, con ella, pero esta pobre mujer que tiene a sus hijas tiene que mendigar comida, tira unas piedrecillas en la ventana de Mariana "para que se entere que ha llegado y espera escondida que abra la puerta y aparezca con las viandas. Las tres mendigas devoran el mismo plato" (134). Por qué esconder la caridad y no darla de frente. El personaje se levanta sobre los testimonios que se encuentran en los archivos, de tal manera que se conoce bastante sobre SMJ. Sin embargo, la autora debió hacerla o más santa o más humana, porque así como está carece de armonía, ternura, pasión y es un personaje de quien se cuentan tantas cosas pero a ella misma por su propia voz no la encontramos en ese tremendo y enorme dilema del mundo y sus demonios. La obra tiene muchísimos elementos que conjugados hacen de ella una gran novela, entre ellos, el principal, el mundo humano que rodea la época. Así se nos indica según las predicaciones del dominico Vicente Ferrer, "quién preconizaba el odio santo contra los infieles" (11), en espera de la voluntad del Alguacil Mayor amén de que pueda obtener sin más complicaciones el "certificado de limpieza de sangre" (11). Advierte el peligro de que un nombre se encontrara en tantas listas de sospechosos que presidían el tribunal del Santo Oficio, igualmente advierte que los españoles viajan sin sus mujeres y "hay quienes tienen el quijotesco de convertir ídólatras o traen el real encargo de meter en cintura a tanto aventurero que lleva en sus alforjas las semillas de picaresca y los vicios de germania" (16). Nos habla de las señoras en la colonia que se dicen españolas. Más extenso, sin embargo, es el lienzo humano. En el hospital "...el blanco siempre exige que le atiendan primero; en el medio, se queja el mestizo, y en el que está a ras del suelo, el indio espera la muerte, en silen-

cio..." (28). "... la mestiza María de Paredes, criada propia de la casa solariega, tan propia que hasta lleva el mismo apellido de los amos" (29), costumbre afincada en la colonia y que ha sido erradicada no hace sino unos escasos 20 años. El español en Quito se encuentra "en espera de una ocupación que no vaya en desmedro de su condición de hidalgo" (37 "en el traspatio, en el cuarto de Catalina Paredes, la indiecita que doña Mariana ha regalado a su hija para que le sirva" (4), se divisa una "hilera de mendigos que extienden la mano con el cazo para recibir la sopa frailería de los bethlemitas" (56), se interpreta los terremotos como castigo por "la ira tendida" (77), cuando se comenta del posible impedimento de su salud para que Mariana ingrese en el convento se indica "que puede ir acompañada de la india Catalina y si es del caso, de una o más criadas" (92), indicativo claro de que las sirvientas o empleadas eran como un objeto de pertenencia de los patrones. El zapatero Romualdo, que no le ha cumplido con una obra a don Cosme, ha sido "encerrado bajo llave en el último cuarto de traspatio, sometido a pan y agua" (152) es decir la gente pudiente se puede tomar la justicia por sus propias manos. Se insinúa que el Tribunal del Santo Oficio quiteño "Se hace de la vista gorda frente a los devaneos de los dominicos con las monjas y doncellas enclaustradas del convento de Santa Catalina, con los escándalos amorosos de los frailes franciscanos que viven amancebados tras las mismas puertas de sus celdas, y con los agustinos que se han aficionado a la coca y se pasan tumbados dormitando el letargo en los camastros. Pero no deja de perseguir a los herejes" (159-160), con lo que se lanza una enorme diatriba en contra del clero de la época. Se critica igualmente cómo una mujer analfabeta, mestiza, fue llevada a Lima para que se quemara viva. La autora dice "... la mujer hace sus conjuros de la misma forma y con la misma fe de Mariana cuando ora para curar dolencias" (162). Nos da un cuadro de la indiada que diariamente a lomo de mula baja piedra andesita de las canteras del Pichincha, descalzos y con ponchos rotos, para construir el templo, "en el que se emplea una tonelada y media de oro de los mejores quilates" (168), templo desde donde se amenazaría a la indiada como dice Alfonso Caso, con el infierno en la otra vida si se atrevía a salir del infierno de ésta⁵, templos como dice Silva Herzog⁶, templos donde el pueblo miserable pidiera a Dios resignación y soñara en el cielo, envuelto en el humo del incienso y en sus harapos mololientes. En este mundo humano relievado en la novela descuellos como tema central

el indigenismo, ergo, la denuncia de la condición subservil del indio durante la colonia; el viajero español en vía de Guayaquil a Quito no puede dejar de advertir esta situación "Mira a los seres extraños, semi-desnudos, con apariencia humana, que acarrear maderos, llevan cargas pesadas, no hablan, no descansan, se mueven bajo el látigo, y se estremece al pensar que así debieron padecer sus antepasados y todos los que fueron sometidos a esclavitud para extender sus territorios o imponer sus religiones" (16). Al comenzar este análisis advertimos que el indio era el dinamismo económico de la colonia y así la autora nos da un cuadro minucioso, sombrío, logrado de como la vida de la ciudad depende del trabajo del indígena:

"Soportan un peso de seis arrobas en la espalda, sostenido por sogas y una almohadilla de paja, son seres sonámbulos y tristes, De espaldas ante cada pila, esperan que se llene el pondo y cuando está rebosante lo llevan a cuestras. Caminan pidiendo permiso a los transeúntes con un trotecillo nervioso y apurado. Al llegar a cada casa, aflojan la tira de cuero que pasa por la mitad del pecho y vierten el agua cristalina en los cántaros y depósitos, sin derramar una gota" (25-26).

Estos pasajes, cotejados con cualquiera de las páginas de la novela indigenista latinoamericana, sobresaltan con la precisión de la imagen, lo lacónico de la descripción y la totalizadora visión de un pueblo sometido a la explotación. Igual suerte le espera al indio en la hacienda:

"Los capisayos viejos, las alpargatas rotas, el olor rancio que sale de sus cuerpos, los sones del yaraví que se lamenta, se pegan a la piel como una costra. Trabajan desde la madrugada vigilados por el mayoral que no abandona el látigo. Los más ahíquitos, llevan a pastar las ovejas, las mujeres lavan lana, la colorean con tintes vegetales, la secan al sol" (49).

Tanto en los quehaceres de la ciudad como en el campo, la comida del indio es, nos dice la autora, un puñado de maíz tostado. Cuando a los dos años de existencia se sabe del nacimiento del príncipe Carlos Baltazar Domingo, hijo de Felipe IV, y se inician los festejos en el reino de Quito, los indios están a cargo de construir tablados y altares, cargar la leña, barrer las calles, etc. y otros "indios permanecen encerrados frente a sus telares. El trabajo no se paraliza un solo día" (139). En los

templos la última banca está destinada para los indígenas. Por lo anotado, es claro y contundente el matiz indigenista que permea la novela y no vacilaría en cotejar los elementos de denuncia de esta novela con cualquier otra de este género.

Habría que anotar además, que simultáneamente a la vida de SMJ, se da la historia de España y Ecuador, durante este período. Así el nacimiento de Carlos Baltazar Domingo, hijo de Felipe IV, el Melancólico, y de Mariana de Austria, la Paciente, y las grandes festividades que se llevan a efecto en la colonia en particular en el reino de Quito, al mismo tiempo se advierten las costumbres el vestuario, las inquietudes durante dichos festejos. Se decreta en 1592 el pago de la cédula real, en Quito se rechaza dicho mandato y hay un levantamiento de armas. Se encarga el Cabildo quiteño de presentar la protesta formal a las autoridades, pero la respuesta que recibió fue la cárcel, por lo cual el pueblo llegó al límite de su furia. Se da a conocer la historia de los terremotos en Quito, el de 1539, el de 1577, el de 1587. Igualmente, del trabajo soterrado y nocivo de los tribunales del Santo Oficio. La novela se abre con la imagen del encorvado anciano don Xacinto de la Hoz, quien por temores de la persecución y auxilio de los juicios en 1598, ve de buen grado que su nieto, del mismo nombre, viniese a América. En América este hombre servirá de portavoz a la autora para subrayar y criticar muchos aspectos relacionados con la colonia, sus costumbres y su vida. Este personaje advierte la situación de paria del indio, en su camino hacia Quito. Y luego en la ciudad se pasma ante la explotación inmisericorde a la que es sometido. El es quien criticará las costumbres: "Habéis derrochado más de cincuenta mil pesos en celebrar un acontecimiento que no os va ni os viene" (14), para luego añadir: "buscáis pretextos porque no tenéis en qué ocupar el tiempo" (148). Este personaje parece decirnos la autora que es la contrapartida de SMJ: adviértase por la siguiente cita y otras⁷

"Don Xacinto de la Hoz sabe en teoría lo que ella experimenta a cada instante. El sabe que la fe es más fe cuando se corren riesgos; ella se aferra a la fe en que ha nacido. El ha crecido en una encrucijada de ideas y se ha elegido; ella ha nacido en Quito, en el ambiente más conventual y provinciano del siglo XVII. El ha podido enfrentar y odiar el poder de la Inquisición que protege la pureza de la fe que pa-

ra él siempre es pura; ella obedece a ciegas y no conoce el odio. El sabe que es imposible escudriñar las conciencias ajenas porque son impenetrables; ella es la prolongación de la conciencia de sus mayores" (76).

Por estas razones y otras es un personaje interesantísimo en la novela y amerita más detenimiento en todos los juicios en su visión y, en particular, en su punto de vista que a la postre viene a ser el de la autora, *ergo*, la voz narrativa de la novelista.

No se podría dejar de mencionar los alcances y logros de estilo en la novela, pues es rica en descripciones y en un juego metafórico de los elementos descritos: "al fondo de la sima rugen el río y se retuerce entre furiosas cascadas y enormes piedras vomitadas por los volcanes" (18). "El huracán patrón tirano del paisaje, arremete furibundo con aristas de hielo que se clavan como agujas en las manos y en la cara: (18). Al fundador de Quito lo llama "porquerizo extremeño": "la ciudad se ensancha al ritmo alocado de una religiosidad ampulosa" (19): "se sacude el poncho húmedo, cuadrículado de remiendos, remedo de los montes andinos con sus campos verdes cultivados, con tierras negras rayadas por el arado de los bueyes"(29); la caravana de indios "vista desde las nubes, es igual a los mullos de un rosario que se le hubiera caído al Cayambe" (49); "cansado de alumbrar la ciudad de las iglesias y conventos, el sol no sale a caminar por las laderas del Pichincha... Cae la lluvia lánguida como hilos que en puntadas largas hilvanan un cielo gris que se desploma" (166). Estos y otros ejemplos más señalan los logros del estilo por las descripciones cromáticas de algunos de los elementos de la naturaleza y principalmente por la propiedad al comparar dichos elementos con algún matiz brillante, hermoso, lo que vuelve a la página plástica y cromática.

A lo largo de este análisis literario hemos advertido la urdimbre de una trama que refleja la persona y no la personalidad de SMJ, por cuanto a cierta distancia y basada más bien en elementos históricos, archivos y testimonios, se va delineando el personaje un poco distante del punto de vista humano y quizá distante también desde el punto religioso. Por lo que haría falta relieves los contornos humanos de la Santa. Es escarecedor y de innegable valor el mundo social englobante de la

época que la novelista despliega a lo largo y ancho de la novela. Igualmente hemos encontrado un revivir de los elementos de la novela indigenista, puestos en juego con gran maestría, logrando niveles de los más altos dentro de este género. El estilo brillante y cromático y todos los elementos anotados, hacen de esta novela un verdadero aporte al género novelístico biográfico, histórico del Ecuador.

NOTAS:

1. Goerg Luckas, *Teoría de la novela* (1929) y *La novela Histórica* (1937) es quien más ha reflexionado sobre teoría de la novela histórica.
2. Usaremos las siglas SMJ para designar a Santa Mariana de Jesús.
3. Alicia Yáñez Cossio, *Aprendiendo a morir* (Colombia: Seiz Barral, 1997). Citas de esta novela se indicarán con la página correspondiente.
4. *Poesías* de Santa Teresa de Jesús, Teresa de Cepeda y Ahumada, la Santa de Avila, monja carmelita, reformadora de su Orden.
5. Jesús Silva Hersog "Meditaciones sobre México" en *El ensayo mexicano moderno* (México: fondo de Cultura, 1958), p. 334 s.s.
6. *Ibid.*
7. Este personaje es un judío converso que lee el Torá, observa el sábado y celebra el *Pesah* y el *Yon Kippur*...(11-12)

Luis Aguilar Monsalve

WILLIAM FALKNER Y SU MUNDO MÍTICO EN YOKNAPATAWPHA

"Soy hacendado, campesino y me gusta escribir... Me gustan los caballos, los crío y los entreno. Eso es lo que me gusta hacer más que escribir", dirá William Faulkner a Robert A. Jelliffe en Tokio en el año 1956. William nace en New Albany, Mississippi, en el año de 1897. Su bisabuelo, el coronel William Clark Falkner, una figura extraordinaria, es parte de la idiosincrasia del Sur, que consigue su título militar durante la Guerra Civil. También es jurisconsulto; funda la primera estación de ferrocarriles que va de Pontotoc, Mississippi, a Middeton, Tennessee; escribe una novela popular, y es asesinado en una calle pública por un ex socio. Su abuelo es banquero y presidente de la compañía de ferrocarriles; su papá, Murry, es tesorero, abogado y dueño de un establo. Con el ejemplo de sus progenitores, trabaja en una serie de empleos que no sacian su avidez de aventura ni su deseo innato de experimentación y hallazgo de una satisfacción duradera. Es, por ejemplo, mantenedor de libros en el banco de su abuelo. Después, desilusionado tras varios intentos por alistarse en las fuerzas armadas, aprende a volar en 1918 en un programa de la escuela de entrenamiento de la Royal Air Force de Canadá. Anhela desesperadamente, ser piloto durante la Primera Guerra Mundial; pero el Armisticio le impide conseguir esa meta tan importante para él en aquel momento de su vida, y esto le desilusiona. Regresa a Oxford para vivir con su familia. En 1921 pasa a trabajar como administrador de correos en la Universidad de Mississippi, donde su padre posee una casa en ese campo.

Experiencias como éstas llevan a William Faulkner a modelar y a diseñar las diferentes características humanas para sus personajes universales, tomando en cuenta los rasgos sutiles del espectro social hasta llegar a crear, en sus escritos, una área geopolítica peculiar y, a su vez, diferente del resto de los Estados de la Unión. Ningún escritor en ninguna parte ha alcanzado un uso y un significado tan marcados de este fenómeno. Tampoco ningún escritor ha tenido tanto éxito al exponer con precisión los detalles del mundo circundante que conoce, y refleja, así, el espíritu del género humano. Será a partir de la experiencia vivida que Faulkner creará, con extremada exactitud, el carácter de unos personajes reales, aceptables y convincentes dando, de ese modo, vida y sentido absoluto a sus obras. Su primer trabajo publicado, *Soldier's Pay* ("La paga del soldado") está lleno de las vivencias y de la atmósfera alcanzadas mientras trabajaba en el correo. J. Blotner escribirá en su presentación *Selected Letters of Wm. Faulkner*: "Había un movimiento general en los correos. El correo llegaba y las ventanillas se abrían y hasta aquellos que no esperaban correspondencia y no la recibían desde hace meses, necesitaban respuestas a algo, era pues, uno de los más fuertes impulsos de la nación estadounidense".

William Faulkner pasa la mayor parte de su vida en el Sur de los Estados Unidos. De todos los escritores estadounidenses de su época, es el que se ha mantenido más leal a sus raíces locales. Es cierto, desde luego, que muchos novelistas consideran ventajoso recurrir, tanto a lugares conocidos como a gentes que les son familiares. John Milton, por ejemplo, recurre a una temática y unos mitos cristianos que como en el caso de Ernest Hemingway, se desarrollan en Michigan, España y áreas del Caribe. Con respecto a este último, en un momento de arrebatos y reconocimiento intelectual del valor creativo de Faulkner, manifestará que: "(él) se sentirá feliz con tan solo haberle servido de administrador de su trabajo literario". Es oportuno añadir otro comentario elogioso por parte de Jean Paul Sartre cuando manifiesta que "era un dios". El Sur es para William Faulkner todo un esplendor de leyendas y realidades tangibles de su juventud que le encamina a plantearse los problemas existenciales de la humanidad. El haber nacido y crecido en esa comarca confinante le da la oportunidad de equilibrar esas historias y esos mitos como no hubiese podido en ninguna otra parte de la Amé-

rica anglosajona. Se casa en 1929 y comienza su carrera literaria. Años más tarde, en 1950 le conceden el Premio Nobel de Literatura por el cual se siente sorprendido, y será con su Discurso de Aceptación que adquirirá fama internacional. De 1957 a 1958 se convierte en un prestigioso "Writer-in-Residence" en la Universidad de Virginia; pero antes de esto, el Departamento de Estado le envía a Japón como embajador para la paz y para las buenas relaciones públicas. Su meta en 1958 es continuar escribiendo otros treinta años más, pero su muerte en 1962 trunca este anhelo. En realidad, los eventos personales de su vida le sirven como base para algunas de las más inusuales y entretenidas historias de su creación narrativa, su biografía demuestra también que William Faulkner hace una distinción entre su producción literaria, que ofrece al público; y su vida privada, que es exclusiva de él.

El argumento en sus obras está siempre ajustado a una estructura densa y precisa, a la vez que hay una personalísima confusión intencionada. Parece estar remedando el enredo de la vida; porque, en cada página, nos mantiene en la incertidumbre acerca de lo que realmente ha pasado, o a quien ha pasado. Por ejemplo, en *Light in August* ("Luz de Agosto"), se nos informa que Lena tendrá un bebé, pero será doscientas páginas más tarde cuando se nos revela la identidad del culpable de aquella desventura. Henry James suele abordar la misma técnica para crear la incógnita o el suspenso requerido en la obra literaria. Por otro lado, la repetición de "flashbacks" ignora y destruye el orden cronológico; el pasado y el presente se combinan y construyen una sola fuerza en medio de un mundo cromático. Asimismo, el tiempo presente se nos explica a través de un tiempo pasado que es aclarado a su vez por un incidente de un pasado aún más remoto. Su estilo es extraño, así como lo son sus gentes y sus confusos argumentos. Se puede afirmar que se trata de un estilo apresurado, donde las comas se suceden unas tras otras hasta alargar una frase toda una página. Aquí vale hacer una advertencia: los lectores tendrán que respetar la creación moduladora de su labor literaria y no violar los parámetros trazados. Tendrán, además, que percibir lo que es típico o excepcional, lo que es rutinario o insólito. Obviamente no podrá hacer uso de estas discriminaciones hasta que tenga plena conciencia de lo que William Faulkner intenta hacer con la información que nos proporciona.

Por cierto esta originalidad es la que da vigor y vitalidad a esa zona encantadora del hombre "faulkneriano" de Oxford, Mississippi, creada y bautizada por él como "Yoknapatawpha Country" con su capital imaginaria Jefferson. Este condado mítico del escritor está localizado al Norte. Todos los habitantes son trabajadores del campo y leñadores, con la excepción, desde luego, de los negociantes que viven en esta ciudad. El algodón constituye la producción principal dirigida al mercado de Memphis, asimismo tiene también importancia la producción de madera de construcción. Algunos viven en grandes haciendas, residuos de otras épocas, otros habitan en casas construidas de madera, pero la mayoría son inquilinos de pocos recursos. El condado de Yoknapatawpha tiene una población aproximada de 15.600 personas distribuidas en un radio de unas 2.400 millas. El lector tiene la impresión de que cada casa, cada choza, ha sido descrita por el autor en su mundo ficticio. De la misma manera, toda la gente de aquel condado imaginado: blancos, negros, y demás personas de la ciudad y del campo, han jugado también un papel importante en esa narrativa original, concisa y reformadora. La relación entre Jefferson y su propia ciudad, Lafayette, en Oxford, ha intrigado a sus lectores por dos razones: primero por las similitudes entre las dos capitales, lo cual provoca un enigma el lector curioso; y, en el serio, suscita una especulación sobre la gran capacidad alquímica del autor, en segundo lugar, porque ningún otro escritor ha conseguido construir un cuerpo tan unificado mediante la presencia, en gran número de obras y cuentos, de un mismo lugar provinciano con un grupo de personajes tan sui generis. Lealtad a la investigación es lo que se espera, pero Faulkner esto lo usa a su antojo para dar a sus protagonistas vida y aceptabilidad. En Yoknapatawpha viven los personajes de dieciséis de sus novelas. Probablemente la confusión, la apresurada marcha de su estilo y la complejidad que caracteriza la totalidad de su obra, están relacionadas con su tendencia emotiva hacia lo existencial. Thomas Inge dirá en su trabajo *A Rose for Emily* ("Una rosa para Emily"): "El ambiente no es nada más que la reflexión ficticia de la actitud del hombre acerca del estado del universo... El tema no concierne sólo a la relación del hombre con la muerte, sino a todas las relaciones que se establecen entre el hombre y las diferentes facetas de los intercambios sociales". En otras palabras, William Faulkner dice que la vida es tal como uno la concibe; es decir, si uno tiene una buena actitud

para vivir, de alguna manera puede aceptar la muerte libremente. Si alguien, por otro lado, decide negar el hecho del fin de la vida, acabará perdido. Sus personajes, ciertamente, exhiben ese existencialismo en el sentido de que ellos son la suma del producto de sus propias acciones, y pagan el precio por cada una de ellas, especialmente si van en contra de la naturaleza.

El estilo de William Faulkner puede desorientar a sus lectores, pues uno de los aspectos que le motivan a la hora de escribir, es el deseo de expresar la complejidad que subsiste en la totalidad de la experiencia humana. Tiene la creencia de que cada individuo está compuesto de una propia presencia histórica; como, entre otras cosas, dice José Ortega y Gasset. A esto debe añadirse un sentimiento moral que, acosado por impulsos tenaces, ninguno de sus personajes puede vencer. En escenas de alta tensión dramática, el escritor se esfuerza por equilibrar estos elementos con el lenguaje, pero sin precisar el vocablo exacto, como así lo hace Gustav Flaubert, más bien, como ya se ha dicho, Faulkner lo hace empleando palabras de manera apresurada tratando de exponer, acaso, una experiencia vital. Esta retórica, por cierto, no es la única en su estilo, pero es, sin embargo, la que más se distingue. Esto explica la razón de ser de sus novelas y cuentos, que parecen revelar más de lo que quieren explícitamente decir. William Faulkner nos muestra siempre la vida en Mississippi y en el Sur en general; es más, está preocupado por el género humano como víctima de la Primera y Segunda Guerras mundiales. Él y su grupo de la llamada "Generación Perdida" son individuos que presentan en sus obras a personas en camino de desilusionarse. Pero, su trabajo no es ni un tratado de moral ni uno de sociología.

Muy al comienzo de su producción, este autor decide escribir una historia sobre la familia Sartoris, a la que define como: aristocrática, caballerosa y en decadencia. Así arranca la historia ficticia del condado de Yoknapatawpha. Ese mundo mítico se inicia tomando como base a su antepasado el Coronel W. C. Falkner, que sirve de modelo para realizar estudios de interpretación y de crítica literaria, según Frederik L. Gwyn y Joseph L. Blotner en *Faulkner in the University*, Faulkner aconseja a sus lectores "que se introduzcan en su mundo con el libro "Sartoris" que ha servido de germen a sus obras posteriores. Así como Honorato

de Balzac divide su *Comedia Humana* en "Escenas de la vida de París", "Escenas de la vida provinciana" y "Escenas de la vida privada"; del mismo modo William Faulkner divide su temática en: los hacendados y su prole, la gente de Jefferson, los blancos, los negros e incluso los indios. Podría además dividirla por familias" los McCaslin, los Compson, los Sartoris, los Snopes, los Bundren, etc. Todo ello unido por supuesto, gracias a la habilidad creadora de una mente dinámica, audaz y equilibrada. Mucha gente asocia a William Faulkner con el Sur de los Estados Unidos, así como a Robert Frost con Nueva Inglaterra o a William Butler Yeast con Irlanda por nombrar a dos.

No podemos negar jamás que William Faulkner es, ciertamente, y a pesar de las fallas que puede tener, los desagradados que sus trabajos nos puedan producir o lo mucho que nos cause su temática y estilo peculiares, uno de los más grandes y originales escritores que ha existido. Es único en lo que se refiere a creación narrativa, a método, a argumentación, a estructura y a estilo. Esto es innegable. Además, usa la técnica singular de retomar a personajes ya presentados en sus trabajos anteriores. Por ejemplo, Joanna Burden de "Luz de agosto" es la nieta del reformado coronel Sartoris quien en la novela de este mismo nombre ha matado para que los negros puedan votar. Nunca deja descansar a sus protagonistas, manipulándolos hasta llegar a exponer todas sus posibilidades con el afán quizás, de recrearse en ese cosmos existencial creado por él. William Faulkner delinea lo bueno y lo malo con el fin de dar una visión totalmente iluminadora. Pocos autores emplean el método de narrativa indirecta tan persistentemente como él. Así, un personaje puede decirlo todo, o bien acota parte de ese todo, un ejemplo es, *The Town* ("El Villorrio") que contiene más narradores que secciones. Ese uso se basa en aspectos y deseos de su vida personal. En una de sus cartas expresa el deseo de reunir los aspectos de la vida estadounidense en una sola persona, la cual represente a todos y ayude a su mejoramiento y así, dirán L. D. Brodsky y R. W. Hamblin "...que se articule en una sola voz, y que sea escuchado por todos".

William Faulkner añora un lugar y un tiempo donde tomar decisiones referentes a la vida, en los cuales las complicaciones de los grandes sucesos de la sociedad no afecten al bienestar personal. En realidad él añora algo que no existe, algo inalcanzable: aun cuando se da cuenta de

que el hombre no ha sido destinado para una utopía, sabe dar a la mujer un lugar más delicado. Tiene palabras muy tiernas para Narcissa y Miss Jenny en "Sartoris"; para Addie Bundre y Dewey Dell en "Mientras Agonizo"; para Lena Groves y Joanna Burden en "Luz de Agosto"; y, también para Eula y Linda Snopes en *Intruder in the Dust* ("Intruso en el polvo"). debajo de toda esta confusión y misterio, William Faulkner siente que la mujer, después de todo, es por lo menos un oasis, y que el hombre puede comprenderlo debidamente. Tal vez los comentarios de su hermano cuando afirmo que: "La gloria y todo lo relacionado con ella no significaba nada para Bill Faulkner, él quería ser sencillamente Bill. Él podría haber estado contento en un bosque". (Tomado de J.W. Webb, en *William Faulkner en Oxford*). Estos juicios son un poco exagerados, pero sólo pretenden que nos demos cuenta de que lo que Faulkner busca del caos de la existencia, es la simplicidad.

A través de los años, este escritor suaviza sus actitudes y puntos de vista respecto a los negros. En *Sartoris* todavía los llama "niggers"; en trabajos posteriores los llamará "locos de la pobreza", "mal educados y mal inductados en la religión". En *The Sound & The Fury* ("El ruido y la furia"), su novela favorita, los presenta como maestros en el arte de eludir, especialmente el trabajo; y en *Go down, Moses* ("Abajo Moisés") los presenta de una manera más favorable. Esta actitud a la que me acabo de referir, cambia sobre todo a partir de 1948 con su novela *Intruder in the Dust*, donde aboga de una manera firme y tajante por su causa. Aquí señala la injusticia racial como uno de los problemas más serios del Sur estadounidense. Todo gran escritor crece mientras va entrando en años; así, y con el tiempo el prestigio y el temperamento de William Faulkner se va modificando hasta que todos los individuos son merecedores de un respeto incuestionable cualquiera que sea su posición o preferencias en la sociedad. Da una buena explicación del por qué un buen escritor no debiera sentir que su producción, parcial o total, tenga que ser grabada en piedra, en hierro o en cualquier metal, por un vano deseo de posteridad. Escribe: "...cualquier libro que tenga validez se mantiene creciendo, cambiando... es decir, a la edad de treinta no conocía a esa gente como a los cuarenta y cinco lo conozco; incluso me equivoqué aquí y allá en las conclusiones mismas que saqué observándoles y basándome en informaciones que un día creí". (Tomado esto de J. Blotner en *Selected Letters of William Faulkner*).

Este autor usa repetidamente muchos de sus temas. Lo hace con el propósito de reforzar algunas partes, subrayando otras; casi como notas repetidas en una composición musical. Por ejemplo, en *Delta Autumn* y *Go Down, Moses*, anticipa algunos de los principales temas que se encuentran en *The Bear*: el progreso del hombre y sus consecuencias frente a la naturaleza y al mundo telúrico. Asimismo, revela la religiosidad y la espiritualidad que el hombre siente por la naturaleza, sino bien están sujetos a un deterioro irremediable. Relaciona todo ello, además, con el concepto de "pecado", noción que ha acompañado a la familia McCaslin a través del tiempo. Willian Faulkner atisba el regreso "a los buenos tiempos" y a la tradición que desesperadamente trata de mantener, pero se da cuenta que sólo puede retener unas pocas hebras en la complejidad de su cosmos sui generis.

Willian Faulkner, en las dos últimas secciones de este libro, nos enseña una radiografía del Sur, en la cual trata de recuperarse en los estragos sufridos después de la Guerra Civil. Al final de *Delta Autumn*, Roth mata un venado en tierna edad, aunque esté prohibido hacerlo debido a la escasez. El hombre ha conseguido destruir gran parte del hábitat que comparte con sus animales. La muerte del venado no sólo simboliza la devastación de la naturaleza por el hombre, sino también su misma relación ilícita, tanto ilegítima como incestuosa que amenaza con la destrucción de todas las razas que viven en el Sur. La historia se repite constante e insistentemente, y no importa la buena disposición con la que las personas traten de mantener su fe, ésta no llega a ser lo suficiente para mantenerlas alejadas de la miseria que ellas mismas se han creado.

Antes de concluir, la preocupación perseverante de Willian Faulkner en su vida y en su obra literaria, proviene de una doble experiencia concerniente por un lado, a sus emociones y, por otro, a los sentimientos del Sur. De joven está convencido de que llegará a ser la voz de la nación, será entonces cuando expondrá sus sentimientos y argumentos acerca de la existencia humana. Al madurar, ve cómo se destruyen estas ilusiones debido a la fría y dura realidad. Entonces cambia todo lo que sentía y añoraba hasta admitir que ningún individuo es mejor que otro, y que la mayor parte del género humano llega a retener algo demoníaco en su alma. Si bien el hombre no está hecho para navegar en una

utopía, Willian Faulkner siente que sí puede existir de forma intensa si es que sigue una senda moral dentro de un curso natural. Si una persona va en contra de ella misma, va en tal caso en contra de la vida. Si elige ser bueno, entonces podrá salvarse. Para él, no hay nada más en la vida que el resultado de las acciones de cada uno, sean éstas buenas o malas, y ésto es precisamente lo que hace a la persona. El problema radica en aquel individuo que lleve una vida mal administrada y de ello se deriven ciertas acciones. Lo cual William Faulkner juzgará duramente a partir de sus ideas.

Esthela Parral de Terán

TRES FIGURAS HEROICAS

Un importante libro de Galo René Pérez sobre Manuela Sáenz, editado recientemente por el Banco Central, apareció cuando se cumplían doscientos años del nacimiento de Manuela. Cuando lo tuve en mi mano rememoré los magníficos textos que tengo de este escritor y que frecuentemente he consultado, como la *Biografía de Montalvo*, *Historia y Crítica de la novela hispanoamericana* y *Pensamiento y literatura del Ecuador*.

El tema de esta última edición despertó mi interés de inmediato, porque siempre me fascinó el fuego y la intrepidez con que vivió ese ser excepcional.

Mucho se ha difamado a esa mujer dueña del corazón de un genio como Bolívar, fastuosa reina de la Magdalena. La pacata hipocresía de la sociedad de Lima de aquella época utilizó su relación amorosa con el Libertador para atacarla, pero ella tenía una presencia de ánimo que le bastaba para hacer frente a quienes la ofendían y para defender a su héroe que amaba tan intensamente. San Martín, cuando llegó al Perú, le hizo justicia, al conferirle en Lima el título de Caballeresa del Sol y es que Manuela, aún antes de conocer a Bolívar, puso su alma entera en el logro de la libertad.

La obra de Galo René Pérez, a la cual me he referido, constituye un panorama histórico completo del país, desde sus antecedentes indígenas, la conquista y colonización que por tres siglos soportaron los naturales de nuestra América. Analizando lo que sucedía en aquellos tiempos, se comprende lo necesario que era liberarse de aquella injusta y denigrante dominación. No era la lucha de América contra Espa-

ña, como vulgarmente se la interpreta, sino dos conceptos antagónicos, el absolutismo monárquico y el derecho a la libertad. Esa situación es la que produjo conspiración de grandes precursores como Espejo y Miranda, verdaderos mártires ambos de esa tremenda lucha que comenzaba. El autor va relatando con fidelidad histórica aquellos prolegómenos de esa inmensa epopeya. Así mismo están narradas desde sus orígenes las existencias de los protagonistas. Simón Bolívar y Manuela Sáenz, hasta que el destino los reúne en Quito y se despierta en ellos esa irrefrenable pasión.

Galo René Pérez incluye extensas y detalladas descripciones de las durísimas campañas que le tocó realizar a Bolívar, como la lucha en Venezuela para vencer al gran general hispánico Morillo y su avezado ejército. Pone de relieve los sacrificios y padecimientos que fácilmente podemos imaginar, en ese extensísimo trayecto de la Gran Colombia, desde el Norte hasta Bogotá, Quito y Lima a lomo de caballo o de mulas atravesando las zonas de las montañas, la de los llanos y sus inmensos ríos, las regiones de climas tropicales o los hielos de la cordillera. Viaje realmente agotador. Sin embargo al Libertador de cinco países y a ella, después de haber conquistado la independencia, les persiguieron las intrigas y traiciones.

Tenía Manuela muchos dones que ofrecer a su amado. Ella empleaba todos los recursos de su intuición y sagacidad para defenderlo de posibles traiciones. Con su astucia descubría los peligros bajo las falsas sonrisas de conspiradores en Lima. Ella llegó a vestirse de capitán y a caballo marcharse junto a las tropas que gloriosamente se batieron en Ayacucho. Ese honor y el de haber salvado a Bolívar, espada en mano, contra los conjurados en Bogotá, llevaron al cenit la vida de Manuela. La última etapa de su existencia en cambio, fue de extrema soledad. Y es entonces, cuando mejor se aprecia esta heroica figura.

Se había muerto en Santa Martha, Bolívar; en Berruecos desaparece Sucre, su más sincero amigo, a manos del puñal asesino; Rocafuerte y Flores le temen y la destierran. No obstante su alma despide aún los rayos de la altiva dignidad que siempre demostró. Después de la muerte de Bolívar, contra Manuela se manifiesta Santander, Rocafuerte y hasta Juan José Flores, a quien le asegura: "Lo que soy es un formidable carácter, amiga de mis amigos y enemiga de mis enemigos". Ese fuerte ca-

rácter se hizo presente en la época de su ostracismo en la pequeña y pobre población de Paita. Fueron veintiún años "sepultada en plena vida" como dice Pablo Neruda en el famoso poema que le dedicó, en el cual profundamente conmovido, exorna su retrato con pincelazos de fuego y de sombra. La describe así: "Manuela, brasa y agua/ columna que sostuvo no a una techumbre vana/ sino a una loca estrella./ Hasta hoy respiramos aquel amor herido/ aquella puñalada de sol en la distancia".

Como en todo relato histórico, que se apoya en antiguos documentos, quedan siempre muchos detalles de la vida de los personajes que ignoramos y en ese caso el novelista debe socorrer al historiador, deduciendo algo de lo que ha quedado en la sombra. Es muy difícil para algunos de nuestros historiadores mantenerse ecuanímenes con respecto a las figuras que presentan. No son muchos, en estos países del norte, los que aceptan la gloriosa acción militar de San Martín ni aquilatan su real dimensión humana, el desprendimiento, generosidad y nobleza que demostró en toda ocasión. Como que pensaran, absurdamente, que reconocer las cualidades de ese prócer podía menguar los valores de Bolívar. Estos dos genios incomprendidos, uno desde el sur, el otro desde el norte, se dieron cuenta que debían llegar a Lima, la ciudad vi-reñal en donde estaba concentrado todo el poder de las fuerzas militares españolas. Después de una labor de titanes, de terribles fatigas y combates, éxitos y fracasos, habían de encontrarse en Guayaquil donde se decidiría la continuación de la guerra y la libertad de América.

Algunos de los que se han dedicado a narrar la historia de esa entrevista no lo han hecho objetivamente y con probidad, dejando de lado improcedentes nacionalismos. Pareciera que no llegaron a comprender el concepto continental de la guerra, que, coincidentemente aquellos dos seres excepcionales mantuvieron.

Sus temperamentos eran muy diferentes, sin embargo en los dos sobresalen sus gigantescas aspiraciones por la libertad y por el progreso y bienestar de nuestros pueblos. San Martín llevaba grabado en su espíritu la ascética formación que le prodigaron en su hogar y la estricta disciplina y exigente preparación que recibió en el ejército español, en el cual fue ascendido varias veces por su espíritu de lucha y su concepto espartano del cumplimiento del deber. Desde muy joven valoré ese código ético y de honor que rigió toda su existencia.

Bolívar en cambio perdió a sus padres muy pequeño y viajó a Europa, donde disfrutó de placeres mundanos y se compenetró de la cultura del viejo mundo. Tuvo profesores excelentes y el que dejó en él mayores huellas fue Simón Rodríguez, que le transmitió sus conocimientos sobre la filosofía de los enciclopedistas y su apasionada admiración por la consecución de la guerra de la independencia en América del Norte y la Revolución Francesa que poco después declaró principios y derechos que atañen a la humanidad entera. Bolívar por lo tanto sustentó hasta su muerte esos formidables ideales proclamados.

La entrevista se realizó sin testigos y con el compromiso entre ellos de no divulgar lo ocurrido. No obstante, el misterio está en parte develado. Parece claro lo que sucedió entre esas dos personalidades diversas, casi contrapuestas. Además hay algunos datos precisos que hablan bien claro al respecto. San Martín no recibió más que tres batallones de ayuda y eso era insuficiente. Se tiene noticia que entonces San Martín ofreció a Bolívar integrarse con su ejército en sus filas y esto no fue aceptado. En resumen, él anunció a Bolívar que se retiraba y le dejaba libre el campo para que terminara la guerra. Las causas de esa decisión, además de las mencionadas, fueron múltiples. Riva Agüero, en Lima, le ofreció el mando supremo del Perú y San Martín aceptó la propuesta bajo la condición de que se reconociera la autoridad del Congreso y se acabaran las disensiones entre el poder ejecutivo y el legislativo. Riva Agüero disolvió el Congreso y llamó nuevamente a San Martín quien se negó a seguir en semejantes circunstancias. Por el contrario, decidió renunciar al mando y lo hizo el mismo día que se instaló el Congreso Constituyente que él había convocado. A O'Higgins le escribe que está cansado de que le llamen tirano y aspirante a rey, emperador y hasta demonio. Es curioso que algunos años después las mismas acusaciones le hicieron sus opositores a Bolívar. A su gran amigo, O'Higgins, San Martín también le dice: "En fin, mi juventud fue sacrificada al servicio de los españoles y mi edad media, al de mi patria. Creo que tengo derecho de disponer de mi vejez".

Vicente Lecuna, eminente bolivariano, liberado de cualquier prejuicio reconoce las magníficas cualidades de San Martín en su obra *La entrevista de Guayaquil*: "Su esfuerzo gigantesco para reunir al pie de los Andes un magnífico ejército en medio de las más adversas circunstancias, la travesía de los Andes, su campaña de Chile, la organización de

la expedición al Perú, su entrada en Lima y la proclamación de la independencia de Hispanoamérica, a cuyo éxito contribuyó fundamentalmente, con un criterio ampliamente continental, que muy pocos, fuera de él mismo y de Bolívar, supieron adoptar como base indispensable de la conducción de la guerra. ¡He ahí un formidable e imperecedero monumento de gloria sobre el cual se yergue la figura de San Martín, ante la contemplación agradecida de todas las naciones que integraron, antaño, el imperio colonial español en América!". El mismo Bolívar, en momentos en que se siente agobiado por el peligro de las luchas civiles y las divisiones intestinas, le escribe a Santander: "No ha mucho tiempo que el protector del Perú me ha dado un terrible ejemplo, y sería grande mi dolor si tuviese que imitarle". En carta a Sucre también le dice: "...hay que tener en cuenta que el genio de San Martín nos hace falta y sólo ahora comprendo el porqué cedió el paso para no entorpecer la libertad que con tanto sacrificio había conseguido para tres pueblos".

Bolívar tuvo que sufrir una ciega oposición levantada por ajenos intereses separatistas que desbarataron sus anhelos de integración. Ni esa integración económica y cultural a la cual aspiramos y que hasta ahora no podemos totalmente cumplir. En 1830 se encaminaba al destierro, Bolívar, profundamente decepcionado, cuando le sorprendió la muerte. San Martín en 1822 decidió exiliarse, alejándose de su país que, hundido en la lucha entre unitarios y federales, desconoció la importancia de su obra. En su destierro vivió largo tiempo en compañía de su hija y dos nietos. En aquellos años, por varias oportunidades rechazó intervenir en luchas intestinas, expresando que "jamás derramará la sangre de sus compatriotas y sólo desenvainará la espada contra los enemigos de la independencia de Sud América".

La experiencia me indica que no debemos endiosar a los seres humanos, ni aún siendo los próceres de los cuales hemos hablado, tan bien inspirados en ideales superiores. Ellos realmente pueden presentarse como modelos a los jóvenes y a las nuevas generaciones. Esto es más necesario hoy en día, que no encontramos un verdadero espíritu cívico libre de intereses económicos y políticos. Sin embargo no pierdo la esperanza, porque reconozco que en nuestro país hay y habrá siempre quienes luchen con ánimo renovado, para que no haya en nuestra sociedad miseria, injusticia, violencia y corrupción.

Claudio Mena V.

“MEMORIA DEL HUMO” DE VIOLETA LUNA

Considero que Violeta Luna es la voz lírica más alta de la poesía de mujer en esta patria que no ha tenido su Gabriela Mistral pero que podría tener con Violeta Luna, su Juana de Ibarbouru.

El poemario de Violeta "Memoria del humo" servirá para darnos una muestra representativa de su numen poético.

Cabe explicarse el título de este poemario, porque de su memoria y de sus recuerdos extrae la escritora la esencia de su poesía. El humo es el recuerdo del fuego; él nos remite a la llama y a la hoguera. En consecuencia, la memoria del humo es el fuego y Violeta que tiene una excelente memoria se enhebra con el humo para encontrar en los fuegos y rescoldos de lo vivido, el acento delicado, melancólico y saturado de "saudade" que transuma su poesía.

No se si la autora apruebe esta libre interpretación de su título pero quizás la acepte a manera de ex-voto de un alma curada por su poesía, para que se decida a continuar envolviéndonos con el humo blanco y azul de sus poemas, más allá del cual encontramos el maravilloso fuego de su alma que va quemando pedazos de vida, aquellos que todos tenemos quemado y de los cuales de vez en cuando nos llegan reminiscencias, como señales de humo, que en Violeta son felizmente, señales de poesía.

Violeta regresa con el humo. Lo dice expresamente: "Tal vez el humo entienda/ lo hermoso que resulta el regreso/ y este cuaderno fresco/ escrito con membrillo y raspadura".

La autora regresa a sus años de niña moza, a su paisaje de montes, donde se acurruca el cielo y se columpian los gorriones. Feliz época y lugar en que "la gente amanecía sin premura/ pedía respirar un aire verde/ beber la manzanilla con panela/ y levantar los brazos/ hasta tocar la miel del arcoiris".

Y Violeta recuerda también ese "rinconcito con bolero": "Un día me tuviste/ tan cerca me tuviste/ que pude desleirme de mil modos/ y estuve tan espléndida de júbilo/ que todo en ese entonces fue de menta".

Pero el recuerdo se precisa: "Recuerdo tu reír de lunas llenas/ tu amor de mandarinas/ tu olvido que se fue como la niebla/ tu vida que en mi vida nunca estuvo".

Con el humo del recuerdo, Violeta vuelve al paisaje andino y a sentir el frío de la serranía: "Y usted tal vez no sabe -nos confiesa- que cuando el viejo monte me circunda/ con todos sus aperos y sus huasas/ se vuelven alazanes las pupilas". Pero ¿Quién no tiene grabado en su memoria, algún pueblito de la infancia, con sus casas de adobe y la plaza indispensable?

Violeta escribe: "Los pueblos de la infancia son de cáñamo/ de vientos, de verbena y de linaza/ de tasas bisabuelas/con desayunos tiernos./ El mío era de fréjol/ de papas y de coles milagrosas/ y en cada patio dulce/ crecían los chamburos y los toctes/. Sin duda nadie olvida/ los frescos caminitos de su pueblo/ pero si ve mis ojos/ allí verá dormidas/ las lunas matinadas de los páramos".

Y por allá está también la casa campesina, "la que de tarde en tarde/ olía a pastelillos y guayaba".

En su álbum familiar de recuerdos no puede fallar la alegría de la fiesta. "Venía la sonrisa con tan poco./ A veces nos mordían los garbanzos/ y a veces nos besaba la cebada./ Usted no se imagina/ el blanco fresnesí de carnavales/ los palos encebados/ alguna serenata en jueves santo/ y el coche de madera calle abajo/ al cabo de una vida/ el álbum familiar me da la clave/ de aquellos pies desnudos/ con alma de maíz y castañuelas.

En su recuerdo permanece imborrable una plazuela solitaria y un balcón. Mira aún esa cometa "que se murió de pie sobre una parva", "el humo del café tostado en tiestos". Entonces nos dice: "dormitaban las acequias/ y el capulí más alto/ bebía el vino blanco de la luna".

Este verso nos revela que Violeta es luna y tiene el vino blanco. Nosotros como el capulí, lo bebemos porque es el vino blanco es su poesía.

¿Qué niño en esas horas azules no recuerda a sus padres? Violeta a través del humo los mira: "Si miro una cantera a la distancia/ parece estar mi padre de regreso/ con su sombrero blanco y su guitarra./ Si huelo el toronjil y la pimienta/ allí estará mi madre/ mirándose en la paila y la cuchara./ Si bailan en el patio/ los trompos y las bolas de colores/ allí mis hermanos./ Todo este cerrado mundo campesino bulle y hierve en la poesía de "Memoria del humo". Olores, sabores y colores le traen a galope los recuerdos de esas dulces y perezosas horas de mocedad, cuando en sus palabras "La vida era celeste/ sencilla como el queso/ feliz como el ordeño/ y las guadañas nuevas". Para Violeta, "en esos mansos días/ el pecho era un granero/ la mente una vasija/ con sueños de rompopo y bizcochuelo".

Este mundo exquisito del paladar vuelve una y otra vez en los recuerdos, con golosa insistencia: "Aquella vida limpia/ cocíase en pucheros y en cazuelas/. Y al presentir su aliento/ transita por la sangre un tren de tagua/ un tren que relinchaba cada pascua/ repleto de buñuelos y alfeñiques".

Para Violeta, el tiempo no huye ni se detiene, porque queda en la conciencia "pitando y humeando/ abriendo ante la vida sus vagones/ y haciendo una señal con el pañuelo".

Sin embargo, alguna espina aflora en la plenitud de esa dicha campesina porque Violeta nos confiesa: "Por conservar las normas de algún juego/ por no poder salirme de las reglas/ no pude ser gaviota/ ni marinera espuma./ Y apenas me quedé con la hierba/ tenaz y humedecida."

La segunda parte de su libro, Violeta la titula "Memoria azul", seguramente porque su color favorito es ese todo de azul liviano y claro que miramos en el humo que brota de esas casitas lejanas recostadas en un paisaje de lomas.

Para ella, el verano tiene que ser azul y dice: "Que lo dejen azul/ con todas sus naranjas y palomas,/ con todas sus lagunas/ y ese barco de sueños imposibles".

Sin embargo, a pesar de su insistencia en el recuerdo y en la memoria, Violeta se vuelve más reflexiva y penetra en su propia llama como si quisiera definirse. Por eso, escribe: "No hay golpe que me llegue, ni piedra que me toque./ Tendida soy de luz y de reflejos./ No puede traspasarme la penumbra/ ni el pie de la neblina./ Mi corazón es llama./ Y por mi cuerpo largo/ como quien cruza un rayo/ ha de pasar ardiendo sólo un ángel".

Como decía Pascal, el corazón tiene razones que la razón no comprende. Todos, en algún momento hemos sentido ganas de acallar el corazón, de pensar sólo con la cabeza fría y las reglas de la lógica, pero al final de ese esfuerzo quedamos débiles, ignorando si acertamos o no esta decisión.

Violeta Luna, nos confiesa: "Hoy te cierro las puertas del corazón/ para pensar a solas/ fríamente pensar/ hasta vaciar la lógica/ y el silogismo pálido."

Así continúa con su poema, para terminar desatando a su corcel: "Espera corazón,/ quiero abrirte la puerta nuevamente".

Dentro del hondo lirismo de esta poesía violetera y lunera, llega el momento en que el poeta por más malabarismos que haga, tropieza con la realidad cruel y salvaje en la que nos encontramos solos, sin tabla de salvación, sin una mano amiga, Y cuando queremos mostramos como "cansados, indefensos y vencidos" nos dice Violeta: "No hay nadie solitario/ que nos extienda un brazo y una cuerda./ No hay nadie valeroso/ que diera su verdad sin condiciones./ Y mientras no hundimos/ los otros se acomodan./ evaden todo riesgo y disimulan./ Aquellos se colocan su careta/ para poder vivir tranquilamente/ sin ensuciar su manga/ ni cumplir su día./ Y al rato caernos,/ de hacernos cortaduras

en el alma,/ no hay manos generosas/ que quieran exponerse por nosotros./ No asoman los amigos./ los buenos y queridos confidentes/ se esconden en su máscara de harina/ mientras el viento gira y se hace lluvia./ Y nos hundimos solos/ y solos nos perdemos./ El tiempo nos sepulta y nos olvida./ Y el círculo vicioso se repite./ Quien sabe si nos crezca una magnolia por cada cruz de tierra que nos echan".

Tristezas y alegrías, dolores y placeres, esta vida tiene dos caras, con luces y con sombras. "Esta vida de almendras y ceniza" como dice ella, nos coloca de pronto frente a la duda. ¿Hemos malgastado los dones? Esta terrible pregunta otoñal Violeta Luna la afronta sin miedo y escribe:

"A veces se nos da por malgastar lo que tenemos./ Lo poco que nos queda lo tiramos,/ y lo que más nos duele/ es malgastarlo todo/ por alguien y por algo tan menudo./ Desperdiciamos tanto,/ lo damos sin conciencia ni medida./ y lo que a mí respecta/ despilfarré los sueños,/ tiré por la ventana la ternura, / y de los locos huertos/ saltaron a torrentes tantas uvas./ No sé por qué demonios/ yo malgasté mi otoño,/ la miel de media tarde,/ mi viento de frutillas y mi cielo./ Qué boba mi cabeza/ que no midió el camino./ Perdí mi juego entero,/ mi siete de la suerte con su trébol./ Perdí mis cartas últimas/ por no saber las reglas de la trampa./ Inconteniblemente/ me di como los ríos/ sin detener la sangre y sus guitarras./ Ahora es otra fecha/ y empieza a galopar sólo el granizo./ Mañana ha de faltar la luz y el fuego/ y ya no ha de brillar ninguna espiga./ Se malgastó mi sol/ en tu pequeña sombra".

Y ahora qué decir del amor, de ese amor que es también un tremendo claroscuro, el amor que es delirio y pesadilla, que puede ser la mano que nos salve o que nos hunda. Violeta prefiere construir su hombre, a su medida y dice: "Te voy a fabricar/ con todos los pedazos que me gustan./ has de llamarte Todo./ Serás agricultor de tierra buena/ y me darás tu espiga,/ tu amor hecho de trinos y relinchos./ Tendrás para mi piel maderas duras/ y me darás tu avispa./ Serán para tus ojos mis orquídeas,/ para mi sed tu acequia, / para soñar tus brazos./ Serás de bosque y agua,/ de trigo que amanece erecto y puro./ Tendrás la voz agreste,/ los muslos atrevidos como el álamo/ y una ternura verde./ Y cuando me acaricies/ ha de cruzar el sol en el espacio/..."

Si fabricamos un hombre resulta una licencia poética, la situación cambia cuando Violeta lo encuentra fabricado. Lo dramático es que ese hombre no conoce sus secretos, sus vías escondidas y Violeta le increpa: "Si supieras,/ si sólo una milésima,/ si solo un pedacito, un lado de mi misma conocieras/ sabrías que estoy hecha de ciruelas/ de almendras y duraznos./ Sabrías que por dentro soy de azúcar,/ que solo un dedo tuyo/ y un término rosado es suficiente/ para que pierda mi alma el equilibrio".

Su lirismo amoroso se va desarrollando y continúa más adelante para decir: "Si sólo la milésima, / un lado de mi misma conocieras/ sabrías que estoy hecha de aceitunas,/ de abejas y geranios,/ sabrías que la noche es mi cuaderno/ con un redondo verso que es la luna./ Sabrías que por dentro tengo cítaras,/ que sólo una caricia/ podría convertirme en oleaje,/ en lluvia de amapolas y campanas."

Pero el amor trae el verano del desengaño. Después de decirle "Te has enquistado en mí furiosamente/ y aún no te das cuenta," Violeta siente que los climas cambian "y el viento se hace frío y más espeso./ Que logro conservándome en el tiempo/ si un día en cualquier parte/ ha de apagarse el sol y los ciruelos/ y en estos ojos tristes/ ha de morir el vino y el delirio./ Qué logro conservándote,/ lamiendo tanta sombra y tanta espera./ Qué logro fabricando miel y polen/ si nunca mis abejas serán tuyas."

Pero ¡Qué suave y aterciopelado es dejarse llevar por los delirios del amor! "Amor en tres Delirios" llama la poetisa a tres poemas cortos en los que no aparece el perfil de la duda o la espina dolorosa. Aquí encontramos afirmaciones. Así, en el primero dice a su amante: "Desde hoy en adelante y para siempre/ conmigo has de llegar a cada puerto,/ a cada boulevard y a cada espejo./ Conmigo has de embarcarte/ en todas las riberas y estaciones."

En el segundo, compone su retrato: "Te encuentro como siempre:/ tan fuerte y tan varón como los ceibos,/ tan tierno como el aire,/ intenso como el cántaro y la música,/ vibrante como el pito de los barcos,/ sutil como la tarde,/ seguro cual brújula,/ rotundo como el peso de un anclaje".

En el tercero, se presenta el recuerdo que termina con la voluntad de retenerlo: "y para conservarte sin que interfiera nadie/ ni sople tras la puerta el ventisquero,/ tomados de la mano habremos de irnos/ por la memoria adentro".

Pero como el amor es inagotable, también se confunde con la locura y grandes amantes han sido también grandes locos, "Amor hecho de absurdos de lúcida locura,/ de incertidumbre cierta./ Amor hecho de piel,/ de soledad y culpa".

Edmundo Ribadeneira

EL CANSANCIO DE DIOS

El tema de Dios inculcado por seres humanos descreídos o frustrados de un modo y otro, ha rondado en todo tiempo los campos del pensamiento, el arte y la literatura. La existencia, figura y autoridad de Dios han sido parte sustancial de la historia, materia de guerras y conquistas, cualesquiera hubiesen sido -y lo son aún en algunos casos- las ideas o las concepciones religiosas vigentes.

Han chocado, en todo caso, posiciones cuyo signo ha sido un cuestionamiento marcado por la duda lacerante y tenaz, en la misma medida en que una confrontación cotidiana entre la realidad y Dios, termina por lo general con una amarga derrota del hombre. Sobreponerse a tamaño sentimiento es lo que, precisamente, pone a prueba la fe de las naciones y los pueblos.

A título de muy pocos ejemplos, quiero referirme al libro antológico de Guillermo Dellhora, "La Iglesia Católica ante la crítica, en el pensamiento y en el arte", libro de intensos matices polémicos, en sus páginas se recoge mucho de lo que ha sido la lucha religiosa a través de las épocas, a propósito de las medidas que el presidente mexicano Plutarco Elías Calles adoptó alrededor de la Iglesia Católica de su país.

De la Iglesia Católica en el sentido clerical y no de la fe. Es decir, de las acciones humanas que se llevan a cabo en nombre de Dios, por parte de profesantes que hicieron votos consagrados con el objetivo de servirlo con humildad y lealtad. Esto, en el marco de la revelación dramática que pone en grave entredicho el valor social y humano de uno de los sistemas que más han prevalecido sobre el destino de la humanidad.

En la novela de Gilbert Cesbron, "Los santos van al infierno", sus actores principales son los famosos curas obreros creados por el Papa Pío XII (el de la Iglesia del Silencio), con la misión de prestar servicios en

las barriadas fabriles de París, entre otras ciudades europeas. La idea del Pontífice era ubicar un cuerpo de consolación y previsión religiosas, junto a los obreros probablemente predispuestos hacia las doctrinas de izquierda, a raíz de las opciones sociales que nacieron de la Segunda Guerra Mundial. Tales curas, entonces, estaban prefigurados como soldados vaticanistas en contra del socialismo y del comunismo.

Los resultados de este curioso experimento más bien político, fueron todo lo contrario de lo que Pío XII había planificado. La realidad que encontraron los curas obreros en los barrios populares de París fue de tal naturaleza triste y humillante, que ellos tomaron partido por quienes estaban sumidos en la pobreza más abyecta y opresiva. Y cuando el Papa ordenó el retorno de los curas obreros a sus iglesias de origen, ellos prefirieron quedarse definitivamente en el "infierno" social que habían conocido.

Recordaré la novela del italiano Carlo Levi, "Cristo se detuvo en Eboli", título en mi concepto inapropiado, pues literalmente da a entender que Cristo se quedó en la pequeña población de Eboli, cuando en verdad o se detuvo ante sus puertas o nunca pasó por allí, como consecuencia de lo cual los pobres del pueblo, que eran todos, permanecieron abandonados como siempre.

También Benjamín Carrión, en su novela "Por qué Jesús no vuelve", cuya partida de nacimiento data de 1929 y cuya publicación es de 1968, se va por planteamientos que coinciden con la misma inquietud: la contradicción entre la realidad y Dios, la necesidad de que Cristo volviese a redimir a los humanos (aunque opiniones de gran peso intelectual sostienen que si Cristo volviese sería nuevamente crucificado), viñiese para poner orden en un mundo arrebatado por la hipocresía y la codicia, trajese las palmas de la paz entre hombres y pueblos que no dejen de agredirse y matarse sin descanso.

Como quiera que sea, en unos y otros ejemplos de ayer y de hoy, lo cierto es que, se invoque o se rechace a Dios, se trata de un problema de hondo contenido existencial, tratado más bien como una oblicua posibilidad de esclarecer una compleja maraña de conceptos y actitudes.

Recuerdo una discusión cordial que tuve con Hernán Malo González en la ciudad de Moscú, en el sentido de establecer cuál era la ciudad

más hermosa, entre París, y la todavía capital de la Unión Soviética, teniendo en cuenta el significado y la voluntad de Dios.

Hernán decía que París, yo decía que Moscú. Posteriormente los respectivos argumentos, las razones de la estética o las razones de la ética. Era Moscú por entonces una expresión de un sistema socio-económico cuyo gran fundamento descansaba sobre una base igualitaria entre todos los hombres. Ciudad donde mujeres, niños y ancianos eran religiosamente respetados por todos. Donde la idea de la sociedad excluía a las mafias múltiples que predominan posteriormente.

Pero París era para Hernán Malo el cúmulo de la perfección estética. Ciudad, ciertamente, digna de representar a Dios, de ser reflejo de su rostro divino, su imagen inigualable, su luminosa proyección sobre la tierra, sin aceptar que su trasfondo oculta lacras de diverso jaez y que Dios, en manera alguna, podría esconder aquel infierno social descubierto por los curas obreros, según la novela de Cesbron.

Curiosamente, sin dejar de ser la ciudad de poca belleza que siempre ha sido Moscú, se ha convertido ahora en la ciudad "más alocada de Europa", donde todas las manías propias de la refinada vida capitalista no sólo que se han instalado allí, sino que lo han hecho en grado aún más sofisticado y, si se quiere, perverso. Y no obstante haberse rehabilitado la religión como fe libre y amplia, y en esta virtud, haberse reconstruido viejas iglesias de la capital rusa, me parece que Dios tiene que haberse alejado de Moscú socialmente, a partir de haber caído el último terrón del muro de Berlín.

Pedro Jorge Vera ha querido enfocar, más o menos, el tema de Dios en su última novela, "El cansancio de Dios". Parte el autor desde el seno de una familia de composición contradictoria, con gran olfato político, típico de una clase que emerge en función de cambios históricos que invierten la hegemonía del mando.

En el seno de tal familia surge una especie de excepción, cuando uno de sus miembros, Roberto Campoverde, siente el llamado de Dios y asume, al lado de la repentina vocación, el papel de galvanizar la dudosa fama de sus parientes. Protagonista de su propia diferencia y a la vez testigo de los trajines económicos y sociales de su poderoso clan fa-

miliar, Roberto Campoverde se entrega a la tarea de venerar y alentar el ejemplo y la obra de Dios.

Por desgracia, la realidad se impone como evidencia de una descomposición moral creciente, al compás de las ambiciones cada vez más insaciables y voraces. Es así como el cura Campoverde va entrando poco a poco en el terreno de las dudas, de las interrogaciones, de los procesos de discusión intelectual, de procurar, en suma, una respuesta capaz de tranquilizar a su conciencia, hasta cuando Dios, cansado y hastiado se aleja para siempre. Se presume que no tuvo la suficiente paciencia para aguardar la conducta de los seres humanos, sus guerras incansables, sus estallidos de odio, sus discriminaciones y desvarios, a tal extremo de ser los hombres una negación crónica de lo que Dios sería como guía supremo de la humanidad.

De cómo Pedro Jorge Vera discierne alrededor de la materia que maneja en su última novela, da razón una vez más su costumbre de analizar las situaciones básicas a través de dibujar a sus personajes en función de la clase social a la que pertenecen y siempre en el marco de planteamientos trascendentes que ratifican en su autor la insidiosa manía de pensar.

Rastrea en los personajes toda huella o indicio capaces de permitirle una definición individual de cada uno de ellos, sin dejar de ser piezas integrantes de un engranaje social bajo cuya mecánica la moral y la religión resultan ser elementos de discriminación y explotación.

Pedro Jorge Vera en "El cansancio de Dios" marca también la marcha de la historia política del país, en cuyo contexto movido se forman y avanzan los protagonistas de la novela, dotados de la facultad de ser representantes de un proceso moderno de cambios políticos en cuyo entresijo de contradicciones e ideales se mezclan los oportunistas y los nuevos ricos, los acomodaticios y los venales, figuras todas al fin y al cabo del mismo poder dominante, corruptor y tenaz. Vale para ello cualquier ocasión para adoptar posiciones derivadas del vaivén político siempre veleidoso y fugaz en la historia inestable de nuestro país.

Pedro Jorge Vera es un narrador lineal, directo y llano, no postulan en su estilo o técnica narrativa aquellos sobresaltos de forma que difun-

dieron los magníficos escritores del boom, ni las rupturas estructurales ni códigos que los especialistas gozan en descifrar como quiera que sea.

Tal vez por ello, las novelas de Vera asumen con insistencia las características de la crónica política y de los retratos redimidos a la luz de la lógica clasista de inconfundible identificación. Pedro Jorge Vera va directo al grano, gracias a la facilidad con que define a sus personajes a través de líneas consabidas, como, por ejemplo, la fascinación que genera el dinero, la ambición concomitante relacionada con el ejercicio del poder y, por supuesto, la obsesión por el sexo.

De otro lado, le place al autor la discusión más que la acción, aunque podría ser acción aquello que corresponde a un tipo de personalidad individual y social, la cual prefigura, obviamente, una línea de conducta en el contexto activo de la sociedad.

Sus personajes novelescos suelen ser, en tal virtud, seres inteligentes y cultos, formados algunos en disciplinas varias, exégetas de la problemática humana a nivel de un país cuyo retardo social incide en la dependencia internacional que mantiene desde sus orígenes republicanos. Por eso creo yo que Pedro Jorge Vera sigue siendo el gran novelista de "Los animales puros".

Lo digo con referencia a una novela que marca desde su publicación todo el transcurso de la obra posterior, a lo largo de la cual se ratifica de paso una inextinguible persistencia creadora y, además, una insoportable posición ideológica. Parte sustancial de esta lealtad doble del escritor y del hombre, es, sin duda, su estilo narrativo. Fiel consigo mismo, sin caer en las tentaciones que provienen de las corrientes y tendencias más imaginativas y audaces, Pedro Jorge Vera apegado siempre a su condición novelística, no dejará de ser un escritor capaz de entrar sin intermediarios en el cerebro y el alma de los lectores.

En "El cansancio de Dios" tal vez la complejidad del tema y lo difícil que resultaba acertar con el retrato exacto del personaje principal, han influido en la idea o el mensaje, cuando las elucubraciones alrededor de Dios a veces se desajustan de los propósitos que persigue el autor. Pero si esta evidente ambigüedad deviene connatural a las dudas humanas en torno a las ilusiones de la fe y a una especie de prurito de irresponsabilidad del hombre con respecto a sus propias acciones, en-

tonces estaría bien lo flotante y las flagrantes contradicciones en que incurrían los personajes y el problema.

En todo caso, desde cuando Eurípides repartió la responsabilidad del destino humano por partes proporcionales entre Dios y los hombres, bien pudiese ser que Dios, cansado de los hombres y sus errores y horrores, haya decidido alejarse de los seres humanos, como ocurre en la novela de Pedro Jorge Vera. De este modo, se confirmaría su valor invocatorio consuetudinario y de arraigo espiritual que muchos denominan esperanza.

De cualquier manera, en la novela de Pedro Jorge Vera, si no se ve de forma precisa, si Dios se cansó de los hombres o éstos se cansaron de Dios, lo que se ve pasar en nuestro tiempo, es materia de guerras, masacres, terrorismo, pobreza absoluta, sexismo, corrupción, explotación, crueldad, etc., justificaría el que Dios, hastiado de tanta maldad y sintiéndose impotente, no quiera saber ya nada de los hombres, incorregibles y abominables.

El caso es también que en la actualidad avanza la posibilidad de que la Virgen María se convierta en Corredentora y Mediadora de Dios, mediante el respectivo dogma papal en pos de cuya promulgación acceden millares de firmas procedentes de los rincones más apartados del planeta, proceso que, obviamente, nada tiene que ver con una campaña de liberación femenina a nivel celestial, sino con el "cansancio de Dios" y la necesidad de considerar el nombre de alguien que pudiese colaborar con él en la ardua tarea de escuchar las interminables súplicas humanas. Recordaría el poema de Alejandro Casona sobre el tema de la niña que le rogaba a Dios que le diese senos, pero que Dios, "allá arriba, tan lejos", no podía escuchar, hasta cuando llegó el amor y entonces la niña tuvo senos.

El siglo XX, se ha dicho, ha sido el Siglo de María, la cual se ha hecho presente en más de cuarenta apariciones, incluidas las del Ecuador, en lo que podría interpretarse como un programa promocional en el sentido de velar por los afligidos del mundo. Y se habla, en esta virtud, de una opción mejor para los pobres de Dios, un portavoz más cabal y práctico de los parias, un "Dios maternal", una posibilidad clara en cuanto a comprometer la misericordia de Dios en favor de los pobres.

Ojalá un día la humanidad entrase por la senda del bien solidario y generoso, en el marco de la globalización que regentan los Estados Unidos de Norteamérica. La esperanza es lo último que se pierde. De pronto, aquella lucha sangrienta y absurda que se libra desde hace años en el Oriente Medio, termina de una vez. Y los traficantes de drogas cambian de negocio y se vuelven amigos de las clases sociales más desposeídas. Quién sabe si mañana la humanidad amanece organizada entre factores de igualdad y los ricos deciden convertirse en hombres humanitarios y justos.

Por desgracia, lo que vemos todos los días confirma una realidad explotadora y opresiva, sin aparente solución, razón por la cual la dulce, inefable, hermosa Virgen María, acabará tan cansada como dios mismo, sin perjuicio de brindarle a Pedro Jorge Vera la ocasión para que insista en el tema, tan incansable como él es en su largo y siempre importante oficio de escritor.

Pero, en suma, una obra que nos hace pensar y nos coloca delante de nuestra imagen habitual, aberrante y terca, y cuestiona la realidad de una sociedad que se descalabra día a día, a ritmo cada vez más destructivo, se califica por su mensaje y las dudas insondables que suscita. Leer "El cansancio de Dios" vale tanto como un profundo examen de conciencia, como una limpia lección de honestidad reflexiva que deja, al final, las cosas en su sitio. Dios, al fin y al cabo, constituye una invocatoria crónica que prevalece a pesar de todo y que incluye a los ateos, en tanto los hombres hacen a diario todo lo posible en materia de destruir a la naturaleza, matarse entre sí, ahondar los abismos de la pobreza, elevar la frivolidad hasta límites tremendos de lascivia y gula. En éstos los seres humanos que detentan el poder de decidir y mandar, son realmente incansables. Queda, pues, en pie el interrogante esencial, alrededor del cual tuvo lugar la famosa polémica entre el Abate Pierre y el científico Bernard Kouchner: si Dios es tan bueno, ¿por qué hay tanta maldad en el mundo?

Pero, insisto la otra ancla del problema corresponde a los hombres. Si Dios trasciende de la filosofía y la fe y se ubica sobre el terreno de la praxis cotidiana, no cabe atribuirle todo lo que los hombres hacen en función de su autonomía existencial y del racionalismo. Recuerdo el caso de un querido amigo cuyo padre murió como consecuencia de

una mala práctica médica, a quien insinué la posibilidad de que demandase a la clínica que cometió el hecho, en respuesta a lo cual dijo que, en definitiva todo había sido voluntad de Dios. La estructura social cuyos fundamentos descansan sobre la casuística, pretende demostrar que cada uno de los seres humanos ocupa el lugar que le ha sido asignado por Dios.

Quiero decir, en suma, que la novela de Pedro Jorge Vera no ha obligado a recorrer un viejo camino de perspectiva intelectual y ello va más allá de lo puramente literario. Es clara la manera de considerar el problema y sus personajes, sin la densidad problemática de un Dostoievski, por ejemplo, encarnan el proceso respectivo con lucidez y hondura. Si, como lo sostiene Sidner, fuese posible una tecnología de la conducta, entonces tal vez las relaciones interactivas entre Dios y los hombres no serían tan complejas como son.

HOMENAJES A GONZALO ZALDUMBIDE Y MEDARDO ANGEL SILVA

Alba Luz Mora

VIGENCIA DE GONZALO ZALDUMBIDE

Leonardo Arízaga Vega ingresó el día 15 de abril al Grupo América, como miembro de número, disertando sobre un tema de especial interés literario: "El esteticismo en la obra de Gonzalo Zaldumbide".

La figura del quiteño Gonzalo Zaldumbide reúne varios signos diferenciales y abarca los primeros años del siglo XX.- Fue en primer lugar el signo clave de la renovación que se operó en nuestro país a raíz de la Revolución Liberal de 1895. Un 15 de mayo de 1902 se organizó la SOCIEDAD JURÍDICA LITERARIA, al amparo de la Universidad Central del Ecuador, de la que salió toda la transformación válida que en materia literaria reconociera la crítica nacional. Su revista -que hasta hoy subsiste- fue el campo de experimentación intelectual de una generación que reaccionaba ante la crisis económica, social e ideológica y la guerra civil que había vivido el Ecuador. Ellos creían en la paz, la ciencia, la armonía en la creación estética.

Ya Manuel J. Calle con Miguel Albornoz y Miguel Arsitizábal sacudieron el ambiente con sus polémicas políticas. Y, a nivel continental, el uruguayo José Enrique Rodó dio su mayor lección de idealismo como camino que requería América de origen hispánico frente a Norteamérica con su libro "Ariel". Mensaje que recogió Gonzalo Zaldumbide en su poema "El anarquista", publicado en el primer número de la Revista Jurídico Literaria, que habla de "la neurosis del siglo" y da una significación acusada a la actitud de los jóvenes a quienes representaba.

Fue el brote rebelde que requería la época y que salía de una familia de batalladores liberales. Luego vino el discurso que el estudiante Zaldumbide pronunció en la distribución de premios de la Universidad Central en 1903, titulado "De Ariel", glosa apasionada y brillante

del ensayo de Rodó. Ese trabajo puso de manifiesto la valía del joven escritor.

El segundo signo de Gonzalo Zaldumbide fue la talla de reconocido crítico de su época, junto a una percepción literaria privilegiada. Angel F. Rojas expresa que "ha tenido un tiempo como orientador". Agustín Cueva, no obstante sus discrepancias ideológicas, asevera "de Zaldumbide valen más los estudios críticos de Villena, Juan Bautista Aguirre". Y califica a su novela "Egloga Trágica" como "la manifestación más importante del modernismo en el Ecuador" con excelentes descripciones de paisajes, anotaciones psicológicas". Por su parte Fernando Tinajero dice "escritor de recia contextura y de profundidad que no puede ser regateada en nombre de discrepancias ideológicas, Zaldumbide produjo una obra parva en extensión pero rica en contenido, con la cual el Modernismo adquirió una de sus dimensiones más notables: el arielismo". Y lo llama la figura más alta y más robusta de esta tendencia". Además, Gonzalo Zaldumbide, en penetrante atisbo de primicia, reveló y divulgó a dos escritores europeos que marcaron después huella en la Literatura Mundial. El elogio de Henry Barbusse" y "La Evolución de Gabriel D'Anunzio" son producciones donde se alaba al escritor francés que todavía no gozaba de la fama a que llegó con novelas como "El fuego" y "El infierno". Y en el caso del italiano D'Anunzio se penetraba en un escritor que ya llegaba con sus creaciones a todo el horizonte del mundo.- Según Isaac Barrera, el estudio de Zaldumbide "fue una de las mayores obras de crítica moderna que dejó en claro la arquitectura de la producción del italiano.

El tercer signo diferencial de Gonzalo Zaldumbide fue su prosa, la armonía y terso dominio de la palabra, con estilo de buen gusto, parco, moderno y penetrante. Gustavo Alfredo Jácome nos habla de "su áurea magnificencia", que guió al crítico Luis Alberto Sánchez para la clasificación de los "arielistas". Galo René Pérez confirma la apreciación cuando dice "hay en él un equilibrio de lenguaje y de ideas que es su fuerza... con una percepción clara de lo que debe ser esencialmente la Literatura... poseía la aristocracia del gusto que no admitía contemporizaciones".

Precisamente para Leonardo Arízaga Vega, amigo del buen decir, que hace de la expresión oral un cultor cuidadoso del lenguaje y su ri-

queza conceptual y un elitista en el manejo de los términos que acusan el sumun y la vocación para la expresión literaria, el tema del esteticismo de Zaldumbide no fue meramente coincidental, porque se avino con su amor por el uso correcto del idioma de Cervantes y nos reveló, además, sus condiciones de crítico literario y ensayista, puestas a prueba en sus libros de ensayos "Las voces de la Patria", "Escorzos", "Sucre: el Gran Mariscal" y "Reminiscencias".

Gran amigo, dinámico dirigente de múltiples entiddes culturles, diplomático de carrera, va a solazarnos con su disertación.

Leonardo Arízaga Vega

EL ESTETICISMO EN LA OBRA DE GONZALO ZALDUMBIDE

Desearía que estas primeras palabras transmitiesen mis sentimientos de gratitud hacia el "GRUPO AMÉRICA", en general y, de especial manera, a su digna Presidenta, Licenciada Alba Luz Mora Anda, por haberme otorgado el singular honor de formar parte de tan connotada Institución, la cual desde antiguo, ha trazado sobresalientes hitos en el cimental ámbito de la cultura.

Como es por todos conocido, ella tiene ya un largo y proficuo historial. En efecto, fue en agosto de 1925 cuando Antonio Montalvo y Alfredo Martínez, dos conocidos intelectuales ambateños, fundaron una Revista a la cual dieron el significativo de "América", la misma que hasta 1996, había tenido nada menos que 118 ediciones, hecho realmente inusitado para nuestro medio en tratándose de una publicación de tal índole. Ella habría, con el tiempo de convertirse en una suerte de auspicioso heraldo por cuanto en 1931 se constituyó el que, desde entonces, se denomina "GRUPO AMÉRICA", integrado, en su fase primigenia por figuras de tanta prominencia como fueron, entre otros, Gonzalo Zaldumbide, Isaac Barrera, Benjamín Carrión, Augusto Arias, Jorge Carrera Andrade, Gonzalo Escudero, José María Velasco Ibarra, Demetrio Aguilera Malta, En la actualidad y fiel a su tradición de excelencia, esta noble institución cultural está integrada por un selecto grupo de intelectuales.

He escogido como tema de mi discurso de incorporación: "El esteticismo en la obra de Gonzalo Zaldumbide". Bien se me alcanza que ca-

rezco de las calidades y cualidades necesarias para intentar una exégesis, por insignificante que fuere, de un personaje de tan elevado coturno y comprobado linaje intelectual. Permitome, en consecuencia, reclamar la benévola indulgencia de parte de tan distinguido auditorio, por cuanto, para poder cumplir a cabalidad con un cometido de tan alto volumen, seriame menester contar a mi favor con lengua heráldica y con el entono condigno a tal solemne ocasión. A falta de ello, me esforzaré en hacer derroche de emoción -aquel estado de ánimo inducido por la impresión de los sentidos- igual a la que produce la evocación de una personalidad como la de Gonzalo Zaldumbide.

Debo declarar, sincera como paladinamente, que siempre me fascinó la egregia como preclara figura de Zaldumbide. En verdad, pocos, como él, poseían tal clásico dominio formal; pocos, como él supieron llevar, con tanto garbo, señorío y elegancia, el suntuoso manto idiomático; pocos, como él lograron tan extraordinaria precisión estilística, tan profundo y cabal conocimiento de la metáfora, con la cual, como la hoja de acanto que adorna un monumento, engalanaba de clacisismo sus sonoras frases.

Después de haberme, prácticamente, embebido -como lo hace la esponja con el agua- en casi toda su vasta obra -no tan extensa como habría exigido su reconocida prosapia en el mundo de las letras-, he estado varias veces tentado de discurrir, con relativo detenimiento, sobre un escritor de tan marcadas como prominentes aristas. Muchas personalidades de antaño y hogaño, como fue, sobre todo, el caso cuando me cupo el altísimo honor de presidir la Comisión Nacional Permanente de Conmemoraciones Cívicas, así como en mis intervenciones en el exterior como miembro de carrera de la Diplomacia Ecuatoriana, han merecido los escarceos de mi débil ingenio. Al vencer hoy la indecisión -aquel pesado lastre el cual, como lo sugiriera Paul Valéry, es preciso arrojar a la borda-, héme hoy aquí ante vosotros con este modesto, emotivo y sincero homenaje a una de las figuras torales de la Patria, a la cual prestigió acaso como ninguna, a lo largo del Siglo que declina.

Si la memoria no me es infiel, fue a fines de Enero de 1953 cuando tuve el para mí, inesperado como singular privilegio de conocer personalmente, si bien es cierto de fugaz manera, a Don Gonzalo Zaldumbide, en circunstancias en que me detuve por unos días en París antes de

continuar viaje a la entonces pequeña y provinciana ciudad renana de Bonn, adonde me dirigía con la oficial misión de llevar a cabo las gestiones previas a la apertura de la primera Representación Diplomática ecuatoriana en Alemania de posguerra. El había ya, hace algún tiempo, traspuesto la barrera de la cincuentena, "aquel puerto serrano que separa la solana de la umbría", para usar la expresiva metáfora de don Miguel de Unamuno. Se acercaba, entonces, a los setenta años de edad -restábase un poco más de una década de vida por cuanto falleció en 1965, a la proveyta edad de ochenta y un años-, pero su talante y aspecto físicos, troquelados en noble metal, seguían firmes, pese al corrosivo paso del tiempo. La lozanía de su semblante, no obstante su largo trajinar, reflejaba aquella paz interior, la cual, como nos dice Leonardo da Vinci, se proyecta hacia afuera. Vendimiaba, sin presuntuoso alarde, los frutos, ya sazonados, que a lo largo del sendero había sembrado al voleo. Era notorio que, pese a sus siete décadas, el paisaje umbrátil no formaba parte de su mundo interior, en el cual podrían, tal vez, resonar en sus horas de soledoso recogimiento las nostálgicas estrofas de ese orificio de la palabra que fuera el carmelita San Juan de la Cruz y repetir, a sotavoz, aquellas que se refieren a "la noche sosegada/ la música callada/ la soledad sonora".

Al enterarse de mi ancestro y procedencia cuencanos, don Gonzalo se explayó largamente sobre lo que Cuenca -a la cual, en frase tan feliz como acertada, llamara "ciudad con alma"- ha significado en la cultura nacional. Se refirió, especialmente, a aquella trilogía de sustantivos valores integrada, para decirlo en alfabético orden, por Rafael María Arizaga Vargas-Machuca, Remigio Crespo Toral y Honorato Vásquez Ochoa. Hizo asimismo, alusión a su primera visita a Cuenca en 1928 invitado por Crespo Toral para solemnizar, con su presencia, la celebración de la "Fiesta de la Lira", aquel prestigioso cenáculo que congregaba a la élite intelectual y cultural de esa privilegiada ciudad, en cuya ocasión el "Mantenedor" -suerte de director de escena- fue Arizaga Vargas-Machuca, mi ilustre abuelo. Don Gonzalo fue invitado para que actuara como "Mantenedor" en la "Fiesta" de 1929, a la cual, no obstante sus deseos, no pudo concurrir por haber sido designado como Representante diplomático del Ecuador ante el Gobierno de los Estados Unidos de América. Al lamentar el hecho, remitió, desde Washington DC, un enjundioso trabajo intitulado "Mi regreso a Cuenca", dedi-

cado a Gabriela Mistral, el cual mereció, entre otros conceptuosos elogios, el prodigado por el connotado intelectual francés Charles Maurras.

La personalidad de Gonzalo Zaldumbide ofrece al investigador varias como fascinantes facetas, en las cuales la excelencia constituye, sin exageración alguna, el denominador común. En verdad, en su larga y proficua "hoja de vida" existen, estrechamente imbricadas la una a la otra, la del diplomático, del orador, del conferenciante, del escritor, del estilista, del crítico, del polígrafo, en fin, del esteta.

Cuando joven aún, ingresó a las filas del Servicio Exterior de la República, trashumante profesión que le llevaría al desempeño de funciones ya como simple integrante o, en su mayor parte, como Jefe de Misión, a países como Francia -en el cual habría de permanecer, en diversas etapas, por varios años-, Italia, Gran Bretaña, Estados Unidos de América, Chile, Perú, Colombia, Brasil. Su ya reconocida fama como escritor abría, de par en par, las puertas a donde fuera y, más que al diplomático -sin dejar de reconocer su alto rango y sus grandes capacidades- se veía en él al intelectual de subidos quilates, reconocido como tal por la crítica más exigente de aquende como de allende los mares. Como no podía ser de otra manera, la Patria solicitó, una vez más, sus valiosísimos servicios para el desempeño del honroso como merecido cargo de Canciller de la República, al cual, como era de esperarse, prestigió con su presencia.

En conferenciante, al igual que el orador, llamaron la atención de cuantos tuvieron el privilegio de escucharle, cuyas clásicas expresiones tenían el nostálgico sonido de los viejos doblones de oro. La riqueza de su estilo; la claridad expresiva; el dominio de la metáfora, la cual, según lo afirmara Bergson, pone en evidencia al escritor de pura cepa; el tono suasorio y convincente de sus expresiones, encontraron inmediato eco entre sus numerosos y selectos oyentes, quienes, ajenos a la ficticia actitud del alabardero, premiaban sus intervenciones con largas y sonoras salvas de aplauso.

El escritor tuvo en Gonzalo Zaldumbide a uno de sus más esclarecidos paradigmas. Purista del idioma -aunque a veces cediese a la tentación del neologismo que embellece y tonifica la frase-, domina, como muy pocos, el contrapunto entre la forma y el fondo, entre lo adjetivo

y lo sustantivo, entre el significado y el significante, como dirían los jerrarcas de la lingüística.

Buffon nos dejó impreso el aserto tan fiel como preciso en el sentido de que "Le stile c'est l'homme meme", es decir, que "el estilo es el hombre mismo". Esa relación causal entre la forma de expresarse, ya sea de manera escrita o hablada y la persona que la profiere, da la pauta para juzgar sobre los méritos o deméritos del ser que se dedica a la prometeica tarea de pensar, de escribir, de dejar su huella digital e su terrestre periplo. Si bien es verdad que todo escritor formado tiene su estilo -y Don Gonzalo lo que desde el orto de su actividad literaria-, su forma peculiar y personal de expresarse su característica idiomática que le distingue de los demás, en Zaldumbide el estilo adquiere categoría superior, grandilocuencia, riqueza, que contribuía a cubrir a su expresión con los atributos propios de la maestría.

La precocidad, es decir, aquella suerte de "quid divinum" que, con secreto arcaduz, se transmite a algunas personas, cuyo talento madura en edad temprana, fue, a la vez, uno de los rasgos diferenciales de su egregia personalidad. Los frutos de su genio e ingenio no estuvieron nunca en agraz, sino que, al contrario de lo que normalmente acontece, nacieron, como por ensalmo, listos a la vendimia. No se dio en él lo que es común en la naturaleza, es decir, el caso del pequeño hontanar que se descuelga furtivamente de las alturas cordilleranas y que, conforme desciende, adquiere más y más fuerza hasta convertirse en impetuosa corriente. En Zaldumbide, el esfuerzo primigenio adquirió la característica de aguas caudales, las cuales, impetuosas, irrumpieron en el ámbito literario.

Si se me permite una digresión, necesario es referirse a otro caso de notable precocidad entre nosotros, como fue el de Gonzalo Escudero, quien, en 1919, a los dieciséis años de edad, nos hizo conocer "Los poemas del arte", augural destello del numen de quien, con el tiempo, había de convertirse en una de las cumbres poéticas del Ecuador. El sentido y vívido "Ars perennis", constituyó para él una segunda naturaleza y fue así que su peñola no se secó sino momentos antes de su muerte. En efecto, "Requiem por la luz" -cuyas octavas reales vibran como los acordes de una gran sinfonía- y, sobre todo, "Nocturno de Septiembre", escrito con temblorosa mano -como pueden observarse en la edición

faccimilares publicada por el Banco Central del Ecuador- traducen ese sentimiento aún cuando las sombras occiduas cubrían ya su vida con el obsidiano reflejo de lúgubre y definitivo crepúsculo.

El padre jesuita Miguel Sánchez Astudillo, el eximio como apasionado exégeta de Don Gonzalo Zaldumbide, dice de él que "el gran escritor existió desde los veinte años. Nació en 1903 con su publicación de "Ariel" y ha permanecido substancialmente inmutable desde entonces". El reputado crítico citado agrega que "la norma es que el escritor disparate a los quince años, despunte a los veinte, se instale a los treinta y madure a partir de los cuarenta". Pero, agregaría yo, es el caso que él dio el sorpresivo diapasón desde 1903, fecha en la cual discurriría, con innata capacidad, sobre Ariel y el arielismo, temas echados a volar a lo largo de América Hispana por el esclarecido talento de un hombre realmente excepcional como fue José Enrique Rodó.

En la primera década del presente siglo, Zaldumbide, quien ya sentía en su interior el constante batir de alas y el deseo de evasión para extender su horizonte cultural, fue a Europa, en donde permaneció hasta 1919, tiempo en el cual abrevó, con sitibundo ímpetu, su sed de conocimientos en las aguas lustrales de la cultura europea. Las llamadas "Cartas de Juventud", que comprendieron un período de más de seis años y que, en su gran mayoría, fueron dirigidas a su entrañable amigo y hombre de tan fino espíritu como fue don José Rafael Bustamante, nos dan una idea del bagaje cultural que, en tan temprana edad, llevaba ya en su arcón. El no fue de aquellos escritores -para decirlo en forma metafórica- a quienes se les agota la pólvora en el primer trallazo; será, en cambio el gallardo descóbolo que lanzará, "sin pausa y sin prisa" como aconsejara Goethe, sus mensajes llenos de sustancia.

Escritor millonario de dicción y expresión, -Isaac J. Barrera lo proclama, sin ambages, "el más grande prosista del Ecuador contemporáneo"; Benjamín Carrión no tiene hesitación alguna en calificarlo como "la figura mayor de la literatura ecuatoriana actual" en tanto que Sánchez Astudillo asevera que es, con mucho, el mejor y mayor estilista ecuatoriano, similar, si no mejor, que el ilustre filósofo español don José Ortega y Gasset, quien hizo del uso de la palabra un verdadero rito - Zaldumbide dio a su obra ese esteticismo de orfebrería, que es atributo de muy pocos, con el cual buriló su expresión con el mágico toque

de la excelencia, Y si bien es cierto que, en veces, incurrió en gongorismos de tono barroco, lo hizo con el objeto de dar a la frase la luminosidad propia de lo espectacular.

Como queda dicho, su primer viaje a Europa duró siete años -de 1903 a 1910- Decidió, en aquel período, armarse, por propia mano, caballero y sin espaldarazos ni cintarazos extraños, hizo su airosa entrada al palenque, a fin de ajustar, no obstante su juventud, en la arena literaria y exponerse, "ipso facto", al escocedor rebenque de la crítica. Se había ya dado manera de pulir los gavilanes de su pluma, y sobre todo, de afilar las espadas para enfrentarse favorablemente al adversario que, en tratándose de un escritor, es todo aquel que se lee y de quien espera flechas enharboladas, sonoros ditirambos o gélida indiferencia.

Las obras que escribió Zaldumbide, en ese lapso, y a las que más importancia otorgó fueron, en primer lugar, la novela "El retorno" - preámbulo de la que, con el tiempo, sería la "Egloga Trágica"-, y luego, "Gabriel D'Annunzio" y "El elogio de Henri Barbuse".

Para Sánchez Astudillo, "la primera parte de la Egloga es la cumbre del estilo inebriante. Pero el Zaldumbide del estilo pleno, insenescente, claro y serenamente inmortal, está en la segunda acción de la "Egloga Trágica". "Nos encontramos aquí -agrega el sapiente jesuita- en la frontera de lo maravilloso. Estilo de lo más acabado que se conoce en lengua castellana, lo más vecino que tenemos al inefable Racine: terso y leve por fuera, mortalmente intenso por dentro".

Aunque la hipérbole se enseñoree en dicho análisis y corra el albur de sustantivizar la metáfora, no cabe duda que tanto en su primera parte, publicada hasta 1916 -Angel F. Rojas la denominó "torso mutilado", en tanto que José Miguel Leoro la calificó como "sinfonía inconclusa, poema del amor inencontrable"- como en la segunda parte, que salió a la luz alrededor de 1956, Don Gonzalo escala hasta la cúspide.

En el Prólogo que Francisco Guarderas escribiera en 1956 al presentar el texto completo, nos dice que "como en la obra posterior de Zaldumbide ya luce en ésta aquella precisión de términos por lo cual no parece ahí una palabra de más, ni acaso de menos".

Las noticias iniciales sobre la existencia de esa primera y única novela, aparecieron, como nos relata Galo René Pérez, en 1915, cuando la

Revista de la Sociedad Jurídico-Literaria publicó, bajo el seudónimo de R. de Arévalo, algunos capítulos. "No logró, nos dice más adelante, engañar a nadie. La lectura reveló al conocedor de estilos de entre el grupo de miembros de esa Sociedad y de su escaso público, que el verdadero autor no podía ser otro que Gonzalo Zaldumbide, quien había dado ya muestras de un propio estilo". Por su parte, el Señor José Miguel Leoro, Profesor de Literatura del Colegio Gómez de la Torre de Ibarra, en una conferencia dictada en dicha ciudad en 1953 -la cual constituyó una verdadera primicia- se refirió en bien trazados como encomiásticos términos, al texto completo de "Egloga Trágica", calificando a su autor como "el alarife de espiritualidad parisiense", así como "escritor de clara estirpe que a cualquiera materia sabe darle realidad".

Vendrían después, en seguidilla, el "Gabriel D'Annunzio" y, poco tiempo después, en "Elogio de Henri Barbusse". Con respecto al primer libro en mención, su autor nos dice: "este tiene para mí un mérito casual: el haber sido el primer libro que se hubiese publicado sobre D'Annunzio". Lo comenzó a escribir en Junio de 1908 y no fue obra de improvisación, sino, como nos dice, "fruto de antiguo conocimiento de amor, de ese amor que no quita lucidez. Lo escribí en pleno ardor de juventud y con libérrimo dominio del tema, tras ocho o diez años de venir leyendo todos los libros D'Annunzio".

El gran "condottiere" italiano, el libertador de Fiume, el escritor, el poeta, el ensayista, el dramaturgo, sobresalía, en esos momentos, con su porte apolíneo y su actitud dionisiaca en los que estrujaba, con insatisfecha sed, los racimos de júbilo. El vate múltiple y sensual, -poeta ya siendo adolescente-, autor de "Preludios", "Primae vere", "El fuego", "Tierra virgen" "Canto novo", "Laudes", etc., gozaba a ritmo cada vez más acelerado, con los pomos de oro que le venían del Jardín de las Esférídes, con los cuales solía exhibirse en una actitud ofensivamente narcisista.

Zaldumbide acota, más adelante, que "su temprano "D-annunzio" no fue un libro precoz: en 1908 entraba ya a mis 25 años, punto desde el cual el hombre se adelanta de la zona tórrida de las pasiones hacia la diáfana zona templada de la medida, la selección, el albedrío".

En forma casi coetánea, como queda dicho, Zaldumbide dio a la publicidad, en la misma Casa Editorial de R. Roger & Cherris de París, su

"En Elogio de Henri Barbusse" del que Rafael Cansino Assens dice, en su Introducción, que "se trata de un libro perspicaz y profético". El mismo escritor español antes citado agrega que "el parvo estudio del Barbusse oscuro honrará al crítico que la suscribe no sólo por su perspicacia adivinadora, sino también moralmente por la devoción con que dedica una de sus guiraldas de entusiasmo a ornar un hermes aún no consagrado por las unciones del episcopado literario". Zaldumbide nos dice que los libros de Barbusse "nos hacen ver, a una luz inesperada, un sentido de la vida que asegura al hombre en medio del universo, una falaz pero grandiosa y trágica realeza".

En José Enrique Rodó, escrito en 1928, Zaldumbide trazó, con mano maestra, la epopeya de quien fuera, con toda justicia, proclamado como el primer prosista de América Hispana. Su ensayo constituye, en cierto sentido una retribución al extraordinario elogio, tenido como el mejor en lengua española, que el Maestro uruguayo dedicó a don Juan Montalvo.

En 1933, la comisión asesora del Ministerio de Instrucción Pública del Uruguay sugirió la publicación de "José Enrique Rodó" de Gonzalo Zaldumbide, se indicaba que "sería ocasión de señalar la utilidad que tiene el estudio de Zaldumbide, indicado por la crítica más autorizada de América y Europa como trabajo sobresaliente aún entre los que en plano superior ha producido el examen de aquella labor insigne". Pese a recordar que la obra del escritor ecuatoriano había publicado quince años atrás y de la aparición de otros trabajos sobre Rodó, agregaba que "no han podido gastar el prestigio de aquella crítica de Zaldumbide, ni borrar del pensamiento contemporáneo la huella de sus observaciones, aún cuando fuera cuestionada la exactitud de algunas".

Elogio, en verdad, por lo alto, no un simple ejercicio de lo que Lemaitre llamara "la critique jaculatoire", constituye el dedicado a quien, con el tiempo, habría de convertirse en maestro de juventudes, representado en el Próspero de su "Ariel, calificado como el "escritor por excelencia", artista y hombre de pensamiento, personal y universal, sapiente y espontáneo, entusiasta y crítico.

Pero si su ingenio estuvo dedicado, por mucho tiempo, a ensalzar glorias foráneas, Zaldumbide nunca se olvidó de quemar olivanos de admiración por lo nuestro. Si sus conceptuosos elogios a D'Annunzio,

Barbusse, Rodó, Bolívar, al inca Garcilazo de la Vega, Teresa de la Parra, Ventura García Calderón, etc., dieron a su personalidad el aura condigna a un gran señor de la literatura, su esfuerzo, a veces ciclópeo, por sacar de las estigias aguas del olvido a personajes ecuatorianos y ponerlos en justiciero plinto, mereció el aplauso de sus connacionales. "No hay personaje de nuestra literatura -nos dice en son de confianza- que no haya merecido mi esfuerzo, mi dedicación, mi anhelo por ensalzarlos". Y para probar su aserto, allí están, como ejemplos, sus fundamentales trabajos sobre Montalvo, merecedor de nuestra imperecedera gratitud al haber asumido la ingente tarea, en la cual contó con la amable colaboración de la conocida "Casa Editorial Garnier Hermanos", de publicar toda la obra del gran polemista ambateño; sus denodados esfuerzos por sacar del calcinante anonimato a figuras cimentales de nuestra literatura, como fueron los casos del Obispo Gaspar de Villarroel y del jesuita Juan Bautista Aguirre, a quienes, junto a Montalvo y Rodó, incluyó en su obra "Cuatro grandes clásicos americanos"; su emotivo y laudatorio saludo a Luis A. Martínez luego de la publicación de su novela "A la Costa"; su enjundioso trabajo sobre Remigio Crespo Toral, sobre Miguel Valverde y su tiempo, sobre Medardo Angel Silva, etc., prueban, con la elocuencia de la realidad, su infatigable empeño por poner sus indiscutidas ejecutorias a resaltar lo nuestro, lo auténtico, lo intransferible.

En muy poco tiempo se cumplirá el centenario de la publicación de su primer libro "De Ariel". Tengo para mí que su vasta obra, cuyo jubilo heraldo constituyó su disquisición en torno al arielismo, tiene ya lo que Arnold Toynbee denominara, con acertada metáfora, "dimensión temporal". Sujeta a la alquitara del tiempo, que limpia impurezas, ahí se está incólume, sobria, con todos los elementos que han hecho de ella un esplendoroso paradigma. Si por un lado, los dorados alamares de su vistoso atuendo diplomático proyectaban, a propios y extraños, la figura y el talante del "Gran señor", su obra, adornada con la virtud, casi mágica del esteticismo, habrá de perdurar entre los espíritus que otorgan valor a lo verdaderamente trascendente, porque ella, al igual que el oro viejo, permanece reluciente y llamativa.

Con la gallardía y los arrestos propios de un Lictor romano -que se abre paso en la multitud y señala rumbos-, Gonzalo Zaldumbide tremoló el sagrado y consagrado confalón tricolor a dondequiera que el

destino lo llevara y dejó, a su paso, la estela de lo perdurable. Por desgracia, una pesada clámide de olvido cubre su enhiesta efigie y es por ello que no podemos ni debemos permitir que el descuido, el desinterés y el desconocimiento de muchos contribuyan a eclipsar una figura de tanta comprobada valía. Estamos, creo yo, en deuda con él. Permítome, por lo tanto proponer, aquí y ahora, que iniciemos una suerte de "Cruzada" con el cardinal y patriótico objetivo de publicar, si no sus obras completas -saludo aquí la plausible iniciativa tenida por su hija de reeditar la "Egloga Trágica", ya en circulación- por lo menos una nueva antología de los principales escritos de Gonzalo Zaldumbide. Merecedores de nuestro especial agradecimiento son Humberto Toscano y el padre jesuita Miguel Sánchez Astudillo, quienes, bajo el sello del Departamento Editorial de Educación, dieron, en 1960, a publicidad dicho estudio. Por su parte, Francisco Guarderas, en un enfoque lleno de finos atisbos intitulado "Las páginas de Gonzalo Zaldumbide", editado en la Casa de la Cultura Ecuatoriana en 1962, contribuyó, con la exégesis de su obra, a mantener latente el interés por una personalidad de tanta nombradía. Sería, por lo tanto, muy deseable, que el Gobierno Nacional, el Ministerio de Educación y Cultura, la Cancillería ecuatoriana, el Banco Central del Ecuador, la Casa de la Cultura Ecuatoriana "Benjamín Carrión", de consuno, con su digna heredera, unimismasen esfuerzos con el objeto de plasmar en realidad este hercúleo proyecto, que hoy me permito poner a consideración del culto público ecuatoriano en un merecido tributo a quien tanto hizo porque el nombre la Patria fuera respetado, conocido y apreciado en los grandes cenáculos literarios en donde él fulgió con luz propia.

Susana Cordero de Espinosa

SOBRE MEDARDO ÁNGEL SILVA EN EL CENTENARIO DE SU NACIMIENTO

Hace ya algunos años y como corolario indispensable de una larga correspondencia quise conocer a una poeta amiga. Fui a la ciudad en que ella vivía. La encontré dulce y generosa, inmensamente gorda, casi imposibilitada de caminar, pero siempre de rostro bello y expresivo. Me recibió con cariño, me habló de su trabajo, de lo que quería conseguir y hacer en el futuro; sobre todo, de su amor por la palabra y por la vida. Contra todo lo esperado, en un momento de profunda sinceridad, me dijo: "Susana, yo tengo la vocación de la nada. La nada me llama... Lo expresó en tono doloroso, confidencial, secreto. Como si la nada saliera de ella misma, para contagiarme a mí, joven entonces, del sentido de la negación inserto en toda existencia. Me estremecí al escucharla, y no cambió mi angustia por su revelación, el que la hiciera ante una inmensa fuente de buñuelos que me invitaba a comer con ella: era su postre.

¿Acaso su apetito desmentía su agonía interior? ¿Podía yo condenarla por su voracidad? ¿Su afán de atiborrarse de buñuelos luego de una mesa prolongada y bien servida, privaba de belleza uno solo de sus poemas?

Desde entonces, me cuidó de interpretar la poesía por datos ajenos a ella misma. El hecho artístico -cuando lo es-, siempre poético, tiene su sentido y su destino, ajenos incluso al sentido y el destino del poeta. Muchas veces, totalmente contradictorio, por eso, no me interesa la vida del escritor, sino en la medida en que se trata de una vida humana, equivalente a otras vidas. Me interesa, sí, la creación que en ella se ha entregado. No la sociedad, ni las contradicciones sociales que el poeta

expresa o deja de expresar, como si fueran el fundamento de la obra de arte. Me importa esta obra, de ella me alimento y en ella anclan mi desolación y mi esperanza.

Es indispensable comenzar mi conversación sobre uno de los grandes poetas modernistas ecuatorianos, el centenario de cuyo nacimiento celebramos, con la siguiente acotación, por cierto muy prosaica. Porque solamente ahora, a finas del siglo XX, podemos reconocer, sin miedo a herir sensibilidades retorcidas, pudores políticos mal entendidos, dogmas sociologizantes, que la literatura, el arte, no se hacen con buenos sentimientos. Que no es voluntad de cambiar una realidad que urge que sea distinta, la que empuja al artista a crear, pues ante todo el creador se busca a sí mismo, anhela comprender su ser y, en muchos casos, vivir más allá de su circunstancia, tomándola como lo accidental, pues la clave del ser humano está, precisamente, en aquello que de él está destinado a la perduración, no en lo sujeto al vaiven del espacio y el tiempo visibles, mensurables.

Por eso, aunque admiro y valoro como la más el trabajo que, a lo largo de su vida, hizo el escritor socialista Agustín Cueva, investigador de primera línea y hombre idealista y coherente con sus sueños, para comprender y analizar la circunstancia existencial en que vivimos abrumados, no puedo dejar de reconocer que hoy muchos de los principios que guiaron su vida y su quehacer, sobre todo aquellos referentes al último sentido del arte, no son indubitales, y si queremos avanzar, hace ya tiempo habríamos debido ponerlos en tela de juicio.

El artista debe estar, solamente al servicio de su arte. En la medida en que de esa entrega surgen sus logros estéticos, que iluminan la vida y la muerte de todos, su obra tendrá significación y valor. Los innumerables engendros que surgieron a mediados de este siglo, de la imposición y el propósito de que la literatura, el arte, representaran los problemas de la sociedad, sus carencias materiales, y contribuyeran a la revolución, que, ella misma, no logró persuadir ni transformar, son testimonio de que el arte no tiene ni ha de tener otra finalidad que ella misma, a la que todo, la vida, los sueños, el que hacer cotidiano, las exigencias materiales, incluso, tiene que supeditarse. Si el artista está para expresar las carencias de la realidad, su dolor ante la injusticia y el desasosiego, se puede hacerlo, es porque esa realidad le urge desde sí mis-

mo. Pero su propósito creativo no puede ser otro que la transformación, por la pintura, el sonido, la palabra, de una materia en otra de altísimo sentido estético. Y lo estético, por principio, es amoral. El arte, lo repito, no se hará jamás de buenos sentimientos. ¿Imaginamos a un Van Gog pintando sus girasoles para transformar Holanda? Podemos evocar a Toulouse Latrec dibujando sus bailarinas y prostitutas, para volverlas santas o revolucionarias? ¿A Beethoven creando su música insuperable para cambiar la historia de Alemania? Lo que no quiere decir que el artista no pueda expresar el dolor que le produce la injusticia, más no como el único destino, sino como esa ineludible fuerza que desde el fondo del corazón le urge crear, y en el caso del poeta, a decir, que es su única manera de vivir. Poetas como Vallejo, que conmovían y estremecían con su propio dolor por el mundo, y su elección política del lado del pobre, son milagros poéticos y humanos. Pero no puede exigirse todo poeta crear gracias a los mismos estímulos y para los mismos fines. Vallejo escribió porque esa realidad hendía su alma y su inteligencia, y exigía la expresión de su sensibilidad. Pero hay infinitos poetas auténticos, cuya obra raramente se ocupa de estas denuncias. U otros, de obras escritas para denunciar, con magníficas intensiones, pero vacías en vigor estético, de misterio, de poesía. Por eso mismo, prontamente olvidadas.

Nada más triste que poder citar textos como el siguiente, sin dar oportunidad al investigador de que él mismo rectifique a otra luz que la única que él creía posible, sus conceptos, "No creo que valga la pena seguir ahondando en este asunto, -escribía Cueva- tan evidente me parece que la poesía de los 'decapitados' refleja el estado de ánimo de una clase envejecida en el desencanto y que añora, una vez despojada de sus poderes omnímodos, su mítico paraíso".

"Hombre de pueblo, el dcapitado de Guayaquil, sirve de prueba, disque, de lo que venimos analizando, no es un fenómeno de clase, sino un hecho puramente literario, pero yo sostengo que esta argumentación es falsa, y la poesía de Medardo Ángel Silva me parece probar más bien lo contrario". Así pues, la literatura es para Cueva un fenómeno de clase. El ser humano, resultado de la lucha de clases. Estas tesis - que deberían ser, apenas, hipótesis para seguir el trabajo de comprensión de lo real- ya no tienen sustento, no con esa rotundidad, no con ese afán de abarcar la totalidad, no con esas explicaciones a medias,

que pretenden ser absolutas e irrefutables. Nosotros hablamos hoy de Silva, a los cien años de su nacimiento, porque su poesía, como la poesía de los decapitados, fue y es mucho más que la expresión decadente de sicologías volcadas hacia sí mismas. Si así hubiera sido, ninguna significación tendría este evocar nuestro la figura de 'acicalado petímetro' de Medardo Ángel, y antes y más que eso, la de ese ser humano sensible y creador, que vivió la urgencia de transmutar sus sentimientos en la magia de la palabra y encontró para hacerlo la forma precisa.

Algo de decadencia para ciertas miradas puede haber en su angustia personal, pero de esa decadencia referida al sujeto, a sí mismo, en el cual se realizan todas las plenitudes y los infortunios. Porque sería trágico imaginar siquiera que el ser humano está condenado a angustiarse únicamente por motivos de clase, por revoluciones o por multitudes. A expresar, directa o indirectamente, sólo lo que se cocina en la sociedad en que le toca vivir. Nutriéndose de ello, puede rebelarse, Y no es rebelión menor la que transmuta, en la subversión de la palabra, sus vivencias ocultas. Siendo manifestación de muchas carencias sociales, puede ser también, en la estética, su redentor. Y así, quizá la verdad sea la contraria: más allá de la multitud, más allá de la masa, formando parte de ella pero en libertad, libertad de ser, libertad de crear, libertad de expresarse, el poeta perdurará, y no solamente el artista, sino el hombre, de cuyos sentimientos el quehacer poético es vehículo. El arte por el arte, pero más allá, en la belleza y la verdad que afloran en la auténtica obra estética, el hombre, todo el hombre, el del pasado, del presente, del futuro, Por eso nos vemos transparentados, de retorno a nuestra propia adolescencia, en los mayores poemas de Silva, inolvidables.

Esto significa que toda crítica poética, toda referencia al fenómeno poético en sí, tiene que anclar en el poema como dato central de la poesía. Y si es cierto que podemos avanzar algo e la comprensión de la belleza al buscar el quid de lo poético, en metáforas, reiteraciones, rimas, medidas, adjetivación, también es verdad que la transmutación de la palabra en poesía, se debe a inalcanzable, inasible misterio.

En el misterio que avanzamos. Guiados por nuestra propia percepción, por la emoción estética experimentada al leer los versos de uno de los decapitados, Medardo Ángel Silva.

Silva, nacido hace cien años, en 1898, cumple en sus poemas el designio del modernismo poético: necesidad incesante de expresión de su vida interior, y de los detalles exteriores de esta misma vida, de los que a menudo, sólo quisiera huir, como si el hecho de vivir dividido en dos grandes realidades: la realidad real, la de lo otro y los otros que le acosan, y la íntima realidad ilusoria, que no acaba de cumplirse, manera de un ideal de belleza y perfección inalcanzables ya desde el principio. Esta es la condena inicial, la caída, de que hablaba Patón y de que habla el cristianismo, desprovista de todo sentido sobrenatural, y por lo mismo, de toda posibilidad de redención. La vida poética es sometimiento de una sensibilidad exquisita a la continua prueba de la fealdad del mundo, de su torpeza, de su olvido. Pero también, la única forma de rebelión. Y más allá, y esto sobre todo en Medardo Ángel, la condena a una muerte temprana, que se celebra y canta, que se espera con premeditación, como a la libertad secretamente acariciada. Es como si el poeta hubiera optado por la pose del desvanecimiento, de la negación, del pesimismo. Tanto, que si no nos hubiera entregado sus versos, como acuarelas temblorosa en que reprodujo cuanto le fue posible, sus sentimientos y disoluciones, nada de él hubiera quedado. Apenas, la brevísima evocación de un paso que no tuvo tiempo de culminar su inicio.

La premura de vivir, que se sostiene en la ilusión equivocada, en apenas veinte años, de haber agotado todas las posibilidades de la vida, todos los ideales, no hay duda de que un ambiente letal, de aburrimiento, de angustia sin consuelo invadía los corazones de los vates, ya entonces entregados a la muerte como el supremo homenaje a sí mismos, de paso por la vida en la evasión, la droga, dejando como único testimonio de su dolencia, las estrofas de versos. Estetas de corazón, pero estetas derrotados, no encuentran en la poesía sino el vehículo de las carencias de la vida, y esperan la muerte, la provocan, como el acto supremo de rebelión, inútil y asombrado, de un poeta engañado por las inexistentes virtudes del vivir cuyo extremo es la desesperanza.

Silva escribe:

"Vida de la ciudad: el tedio cotidiano,

Los dulces sueños muertos y el corazón partido;

Vida exterior y hueca, vida falsa, océano
En que mi alma es igual a un esquife perdido!

No, dadme el reino puro del Silencio exquisito,
La Soledad de blancos pensamientos florida
Y la torre interior abierta a lo infinito
Más allá del Dolor, del Tiempo y de la Vida"

Viviendo tan hacia adentro, no ignora Silva, el valor del paisaje exterior:

"Revive las medrosas leyendas coloniales
El malecón dormido, en estas noches brumas,
Con su ría poblada de barcos fantasmales
Que mueven sus siluetas con un vaivén de cunas.

Faroles cuyas flamas hacen extraños signos,
Al derramar su luz tras cristales mugrientos
En una procesión de cíclopes malignos
Nos clavan, al pasar, sus mil ojos sangrientos.

Todo duerme... Y apenas si se oye, intermitente,
Algún reloj que late acompasadamente
Y el paso de los guardias por las calles desiertas"

En esta sencilla descripción, tierna y poética, de las calles de su Guayaquil nocturno, están presentes el espacio y el tiempo.

El poeta se siente mirando desde fuera, llamado, y en lo sombrío de la noche guayaquileña, la luz son infinitos ojos malignos e hirientes que se clavan en él. ¿Acusación? ¿Reproche? Pero constata que la ciudad descansa. Aunque el tiempo, solitariamente señalado por un reloj lejano, anuncia su presencia y con ella, el lento desvaímiento de la muerte que él mismo se encargará de apresurar.

Es impresionante la perfección formal de poemas escritos a tal temprana edad. Su prosa es también genuina, cuidada y bella. La sintaxis de sus versos es sencilla, sin retorcimientos, el vocabulario, de machadiana simplicidad. Estos logros prometían un quehacer poético que habría podido dejarnos auténticas obras maestras. Así lo manifiesta el estudio crítico sobre los poetas modernistas, escrito por Mario Campaña, poeta guayaquileño:

"En el caso de los 'decapitados', parece que su prematura desaparición truncó un proceso de maduración de los criterios con que enfrentaban el quehacer poético, y de renovación temática y lexical"...

Más tarde, el mismo crítico apunta"

"Página heroica y hermosa de nuestra historia literaria, intensa cuando breve, que desbrozó caminos y señaló, apasionada y vigorosamente, el arte de la poesía ecuatoriana del siglo: el norte de una entrega total al quehacer poético, de celoso respeto a la autonomía del arte y de absoluta fidelidad a los requerimientos interiores del poeta".

No quiero dejar de citar un poema que, en su calidad estética, el poder de sus imágenes, su precisión exquisita, poderosa adjetivación y a la vez la sencillez en la conjugación de tristeza y gozo, vida y muerte, movimiento e inmovilidad, desplazamiento y sonido, traduce como pocos y nos permite intuirlo, el misterio mismo de la vida:

"Va ligera, va pálida, va fina,
cual si una alada esencia poseyere.
Dios mío, esta adorable danzarina
Se va a morir, se va a morir.. se muere.

Tan aérea, tan leve, tan divina,
se ignora si danzar o volar quiere;
Y se torna su cuerpo una ala fina,
Cual si el soplo de Dios la sostuviere.

Sollozan perla a perla cristalina
Las flautas en ambiguo miserere...
Las arpas lloran y la guzla trina...
¡sostened a la leve danzarina,
porque se va a morir... porque se muere!

El poema parece el reconocimiento de su propio movimiento vital. Una llamada de socorro, el anhelo de perdurar entre la música, el aire, la poesía, y la imposibilidad de luchar contra la evidente presencia de la muerte.

¿Quién no recuerda la larga evocación de la infancia, escrita por Medardo Angel Silva al cumplir los veinte años? ¿Quién entre nosotros no ha repetido en su propia adolescencia y a lo largo del tiempo, alguna de sus estrofas, en reconocimiento del misterio allegado a la simplicidad, asimilándose con el dolor del poeta, con su nostalgia por la niñez que se abandona como un antiguo cuerpo sollozante, para vestir el traje indeciso e informe todavía, de la juventud?

¡Hoy cumpliré veinte años: amargura sin nombre
de dejar de ser niño y empezar a ser hombre,
de razonar con Lógica y proceder según
los Sanchos profesores del Sentido Común!

Me son duros mis años -y apenas si son veinte-;
Ahora se envejece tan prematuramente,

Se vive tan de prisa, pronto se va tan lejos,
Que repentinamente nos encontramos viejos,
Enfrente de las sombras, de espaldas a la Aurora,
y solos con la Esfigie siempre interrogadora!

Sigue la prolongada evocación de su vida escolar: los campos, la frescura de la risa inmotivada, la distracción, el calor de la infancia, con un vocabulario denotativo y cotidiano, que vuelve el poema, a no ser por la rima y el ritmo, casi conversacional. Sin rebuscamientos, Silva anhela la transparencia, que, sin embargo, no lo separa del profundo misterio de la palabra poética. Recuerda al maestro con voluntad de enseñar, en su crueldad exenta de ingenuidad, a pesar de que los muchachos prefieren la distracción y la lejanía. Recuerda, cómo Machado, en su poema a las moscas, el vuelo de

"...un rayito de sol o el girar bullanguero
de un insecto vestido de seda rubia o una
mosca de vellos de oro y alas color de luna"

¡El sol es el amigo más bueno de la infancia!
¡Nos miente tantas cosas bellas a la distancia!
¡Tiene un brillar tan lindo de onza nueva! Reparte
tan bien su oro, que nadie se queda sin su parte!
Y por él no atendíamos a las explicaciones;
ese brujo Aladino evocaba visiones
De las Mil y una Noches, de las Mil Maravillas
y beodas de sueños, nuestras almas sencillas,
Sin pensar, extendían las manos suplicantes
como quien busca a tientas puñados de brillantes!

Culmina así estas estrofas inolvidables:

Adolescencia mía: te llevas tantas cosas
que dudo si ha de darme la juventud más rosas
y siento como nunca la tristeza sin nombre
de dejar de ser niño y empezar a ser hombre!...

¡Hoy no es la adolescente mirada y risa franca
sino el cansado gesto de precoz amargura
y está el alma que fuera una paloma blanca
triste de tantos sueños y de tanta lectura!

Quizá encontremos en algunos de sus versos, comparaciones ingenias y poco elaboradas, a las que dota de poesía el misterio del alma; la verdad del poeta sigue iluminando universalmente y preguntando por todos los que no tenemos luz, ni nos hacemos preguntas.

A su manera, él ni nos despierta. Y cien años después de haber nacido, sigue diciéndonos del poder de la palabra bella y de la persistencia de la vida interior, cuando se empeña en existir más allá de la lerdía y sombría mediocridad que domina cada uno de nuestros pasos. Tal existir tiene un precio, que en el caso de Silva y de los Decapitados fue extremo, el de su vida entregada a la muerte ineludible.

¿Qué importa la contradicción de una existencia voraz en su anondamiento, si en Silva se cumplió el destino poético para el que fue llamado?

Jamás un charol de buñuelos apagará la fiebre de autenticidad, el anhelo de belleza y de poesía que podemos intuir, cuando late en lo más recóndito del corazón.

Humberto Vacas Gómez

GONZALO ZALDUMBIDE Y SU OBRA LITERARIA

Gonzalo Zaldumbide es uno de nuestros grandes escritores, como estilista acaso el más grande. Nació a finales del siglo 19. Muy joven aún, en 1908, publica su primera obra literaria: "Ariel" con un estilo inconfundible que lo conservará intacto afinándolo en sus libros posteriores. Raros escritores en el Ecuador han logrado dominio tan cabal del idioma. En ese campo, nada o casi nada, le es desconocido.

Desde sus inicios se expresa con soltura y diafanidad. Precoz madurez entre nosotros, donde el caudal de la expresión literaria asume caracteres grandilocuentes. En la calidad del estilo no tiene par en el Ecuador, sin embargo en sus muchos y brillantes escritores. Es un clásico en un país sin tradición idiomática y con lenguas entremezcladas desde la raíz de su origen. Por lo general, nuestra expresión literaria consueña con la característica inexperiencia del proceso de su formación social. Pero Zaldumbide desde su temprana juventud, a principios de este siglo que termina, vivió en Europa. Por afinidad espiritual amó a ese mundo sutil tan diferente al nuestro. Acumuló con reservas y tamicas personales las esencias de esa vieja cultura. Sin embargo, el hombre americano, el nacido en estos encrespados lares andinos, palpita en el fondo de Zaldumbide. Su estilo es universal y también muy personal y guarda la relación de la inteligencia con la cultura y sin embargo nadie habituado a leer podría confundirlo. Cada página, cada párrafo, cada frase, son ejemplos de propiedad, de pureza, ahondado por una sencillez para expresar ideas y elevarlas, para pintar pasiones y vivificarlas, para transmitir sensaciones y profundizarlas, para describir la natura-

leza y reanimarla, para interpretar al hombre y humanizarlo. Por el acierto de sus giros y por la precisión de sus imágenes, Zaldumbide es considerado como un gran lírico.

Si se compara el estilo de sus primeras obras con las subsiguientes, se apreciará la misma maestría, igual frescura. Su prosa debió desconcertar en la primera década del siglo. Era la antítesis de la orgía romántica en boga, de las licencias resultantes de la libertad sin trabas. Reivindicó casi solo la sintaxis lacerada por la ignorancia y los excesos. Elevó la lengua adulterada por un falso prurito de modernidad. Cosas pequeñas, hechos triviales, temas intrascendentes, los relata dentro de una espontaneidad que sólo, caben en un privilegiado don de expresión. En nada afecta el estilo de Zaldumbide la textura francesa, en cambio le esmalta con su fulgor. Sobre todo Zaldumbide es un crítico de altos quilates: estudia, compara, penetra. En temprana juventud, en 1908, escribe un certero y voluminoso ensayo sobre la obra de Gabriel Danunzio, el dionisiaco escritor italiano tan endiosado en esos tiempos. Fue el primero que analizó con hondura la obra del controvertido escritor, cuando en Europa el embrujo danunziano llegaba al paroxismo. A los círculos literarios sorprendió el que un sudamericano muy joven haya tenido la entereza de sopesar cualidades y defectos de dicha obra y concluir que el ropaje danunziano, tan elogiado en ese tiempo, cubría un reducido esqueleto de ideas y que su entusiasmo arrebatado carecía de corazón. Eso se desprende del libro de Zaldumbide que a lo largo de sus 373 páginas analiza la obra del mentado escritor, que ya fatigado de sus espectaculares esfuerzos literarios, recurría a la marcial aventura de Fiume, para reverdecer con riesgo heroico sus marchitos laureles. Ofendieron al narcisista escritor la denuncia de su vacío boato literario cuando el crítico sudamericano, desconocido entonces, se mostraba hondo en la dialéctica, poderoso en el análisis, empapado en cultura universal y dueño de un admirable estilo.

Por el mismo tiempo le cabe la gloria de haber descubierto la genialidad de Henry Barbusse, el profundo escritor francés, antítesis de Danunzio. Hasta 1909 fecha en la que publica su libro sobre Barbusse, éste no había rebasado las sombras del anonimato. Ninguno de los finos críticos de su propia patria columbraron entonces su extraordinario valor y fue Zaldumbide quien participaría al mundo literario, las vastas dimensiones y la profundidad del autor de "Los Suplicantes" y "El In-

fierno". Pocas veces puede comprenderse al hombre, a su obra y penetrar en ese mundo desconcertante y desgarrador que es "El infierno". En verdad infierno terrestre, en la intimidad de un cuarto de hotel, violado por un espectador invisible. No sólo que resume con maestría los argumentos de dicha novela, sino que las comenta descubriendo tanta profundidad y tantas verdades ocultas. El gran escritor español Rafael Cansinos-Assens sobre el libro de Zaldumbide dice "Ese predestinado estudio que descubrió y supo apreciar la grandeza íntegra de un escritor, antes de que la popularidad consagrara su nombre, es un libro oportuno, iluminado por todas las llamas de la guerra. Tendrá siempre el mérito incomparable de la prioridad y por la perspicacia que en él recogió las direcciones cardinales del pensamiento de Barbusse, resta valor a todo posterior exégesis. Ese estudio de Barbusse oscuro honrará siempre al crítico que la suscribe, no sólo por su perspicacia adivinadora, sino moralmente por ornar un hermes aún no consagrado por las unciones del episcopado literario". También comentó no sólo a Barbusse, Danunzio sino a Verlaine, Baudelaire, Poe, Laconte de Lisle, a nuestro Rodó, marcando una honda comprensión del medio americano y en cierto sentido una profesión de fe en sus valores espirituales. Cuando por contraste establece la dramática lucha del hombre superior con su medio, consigue expresar el destino prometeico de la cultura. Nuestro Montalvo sale de su pluma esculpido en estatua flamígera. Virtudes y defectos los pesa en balanza generosa. No simpatiza, pero comprende y justifica su fiebre batalladora, pero lo eleva con justicia a las cimas donde ejerce su singular dominio sobre el idioma y admira su épica lucha por la libertad. Luego su perspicacia crítica rescatará del anonimato al padre Juan Bautista Aguirre, el más grande poeta de la colonia. Además de sus estudios sobre Espejo, Olmedo y otros que serán muy largo enumerarlos. Esto minimiza la acusación que se le ha hecho de haber dedicado a temas ajenos, como si algo en la cultura pudiera ser ajeno. Olvidan sus detractores que inclusive fue el ideólogo del modernismo literario ecuatoriano y el suscitador de la generación lírica y trágica de Borja, Noboa, Fierro y Silva.

La única novela que escribió Zaldumbide en su mocedad por el año de 1911, algunos de cuyos fragmentos los publicó en la revista de Sociedad Jurídico Literaria, bajo seudónimo, es decir sin darles ninguna importancia, los sepultó por más de cuarenta años entre sus papeles.

Zaldumbide, vástago de una familia de terratenientes, vivió buena parte de su niñez en Pimán, hacienda de sus padres. En dicha novela se revelan sus grandes calidades y cualidades de escritor. Es un relato coherente, armonioso, orquestado por un brillante estilo como música de fondo. El padre Miguel Sánchez Astudillo en la introducción a la lectura de la segunda edición de "Egloga Trágica" en uno de sus párrafos, dice: "La impresión de conjunto que he recibido es ante todo la de una densidad artística absolutamente excepcional. Sería interesante, fuera posible, hacer en las obras de arte uno como análisis químico que nos diera el peso específico de cada una, el coeficiente de su cuantía estética, entonces admiraríamos todo lo que vale esa prodigiosa opulencia, implacablemente sobria, sin embargo. Entonces podríamos admirar en todos sus quilates su conclusión, su finura, su maravillosa visualidad musical, su selección verbal que se aventura hasta las fronteras mismas del remilgo y al forjador de metáforas transfiguradoras, de esas que constituyen el privilegio de los poetas substanciales". El mismo padre Sánchez Astudillo cuenta que "el Instituto superior de Humanidades Clásicas en el que da clases de Crítica Literaria, realizó una encuesta entre sus alumnos: escogió entre nueve grandes estilistas de habla castellana en los últimos cien años. Tomó de cada uno un pasaje bello y característico cuidando de que fuera desconocido para los concursantes; se los leyó concienzudamente para que los alumnos los juzgasen jerarquizando sus méritos. Los jueces eran 19, todos de veinte años para arriba, esmeradamente cultivados y pertenecientes a siete diferentes países hispano hablantes, Pues bien, los votos más numerosos conceden el primer escaño a Zaldumbide y luego a Ortega y Gasset y termina: "Os recomiendo la relectura y para quienes no la hayan leído la lectura de los libros de Zaldumbide y de esa gran novela "Egloga Trágica". En ella encontrarán profundidad conceptual y un avasallador estilo que os retendrá de las primeras a las últimas páginas. Dichas obras escritas a principios y hasta mediados de este siglo han sido olvidadas. Las nuevas generaciones apenas las conocen por simples referencias. La Casa de la Cultura debería reeditarlas para rescatar del injusto anonimato a uno de los más grandes escritores ecuatorianos".

Por mi parte voy a transcribir pequeños párrafos seleccionados de algunos de sus libros para que de primera mano se aprecie la consumada maestría de su estilo. En el libro sobre Danunzio, al referirse al ob-

sesivo afán retórico del escritor, con crítica severa, expresa sobre el valor de la obra adorada por el mundo intelectual de entonces y dice: ¿Por qué entonces pues si la fascinación de su arte es irresistible, si su lectura nos embarga como un filtro potente, por qué una vez cerrado el libro la embriaguez se disipa tan pronto y el encanto se desvanece dejándonos la cabeza hueca y en los nervios un especial cansancio, hecho de malestar y de tedio, como el de una larga espera burlada o el de un engaño prolongado con demasiada habilidad?. Además el lector no puede olvidar que tiene entre las manos un puro objeto de arte, exclusivamente fabricado para adorno y deleite de una mansión feliz, un lujo suntuoso que contrasta, no sin insolencia despectiva, con la medianía de nuestras vidas estrechas. Más grave es la falta de variedad y de vida en sus creaciones. Deveras vivo y palpitante no hay sino un solo personaje, en medio de tantos otros, que hacen oficio de contrastes o de sombras o de víctimas para dar mayor relieve a una figura central que es la personificación de un egoísmo personificado. No hay nada de verdadero y vivo sino Gabriel Danunzio". Del estudio de Montalvo el breve trozo genial que sintetiza con precisión admirable la esencia del carácter del gran luchador por la libertad, dice: "Así murió pobre y solemne en su triste estancia de proscrito, uno de los más arrebolados y fieros escritores de América. El sufrimiento largo había lenificado esa alma tormentosa cuya suavidad recóndita no siempre resbaló en forma de mansedumbre. Impone ver a aquel hombre relampagueante apagarse así, domada su rebeldía ante el destino común, superada su soledad al sucumbir sin reproches ni sobresaltos. Leyendas flotan todavía sobre sus cóleras. No las flechas ni su blanco sino el arquero y su gallardía interesarán siempre. El secreto de su gran arte y el aliento de su indomable espíritu han suscitado la admiración y el entusiasmo de que un genio hecho a imagen y semejanza del continente bravío haya sabido verter en aquellas clausulas de ritmo numeroso y altivo, sentimientos que tradúcense por doquiera en dechados del alma bien puesta y maestría acabada".

Largo sería transcribir los admirables párrafos de la numerosa obra de Zaldumbide. Era necesario hacerlas con algunos para destacar el estilo único que lo distingue y eleva sobre los escritores sus contemporáneos y los que lo han sucedido.

Nelson Estupiñán Bass

VIDA PASIÓN Y MUERTE DE MEDARDO ÁNGEL SILVA

Si preguntaran qué es la poesía -decíase una vez el ilustre escritor Pablo Rojas Paz- Iría a la ventana, y señalando al mundo con un amplio abrazo diría: esa es la Poesía. Porque Poesía es todo aquello que el hombre ha mirado en los momentos en que el mundo se abre como un abismo.

Así, una voz abismal proferida desde un funesto balcón de muerte, el aire prisionero de las criptas o el abrazo permanente de la fatalidad, tal la poesía de Medardo Ángel Silva, uno de los valores cusp-ideales del modernismo poético ecuatoriano. Poesía la suya, casi toda, saturada de sombras, melancolía, lágrimas, prematuro cansancio, amarguras y sincero horror por la existencia. Solamente a veces, con la eventualidad de un bólido en la noche, Silva se sobrepone a sus lúgubres bordes interiores para escribir cantos de metales eternos como

Bolívar y el Tiempo

El huracán aullaba, como un mastín de caza,
a la noche invasora. La niebla era una gasa
velando el rostro puro del día, se dijera
que el hálito del viento apagaba la hoguera
del sol. La sombra inmensa de los bosques crecía
como haciendo la noche. Cada cumbre fingía
una mano extendida para coger estrellas.
Alzaba sobre el mundo la más altiva de ellas,

un pabellón de llamas. Viéndola se diría
 que de aquella montaña fuera a nacer el día.
 El Chimborazo alzó la faz, semidormido,
 y vio un hombre parado en frente del vacío.
 Y el monte sintió algo como un escalofrío.
 Y la figura homérica era Simón Bolívar,
 era Simón Bolívar, Libertador de América.

"Se mide mejor un árbol cuando ya está caído", sentenció el escritor norteamericano Ezra Poun. Medardo Angel Silva, el poeta guayaquileño, que es una cumbre del modernismo poético ecuatoriano, nació el 8 de junio de 1898 y murió, en circunstancias no esclarecidas hasta ahora, pues no se le practicó la autopsia de ley, el 10 de junio de 1919.

Ahora a la distancia de un siglo de su muerte, me aproximaré a su epitafio, en un intento de evaluar sus dimensiones y su nefasta constante ante la fatalidad.

La metáfora, la imagen y el símil, estrategias literarias que dan estructura de bronce a la poesía, fueron escalas por las que subió Silva para acceder a las cúspides que tienen las palabras. Silva está en la fila de Gonzalo Escudero, de Jorge Carrera Andrade y otros notables vates extranjeros. Unas pocas muestras que justifiquen el parangón. De Gonzalo Escudero: "Hombre de América, cuarzo y estalactita, torrente y cataclismo, con una mordedura de llamas en el pecho/ naciste de una piedra que rodaba al abismo/ y eres un ventisquero con dos garras de helecho," fragmento de un poema que es como diseño del Hombre Cósmico que soñó Vasconcelos. Del mismo Escudero: "Todo mar es horizontal, como las mujeres que aman. Eres hecha/ para fumarte de amor, como un cigarro." De Jorge Carrera Andrade: "Todas las mañanas/ en el buche del gallo/ cada grano de maíz/ se hace una mazorca de cantos./ Caracol, mínima cinta métrica, con que mide el campo Dios./ Nada pasa aquí, sino una cadera de música/ y unos brazos de fruta/ que hacen equivocarse a los pájaros." Del colombiano Porfirio Barba Jacob: "Hay días en que somos, tan móviles, tan móviles, como las leves

briznas al viento y al azar;/ tal vez bajo otros cielos la dicha nos sonría,/ la vida es clara, undívaga, y abierta como el mar./ Y hay días en que somos tan lúbricos, tan lúbricos,/ que en vano nos depara su carne la mujer;/ tras de ceñir un talle y acariciar un seno/ la redondez de un fruto nos vuelve a estremecer." De Helcias Martán Góngora, asimismo del vecino país: "Cuando cesa el *berejú*/ y yace en la noche el mar,/ sólo se escucha el cantar/ que entona Manuel Cuenú./ Cuando Manolo Cuenú/ toca la marimba fiel,/ ¿no sientes bajo la piel,/ mulata, que lo amas tú? Una gran porción de las figuras retóricas Silva las manejó con soltura y las abrigó con el buril engrandecedor de su pobreza. Las degustaremos en el decurso de la exhumación de este dolmen sagrado, que me parece verlo, sentado frente a nosotros, sin sus gafas ahumadas, para vernos mejor.

El poeta nace y vive su corta vida en Guayaquil, capital económica del Ecuador. Pero Guayaquil con su hermosa ría, con sus muchedumbres abigarradas, con el movimiento febril de sus cuadrillas y sus vapores de alto bordo, con sus límpidos cielos en verano, con su burguesía y su proletariado aprendiendo a caminar, no ilumina el sombrío interior del su poeta agobiado por trastornos ingénitos o genéticos. En la mocedad es un hombre derrotado, pesimista, vencido, agobiado por el dolor de vivir su vida incipiente. Aún en la partida de su adolescencia, cuando nos sentimos eufóricos, con fe en el porvenir, Silva canta desconsolado su "precoz amargura", evidenciando su frágil contextura espiritual. Parece un pájaro herido, que canta su agonía desde una rama a punto de tropezar la tierra, ejecutando una partitura enteramente funeral. A los veinte años lo abrumba el hastío; está vencido por el cansancio, la inmadurez, la hiperestesia, la nostalgia no por haber perdido lo que tuvo, sino por no haber tenido lo que debió tener. Confiesa su desadaptación en el hermoso poema titulado

Aniversario

¡Hoy cumpliré veinte años: amargura sin nombre
 de dejar de ser niño y empezar a ser hombre,
 de razonar con lógica y proceder según
 los Sanchos profesores del sentido común!

¡Me son duros mis años, y apenas si son veinte;
 ahora se envejece tan prematuramente,
 se vive tan de prisa, pronto se va tan lejos,
 que repentinamente nos encontramos viejos,
 enfrente de las sombras, de espaldas a la aurora,
 y solos con la Esfigie siempre interrogadora!

A los veinte años Silva continúa siendo niño; le faltaron brazos y
 remos fuertes para sortear el delicioso, para el, recodo de la infantil-
 dad:

Hoy no es la adolescencia mirada y risa franca,
 sino el cansado gesto de precoz amargura,
 y está el alma, que fuera una paloma blanca,
 triste de tantos sueños y de tanta lectura.

A un siglo de distancia podemos explicarnos la renuencia de Silva a
 trascarse en el cotidiano torrente de la vida, por la contradicción de su
 temperamento infantil con el medio, que lo supuso hosco, hostil, ad-
 versario en grado superlativo con su filosofía y su temperamento estático.
 El Ecuador de aquella época era un país (estábamos en la segunda dé-
 cada de este siglo) en el que aún no había aparecido "el alma" ni "la ma-
 no creadora de la Patria", para emplear los términos del Maestro Ben-
 jamin Carrión. El país estaba en la penumbra, en el prólogo de la quie-
 bra del cacao que derrumbó tantas fortunas y ya se oía el estrépito de
 las huestes proletarias que el 15 de noviembre de 1922 llenaría de san-
 gre y muertos las calles de Guayaquil, hecatombe que produciría la
 inolvidable novela *Las cruces sobre el agua*, de Joaquín Gallegos Lara, y
 de la que Enrique Gil Gilbert dijera en un poema que anda traspapela-
 do por ahí: "Desde 1922/ no cabe esta fecha/ en las 24 horas de un día./"
 Eramos el espejo de un mundo agrietado, confuso, sobrecogido aún
 por el pavor de la primera guerra mundial. Todavía parecía escucharse,

en la posguerra, el retiro de los jinetes del Apocalipsis y se vislumbra ya
 la devastadora crisis de los años 30. Fue esa morbosa influencia que
 llevó a algunos de nuestros poetas a los castillos artificiales. En los mo-
 mentos de las grandes conmociones es casi siempre imposible mante-
 ner la óptica y el criterio normales, máxime cuando no se tiene la sufi-
 ciente fortaleza orgánica, y sobre todo la voluntad de sobrevivir. Me pa-
 rece oportuno retrotraer este pensamiento de Isabel Browning: Sucede
 lo mismo con los tiempos que vivimos: son demasiado grandes para
 que pueda vérselos de cerca. Los poetas deben desplegar una doble ve-
 sión: tener ojos par ver las cosas aproximadas, con tanta amplitud co-
 mo si tomaran sus puntos de vista a lo lejos, y las cosas distantes de una
 manera íntima y profunda como si las tocasen.

¿Qué de extraño, pues, que un hombre atormentado como Silva -un
 niño embrujado por la infancia- rehuyera el encuentro natural con la
 vida, y perdiera la fe, si el país mismo, y el mundo entero mejor dicho,
 trataba a tientas, entre pánicos, de encontrar un camino? Me parece
 que lo correcto es tomar la dimensión de Silva con metros imperantes
 en la época, medirlo con los metros de hoy es imperdonable error, so-
 bre todo a sabiendas de que él no cayó de por sí, sino que *lo cayeron*, él
 cayó de pie como los árboles.

Abrumado de desconsuelo, quiere retornar a la sombra, a la nada, a
 su lugar de origen, y de su dolorosa angustia increpa su advenimiento
 a su madre, con aquel poema terrible que patentiza la intensidad de su
 profundo sufrimiento en este poema que tiene por título

Lo tardío

Madre: la vida enferma y triste que me has dado
 no vale los dolores que ha costado;
 no vale tu sufrir intenso, madre mía,
 este brote de llanto y de melancolía.
 ¡Ay! ¿Por qué no expiró el fruto de tu amor

así como agonizan tantos frutos en flor?
 ¿Por qué cuando soñaba mis sueños infantiles,
 en la cuna, a la sombra de las gasas sutiles,
 de un ángulo del cuarto no salió una serpiente
 que, al ceñir sus anillos en mi cuello inocente,
 con la flexible gracia de una mujer querida
 me hubiera libertado del horror de la vida?
 ¡Más valiera no ser a este vivir de llanto,
 a este amasar con lágrimas el pan de nuestro canto
 al lento laborar del dolor exquisito
 del alma ebria de luz y enferma de infinito!

El alma sufrida del poeta se desmorona cada día. Cada minuto, cada segundo se lo llevan consigo, y él está feliz, acaso ansioso de volar los últimos puentes que lo atan al mundo. Pasa como un fantasma por las calles de Guayaquil, se sumerge en el piano para tocar música clásica, y mientras los hombres del pueblo recitan y cantan sus poemas, él, que parece sentir aversión por todo lo terrestre, sabe que ha jugado su destino y lo ha perdido. Tal vez sea cierto aquello de que usaba gafas, no para curarse o atenuar una debilidad ocular, sino para sentirse ausente de un mundo que no quería contemplar. Quiso, vanamente, ser un hombre aislado, pero ningún hombre puede ser de veras una isla. La impasible corriente del tiempo se lo lleva; quizás Silva sintió, en cada minuto, el lento acercarse de la barca de Caronte. El tiempo lo arrolla, lo arrastra consigo, lo advierte y lo dice magistralmente en el poema titulado

Se va con algo mío...

Se va con algo mío la tarde que se aleja...

Mi dolor de vivir es un dolor de amar,

y, al son de la garúa, en la antigua calleja,
 me invade un infinito deseo de llorar.

¿Que son cosas de niños, me dices? ¡Quién me diera
 tener una perenne inconsciencia infantil,
 ser del reino del día y de la primavera,
 del ruiseñor que canta y del alba de abril!

Ah, ser pueril, ser puro, ser sonoro, ser suave,
 -trino, perfune, crepúsculo o aurora-
 como la flor que aroma la vida y no lo sabe,
 como el astro que alumbra las noches y lo ignora.

El amor en Silva -temperamento introvertido e hipocondríaco- es otro testimonio de su evasión de la realidad circundante, ojos para adentro en vez de ponerlos afuera, sublimación de la energía no proyectada hacia un objetivo corpóreo. A los 19 años parece haber escanciado la desbordante copa de las pasiones y haber descendido a las profundas y desconcertantes galerías del escepticismo. La fatalidad es la cenefa de casi toda su producción lírica. El amor es para él un lento manantial de amarguras, cuyas aguas malditas tiene que beber inexorablemente gota a gota. Las fronteras de su amor se confunden o se superponen a las alucinantes fronteras e la muerte. Su pasión es la pasión de un corazón enfermo que halla su terapia en la poesía; aun en los momentos en que discurre iluminado por lo que cree es el amor la idea del viaje si retorno palpita imperdurable, como en

Velada del sábado

Amor, di, ¿qué senderos se gozan a tu paso?

¿Cuáles los reyes magos que sirven a tu guía?

¿Qué rubicunda aurora, qué sonrosado ocaso

vio tu carro de fuego en el triunfo del día?

¡Ah, si tu alba luciera para mi noche oscura!

¡Si mis rosas se abrieran temblorosas al verte!

Se endulzaría el hondo cáliz de mi amargura

con el néctar con que haces tan amable la muerte!

Silva ignoró que amar es rotunda voluntad de permanecer y prolongarse, de acceder, mediante el éxtasis sexual, a la sobrevivencia, a la eternidad, a Dios o al Diablo.

A pesar de la hondura metafísica que destilan muchos de sus versos, Silva eficiencia siempre su inmadurez; "el desarrollo de su función síquica de relación" como lo dice uno de sus mejores intérpretes, se ha quedado paralizado en su infancia. Parece, en ocasiones poéticas, declararse masoquista:

Bendigo el sufrimiento que viene de tu mano... y

...al precio de mi sangre y al precio de mi alma

¡véndeme la limosna de un beso de tu boca!

Amor platónico el de Silva, divinizado, ultra-terreno, exento de erotismo, incorpóreo, amaba a la mujer que veía en sus alucinaciones, seguramente no a la mujer real, de carne y hueso, con sus cotidianos por-

menores fisiológicos, a la hembredad que él no podría tocar sin caer en el pecado de la profanación.

Un poema suyo, convertido en pasillo, tal vez escrito a pocos días antes de su trágico fin, (¿Suicidio u homicidio?) permite entrever su decisión de abrirse paso hacia la muerte, demoliendo el muro del callejón sin salida que lo tornó paciente de un sanatorio. Este testimonio titula

El alma en los labios

Cuando de nuestro amor la llama apasionada
dentro tu pecho amante contemples extinguida,
ya que sólo por tí la vida me es amada,
el día en que me faltes, me arrancaré la vida.

Perdona que no tenga palabras con que pueda
decirte la inefable pasión que me devora;
para expresar mi amor solamente me queda
rasgarme el pecho, amada, y en tu mano de seda
¡dejar mi palpitante corazón que te adora!

Aquí al parecer, queda despejada la incógnita, si no hubo, como se ha susurrado, la coincidencia o la confusión del asesinato con el suicidio.

En Silva se cumple la primera misión del poeta: el vaticinio. Conocedor de que el destino lo ha confinado a una lóbrega zona, formula su horóscopo sombrío que vocea a los cuatro vientos de la poesía.

Palabras de otoño

Guárdate tu sonrisa: mi corazón hastiado
 como fruto en sazón a la tierra se inclina;
 la senda ha sido larga, amiga, estoy cansado
 y quisiera gozar mi hora vespertina.

Odio aquellos amores de folletín: mi herida
 no mendiga limosnas de piedades ajenas;
 yo tengo una tragedia que se llama MI VIDA;
 para escribirla usaré la sangre de mis venas.

Mi espíritu se orienta hacia la eterna aurora,
 hasta que la clepsidra de Dios anuncie la hora
 de ser con mi Señor para la eternidad.

Silva produjo las siguientes obras: *El árbol del bien y del mal* (poemas); *María Jesús*, que él llamó novelina; y *Poemas escogidos*, editado en París. Fue columnista del diario guayaquileño *El Telégrafo*, sus artículos tenían cobertura nacional.

En su corta vida -21 años- Silva llena un bello capítulo de la poesía ecuatoriana, sus versos son la mejor linterna para explorar sus profundas galerías, si bien es cierto que éstas estaban perennemente iluminadas. Y puede extraerse la conclusión de que Rosa Amada, la niña fatal, fue un accidente sin mayor trascendencia en una vida que vino al mundo signada por la muerte. Una carta de Rosa Amada -niña que, por su corta edad, no estaba en capacidad de comprender el mundo ni los hombres, (Recordemos, en 1921 la niñas ni los niños, tenían los alcanes de 1998) ni mucho menos la sensibilidad de Silva- con la cual ella le devolvió una misiva que él le había escrito produjo lo que aún no se

si fue término voluntario o involuntario de uno de los más grandes poetas ecuatorianos. Oigamos su

Canción de tedio

¡Oh, vida inútil, vida triste
 que no sabemos en qué emplear!
 Nos cansa todo lo que existe
 por conocido y por vulgar.
 Nuestro mal no tiene remedio
 y por siempre hemos de sufrir
 la cruel mordedura del tedio
 y la ignominia de vivir.
 Pero no tiene el alma mía
 dulce mirar o labio pulcro.
 Yo pienso en el tercer día
 de permanencia en el sepulcro.
 Tras de los éxtasis risueños
 con luna y aves en la brisa,
 se deshacen nuestros ensueños
 como palacios de ceniza.
 Señor, cual Goethe no te pido
 la luz celeste con que asombros;
 dame la noche del olvido;
 yo quiero sombras, sombras, sombras,
 y con aquella calma fría
 del que un precipicio no ve,

iré a buscar mi paz sombría,
no importa a donde, pero iré.

Ahora veo al dolmen, convertido en hombre de carne y hueso, colocarse las gafas, y taciturno y sonriente, levantarse de la silla que ocupó durante mi exhumación. Intenté preguntarle: ¿Te suicidaste o te asesinaron?; si te asesinaron, ¿quién fue el autor del crimen? ¿Alguien se opuso a que te practicaran la autopsia? ¿Padeciste alguna falla orgánica congénita? ¿Se equivocó José María Egas, el autor de ese memorable memoria poético que es su libro *Unción*, al decirme en Guayaquil, que él estaba seguro de que no te suicidaste, pues, por la mañana, cuando ambos salían del diario *El Telégrafo*, en una conversación jovial, no advirtió pizca alguna del propósito, querido Medardo Ángel, de autoeliminarte? ¿Fuiste un niño envejecido, o un anciano infantilizado? Pero Medardo Ángel, sonriente y blanco de todas las miradas que colmaban el ámbito, se abrió paso por entre la concurrencia, abrió la puerta y se perdió en la espesa niebla que esmerilaba las calles.

Alba Luz Mora

¿MODERNISMO, SIGNO DE TRANSICIÓN IDEOLÓGICA?

La creación literaria tiende a capturar la realidad y a trascenderla, es decir, a transformarla, dice Agustín Cueva en uno de sus ensayos del libro de *"Lecturas y rupturas"*. Es este sentido las grandes líneas formales del quehacer literario serían las representaciones de la conciencia social predominante, determinada a su vez por el entorno que la circunda. La matriz histórico-cultural pone de relieve en cada período en el plano de las ideas, contradicciones que aparecen como problemas, que la Literatura las retoma como temas de inspiración.

Con esta premisa podemos afirmar que el Modernismo, en el que se encasilla Medardo Ángel Silva, es el resultado de este proceso. De "algo más" que un simple "mal del siglo" de los simbolistas y parnasianistas franceses a los que imitaron nuestros poetas de "la generación decapitada". Constituye la connotación de un malestar social de época, que de la hegemonía conservadora va cediendo a la irrupción liberal y burguesa de 1895, liderada por Eloy Alfaro y generadora de una controversia estado iglesia de tipo ideológico. Entonces el Modernismo ecuatoriano es una expresión que surge desde el interior mismo de un pasado en extinción y no desde la visión de futuro.

Este es para nosotros el sello original de los "decapitados", pues todas las disquisiciones poéticas de Arturo Borja, Humberto Fierro, Ernesto Noboa, Medardo Ángel Silva, conllevan en forma subyacente ese

mensaje, al que la lírica otorga múltiples concesiones dentro de los límites de su configuración fuera de los cuales la obra sería fallida.

Quizá los modernistas ecuatorianos no tuvieron la suficiente conciencia de lo que ellos representaban y expresaban ni del protagonismo que tomaría su producción dentro de los análisis posteriores. Pero en el subconsciente yacían los signos críticos de una etapa ideológica en agonia.

Los tres mayores, Arturo Borja, Fierro, Noboa, pertenecían a la aristocracia criolla, cantaban la disconformidad con el ambiente liberal, cuyos sacudones afectaban un status establecido. Experimentaron la desadaptación, y como alternativa lógica de espíritus sensibles, recurrieron a la evasión, se refugiaron en la torre del tedio, atacaron la vulgaridad y se dieron a las drogas y a la actitud nostálgica irremediable. Extremaron a tal punto su posición, que el escritor Galo René Pérez afirma en su libro "Pensamiento y Literatura del Ecuador", "el desprecio hasta la notoriedad literaria conspiró contra la plenitud y extensión de su obra".

Es que el siglo XX nació auspiciado por la revolución liberal, sus ideales laicos, un contexto social más elástico, que tuvo como protagonista al montonero y permitió el ascenso del mestizo. Por ello, estudiosos como Fernando Tinajero llaman a 1895 "el año símbolo, en el que se da al mismo tiempo la vida y la muerte". Por esa misma razón sostiene "El Modernismo fue hijo legítimo del Liberalismo".

Caracterizó a los modernistas la originalidad de las imágenes, su alejamiento de las concreciones románticas, la proclividad a mostrar un mundo sensual, vaporoso, terso, Una fiebre de novedad que encendía las mismas nostalgias y una ansiedad antigua. Y pudieron lograrlo quizá con mayor capacidad de creación que sus inspiradores y una sensibilidad delicada. Obsesionados por la idea de la muerte.

A nuestros decapitados se los involucra con Rubén Darío, el nicaragüense que fundó en una nueva realidad los elementos del romanticismo, simbolismo y parnasianismo, aunque otros los consideran la representación de la influencia simbolista francesa.

En Medardo Ángel Silva encontramos singularidades que lo convierten en el mayor poeta modernista, de acento y de sentimiento, que

depura el esfuerzo de sus precursores. Y diferencias con los otros tres que le marcan como predestinado, para un sino de gloria y de duelo, como si obedeciera a una voz fatídica.

Lo caracterizó la resonancia profunda de su lírica, Un prematuro inconformismo con la vida. Esa como premonición constante de la muerte. Una precoz madurez y un intenso sentido de la vida.

Su voz era persuasiva, penetrante. Llevaba trajes de color oscuro, cuello blanco de pajarita, corbata larga de luto o de rayas y negras, bastón en la mano derecha y unos quevedos a guisa de lentes de largas bridas negras.

Se diferenció de los demás, por ser el benjamín de la generación decapitada, su ciclo vital fue de 1898 a 1919 mientras que los demás irrumpieron antes y abandonaron el terreno para la consolidación de la escuela modernista.

Fue el único de origen humilde y las condiciones en que se desarrolló su vida la hicieron dura y esforzada. Temprana orfandad del padre, pobreza, carencia de influencia social. No pudo terminar sus estudios y tempranamente debió trabajar en una imprenta. Circunstancias que alimentaron su inconformidad con el medio, al que siente con cariño doloroso y hacia el cual dimana ternura. Acusa impulsos evasivistas mas bien abstractos que devienen en ese rumbo hacia la nada: el suicidio.

Alfredo Pareja lo llama "el más poeta de los poetas hasta Jorge Carrera Andrade", y José Antonio Falconí Villagómez, crítico de su obra, dice "hasta 1915 el Ecuador no tenía un poeta digno de parangonarse con aquellos. Tardó 20 años en gestarlo, a partir de 1895, pero cuando lo hizo, nos dio a Medardo Ángel Silva".

La tercera diferencia es el ser un creador anodino, que enfrenta el medio reacio a admitirlo y reconocerlo. Cuando hizo su primera entrega para la revista "Letras", a los 17 años, fue rechazada creyeron una traducción de Heredia, "porque exhibía la técnica perfecta del soneto y el corte parnasiano". El mismo Medardo tiene clara conciencia de su anonimato y del empeño contra la adversidad que habría de manejar en adelante. En una carta que dirige a Isaac Barrera en 1914 la define: "es la lucha del anónimo por el nombre".

Pero en 1915 en adelante tuvo su mayor realización literaria recibió espaldarazos de autores como Abraham Valdemar, Luis Alberto Sánchez, Gonzalo Zaldumbide, Y sostuvo nutrida correspondencia con autores extranjeros, colaboró en revistas de Argentina, Perú y España, inició el comentario periodístico de estilo literario, escribió una novela corta, preparó relatos, publicó "El árbol del bien y del mal" en 1918.

La otra fue la rectora de su existencia que, le trocó introvertido melancólico se lo dice:

"La enfermedad que yo tengo en silencio ha de matarme"

Una ansiedad infinita lo forzó a serenarse en el renunciamiento.

Su temple de madurez y plenitud, juntaba en un haz armonioso y sobrio la inquietud de los más aguzados anhelos de Arturo Borja al gusto pávido y sugerente de Humberto Fierro, la desgarradora sinceridad de Ernesto Noboa y los arranques de mística mansedumbre de Egas. Su íntimo ritmo, su don supremo, fueron de la estirpe del mejor Darío, y la obsesión de la muerte cubren su vida como un domo grávido.

Quería liberarse, fugar, ser otro. El mismo lo dice: "la sed insaciable de lo desconocido".

Murió al dispararse un tiro "presa de ese mortal sonambulismo" de Paul Morand, después de tremenda agonía. Murió el 10 de Abril de 1919. Con él desaparece el más alto representante del panorama literario modernista nacional. Y la señal más fehaciente de una crisis ideológica del Ecuador que inician una apertura significativa de un país que se había aletargado en una fase finisecular, feudal, conservadora y recalcitrante.

Su presencia respondió a una etapa histórico-cultural definida. Su producción fue el decantado testimonio de un espíritu sensible. Su voz, la de una generación que reclamaba únicamente una voz para la poesía.

PERSONAJES

Antonio Riva Palacio López

LA AMISTAD PERMANENTE:
“DOS ILUSTRES ECUATORIANOS EN MÉXICO”

Quito, 14 de marzo de 1997

Señoras y señores:

"Podría decirse que hasta la amistad es el lazo de los estados y que los legisladores se ocupan de ella más que de la justicia"

Aristóteles.

Sean mis primeras palabras para agradecer a todos y cada uno de los integrantes del Grupo América, por el inmerecido honor que se hace al incorporarme a tan distinguida organización que incluye en su seno a tan importantes intelectuales y hombres de reputado prestigio, tanto del Ecuador como de otras naciones, que conviven en esta hermosa ciudad de Quito, y en especial, a quien mi hiciera la distinción de proponerme, que aprecio, sobretodo porque conlleva el sentido de *amistad que nos profesamos y que espero conservar como uno de los inapreciables dones que pude obtener en este país, a mi amigo, el Embajador Alfonso Barrera.*

Cumplida esta gratísima obligación, quiero expresar a ustedes y me disculpo por no presentarles una disertación del nivel que están acos-

tumbrados, porque mi capacidad no llega a los niveles de excelencia que todos ustedes tienen, pero si existe el mejor ánimo de buscar que mi presencia permita poner de relieve con la mayor amplitud posible, que entre México y Ecuador existen lazos indispensables que confiamos que como han sido en el pasado y se conservan en el presente, se proyecten al porvenir ampliándolos para que reafirmen la hermandad de los pueblos del Ecuador y México.

Es por ello que titulé a este modesto trabajo, "La amistad permanente, dos lustres ecuatorianos en México", ya que si bien es cierto que como narra un distinguido historiador ecuatoriano, seguramente fueron habitantes precolombinos de lo que hoy es el Ecuador, de la zona costera y tal vez de la propia cultura Bahía, conducidos en sus balsas del preciado material que sólo tenía su origen en estas latitudes, hasta arribar a las costas de lo que hoy es México, particularmente al Golfo de Tehuantepec donde se establecieron contactos comerciales y relaciones fructíferas entre los aborígenes que habitaron estas tierras antes de la llegada de Colón.

Las figuras sobre las que haré referencias responden a dos etapas muy importantes de la vida y de la historia de México; etapas que por sí solas se enriquecieron con la presencia de esos ecuatorianos que dejaron amplios rastros, huella profunda, afectos permanentes, proyecciones de dimensión histórica que fortalecieron y acreditaron plenamente la relación que existe entre ecuatorianos y mexicanos y la amistad profunda, resultado del efecto, de la comprensión y yo afirmo que de la identidad que tenemos y que hace que se materialice en el sentimiento de que en ambos pueblos, cuando alguno de nosotros está conviviendo en su seno se siente, como decimos los mexicanos, en su propia casa.

La intención de resaltar la vida de dos distinguidos ecuatorianos que llevan a cabo actos que acreditan plenamente una vinculación con México, que pone de manifiesto que esa relación amistosa que concreta en hechos, ya que la amistad debe ser no sólo una declaración, sino una actitud permanente, constante, eficiente, capaz de vincular a través de acciones, el pensamiento, el espíritu y el alma de los pueblos.

No pretenderé de ninguna manera hacer biografías o referencias a los merecimientos que estos dos distinguidísimos ecuatorianos tienen.

Su solo nombre, la mención de él traerá a ustedes seguramente la remembranza histórica de quienes son, que fueron, que trascendencia implicaron para el "desarrollo del Ecuador, cómo fueron capaces de influir en su proceso histórico, cómo hasta la fecha siguen siendo inspiración y guía de sus acciones y desde luego, la estimación que sé que los ecuatorianos sienten por ellos y eso sí, que compartimos ampliamente los mexicanos y que es a lo que quiero referirme ya que dan sustento a nuestro afecto.

Viven ambos ilustres personajes, en épocas muy diferentes del devenir histórico de mi país. El primero, al inicio de la vida independiente y el segundo, en el momento de consolidación institucional de la revolución mexicana y del arranque vigoroso del México moderno.

Vicente Rocafuerte es quien de una manera activa, calurosa, entusiasta, por no decir apasionada, incursiona y participa en el México valdudiente hacia la independencia y ejercicio pleno de su soberanía, participa de una manera real, es combatiente activo y llega al extremo, incluso de usar, entre otros, el seudónimo "Un verdadero mexicano".

Toma contacto con México exactamente en el momento en que el plan de Iguala produce el germen de la independencia, el que se había dado un 24 de febrero de 1821, en la ciudad de Iguala, del hoy Estado de Guerrero. Lo conoce en la Habana y de ahí parte hacia los Estados Unidos, pero en Estados Unidos tiene contacto y participa en algunos de los hechos que se dan, como siempre sucede, particularmente en nuestro proceso de independencia, de los insurgentes de México y en Estados Unidos, en cierto momento, produce uno de los escritos que narran en forma vigorosa, la posición de los republicanos, causa a la cual se adhiere entusiasta, porque es indiscutible, que en otra de sus publicaciones expresa plenamente que un sistema popular, electivo y representativo es el más conveniente a la América independiente, el escrito a que me refiero, bastaría por sí solo a producir el reconocimiento de los mexicanos hacia Vicente Rocafuerte. Se trata de "Bosquejo ligerísimo de la revolución de Méjico, desde el grito de Iguala hasta la proclamación imperial de Iturbide".

Este importante documento muestra de cuerpo entero, la actitud viril, profundamente republicana y apasionadamente independentista de Rocafuerte. Se edita en Filadelfia y en una temporada, larga por cier-

to, no le es reconocida la autoría ya que contra sus prácticas y su personal forma de ser, no lo firma, por temor, como él dice, a las represalias hacia sus amigos mexicanos con los que se había involucrado en el proceso de independencia, entre otros, el que posteriormente sería el primer presidente de los Estados Unidos Mexicanas, el general Guadalupe Victoria.

Como ustedes saben, de los Estados Unidos, Rocafuerte va a México. Arriba a principios de 1824 y originalmente pensaba dirigirse a su natal Guayaquil, cuando a instancia precisamente de sus amigos mexicanos, se dirige a Londres acompañando al general mexicano Michelena, quien había sido designado en la comisión diplomática que el gobierno de México envió ante el gobierno británico, ya que se juzgó que Rocafuerte sería de gran utilidad en la misión, por su acreditada capacidad y el conocimiento que tenía del derecho público europeo y de varios idiomas. Esa delegación llegó a Londres el propio año de 1824 y logró que en diciembre del mismo año, Inglaterra reconociera la independencia de la república y consiguientemente su primer embajador con el rango de Ministro Plenipotenciario, fuera el general Mariano Michelena y Vicente Rocafuerte, como secretario de la legación.

Con el rango referido de Primer Secretario de la Legación mexicana, ante el gobierno de su majestad británica, y encargado de negocios en varias ocasiones, se produce uno de los hechos más trascendentales a nuestro juicio, de la acción panamericana que debe de ser ejemplo y reflejo para nuestros países, de lo que debemos mantener y conservar como unidad de los pueblos de América.

Habiendo perdido la República de Colombia, parte de los fondos de un empréstito que había sido otorgado en 1824, su crédito quedó en peligro inminente, la situación era grave, el Ministro Plenipotenciario en Londres, de la Gran Colombia, don Manuel J. Hurtado había fracasado en todas sus gestiones, pero con fecha 22 de febrero de 1826, en nota a Rocafuerte, le pidió a nombre de su gobierno, la suma de setenta y tres mil libras esterlinas, que equivalían en esos tiempos a trescientos quince mil pesos fuertes, para pagar el dividendo correspondiente al inmediato mes de abril.

Rocafuerte no tenía instrucciones del gobierno mexicano para hacer tal préstamo, sin embargo, poniendo de manifiesto su valentía, re-

solvió la demanda que se le hacía y el mismo afirma "yo no tenía instrucciones de mi gobierno para hacer préstamos de esta clase, la premura del tiempo no me permitía consultar. No se me ocultaba que cargar voluntariamente con la responsabilidad de trescientos quince mil pesos, era exponerme al choque de pasiones que agitaban a los partidos, a la crítica de los indiferentes y a la malicia de los que envidiaban mi destino. Yo presentía la persecución que me había de traer este negocio, pero me hubiera degradado a mis propios ojos, si por miras personales o por riesgo de una desgracia individual hubiera dejado de hacer lo que yo creía más útil y conveniente, a la conservación del crédito del honor y de la habilidad de toda la América independiente, por eso, su minuta oficial, concluye: de nuestra cordial unión resultará la fuerza irresistible contra los enemigos exteriores y también la estabilidad de un nuevo sistema político que no necesita el apoyo de las bayonetas, por estar fundado en instituciones populares y consolidado por la unidad y justicia de principios"

Ciertamente el debate en México fue violento. La crítica feroz, pero no cabe duda que la razón y la justicia se imponen. El presidente Guadalupe Victoria apoyó y aprobó la gestión y el préstamo que se concedió a través del Ministro M. J., Hurtado y que le entregaron los banqueros de México, Cartwright, Barcliffe & Heaven y Cia. Es uno de los actos de amistad, pero sobre todo de pleno reconocimiento de la unidad latinoamericana que debe ser divisa de honor a todos los que compartimos esa calidad de hombres libres de una América nueva.

Tiene todavía Rocafuerte un acto más de participación en la vida internacional de México. Es encargado de llevar a México, para lo cual se embarcó con destino a Veracruz y arribó en febrero de 1827 para obtener la aprobación del tratado de amistad, comercio y navegación entre México y Gran Bretaña. Primero, con una potencia europea y sólo precedido en la historia de los tratados de México independiente, por los celebrados precisamente con la Gran Colombia. Superadas las dificultades para la aprobación y obtenida la del Congreso, regresa a Inglaterra y llega a Londres en julio de ese mismo año.

La historia de Rocafuerte a partir de esa época, la conocen mejor ustedes, pues de ahí regresa a su natal Guayaquil y en 1830 le toca presenciar esa agitada época en la que, otro amigo suyo, Vicente Guerrero, es

sucedido por el general Anastasio Bustamante, con quien no tiene la misma relación. Sigue escribiendo antes de que salga vía Acapulco, hacia Guayaquil y lo demás es historia del Ecuador que no nos corresponde ni remotamente narrar, pero que sí nos permite saber que también aquí, hasta llegar a ser Presidente de la República, sigue siendo su credo fundamental, el libertario de la América nueva y el sistema político que elogió que es el republicano y representativo.

Rendimos homenaje de reconocimiento a este barón de singular verticalidad y merecimientos para México.

La historia de México corre turbulenta a través del río del tiempo. Sufre invasión e imperio, nuevamente con afanes de príncipe europeo. Triunfa el indio de América Benito Juárez y tiene que sufrir el país dictadura y opresión. Se ve envuelto en un movimiento que constituye la primera revolución social del siglo y que apenas concluye y empieza a consolidar su vida institucional, ve desembarcar en el noroccidental puerto de Manzanillo, a un ecuatoriano sin par, a Benjamín Carrión. Marzo de 1933 establece el primer contacto físico, que no intelectual, de este ilustre ecuatoriano, con la patria de Juárez, identificado de suyo con esa figura que el mismo equipara con dos ecuatorianos, Eugenio Espejo y Eloy Alfaro. El primero, indio grande la independencia del Ecuador y el segundo, indio Alfaro, que abre los aires del mundo a la conciencia de los ecuatorianos.

Son tantas las vivencias que sería difícil precisar, tal vez el mismo narre mejor que nadie, con su prosa vivaz, su genio indiscutible, su presencia siempre observadora y sagaz. Su capacidad de comprensión de los pueblos y su historia, lo que es México, lo que es el México postrevolucionario, lo que es la imagen y semejanza de los deseos de los americanos, lo que sucede es que, a sus lecturas, hace alusión, se superpone ahora la realidad de la vida que lleva a México por el rumbo que se le presenta del caudillismo mexicano. Sin embargo aún así, pocas gentes son capaces de adentrarse en la entraña misma del México que él asimila, de entender que el caudillismo de un antiguo maestro de escuela es distinto de todos los demás. Afirma que era modesto, sin ostentaciones, sin fausto, que ajeno a suntuosismo y al nuevo riquismo estaba y lo más importante que era el propósito de que la consolidación de la revolución, la lucha por la efectiva libertad de conciencia, la liberación del

pensamiento y la revolución profunda, tendría que buscar para que hubiese nuevos afiliados, llevar a cabo la etapa del Estadismo para que pudiera lograrse la solución del problema básico de la justicia social.

Comprendió a México y lo amó. Participa con los mexicanos en muchas de las luchas que Latinoamérica libra, como puede ser las que encabezados por la delegación mexicana, enfrentamos en la Séptima Conferencia Panamericana de Montevideo. En esta primera instancia en México, asistió a la elección y al inicio del gobierno revolucionario Lázaro Cárdenas y el mismo afirma que ya de lejos siguió con interés vivo, la trayectoria justiciera, efectivamente revolucionaria de esta etapa en la vida mexicana. Vuelve a México posteriormente varias veces, pero siempre con los ojos y el espíritu abiertos para captar la realidad mexicana, pues el considera que conocer a México es amar a México.

Así transcurre su larga fructífera vida y siempre presenta ante la faz del mundo su amor por la que llama su segunda Patria. Sus merecimientos y sólo ellos dieron lugar a que fuera distinguido con el premio Benito Juárez, este premio es quizá el más importante galardón que México podía otorgar en su momento al distinguido ecuatoriano. El reconocimiento del premio no es sólo por un acto, ni siquiera por un libro, que varios lo hubieran merecido en la intención de dicho galardón que pretendía premiar la solidaridad latinoamericana. Es algo más, es el resultado de una fructífera vida vinculada con lo mejor de México, con sus escritores, con sus poetas, con sus filósofos y políticos y él mismo nuevamente se expresa de ellos y en particular para resaltar la participación provinciana en la creación de la unidad nacional y en el fortalecimiento del sentido nacionalista del pueblo mexicano.

Así es capaz de expresar su admiración por muchos de los mexicanos, pero en lo personal, me emociona profundamente la manera en que alude a Ramón López Velarde y a su principal poema: "la suave patria", quizás nuevamente por la identidad de ambos pueblos, cuando varias veces en algunos de sus artículos reitera el eco más representativo de lo que es, o lo que son, mejor dicho, nuestras patrias cuando expresa del poema precitado el verso que dice: "y el niño Dios te escrituró un establo y los veneros de petróleo el diablo". Es tan profunda la relación sentida por Benjamín Carrión entre México y su Ecuador y entre los mexicanos y los ecuatorianos que no deja de expresar, siguiendo

do también a Ramón López Velarde, cuando en el "intermedio: Cuauhemoc 'joven abuelo', escúchame loarte, único héroe a la altura del arte," que Atahualpa, el último de los incas, pero también el último de los Shyris, es asimismo como el "joven abuelo" mexicano, Atahualpa al que debemos glorificar como héroe ecuatoriano a la altura del arte.

México galardonó a Benjamín Carrión con el Premio Benito Juárez que se instituyó como decía antes, con un objetivo latinoamericanista y Salvador Novo sintetiza y saluda a Carrión diciendo: "uno vigorosamente mi aplauso al que en toda América resuena a convenir en el acierto con que el jurado relativo señaló a Benjamín Carrión como merecedor del Premio que ha instituido por el patriotismo y el hondo sentido de solidaridad latinoamericana, el presidente de México, con el nombre del benemérito Benito Juárez y como continental broche de oro, de las celebraciones mexicanas del triunfo de la república, galardona la más valiosa obra crítica y literaria del autor de Atahualpa, del claro expositor de los creadores de la nueva América y de un escritor ecuatoriano en fin tan adicto a México, tan aquí estimado en los medios intelectuales y tan conocedor de nuestra historia".

Sólo Carrión es capaz de expresar y aclarar cómo México no había logrado proyectar hacia el sur de América y cómo eran dignos de ser leídos sus poetas y escritores. Pellicer no le es ajeno y mucho menos, Enrique Fernández Martínez, desde luego, expresa su admiración por José Vasconcelos, el de la raza nueva, el maestro de América, el creador de la escuela rural mexicana y así sería interminable la lista de hombres que tuvieron o referencia histórica o vinculación de amistad que consolida la de los dos pueblos: México y Ecuador.

La cultura es para Carrión, el más importante bien de los pueblos. Por eso afirma y busca que sea la cultura la divisa más permanente de América y en particular de su amada Patria, el Ecuador. Pero también, la nuestra, la que nadie ha sido capaz de comprender tanto como el hombre americano que es Benjamín Carrión.

Pienso sinceramente que con estas pinceladas, he tratado y espero haber logrado establecer que es posible que la vida de los hombres una a los pueblos, y como el accionar de dos vigorosos ecuatorianos ha sido pilar permanente para sustentar y al mismo tiempo acrecentar la amistad de Ecuador y México.

Hoy aquí, en esta sociedad de americanos, de hombres libres, de seguidores del pensamiento de nuestros más ilustres pensadores, sólo quiero decirles al ratificar la amistad permanente un verso de un mexicano anterior a la colonia. Un poema de Temilotzin que dice

También yo he venido
aquí estoy de pie,
de pronto cantos voy a forjar,
haré un tallo florido de cantos
¡Oh, vosotros amigos!

Nota bibliográfica:

1.- Don Vicente Rocafuerte

Bosquejo ligerísimo de la revolución de Méjico, desde el Grito de Iguala hasta la proclamación imperial de Iturbide.

Edición, prólogo y notas de Andrés Henestrosa, México, Organización Editorial Novaro, S. A., 1977

2.- Vicente Rocafuerte

Prólogo y notas de Neptalí Zúñiga,

Corporación de estudios y publicaciones, Quito, Ecuador,

Editorial Cajica, S.A., Puebla, México, 1983.

3.- México, nuestra gran herencia

Mis bodas de plata con México, Benjamín Carrión

Selecciones del Readers Digest, 1973.

4.- Se igual y fiel, por Benjamín Carrión

Cuadernos Americanos, Año XXX, Volúmen 177-4

Julio-Agosto 1971.

5.- El gallo ilustrado

Suplemento ilustrado, suplemento dominical del diario "El Día",
México, D.F., 7 de enero de 1968.

Miguel Albornoz

JUAN MONTALVO, PARÍS Y LOS DERECHOS HUMANOS

Trayectoria de Don Juan

Si hay una figura intelectual en nuestra América que hubiera consagrado vida y obra a la prédica, la defensa y el ejercicio de los derechos humanos, tal es Juan Montalvo, el más destacado escritor del Ecuador del siglo XIX, uno de los mayores cultores de la lengua castellana y altivo defensor de la dignidad, de la libertad y de la democracia, en dimensión universal.

Nació Montalvo en 1832 un 13 de abril, en Ambato, ciudad enclavada en los Andes del Ecuador, un edén de verdor circundado de nevados, pleno de sol, de flores, de frutales, de personalidades recias y de mujeres bellas.

Estudió en Quito y cursó varios años de leyes en la Universidad; su sentido autodidacta y su pasión por escribir florecieron pronto. El ejemplo de sus dos hermanos que fueron destacados políticos liberales y altivos polemistas, así como sus lecturas sobre las grandes figuras de la antigüedad clásica, pulieron su personalidad y fijaron su curso. Sus viajes ampliarían sus horizontes y la vida, ya fuera en los azares de la diplomacia o del exilio, vendría a modelar su espíritu y universalizar su cultura.

Cuando llegó el joven Adjunto de Embajada a París en 1859, el ex Presidente Urbina que debió viajar como Plenipotenciario, declinó el cargo debido a razones políticas: Montalvo colaboró con el gran ade-

lantado del liberalismo ecuatoriano, don Pedro Moncayo, quien había asumido la representación.

Montalvo llevaba el corazón y la imaginación henchidos de romanticismo y de lecturas de Lamartine, de Hugo, de Chateaubriand, de Byron, de Goethe. Lo primero que hizo el novel diplomático de 26 años, fue escribir y visitar a su poeta predilecto, Lamartine, a quien halló "inclinado en un antiguo sillón, con su cabeza medio emblanquecida, su mirada melancólica". El grande hombre miró con simpatía al vehemente americano y le invitó a cazar en sus tierras de Milly "si acaso lograba arrancarlas a sus acreedores con quienes a la sazón pleiteaba". Montalvo le explicó que en el Ecuador todo el mundo conocía a Lamartine y que su juventud le admiraba mientras los nuevos escritores trataban de imitarle. Se permitió, a su vez, invitar al gran maestro a visitar el Ecuador, a los Andes del Chimborazo y del Tungurahua. La carta de agradecimiento de Lamartine dice: "He leído estas líneas y he amado la mano extranjera que las ha escrito. Si en mi patria se alimentaran sentimientos semejantes, yo no me vería obligado a repartir la sombra de mis árboles entre mis acreedores y mis deudos".

El París de 1859 era la ciudad imperial en febril modernización. Según los cuadros de Manet era el París de los carruajes, del sombrero de copa, las levitas negras y los pantalones claros, de las crinolinas, cofias y guardapolvos. España aprobaba el tratado con Francia sobre delimitación de fronteras en los Pirineos. Taine acababa de publicar su ensayo sobre Tito Livio y Sainte Beuve su "Estudio de Virgilio". Ello en su pasión por lo clásico, complacería a Montalvo, así como la noticia que daban las revistas sobre la manufactura de los sombreros de paja del Ecuador, llamados de Panamá por razón del lugar donde se comercializaban. Las damas de París ofrecían soirées-cafés donde se brindaba refrescos y helados, se fumaba o bailaba al compás de la polka y el cotillón. Se deleitaban con los versos de Lamartine, la prosa de Thiers y las novelas de Paul de Koch; se discutía sobre la "Misanthrope" de Moliere en su gira habitual, o sobre las pinturas de Caoubert y de Juan Francisco Millet. Los Champs Elysees estaban bordeados de cafés cantantes. Se brindaba por la apertura del Canal de Suez. El nuevo Louvre se fusionaba con las Tullerías y se acababa de inaugurar.

Montalvo absorbió París, Recorrió museos y monumentos, Visitaba el Centro de Bellas Artes, las tertulias literarias. Asistía a conferencias en la Sorbona; servía su trabajo como secretario de Legación. Sus descripciones del Luxemburgo y del Jardín de Plantas dan viva noción de sus impresiones. Diría, después de recordar a María de Médicis: "En las doradas tardes de verano, cuando el sol se acerca al horizonte, una luz viva cae sobre los vidrios del Palacio y hace de cada ventana una hoguera de púrpura". De sus visitas al "Pere Lachaise" destacaría: "Un paseo en el cementerio es una lección profunda de sabiduría. Allá voy amigo, allí encuentro al género humano reunido, nivelado, en gobernación perfecta; silenciosos y obedientes y ordenados todos: los que aman: Abelardo y Eloísa; los que fueron opulentos: Casimiro Perier, Lafitte; los que cautivaron el mundo con su genio: Moliere, Racine: los que le deleitaron con el arte: Rachel, Talma; los que padecieron: Eloísa otra vez, porque el dolor es semilla del corazón, dote de la especie humana, al cual no es posible renunciar".

Asiduo lector de Chateaubriand, cultivó en sus páginas la necesidad de visitar Italia y España para ampliar su educación. Lo hizo de inmediato; esos viajes le dejarían huella profunda y ampliarían su visión del mundo.

Tuvo entonces que volver al Ecuador a reponer su salud. Una vez allí no podría sustraerse a la discusión política. Su hermano, Francisco Javier, era perseguido por sus ideas liberales por el nuevo gobierno de García Moreno. Juan Montalvo inicia frente a éste, pese a su juventud, la discusión que durará toda una vida. Autoritario y déspota el uno, rebelde y defensor de los derechos y la dignidad del hombre, el otro. Desde una pequeña y tibia población de la costa ecuatoriana, la Bodeguita de Yaguachi, Montalvo escribe una carta al nuevo mandatario, el 26 de septiembre de 1860; prácticamente da consejos al gobernante y le dice: "La patria necesitaba de rehabilitación y usted, señor García, la necesita también" y añade: "Si alguna vez se resignó a tomar parte en nuestras pobres cosas, usted y cualquier otro cuya conducta política fuera hostil a las libertades y derechos de los pueblos, tendría en mí un enemigo y no vulgar". Tenía 28 años.

Nueve años estuvo en el Ecuador. En su ciudad pausada de Ambato, en la idílica quinta familiar de Ficoa; en Baños, entrada montañosa

hacia las planicies amazónicas, prosigue sus lecturas clásicas vive un romance apasionado y se casa con doña Adela de Guzmán; tuvo un hijo que muere tempranamente, pero su enlace no fue feliz.

Para enero de 1866 Montalvo publica su semanario "El Cosmopolita" que, durante tres años, sería su gran tribuna de polemista en lucha contra el gobierno teocrático y autoritario de García Moreno. Este da un golpe de estado en 1869 y Montalvo sabe que su vida corre peligro por lo cual se destierra a la población colombiana fronteriza de Ipiiales. Desde allí continuó su labor periodística y viajó a Panamá donde conoció al líder liberal, el general Eloy Alfaro que buscaba la forma de derribar el gobierno conservador ecuatoriano. Esa amistad sería inalterable.

Otra vez viajó a París en 1869. Cambiaba el aspecto de la gran ciudad. Hacía 15 años que Hausman progresaba en abrir avenidas y boulevares y ya entraba a modernizar Montmartre. Los omnibus tirados por caballos y los fiacres congestionaban las nuevas vías. Degas nos ha dejado visiones de grandes corbatas de lazo negro y amplio cuello abierto sobre la levita para ir a la Opera. El conservatorio de Artes y Oficios mostraba su nueva fachada sobre la calle San Martín. Los representantes de Francia discutían sobre el conflicto turco-griego en el Ministerio de Relaciones Exteriores con representantes del imperio de Austria y el reino de Hungría, de la Gran Bretaña, de la Rusia Imperial, de Turquía, de Grecia, del reino de Italia y de la confederación Alemana del Norte. Se suscribía capitales para el ferrocarril del este de Hungría y la Comédie Française, en el Odeón, presentaba "Le Malade Imaginaire" de Molière.

Montalvo a quien ya empezaba a llamársele también "El Cosmopolita", por su gran publicación periódica, se dedicaría de lleno a disfrutar de bibliotecas, museos y conferencias en París, sin dejar de escribir, a veces respondiendo a los múltiples ataques que recibía de los bastiones conservadores y oficialistas de su país. Ya era un ciudadano del mundo.

Ocurrió por entonces en el Ecuador un terrible terremoto que destruyó la ciudad andina de Ibarra dejando 50.000 muertos por una erupción del volcán Imbabura, Montalvo, que veneraba a Víctor Hugo, quien presidía por entonces a la intelectualidad francesa, como emperador de la barba florida y conocía también el destierro, le escribió una

carta como a genio tutelar, describiéndole el dantesco cuadro del cataclismo de Imbabura y le pedía "una mirada para sus ruinas, un ay para esos ayes, una lágrima para esas lágrimas". Víctor Hugo le contestaría en abril de 1869: "Yo he denunciado varias veces el azote de los despotas, no dejaré de cumplir el deber de denunciar también esos actos tiranos de los hombres, los elementos".

Había un ambiente de desencanto y de cansancio en el París del Segundo Imperio; la oposición liberal y la gente en general buscaba y presentía un cambio; parecía acercarse el fin de una era. Montalvo viajó nuevamente a Italia y Alemania, Pronto regresaría a Panamá llamado por sus amigos liberales. De ahí volvió a su antiguo confinio de Ipiiales, contiguo al Ecuador. Allí cumplió un fecundo período de producción literaria entre 1870-1875; escribió buena parte de su obra mayor "Los siete tratados"; además avanzó en sus "Capítulos que se le olvidaron a Cervantes" que son 60 y que solamente serían publicados después de sus días, dos tomos del "Libro de las pasiones", uno de versos, "El Regenerador" y "El Espectador".

En agosto de 1875 fue asesinado en el poder García Moreno y Montalvo, que había pronunciado su histórica frase "mi pluma lo mató", regresó a su país. Pero poco tiempo después, tomó las riendas del gobierno un nuevo mandatario que se convertiría en dictador, Ignacio de Veintimilla quien desterró a Montalvo y éste viajó a Panamá. Pudo volver a Ambato en 1877 a proseguir la publicación de "El Regenerador". Organizó entonces y presidió la "Sociedad Republicana" de avanzadas ideas liberales, según nos lo describe uno de sus biógrafos, Plutarco Naranjo, con finalidades de "defensa de los derechos del pueblo, ejercicio de deberes sociales, libertad arreglada a la razón, estudio práctico de la política, progreso gradual y de buen juicio, todo en medio del orden. Allí dictó conferencias explicativas de lo que quería "La Internacional" como sociedad universal, señalando sus diferencias con la Comuna de París y tranquilizaba a las gentes escandalizadas diciéndoles que "reconoce el principio de la propiedad, no quiere sino que las clases laboriosas no malogren su trabajo y la industria tenga sus leyes a las cuales someter la ociosidad y el lujo".

Montalvo fue electo diputado por Esmeraldas en 1878 pero no asistió a las cámaras. Empezó a escribir "Las Catilinarías", su obra fulmi-

nante y fulgurante contra Veintimilla, que aparece en forma de entrega en el diario "La Estrella de Panamá". Cansado de incompreensiones y abrumado de problemas resolvió volver a París a donde llegó el 1º de septiembre de 1881. No regresaría ya al Ecuador.

Era el París de la Exposición Internacional de la Electricidad que mostraba al público la primera lámpara incandescente de Edison, capaz de dar luz por seis meses. Ya funcionaban los teléfonos. Eran los días en que la república había recuperado el poder y en el parlamento se aplaudía a Gambetta. Renán escribía sobre Marco Aurelio; se saludaba la aparición de los libros de Alfonso Daudet y, en el Teatro Francés, se representaba el "Britannicus" de Racine. Era el París pintado por Renoir y por Monet, cuando se reconstruía el Hotel de Ville y las mujeres ensayaban el montar en bicicletas, la novedad de la hora.

Tuvo Montalvo en 1882 el placer de la aparición de sus "Siete tratados" y de "Las Catilinarías", impresos en Besançon, que le abrirían las puertas de la gloria literaria. Desde Italia le llegaron los elogios de César Cantú y de Edmundo D'Amicis. Cantú le hacía algunos comentarios críticos y añadía: "ésto no es óbice para que yo admire las grandes intenciones, la vasta erudición, la rectitud moral, la elevación constante de Juan Montalvo. Os suplico me ofrezcáis la oportunidad de manifestarme adicto al hombre ilustre que honra a su patria y al género humano". Le informaba que uno de los "Siete tratados", titulado "El Buscapié" acababa de ser publicado en italiano.

En 1883 visitó España y trató con las personalidades literarias de ese tiempo. Ya conocían sus obras y su estilo: doña Emilia Pardo Bazán con quien mantuvo sugerente correspondencia por varios años, Castelar, Núñez de Arce, Campoamor, don Juan Valera. Las críticas acerbas no faltaron, ni las cortinas de silencio. Pero Montalvo se crecía ante las dificultades y hallaba motivo para escribir en las objeciones. Tal fue el origen de su "Mercurial Eclesiástica" escrita en París, de implacables términos en respuesta a la autoritaria condena de sus libros como heréticos por un prelado ecuatoriano.

La altivez y la integridad de Montalvo le movieron a declinar honores y ofertas económicas o políticas; el presidente Caamaño le ofreció en 1883 una diputación y el presidente Antonio Flores Jijón un consulado en Burdeos, en 1888.

No faltó a Montalvo el consuelo de un romance que daría calor a sus años de destierro; la comprensión y el afecto de una espiritual mujer, abnegada y leal, Agustine Catherine Contoux que le diera cariño, respeto y cuidados. Ella le salvó la vida tres veces y le dió la alegría de un hijo, el pequeño Juan a quien se refiere Montalvo en cartas a uno de sus hermanos., lo cual ha rescatado del olvido, con amplia documentación, un erudito y destacado escritor, ex ministro del Servicio Exterior ecuatoriano, el profesor Darío Lara.

Pero las privaciones, las contrariedades políticas, la añoranza de su país y, finalmente, la acción de una dura jornada de invierno que le sorprendió cuando corregía pruebas de su "Espectador" en la imprenta, le llevaron a su fin. Al cabo de larga enfermedad y de operaciones dolorosas falleció el 17 de enero de 1889 en su apartamento del N° 26 de la Rue Cardinet.

Otro brillante escritor ecuatoriano de nuestro tiempo, Gonzalo Escudero, diría que "Montalvo esperó a la muerte con la señorial pleitearía del hijodalgo para extenderle la mano procerca y perfumarle voluptuosamente. Por ello pide claveles rojos para su lecho mortal; Don Juan meditó que la muerte es una de las bellas artes -la integral- cuando se supo hacer de la vida un romance de superación estética".

Era el París de la nieve, por entonces cubierto de propaganda multicolor de las campañas electorales: rosadas en los republicanos, azules de los realistas, verdes de los bonapartistas. Alejandro Dumas presentaba "Enrique III y su Corte" en el Teatro de París. En esos días se alzaba ya la torre Eiffel que había visitado el presidente Carnot y se instalaba la Exposición Universal que trataría de superar a las anteriores de 1855, 67 y 78.

En ese París, su amado París, moriría este campeón de la dignidad política, de la libertad democrática y de la pulcritud de la lengua castellana. La revista de París "Europa y América", en su edición N° 195, año IX, del 1º de febrero de 1889, diría: "Una irreparable pérdida acaban de sufrir las letras hispano-americanas, Juan Montalvo, el escritor profundo y elegante, el insigne autor de los "Siete tratados", de la "Mercurial Eclesiástica" y de "El Espectador" acaba de bajar al sepulcro... Como hombre cautivaba con su trato y sus nobles sentimientos. Como escritor, allí están abogando por él sus admirables obras. Estilo castizo, ele-

gante y vigoroso a un tiempo, personalidad definida, robusta y poco común, elevación de miras, profundidad de pensamiento, gracejo en el decir, perspicuo juicio en el pensar, todo eso poseía Montalvo y todo eso hemos perdido al perderle".

El redactor de esa revista Leonidas Pacheco consignaba en elogioso artículo: "Entre los hispoamericanos sus escritos han tenido inmensa boga, ha merecido amargas críticas y apasionados elogios. Ha tenido enemigos y discípulos, su personalidad literaria ha sido controvertida, pero se le ha leído. Las letras americanas están de duelo porque el ilustre hijo del Ecuador ha muerto".

Montalvo y Francia

Francia fue su segunda patria y la escuela de su gran cultura universal, admiraba y dominaba la lengua francesa. Ya desde su Ecuador natal traía el bagaje de la cultura de Francia que venía de los enciclopedistas y los filósofos de la revolución, quienes tanto influyeron en la independencia de los pueblos latinoamericanos. Su inclinación por en ensayo literario le vendría de la vena francesa, con abundancia de citas y de anécdotas como las que hacen delicioso el estilo de Montaigne. Textualmente transcribe párrafos del "Espíritu de las leyes" de Montesquieu y pone como inicial de varios capítulos de "El Expectador" el conocido apotegma "Siempre será mejor hacer felices a los hombres que gobernarlos". Así también cita continuamente a Rosseau con cuya vida se sentía hermanado en afinidad de pensamiento político con el "Contrato social".

Ya hemos mencionado el contacto y la admiración de Montalvo con Lamartine quien le había dicho: "Quiero mucho a la raza hispanoamericana; su generosidad, su elevación, sus prendas caballerescas me cautivan". Montalvo recordaría al poeta en uno de sus libros "Geometría moral" donde dice: "Lamartine era un rey, aún en la pobreza; rey caído, pero lleno de grandeza. Alto, sumamente alto; cuerpo de Virgilio; cabeza bien plantada sobre los hombros, cuello largo el color blanco, el cabello cano; hombre grave, sonreía quizá a los niños; palabra sonora, armoniosa". Sus ídolos mayores fueron Chateaubriand, Víctor Hugo, Lamartine. De estos diría: Chateaubriand y Lamartine están contentos

con su elipse, la figura de dos focos; a un lado, amor a Dios, al otro, amor del mundo".

Su admiración por Víctor Hugo fue profunda; le llama: "Anciano prodigioso, maravilla de nuestros tiempos; los ángeles hablan con él rompiendo el universo en viaje invisible para los mortales. Pero cuando da vagidos un niño, cuando gime un pobre, cuando se lamenta una despreciada, vedle, ya se apea de su trono, y enjuga las lágrimas de los que padecen y da consuelo a las aflicciones con esa dulce voz de poeta que parece haber nacido sólo para ese humilde santo ministerio".

Otro admirado de Montalvo era Bossuet como fuente de historia universal, Diría: "Bossuet es mi apoyo, es mi guía, mi antorcha. El me hace ver que esos paganos a quienes vosotros menospreciáis, son grandes filósofos: ven el mundo construido por un espíritu eterno y proclaman un solo Dios". Junto a Bossuet admiró a otros oradores sagrados a quienes rindió su homenaje como Lacordaire y Massillon.

En Montalvo influyeron los enciclopedistas D'Alambert, Diderot, Raynal. Del teatro francés habla en sus "Siete tratados" y describe las obras maestras de Moliere y Beaumarchais; dice: "Así como Rabelais es el padre de la risa francesa, así Moliere es el padre de la sonrisa". Todos los géneros de la literatura francesa le eran familiares.

De la grandeza de Francia, basada en su riqueza cultural, en sus altos valores humanos, habla con fervor. En sus "Catilinarias" dice: "Ningún pueblo más rico en hombres eminentes; los ramos del saber, cuantos son ellos, han tenido sacerdotes profundos en sus misterios: ciencias, humanidades, filosofía, artes, oficios, Francia es la que los cultiva y lleva a mayor altura... La majestad de Luis XIV recibe luz de los grandes plebeyos que ennoblecen su reinado: Corneille, bueno para príncipe según Napoleón; Racine, Moliere, rodeado de las musas invisibles; La Bruyere, La Rochefoucauld, moralistas insignes". Y habla igualmente de Saint-Simon, Sevigne, Voltaire, Hugo, Maistre, No en vano Montalvo vivió en total 11 años en París, bien aprovechados en bibliotecas, universidades y museos.

De Corneille decía: "Una tragedia de Corneille en el teatro es un curso práctico de grandeza de alma y rectitud moral"; y de Racine estima que "se está hombreando, entre los siglos, con los grandes trágicos

griegos: Esquilo, Eurípides, Sófocles". De Moliere celebraba que cada palabra suya hace ganar de la risa y despierta plácidas sensaciones en el corazón perezoso: "todo es gracia, pero todo es moralidad; todo parece ligero, pero todo encierra algo profundo y grave". Pero a la risa plena, la carcajada, la considera patrimonio de Rabelais que "por ironía culta y salerosa se hombra en las librerías de los doctos con Homero y Tito Livio". Fue admirador de Gautier y lo cita en sus obras, así como a Mirabeau entre otros grandes oradores franceses, Hace un paralelo de sus grandes figuras admiradas, Chateaubriand y Lamartine, dice: "Ahí está el más poderoso genio de Francia, después de haber regenerado al cristianismo, ilustrado a la humanidad y prestado eminentes servicios a su patria".

El influjo de Montaigne y de toda la literatura francesa en Montalvo ha sido analizado por el psicólogo y biógrafo Roberto de Agramonte quien señala similitudes y referencias autobiográficas; así recuerda el magistral juicio de Montalvo sobre el estilo de Montaigne: "Quién lo creyera, los *Ensayos* de Montaigne son una de las obras más excelentes y agradables que podemos haber a las manos; de esas obras que nos hacen olvidar comida, sueño, barbas y nos instruyen cuando nos deleitan. Por eso han dicho que el que ha leído a Plutarco, Séneca, Montaigne, puede hacer cuenta que ha leído cuanto bueno hay que leer en el mundo". Addison, el *Espectador*, hace la observación de que "si ese viejo gascón no hubiera entreverado las cosas a él pertenecientes con la alta historia y los sublimes principios de moral de que están henchidos sus *Ensayos*, no sería, a buen seguro, tan amena su lectura".

De Fenelon dice que "escribe libros de virtud y ejemplo para testas coronadas" y, poniéndolo en línea con Molière, Addison y Cervantes, dice que Boileau "hasta leerlo no supe lo que eran los goces de la vida" y, con respeto para los discursos serios, descarta la improvisación como frívola y fácil.

Pero tampoco le era extraño el movimiento contemporáneo de la política de Francia, No podía sustraerse a esa fascinación pues, como él decía: "Yo no se lo que tiene este país, me ha dicho un americano; acaba uno de llegar, y ya estaba profundamente interesado en su política. La política es una encantadora que nos echa el guante, por mucho que huyamos de ella, si es que alguna vez huimos de buena fe". Y, en deli-

ciosos términos, describe los avatares de unas agitaciones populares en las vecindades del Cuerpo Legislativo donde fue a curiosear, hasta que llegaron las cargas de caballería de la Guardia Republicana que despejaba la Plaza de la Concordia.

En marzo de 1975 celebró la Universidad de Besançon, en su Facultad de Letras y Ciencias Humanas, un coloquio sobre "Juan Montalvo en Francia". Allí asistieron personalidades como Germán Arciniegas, Luis Arquier, Benjamín Carrión, A. Darío Lara, Claude Dumas, Julian Garavito, Gabriel Judde, Hugo Montalvo, Alexis Naranjo, Galo René Pérez, Renaud Richard, Noel Salomón y los profesores del Departamento de Besançon. Originalmente debía presidir el coloquio Miguel Angel Asturias, Premio Nobel y admirador de Montalvo, pero su temprana muerte se lo impidió. Durante tres días se analizó la actualidad de la obra de Montalvo, lo cual fue, al decir del profesor Jaime Díaz-Rozotto, un homenaje que Francia rendía a Montalvo en la ilustre y vieja Besançon, la ciudad de la primera edición, elegante y pulida de los "Siete tratados" y de los "Capítulos que se le olvidaron a Cervantes".

El coloquio puso de relieve que, una vez terminada la independencia política de América Latina, "Juan Montalvo dedicó sus dolores, sacrificios y soledades a construir el Estado Republicano... Romántico, idealista, castizo, imitó lo inimitable, porque confiaba en las capacidades del poeta de ver lo que está detrás de las bellezas físicas y morales".

Montalvo y los derechos humanos

Hemos dicho que Montalvo fue un campeón de los derechos humanos en su vida y en sus obras. Cada una de las salidas desde sus campos paradisiacos de Ambato a recorrer el mundo, en campaña de difusión de principios de moral y defensa de la libertad y de los desvalidos, fueron otras tantas salidas de don Quijote por los campos de Montiel.

Sobre la trascendencia de Montalvo en los derechos humanos, dice el jurista y maestro Alfredo Pérez Guerrero: "Campeón de un ideal, una vez armado caballero por el espaldarazo del dolor, no cesa de lidiar ni abandona la lanza desgajada del árbol cervantino". Este autor ha titulado "Lecciones de Libertad" a un libro de selecciones de Montalvo. Allí sus ideas sobre la libertad de imprenta, el periodismo, el derecho de

reunión, de la clase militar, de la tolerancia, del abuso de las leyes, la defensa de la libertad de pensamiento, la libertad de conciencia, la de culto, la separación de la iglesia y del estado, la abolición de la pena de muerte, el matrimonio civil, la defensa del indio explotado de los valles andinos y los derechos de la mujer. "En su conjunto el liberalismo de Montalvo es la doctrina más cabal en cuanto a la defensa y la vigencia de los derechos humanos, dice el compilador.

Abogando por los derechos de la mujer, Montalvo recuerda los clásicos que la endiosaban: "dejarla gozar de sus derechos, obligarla blandamente a cumplir con sus deberes" dice y añade: "La mujer media en las riñas, amiga de la paz, por ahí se anda derramando lágrimas, procurando acomodar a los contendientes, borrar las disidencias, volver a la perdida concordia". Y recuerda que los galos pedían a las mujeres su dictamen en cualquier asunto, grande o pequeño, y su juicio era por ellos respetado, hasta el extremo de ser decisivo. Muchas victorias debieron a sus mujeres". Específicamente sobre los derechos de la mujer, decía en "El Espectador": "Cuan distantes se hallan todavía del lugar que las leyes naturales les señalan, igualándolas en derechos al sexo masculino, de las leyes sociales que en los pueblos cultos las han dignificado y engrandecido tanto".

Montalvo predicaba en sus escritos la fraternidad y la dignidad social. En combate permanente por sus ideas, aureolado por el destierro, se alzó contra los tiranos y contra el fanatismo y la intromisión política del clero. pero, si bien lanzó su vehemente "Mercurial Eclesiástica", no por ello dejó de ser creyente y destacó las virtudes del buen pastor, el cura de almas que hace bien y da ejemplo a sus feligreses; así "El Cura de Santa Engracia" que describe en sus "Siete Tratados", es muestra de genuinas virtudes cristianas. Contrariamente a lo que dirían sus fanáticos enemigos, Montalvo defendía la necesidad de la religión; decía: "sin el freno de la religión el hombre hace lo posible para perder su semejanza con el Hacedor".

Era un campeón del imperio de la ley. Expresaba: "si se me pregunta cual es el prurito que vuelve más vicioso y criminal a un gobernante, yo responderé que el abuso de las leyes".

En defensa de los derechos y la dignidad rompió lanzas contra toda tiranía, precisamente porque los derechos humanos son esencialmente

derechos individuales, de la persona humana, a menudo inerme ante el Leviathan de la maquinaria del estado. Así decía: "Tiranía no es tan sólo derramamiento de sangre humana; tiranía es fruto de las acciones ilícitas de toda clase; tiranía es el robo a diestro y siniestro; tiranía son impuestos recargados e innecesarios; tiranía son atropellos, insultos, allanamientos; tiranía son bayonetas caladas de día y de noche contra los ciudadanos; tiranía son calabozos, grillos, selvas inhabitadas; tiranía es impudicia acometedora, codicia infatigable, soberbia gorda al pasto de la humillación de los oprimidos... Patriotismo, amor a la libertad, deseo de ilustración pública, son enemigos de esa hija del demonio a quien ofenden e irritan luces y virtudes".

Y en premonición que alcanza a los abusos de nuestros días en el más grande pueblo del Asia, decía: "desdichados los pueblos donde los jóvenes son humildes con los tiranos, donde los estudiantes no hacen temblar el mundo".

Así mismo preconizó los derechos laborales. Decía: "La ociosidad es el lugar desierto donde se dan cita crímenes y vicios: el trabajo es el padre de las virtudes". Y se dirige a los artifices de la carpintería, de la fragua, del telar, de la talla de mármol, de los metales y las ruedas y les dice: "Oh pueblo, sabed que en el martillo, la sierra, os salváis del negro mar de los vicios, porque en los instrumentos del trabajo está obrando de continuo un milagro del cielo y ellos os sirven de tabla de salvación". Y defiende el derecho al descanso al preconizar la acción laboral; dice: "El trabajo fatiga; ahora decidme, sin la fatiga, no tendríamos idea de ese deleite pacífico que llamamos descanso?".

Ponderaba el derecho a la educación y la libertad de enseñanza; citaba a los Estados Unidos que dan igual oportunidad de educación a las mujeres que a los hombres, dice que allí las mujeres dirigen escuelas, tienen pensiones, son maestras de lenguas y cita anécdotas probatorias de su dicho. Criticó la explotación de unas clases por otras y, sobre todo, las discriminaciones raciales de nuestros pueblos americanos. Del indio de nuestros páramos decía: "Inocente criatura! Si mi pluma tuviese don de lágrimas yo escribiría un libro titulado "El indio" y haría llorar al mundo". También defendió la condición de los negros antes de que el presidente liberal Urbina decretara la supresión total de la esclavitud que todavía perduraba a mediados del siglo XIX.

Defendía la libertad de votar inalienablemente de todo hombre en una sociedad libre y decía: "El derecho de sufragio es el de todo ciudadano a la participación en el gobierno, en las naciones cuya forma es la monarquía constitucional o la república democrática, alternativa y electiva".

Pero fue la defensa de la libertad de prensa donde se concretó Montalvo en sus múltiples obras, libros y periódicos; decía: "¡Imprenta! ¡Imprenta! arrebatadnos los bienes de fortuna, arrastradnos a guerras injustas, aherrojadnos en mazmorras, pero dejadnos hablar".

La lucha de Montalvo por los derechos humanos fue denodada y dispar. Pugnaba porque se establecieran en nuestro país que todavía arrastraba taras y abusos de las épocas coloniales y de las desigualdades de la sociedad. Su prédica constituyó la médula doctrinaria del liberalismo en el Ecuador, finalmente institucionalizado por Alfaro a partir de la revolución liberal de 1895 cuando, desde el poder, pudo implantar una Constitución avanzada que pondría al Ecuador a la vanguardia de las conquistas liberales, o sea de los derechos humanos. Así la enseñanza de Montalvo no fue en vano. Y él diría: "El liberalismo consiste en la ilustración, el progreso humano, y por aquí, en las virtudes; ni puede haberlas en medio de la ignorancia y el estancamiento de ideas". Junto a Montalvo el idealista, Alfaro fue el hombre de acción. De sus lecciones políticas y morales de Plutarco se plasmaron los postulados de la doctrina liberal. Un joven crítico ecuatoriano, Galo René Pérez, dice: "Acumuló como ningún otro ecuatoriano ideas y hechos de la cultura del mundo para hacer correr con fuerza plenaria una filosofía de tipo liberal".

Un gran poeta del Ecuador y de América, Jorge Carrera Andrade, dice: "Lo que hicieron varias generaciones de hombres ilustres en Europa, desde la Reforma hasta la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, lo hizo Montalvo solo en el Ecuador: él fue Erasmo el sarcástico, Lutero el purificador, el renacimiento delicado, los Enciclopedistas, la Convención, la segunda y Tercera República, el liberalismo europeo. Montalvo fue una Suma ideológica... Han sido menester muchos lustros de experiencia y dos guerras mundiales, para que las naciones del mundo se decidieran a proclamar esos derechos en una "Declaración universal" en forma en que los soñó el noble polemista del

Ecuador. El derecho a la vida y a la libertad, a la seguridad personal y a la educación; el derecho a participar en la vida política y cultural del país; el derecho de asilo y de difusión de las opiniones sin limitación de fronteras; el derecho a un nivel de vida adecuado y otros derechos fueron exaltados, dentro de la más espléndida envoltura literaria, por el maestro de energía y dignidad humana, cuya actitud sirvió de ejemplo a las nuevas generaciones de América".

Es decir que, en materia de derechos humanos entramos a lo que podría acaso llamarse el Montalvo indiscutible; porque se puede o no coincidir con él en cuanto a posiciones políticas y hasta en estilo literario, pero no en cuanto a su filosofía y lo esencial de ésta que permea de sus escritos, los derechos humanos.

García Calderón dice que Montalvo introduce en América la curiosidad reflexiva que no excluye la belleza literaria o, mejor digamos, "la profundidad reflexiva". Por ello, en función de su pasión y su prédica por los derechos humanos, Montalvo es considerado como filósofo por varios tratadistas. Si Ortega y Gasset señala que el filósofo busca las verdades eternas, no otra cosa hizo Montalvo a lo largo de su recia, dolida y fecunda vida de pensador y orientador. Rufino José Cuervo dijo que "en la filosofía de Montalvo se entran la ilustración de sus semejantes y el triunfo de los derechos del hombre" y así, según Agramonte: "en Montalvo, como en Platón y Aristóteles, la filosofía ha de dirigir la vida política".

Obra y estilo

Este ecuatoriano de proyección universal fue un romántico enamorado de altos ideales que hizo de su vida una poesía en prosa, su gran panegerista de nuestro siglo, el escritor y diplomático Gonzalo Zaldumbide, señalaba: "En la prestante individualidad de este Americano por excelencia, Americano por entero, bien pueden remirarse sin mezquindad veinte patrias".

El gran crítico español Don Juan Valera, que prologaría uno de sus libros, advertía que "nada de Montalvo debe quedar inédito". Es que fue un clásico del idioma castellano que escribía y hablaba con nobleza, que actualizó estilos y modos de expresión, más bien relegados del

uso común. La lectura de Montalvo ha dejado en sus compatriotas giros y modismos, al decir de Zaldumbide, "de la más grande proveniencia clásica".

Pero desde Juan Valera hasta Navarro Ledesma y Gómez de Baquero, alta figura de la lengua española, habían de considerar su "Capítulo que se le olvidaron a Cervantes" como el más estupendo y digno elogio de Cervantes "escrito en prosa castellana más elegante, noble, pura y numerosa que se ha compuesto en el siglo XX".

Para concretar el panorama intelectual de América Latina, el gran maestro Pedro Henrique Ureña, hizo un admirable resumen diciendo que "La Historia de la América Española debe escribirse alrededor de unos cuantos nombres centrales: Bello, Sarmiento, Montalvo, Martí, Darío y Rodó. De Montalvo dice que: "anima la opulencia del vocabulario y los giros de los 'siglos de oro" con ímpetu americano de su imaginación. El uruguayo, Rodó, describió el ambiente natal de Ambato al exaltar la obra de Montalvo, entre el verdor del paisaje andino circundado de nevados y destacó en Montalvo la condición temprana de escritor de vocación y de literatura, con inspiración y arte de sutil minuciosidad y de aliento volcánico, Es decir, la síntesis deseada entre el aticismo humanista y la crudeza americana, "la dibujada prudencia y la maravillosa fuerza" que buscaría también en su antítesis poética, más tarde, el mismo García Lorca. De nuestro estilista del Ecuador diría Rodó: "La singularidad y excelencia de la forma es principalísima parte de la literatura de Montalvo. Tuvo, en esto, por ideal la vuelta a los típicos moldes de la lengua, en sus tiempos de más color y carácter y de más triunfal y gloriosa plenitud. Quiso escribir como lo haría un contemporáneo de Cervantes y Quevedo que profetizase sobre las ideas y los usos de nuestra civilización, y lo cumplió de modo que pasma y embelena. El fabuloso caudal de vocablos, giros y modos de decir que rescató de la condena del tiempo, infunde en cada página suya un peculiar interés de sorpresa y deleite". Rodó comparaba "Las Catilinarias" con los "Castigos" de Víctor Hugo y de la obra general de Montalvo decía que es una rehabilitación de sabrosas tradiciones en la sintaxis y el léxico que considera comparable, en el francés, a lo que hizo Pablo Luis Courier que desenterró y reactualizó los estilos de Montaigne y de Amyot. Señalaba Rodó que Montalvo tuvo un gusto literario del más neto solar español en una gran realización del instrumento verbal de la

raza que integra el genio del idioma y le llama "alma quijotesca, si las hubo; alma traspasada por la devoradora vocación de enderezar entuertos, desfacer agravios y limpiar el mundo de mandrines y follores".

Otro gran escritor y maestro del idioma, desterrado también y combatiente contra las tiranías como Montalvo, fue don Miguel de Unamuno que le consigna su admiración como combatiente y purista de la lengua, perseguido de los déspotas, en su prólogo a "Las Catilinarias". Lo considera "un apóstol, un profeta encendido en quijotismo poético; en la indignación lo que salva la retórica de Montalvo" dice que elogia, más que lo cervantino de sus libros lo que en ellos y en su vida tiene de quijotesco. Y este gran don Miguel, autor de la "Vida de Don Quijote y Sancho", en solemne acto conmemorativo dedicado a Montalvo ante la fachada del edificio donde residió de la Rue Cardinet de París, evocaría al gran perseguido ecuatoriano que allí terminaría su vida "pobre, solo y proscrito... como Jesús fue llamado loco por los suyos, por su familia, Jesús que, según dice el cuarto evangelio, fue crucificado por antipatriota. Loco igualmente como Don Quijote, que señaló los males de su patria. Y es como ellos que murió Montalvo, cristiano quijotesco, pobre, solo y proscrito".

Pocos han estudiado y ponderado la prosa de Montalvo como el sólido crítico literario Enrique Anderson Imbert en prolijo trabajo dedicado a la memoria de Pedro Enríquez Ureña. Allí señala que Quito, como ciertas otras capitales suramericanas "es un centro de preocupación por la pureza de la lengua española" y encuentra que Montalvo hace un compromiso entre el neoclasicismo y el romanticismo. Frente a la lengua dice que Montalvo "se apasionó de ella mucho más que sus contemporánea Palma, Caro, Cuervo o Mera".

Montalvo había dicho: "Suelo adolecer de un flequillo en esto de vestir con pulcritud a nuestra buena lengua castellana". Pero aclara Anderson que "no era un flequillo sino una tremenda pasión de solitario. Si por ahí descubría en una frase algunas partículas defectuosas, se estremecía. No se limitaba como sus contemporáneos a usarla con corrección o a defenderla contra los dialectismos o galicismos, sino que la gozaba como materia, como cuerpo sonoro, como riqueza en joyas y piedras preciosas". Y añade Anderson: "Como un orfebre de la frase a

Montalvo le interesan las palabras, las mira y remira entre los dedos y luego se pone a explicarlas, olvidando de lo que estaba diciendo" y aun sus quejas contra las imprentas, contra las erratas, contra la falta de puntuación y acentos, son quejas a causa de las heridas que él ha recibido en su pasión por la limpieza, claridad y perfección de las buenas formas, y, aunque no fue ni filósofo ni académico, ni gramático, colaboró como escritor en la tarea de subir la lengua, aguas arriba, hacia la fuente española". Ante España y desde América, decía Montalvo: "libertad política sí, pero no libertad lingüística" y sentía la literatura española como patrimonio común y temía por el desgajamiento de la lengua.

La Real Academia Española fue fundada en 1713 a ejemplo de la francesa para limpiar, purificar y fijar la lengua. Montalvo envidiaba la universalidad de la lengua francesa y señalaba que el pueblo francés "es el supremo dispersador de la gloria. Lo que no pasa por París no llega al fin del mando".

La erudición española de Montalvo era abrumadora, fruto de sus lecturas. Leía en francés, en italiano y en inglés, Escribió en francés pero han sido poco conocidos sus aportes. Como fervoroso romántico sus novelas preferidas fueron "La nueva Eloísa" de Rousseau, "Oberman" de Senancou, "Pablo y Virginia" de Saint Pierre y "René" de Chateaubriand.

Ventura García Calderón decía: "Merced al genial ecuatoriano no necesitamos buscar únicamente en España los modelos, tal vez Montalvo es el mejor y el más útil de todos, porque nos da el ejemplo de una prosa moderna, en donde caben el vocablo y el giro prolectos". Otro gran maestro de la lengua, Ángel Roisemblat, dice de los "Capítulos": "algo más le llevó a éstos: su preocupación por la lengua, el fervor del estilo que le acompañó toda la vida, aun en sus mayores arrebatos de indignación, a sus enemigos no les perdonó ni la prosa que usaban, con la cual se ensañó a veces ferozmente". Recuerda que Montalvo decía: "Bien como las piedras preciosas en reducido volumen abriga la luz y los colores, así hay vocablos en los idiomas que son como compendios de cuanta sabiduría pueden ellos comprender. Dándole la vuelta a esa palabra sublime, descubrimos otro universo". Y el ecuatoriano Galo René Pérez dice que "dictó como ninguna la lección de pureza estilística, que deberían aprovechar esos muchos que en América suelen cocear

hasta contra las reglas más elementales de la expresión" y le considera fundador del ensayo moderno en lengua castellana. Añade: "Ortega y Gasset y Unamuno entre los grandes pensadores españoles de la generación del 98 que le siguieron, continúan la tradición montalvina de expresar estéticamente sus ideas, de producir el fecundo abrazo de letras y filosofía... Enarboló como valores irrenunciables los de las libertades del individuo... Ágil, imaginativo, inestable, obliga a sus lectores a un viaje sin ruta prevista, rico de varias sorpresas, aleccionador a la postre. El guía en el viaje no es un filósofo. Es un poeta".

Y su amiga española, doña Emilia Pardo Bazán, le llamó "alma cristalina y pensamiento heterodoxo". El gran mexicano Alfonso Reyes cita a Montalvo entre "los pocos americanos que pueden hombrearse en sus líneas con los escritores de cualquier país que hayan merecido la fama universal".

Actualidad de Montalvo

Vive inmortal en nuestra lengua diaria Unamuno. Y es así, vive en América el concepto cada vez más rotundo e irreversible de la América Latina unida que él cultivó como uno de sus grandes postulados. Vive en la actualidad pensante de los escritores del Nuevo Mundo y europeos como los citados, Grandes homenajes se le tributaron cuando sus restos fueron trasladados a Ambato con la cooperación de todo el pueblo del Ecuador, del gobierno de entonces y del Comité France-Amerique; en su ciudad se erigió la Casa de Montalvo contigua a la plaza donde se alza el monumento en su honor. De entonces acá han aparecido más de 30 libros sobre Montalvo en diversos países de América y, en gran medida de jóvenes escritores ecuatorianos en biografías, antologías y estudios literarios. Reciente libros completan el perfil de Montalvo; así Antonio Sacoto Zalamea en la obra literaria, Gustavo Vásconez en la biografía anecdótica, Plutarco Naranjo en la visión política.

El gran crítico literario ecuatoriano, Benjamin Carrión, en su libro "El pensamiento vivo de Montalvo" decía "Don Juan Montalvo por temperamento, por altura mental, por insobornable honestidad de espíritu, es el paradigma, la expresión de un estado de conciencia, no só-

lo ecuatoriano, sino americano, iberoamericano. Es un ciudadano romano -Muscio Scevola, Catón- un héroe escapado de las islas de Plutarco que, pasando por el gironismo francés de Víctor Hugo, Andre Chenier y, sobre todo, Lamartine, se vierte al criollo vivir hispanoamericano, en un idioma tan castizo, tan rico de sonoridades, de expresión que, sin temor a irreverencias, acaso no tiene otro antecedente directo que el del mismo esclarecedor supremo del idioma: Cervantes".

En París en la explanada Champerret, ante una de las puertas de mayor movimiento de la ciudad, está la plaza de América Latina. allí se alza el busto de Montalvo como "Ensayista y polemista del Ecuador. 1832-1889". Está en gran compañía, entre Andrés Bello y Rubén Darío. junto al gran Francisco de Miranda, héroe de la Revolución Francesa y de la libertad americana, y a Vicuña Mackena, José Enrique Rodó, José Martí y Justo Sierra.

En el edificio N° 26 de la Rue Cardinet una placa de marmol dice: "Juan Montalvo, nació en Ambato, Ecuador, el 13 de abril de 1832. Murió exilado en París el 17 de enero de 1889. Polemista, ensayista, pensador, maestro insigne de la prosa española, escogió la Francia como su país de elección para aquí terminar sus días y murió en esta casa".

El cubano José Martí, igualmente polemista y desterrado de vida poética diría de Montalvo que fue "un gigantesco mestizo con el numen de Cervantes y la maza de Lutero".

La obra universal de Montalvo vive sobre todo en sus libros. Gracias a la infatigable y exitosa gestión del erudito embajador Gonzalo Zaldumbide, aparecieron en Francia, en la Editorial Garnier, entre 1921 y 1930, dos ediciones de los "Siete tratados", "Capítulos que se le olvidaron a Cervantes", "El cosmopolita", "Las Catilinaras" y una de "El Regenerador". La "Biblioteca de grandes autores ambateños" ha publicado las obras completas de Montalvo en 15 volúmenes ente 1968 y 1971. Roberto Agramonte publicó "Páginas inéditas" recopilando buena parte de la obra montalvina en periódicos y revistas y, más recientemente, Darío Lara en sus "Páginas olvidadas" hizo una reproducción exhaustiva en París. La UNESCO prepara una edición de selecciones de Montalvo junto con otros clásicos latinoamericanos.

Volviendo a Rodó en su gran ensayo diría en 1913 con voz profética: "Cuando en un cercano porvenir los pueblos hispanoamericanos pongan en acervo común las glorias de cada uno de ellos, arraigándolas en la conciencia de los otros, la imagen de Montalvo tendrá cuadros y bustos que la multiplicarán en bibliotecas y universidades de América. La posteridad llamada a consagrar los laureles de este primer siglo dirá que, entre los guías y mentores de América, pocos tan grandes como el hijo de Ambato".

Y el más alto poeta del modernismo, faro mayor de la lírica de América, Rubén Darío, dedicaría a Juan Montalvo una epístola poética de 388 versos desde Managua, en 1885, donde le decía:

"Noble ingenio: la luz de la palabra
toca el ánimo y dale vida nueva
mostrándole ignoradas maravillas
en el mundo infinito de los seres...
Cómo no has de acercarte hasta la cumbre
si Cervantes te lleva de la mano?
Oye, ya suena ese vago incesante clamoreo
de una generación que se entusiasma
al ver la obra que brota de tu mente".

Esta admirable "Maison de l'Amérique Latine" ha decidido conmemorar el centenario del tránsito de Montalvo en París como lo hace este año todo el Ecuador y América, Mientras Francia y el mundo conmemoran el bicentenario de la Revolución Francesa cuyo más noble y perdurable legado es la Declaración de los Derechos del Hombre. A ellos consagró su obra, su esfuerzo y su vida ejemplar nuestro gran ecuatoriano que hiciera de Francia, corazón de la humanidad, patria adoptiva en su vocación universal de "Cosmopolita" para bien de las nuevas generaciones, para aplauso del mundo de la libertad donde Montalvo dura y perdura para orgullo de su patria y paradigma de los tiempos.

POESÍA

Eduardo Mora-Anda

CREAR ES UNA FORMA DE AMAR

"La Reforma moral, dice Thoreau, es el esfuerzo por despertarnos". Las máscaras que a menudo llevamos son frías y duras pero nuestra verdadera esencia es de luz, es semejante a Dios, y estamos llamados a buscarla y encontrarla dentro de nosotros mismos, reflexionando sobre nuestras experiencias, para tratar de organizar, primero, nuestro mundo personal y luego proceder a mejorar la sociedad que nos rodea.

Nuestro planeta es muy hermoso pero el mundo dista inmensamente de ser un paraíso, especialmente ahora cuando vivimos una época de crisis: crisis de valores y crisis económica en que la supervivencia misma de la vida sobre la tierra se halla amenazada. Pero una crisis es también un período de oportunidad y, como decía Toynbee, estamos en un momento en el que podemos dar un buen giro a la historia.

Desde hace tiempo las utopías nos propusieron el cambio de las sociedades y esta es la grandeza del Quijotismo: ser tan realista, tener tan presentes los males del mundo, que uno ha de lanzarse a luchar para mejorarlo.

Marx nos dio un método de análisis de la historia y de las sociedades pero, convertido en idolatría, llevó a tiranías antes que al paraíso. Pienso que con menos dogmas y más pragmatismo, guiados por un espíritu de trascendencia y amor, podemos forjar una sociedad más humana y más elevada.

Todo niño maltratado o abandonado es un reproche que clama y advierte las posibilidades de un sombrío mañana. Toda persecución de un ser humano contra otro es un monumento a la incomprensión y la perfidia. Y todo acto en el que nos rebajamos o nos anquilosamos es

una traición a nuestra realización, al luminoso destino impreso en las capacidades de nuestros espíritus.

La vida no está hecha para desperdiciarla o estancarla, sino para que crezca, para que florezca en obras de creatividad, para que sea una obra de arte que ofrecer a Dios. Crear es una de las formas más altas de amar. Zoroastro enseñaba que el que produce frutos derrota a los demonios. La historia no ha terminado. Todo lo contrario: estamos llamadas a completar el universo. Y me parece que ahora, en nuestro tiempo la paulatina fusión de las civilizaciones de Oriente y Occidente, el aporte de las ciencias y la riqueza de las religiones trascendentes nos ofrecen los elementos para encaminarnos hacia una sociedad en conciencia.

La civilización consumista, superficial, sin serenidad, tiene que desaparecer. El ser humano tiene que hallarse a sí mismo en su interior. El verdadero orden social resulta de la paz interior y solo un ser humano renovado puede realmente reconciliarse con la Naturaleza.

Un entorno sano y limpio supone una sociedad que tiene a la vida por sagrada y la respeta. "La vida no puede dividirse". Hay que superar toda la miopía de los fanatismos y nacionalismos pues toda patria es parte de una patria más grande y toda frontera, mental o física, es un muro que se puede y debe derribar. Los prejuicios y las guerras carecen de derechos. Cada vida humana es única y sagrada y es más que cualquier institución o gobierno. No cabe convertir en dioses a los Estados, a las sectas, a la ciencia o a los partidos. Toda idolatría es un desperdicio de vidas y de energía. Solo en el Ser que Se Es está la vida auténtica y entra, sin mentiras y sin alienaciones.

Una sociedad de conciencia tiene que estar centrada en lo trascendente del ser humano y guiada por valores claros y prioridades morales. Ello supone una educación universal y enalteciente e implica también el fin de la miseria y de los excesos: la propiedad debe conocer el principio de moderación, de modo que haya lo suficiente para todos; el pleno empleo ha de garantizarse, porque es lo que corresponde a la dignidad humana y a la realización de las grandes obras cívicas; el crédito tiene que convertirse en un servicio social; y la pobreza crítica tiene que ser erradicada mediante un esfuerzo radical y concentrado. El entorno cultural ha de ser positivo: ha de existir libertad pero no libertinaje, la publicidad debe ser suficiente pero no un instrumento de manipula-

ción y la televisión y la prensa han de jugar un papel enaltecedor. Hay que ir a una dimensión humana tanto de las empresas como de las ciudades y de la sociedad en general.

Una existencia con sentido es vivencia profunda, es sencillez, es entusiasmo, es creación benéfica. Jesús relativizó las leyes religiosas y nos propuso el absoluto del amor, la nueva moral de las bienaventuranzas: ser desprendidos, misericordiosos, amigos hasta el sacrificio por el amigo, limpios de corazón, no violentos, pacificadores y consagrados no a un Dios tirano y Juez implacable sino a una presencia vivificante y eterna, que libera, que es comprensión, que perdona, a una vitalidad que motiva y una alegría que congrega. Pero en vez de esto, ¿que se ha hecho? se han acumulado prebendas, códigos, sectarismos y apariencias. Tal vez los fariseos han tenido más seguidores que Jesús.

A todo lo largo de la historia se extiende un inmenso rastro de dolores, de crímenes, de absurdos, de traiciones y de mezquindades; pero también a todo lo largo de la historia corre un río de luz en el que se destacan los grandes profetas, médicos e investigadores, los grandes creadores que han ido liberando y enaltecendo al ser humano, en una sucesión de floraciones que es como un viaje a la esencia y a la vida perfecta.

Cada vez que nos detenemos en lo mediocre y lo mezquino nos rebajamos y traicionamos nuestra vocación verdadera. Nuestras vidas tienen que ser dedicada a la noble causa de la vida.

Alicia Yáñez Cossío

AGRESTE

CIRCULO

Es el círculo perfecto
sin la circunferencia,
y es fácil abarcar el universo
junto al árbol, la tierra y el silencio.

SEMILLA ✓

Germina la semilla,
hoja sobre hoja se hace la lechuga.
Germina la palabra
página sobre página:
la vida.

HUERTO

Camina la semilla
a oscuras y en silencio
y es duro desyerbar el alma
para hacer el huerto.

GIRASOL

Un girasol enamorado
busca el espejo de Narciso.
Llega la media noche y el rocío
pone un cataplasma en su tortícolis.

AJI

El posillo de ají es la hoguera
que enciende y parpadea
el lejano sabor de la candela
para inventar que existieron los dragones.

TOMATE

El tomate del invernadero
cree que el mundo es un cuadrado,
que el sol es un triángulo escaleno
y que la lluvia cae en espirales.

LUNA

Amstrong trajo un trozo de roca
y se perdió la magia.
Desde entonces la luna solo sirve
para saber la fecha de la poda.

CIPRÉS

Mástil de barco viejo ido a pique.
En el cementerio,
la raíz del ciprés echa el ancla
en el naufragio de los huesos

MAÑANA ✓

Un jarro de café amargo,
el pan que se coció sobre la brasa,
una pala, un rastrillo, un sombrero de paja
y un banco para sentarse junto al alba.

NOCHE

Un rumor de ida bajo tierra,
la chimenea, el perro tras la puerta.
un libro que se cae de la mano
y una almohada encima de una estrella

GOLONDRINAS

Llegan las golondrinas
y escapan las migrañas
traen una aspirina
entre las alas.

LLUVIA

Los rayos abren el costurero de la nube:
el campo tiene un vestido nuevo
hecho con los hilvanes de la lluvia.

ARCO IRIS

Siete angelitos se resbalan
por el tobogán del arco iris.
Van a buscar un tarro de barniz
para pintar el aire.

HORMIGA

Se le rompió una antena
a la pobre hormiga,
falló la batería del walkie talkie
y anda perdida.

ORUGA

En el gimnasio del tronco
la oruga se encoge y se alarga,
con acrobacias,
quiere tener biceps de mariposa.

ROSA

Única en el rosal, la más altiva,
se cree la reina del jardín
y el viento castiga su soberbia
con un tic de Parkinson.

HOJAS

El viento barre las hojas secas
de las acacias,
y en traspasio de la memoria
el tiempo barre las horas muertas.

AÑOS

Florece las cucardas
se yerguen los romeros,
despuntan madre selvas
y los veinte años están muertos.

OCASO

La paz del campo se metió en el alma,
nada tiene de raro
que llegue el último ocaso
mientras se muerde una guayaba.

Yaruquí, 1993

Manuel Federico Ponce

POEMAS CORREGIDOS

De "poemas de un Sol étnico"

Desde el centro mestizo del planeta
entre heredades blancas,
y humanas curvaturas negras
alzan su historia las nacionalidades indígenas.

Los sitios del sol

El mundo
agua que desjunta simas y montes
sepultando sobre algas el paso del silencio
petrifica en un pajonal, espejo del Sol
toda la rubia cabellera de la tierra.
Orilla reciente, cinturón de mundo,
cinés en el anca de la Isla tu mansura
cimbras con la espuma del canto, un secreto de ola
y en el piélago
tu secreto de aire.
Cortas con tu filadura y traspárencia
una ciencia de océano junto al cauce del viento
sapiencia de aire para el acorde del alga.

América se puso de alba en tu archipiélago
cuando a medio mar, desde la lejura del agua
descubrían la sabia de la isla,
savía al aire, verdor de espesura y vida;
descubrían tu antigua virginidad.

Y el continente a su vez escrutaba un extraño arribo
y les miraba recelada, lejanamente; a medio sol.
Al grito de "Tierra" invocaron ellos tu nombre
y la hazaña velera erizaron tu Tótem.

A la llegada fantasmal del barco
las nativas azoradas ofrendaban al forastero frutas

desde el regazo desnudo

las Nativas hacedoras de la historia india
y en la inocente desnudez caminaban siervas del sol
en el encanto de la piel y la hermosura
en el encanto de la piel desnuda.
Era la mansedumbre de la hembra en la isla paradisíaca.

América amaneció lívida aquel día,
y el siglo se vistió de audacia.
El hambre de oro bajo el Inca herido
la sed de piel ardiente sobre la india yerta.

Era de alta piedra tu sillar, y tu signo era de piedra
sillería y siembra, himno y costumbre
Creencias de combate y canto
acompañadas de vida para la oración del hueso.

La momia triste, en posición de nacimiento
Y en una "vasija de barro" y de cristal
cristal de toda la insepulcra ausencia
cristal de fe en la permanencia de la arena
se rejunta callada y absorta una bocina
para yantar en la existencia común.

Y así llegando a la Tierra de los Mudos
al hombro el ajuar de su viaje
atravesaban el puente de los Abismos
hecho con cabellos de hombre y de mujer.

En cuclillas, recogido, el yerto vive
ora su compañía loca de fantasma y gloria
ora su razón de sueño, eternidad de polvo
ceñido el poncho entero
que fue color y signo,
y abierta la brecha del alma en la herida ciega
con el alma India en un Soldado perpetuo.

* * *

Y otras hoyas nos cuentan
abiertas en el mismo suelo...
El carbono en la médula del tiempo.
Los amantes de Sumpa
estrechan su abrazo hacia la arcilla
como ateridos ante un tiempo venidero
amantes proféticos hacia una historia de conquista.
Osamentas nonomilenarias de un libre amor
como símbolos de un paraíso terrenal americano
Pareja sola de un propio ancestro.

¿O un Adán y Eva antecesores de una Antártida cercana?
el viejo Sur del mundo.
Amantes hasta el hueso
abrazo blanco
duro abrazo de metal y calcio
abrazo de otra suerte.

de "la tierra del eros y el viento"

a un artista

Sus ojos negros, sus ojos
su viento triste, su viento.
Su alma en celo, tu alma
tu tez morena...

tu pelo viento.

Lleva una lumbre en silencio
lumbre de infancia,

y de tiempo.

Va tan de lejos, su cuerpo
negros sus ojos,

su viento.

Tiene la palabra en celo
tiene el pensamiento adentro
Su melena siembra en vuelo
un capullo de iris tierno.
Ojo y siembra, llanto y lejos,
vas partiendo en vida y tiempo.

Tu cabello me ha dejado
un dulzor de pasión y cierzo,
dulzor de lento verano...

Su viento triste, su vuelo
su alma en celo, su tiempo.

Ya de tí nazco un pasado
ya de tí, ando el recuerdo.
Ardor de beso moreno
pasión madura, y tormento.
Cuánto de niña en el verso
cuánto de luz en el verbo.
Vocablos de siempre, y al tiento

tu pulso de voz desde adentro.

Sus ojos negros, sus ojos
Su viento triste, su viento...

* * *

He desandado en mí tu fulgor
con la sombra de mi noche,
que va haciendo de su negro toda un alma
como hace el ave de la paja todo un nido...

Y es el clamor del ave mi clamor
Y es la noche de su pétalo mi luz.
Eres tú mujer un ánfora en la pena
que se llena con mi canto anochecido
Y eres tú mujer un cántaro
del agua recogiendo mi latido.
Voy como un río a tu sed de lágrima
a recorrer con mi brío tu lejana,
Porque estás y no estás al mismo tiempo
en el temor de mi llegada dolorida.
Te miro y te deshago en tu novela entrega
y te hago luz y me haces luz en el retiro.
Dame tú la morenidad y tu paisaje
yo te daré del tiempo de la vida.
Dame tú el aroma que te vuela y abandona
yo te daré de esta lámpara que enciendes.
Permanezcamos la escena de amor
hasta que el amor nos funda,
y perdure el sueño.

Y vino el poema a madurar el día
Y viniste tú, a madurar la noche.

del libro "de la Rima y la ciudad"

CONFESION

Podría ser el poeta de lo feliz...

Quisiera ser el poeta del Canto.

Que mi poesía esté en los sentimientos de las gentes

en los corazones vacíos

haciendo la metáfora que diga

que imprima en la sangre del hermano que lee

del sabio hermano que necesita del verso

en las horas perdidas

en las horas que se espera.

Y dé también mi poesía pan para mi mesa y los librereros

Escribir siempre, como me dicte el subconciente

escribir rimas de por sí nacidas.

Editadme la obra que la gente quiera buscar.

Pasarse de mano en mano la voz del verso

y el libro regarse, y darse como un alma.

El tiempo caduca pero no el Poema

cuando el poema es cierto.

Y soy Poeta en medio de la vida

el poeta que siempre he sido.

de "Leyendario"

La leyenda de los cisnes negros

La luna repasa entre los árboles su senda de lumbres, pastando con su rayo dulce los cisnes en el nocturno de la fuente. El plumazón obscuro adormido en la onda, la arboleda herida en la sombra.

El ánade nublado mira y remira su bonanza de ala, a la sombra de una almena que enaltece el arbolado.

Y el estanque, vestido de tiempo, va tejiendo en la hondura la palabra de estrella que el cisne satinado contempla.

Golondrinas perdidas revelan su brisa y su alma de piedra y alar, en la ojiva legendaria, sobre la voz que ora.

Sin nido y sin techo, hermanas del viento.

El agua despliega su queja de olas, cuando los cisnes embarcan su ruta de pluma en el cautiverio de la onda. El ave lozana se pregunta embrujada de imagen, si el negro perfil que al paso recrea, pacerá la misma ondosa placidez al devenir de tiempo y vida... o acaso su ausencia hecha recuerdo en el quiebre del torso, dejará plañidera la onda cautiva... Y la leyenda perturba su congoja de mundo, y nos dice penando en el mirar taciturno estos versos de conseja, que estrofarían al Escante... sumisos del Numen.

Los árboles pacen al viento, mientras a la distancia, otro cisne, de camino y fronda, rumiando su tristura, en su blancor, va recogéndole al breñal semillas de pobreza: cisne que regala su remanso al polvo de la era, y gime en el semblante sus dolencias.

La garza y la fuente

1º de septiembre de 1975, 6 p.m.

La garza en su infancia sigue retocando el secreto del agua; perdida ella en sus vientos, gozosa aquesta en el encanto del brocal redondo. Lleva el recuerdo en el alma de viajera, de las cochas tardas y anegadas del camino, enajenada aún, y extrañosa del reflejo virgen al tender el pico en el primer instante de ondas.

Vacia en sus patillas levísimas una premura de brisa...

Imagen contelada en la pureza de agua, que contraste a tu paso está dulzura de vida nueva, vagad ya en busca del nido dejado, que la noche cegará tu sueño de espejo, y esconderá tu figurilla alada en un

estupor de negrura y mancha; y el viento olvidoso descuidará tu senda, y te llevará a parajes extraños, adormilado en el huracán nocturno, inconsciente de la faena sagrada.

Id ya, finura de nido cándido, y hechizada a tus ramas, con el oráculo de que allá, en la avenida herida de aires de sol, dormita una fuente sonámbula su devenir de oleaje.

* * *

El espíritu de la Garza niña
que convirtió su esperanza en figura de cisne,
remonta cual querube su elegía de cuento,
y repite en el sueño su hazaña de verso.

del "poemario de Atardecer":

Tu haces malva, apenas, horizonte turbio, perdida tu luz en la sombra del invierno gris; como el rebuzno del asno a la distancia, que desde algún rincón inmenso se alarga y se desangra, dejando en cada eco algo de su voz y de sí mismo.

Ese alarido de nostalgia que entrega al vallecito en calma, todo su corazón de querencia y soledad.

"de la Violación de la bestia"

El potro negro, estirándose, puso de pie sus cuatro patas; y quedando abierto de ancas, evocaba relumbres de yeguas. Mientras retorzaba su hocico en la hierva enojante, el sexo obscuro empezó a recordar ansiedades de piel. Iba descendiendo y acrescentándose en media figura entera, De pronto comenzó a pendular. El potro levantó la cabeza desde el hambre, dejando de rastrear. Y así se acomodó patiabierta a puntear el sexo, cada vez con más acierto; la punta sensible, envuelta aún, comenzó a rozarse, a cada golpe, del pecho firme que el

animal plasmaba en la soledad del potreraje. Tiempo largo de excitación mantuvo la asolada figura, descubriendo locamente sus secretos de intimidad.

Era el roce del eros; el que mantiene latente al universo.

de "página Adolescente y otros versos"

a Lucía Cevallos

El patio tiembla; su memoria,
memorial de infancia en sueño;
Días que no supimos, y que fueron,
Días tan lejanos y de mujer tan alma.

Carbón incauto que humea su silencio
¡Torvo el negror del humo
en la torva obscuridad sin fondo!

La viejecita detiene sus días de dulce
alegría de azúcar en las yemas maternas
de la mano virgen que no cerró un labio ardiente
cuando un amante de trigo, cedazo y harina
se esfumó de hora en hora en la yerta ausencia.

a Cuicocha

En el corte límpido de la roca fría, un oleaje virgen golpea sobre el descanso lúgubre del Inca que cayó en la herida, perturbando en cada golpe el sueño guerrero, esperando la noche desierta que los indios vencidos escalen el perfil obscuro, y hagan surgir sus rostros de sangre desde aquel corazón inmenso y profundo que va latiendo sordamente sus

← pesares.
La noche en vela los cubrirá de sombra; almas desnudas que acechan

en la montaña a sus cuerpos de hueso, enroscados aún en las cavernas sombrías que el agua besa en su sinfín de marea y silencio.

* * *

Pájaros de vuelo viejo van haciendo danzar los aires sobre el mar de sus ansias.

Con el pico entornado la ilera, pastan su tersura de seda blanca, remansando la ola que tarda en la orilla y pena su viaje angustiado del día.

Mansamente la espuma se recoge en figura perpetua, repitiendo en cada playa la obsesión de distancia.

Y así, sordamente, el mar se aduerme en el alma de todas las costas.

Abrazando con su mano muerta, la ola envuelve en su último dejo una inmensa nostalgia de horizonte.

Con el rojo avergonzado de la hora, soledades de nube y palmera, que inmolan sus anchas hojas oscuras, inquietas al viento. Planeando el ala encalmada de brisa, un ave roza tíbiamente el correteo blanco y desbocado de la orilla.

RELATO CORTO

EJERCICIO DE REDACCIÓN N° 5

TEMA: Lo que mis padres hacen por mí y lo que significo para ellos.

GRAMÁTICA: Uso de las oraciones enunciativa, aseverativa y compuesta.

SIGNOS DE PUNTUACIÓN: Uso y definición de comillas, paréntesis y signos de admiración.

Mi mamá me pega por mi propio bien. Mi papá, que no distingue el bien del mal según dice la abuelita, nunca me pega. Mamá me compra vestidos, vitaminas, zapatos y paga el colegio. Papá me lleva al cine y me compra helados y me ha dado las más bonitas hojas de limonero, castaño y arce y casi todas las páginas que tengo de lanceoladas y dentadas. Todo el mundo sabe que son del parque de enfrente de casa, menos la tía Feli, por lo que mamá tuvo que explicarle que sólo hay que agacharse y cogerlas cuando le enseñé el álbum.

Con mamá aprendo a ser ordenada, limpia, estudiosa y gentil y mis tíos la felicitan cuando ven mi habitación, mis zapatos y mis buenos modales. Papá también me enseña cosas importantes, como los nombres de las estrellas y por cuales caminos del cielo andan en Marzo, y poesías como una de Edgar Poe titulada "Annabel Lee". Mamá hace otras cosas por mí como llevarme al dentista y a los conciertos de música y eso es importante para mi futuro. Parece que con papá (y sin mamá) yo no tendría ningún futuro, porque el ha perdido la Patria Potestad, que no sé exactamente que es ni debo preguntarlo a extraños, pe-

ro creo que es algo mas grave que perder el pasaporte o las llaves de la casa, y tiene que ver conmigo, con un trabajo estable y con el abogado de mamá, que no es el mismo abogado de papá. El asiste a las Juntas de Padres y Maestros del colegio, a mis entrenamientos y a los campeonatos intercolegiales de rítmica. Mamá no puede por su Trabajo Estable en los días laborables y porque el Sábado es el único día que tiene para descansar, desayunar tarde y comer fuera y sin prisas. Yo como con la abuelita, porque los Sábados puede haber entrenamiento pero nunca Comedor en el colegio y comer con papá "es un asunto que está fuera de toda discusión" porque no existen Sábados Alternos. Yo tenía la esperanza de que existieran en los años bisiestos y le pregunté en la mesa el día del cumpleaños de la abuelita y todos se rieron menos mamá que dijo muy , muy seria, que ni en bisiesto ni en el Año del Fin del Mundo. Y pasó un ángel y hubieran pasado dos si en ese momento no entra al comedor Charito con el asado y el tío Luis con el vino y todos. Los niños también, tomamos nuestras copas para brindar por la abuelita.

Como no estaba muy segura he preguntado a mamá y a papá lo que significó para ellos pero creo que no elegí el momento adecuado (éste es un defecto de comportamiento que no sé como corregir). Mamá terminaba de hablar por teléfono con un señor con el que sale a cenar los Viernes y me dijo un problema y qué haces aquí escuchando lo que hablan las personas mayores. Papá tragó saliva y me apretó la mano y con la otra señaló el cielo diciendo que había visto una estrella fugaz (sin nombre, por que las estrellas fugaces no lo tienen), pero cuando yo miré ya no vi ninguna ese Domingo al volver a casa. Yo intento como me aconseja la abuelita no ser un problema, pero estaba acostumbrada a hacer los deberes con papá y ahora mis notas son muy bajas. No es que papá me hiciera los deberes, sino que me explicaba con paciencia y desde luego yo no tenía por qué distraerme pensando en donde estaría, y haciendo qué a esas horas porque él estaba aquí conmigo en la biblioteca y yo sólo tenía que levantar la cabeza de mi cuaderno para verle al otro lado del escritorio haciendo sus propios deberes para el periódico.

Cuando estoy castigada sin televisión o sin bici, pienso que mamá sería más feliz con otra hija, obediente y estudiosa, o sin hija de ninguna clase. Hay niños que se mueren a poco de nacer (16 horas) como el de la tía Feli. Pero creo que papá lo pasaría mal si no me tuviera para elegir las películas y los helados de los Domingos Alternos, y para de-

cirle cuando está callado mucho tiempo, el que es tan hablador, no te preocupes papá, todo se va a arreglar un día de estos...

COMILLAS: Tienen la misma forma que la coma, pero en pareja y se usan en los títulos de los libros, de las películas, de las poesías y para indicar que la frase entre comillas no es de la persona que escribe la redacción sino de otra.

PARENTESIS: Es un signo doble, como las comillas, con forma de un cuarto de círculo. Sirve para indicar fechas de hechos históricos (1492-1992) o de nacimiento y muerte o para hacer alguna aclaración relacionada con el tema de la redacción.

Observaciones del ejercicio de Redacción Nº 5

- 1) Mayor extensión de la indicada (un folio).
- 2) Uso equivocado de mayúsculas.
- 3) No se emplea ni define el signo de admiración.

Corregir y repetir el ejercicio

Corrección del Ejercicio de la Redacción Nº 5

Mi mamá me pega por mi bien (Mi papá nunca me pega) me compra cosas y paga el colegio. Papá me lleva al cine y ha recogido del parque, sin importarle los comentarios de la gente, "las más bonitas hojas de toda la clase" según dijo la señorita de Botánica. Mamá me enseña a ser ordenada, limpia, amable, y cuando vienen los tíos y las visitas yo demuestro mis buenos modales. Papá me enseña nombres de estrellas si tenemos la buena suerte de que coincida una noche clara con un domingo alterno y muchos poemas, no sólo "Annabel Lee". de Poe (1809-

1849) sino otros como el de la destrucción de un barco (por su tripulación) que salió del puerto completamente nuevo y nunca piensa que no sea demasiado pequeña para leer sus libros de poesías. Mamá me lleva al dentista y a los conciertos y yo sabré apreciar ambas cosas en el futuro. Papá me acompaña a los entrenamientos, lo cual aprecio mucho en el presente porque ir sola mamá no me dejaría y yo no podía estar en el equipo del colegio y tal vez ser un día campeona olímpica de cintas o de barra fija como la señorita monitora le explica a papá los Sábados. Ahora signifíco un problema para mamá porque soy pequeña, pero cuando sea mayor iré a la Universidad y viviré en una residencia de estudiantes y mamá podrá pensar en sí misma sin tener que preocuparse por mis vacunas ni por mis horarios de rítmica ni por qué hacer conmigo los domingos no alternos cuando ella tiene asuntos importantes que resolver y Charito sale y la abuelita está resfriada. Si yo fuera un niño dice que podría dejarme tranquilamente en casa del tío Luis pero le molestó muchísimo una vez que mis primos y yo jugamos a médicos, seguramente por usar sin permiso la consulta del tío Luis y el aparato de la tensión arterial. A papá le pude explicar como nos habíamos divertido haciendo yo de enfermera, José Carlos de médico, Montse de madre del paciente y Luisín de herido en una guerra civil. Le tomamos la presión y la fiebre, le examinamos los oídos por si le salía masa fállica, le pusimos mericrobina y esparadrapo en las rodillas y le dimos media aspirina efervescente, sin hacer caso de lo herido que decía estar para que le diéramos más porque sólo tiene tras años y para algo están los prospectos de las medicinas en las cajas, como bien dijo José Carlos. Papá no se puso histérico como mamá que después de oír que habíamos jugado a médicos no quiso escuchar mis explicaciones, "no rompimos nada mamá" y me mandó a la cama sin cenar, dos semanas sin televisión y nunca más sola a casa del tío Luis y por decir "dejamos la consulta tal como estaba" dos bofetadas y "con un niño no tendría yo estos problemas" dijo. A papá en cambio nunca le ha importado que yo sea una niña en lugar de un niño y la prueba está en que si tiene que trabajar en el periódico un domingo alterno el no va a pesar de que le descuenten de la nómina y dice la abuelita ¡Oh tu padre! cuando yo le informo después de hablar por teléfono "dice papá que viene por mí aunque diluvie".

La abuelita espera que el no venga cuando llueve pero siempre se equivoca y si yo me resfrío por la lluvia resulto tres problemas para ella que tiene que dejar su casa para venir a cuidarme en la mía, llena de corrientes de aire, segundo problema y tercero es el miedo que le dan mis microbios del resfriado y ¡Oh tu padre! significa su protesta contra todo eso y no es una frase de admiración aunque lo parezca.

SIGNO DE ADMIRACION: Tiene la forma de un palito vertical con un punto encima o debajo según esté al comienzo o al final de la palabra o frase y sirve para dar énfasis, o sea gran importancia a estas y expresa admiración, sorpresa o miedo por parte de quien las dice. Ejemplos: ¡Qué bello día! ¡Es increíble! ¡Una araña!

Observaciones al ejercicio de Redacción N° 5

- 1) Mayor extensión de la indicada (un folio)
- 2) Y el uso de la coma?
- 3) Subrayar los adverbios pronominales y conceptuales explicados en la clase.

Corrección del Ejercicio de Redacción N° 5

Mis padres me enseñan lo necesario para ser útil a la sociedad y a mi misma, resumiendo, cada uno a su manera. Debo aclarar que estaba equivocada al creer que era un problema para mamá, le pregunté el momento oportuno (Viernes tarde, cuando regresó tan guapa de la peluquería) y me dijo que por supuesto que no y que si tu padre te ha dicho eso. Le expliqué que era el tema de una redacción y mamá le mandó a Charito a regar las plantas y me preparó ella misma la merienda y tuvimos una larga conversación de madre a hija mientras yo merendaba. Yo signifíco todo para mi madre, que hará cualquier sacrificio por mi felicidad, y no quiere pensar en el día en que yo vaya a la Universidad y se quede sola sin mí. Dijo al marcharse que posiblemente yo po-

día ser un problema para mi padre los domingos alternos cuando el tiene trabajo en el periódico y no va, por lo que cualquier día, seguramente un Lunes, se encontraría sin trabajo. Eso me preocupó bastante porque mamá no se equivoca en asuntos laboristas, así se llaman y hablé ipso-facto con papá por teléfono, tan pronto como la vi entrar al taxi desde el balcón del comedor. El me dijo que los únicos problemas de su vida eran su editor, los críticos y algunas personas de la familia menos yo. No puede perder su trabajo porque es amigo del Director y trabaja muchísimo, recordando que en el otro periódico también trabajaba muchísimo, le pregunté si era muy, muy amigo del Director y me dijo que "efectivamente, nos emborrachamos juntos". Me quedé tranquila con respecto al trabajo, pero no tanto con respecto a su salud y le volví a llamar más tarde para recordarle sus pruebas hepáticas y lo que le dijo el médico sobre el alcohol y el tabaco en la última revisión. Mamá le hubiera llevado un disgusto, seguramente con dolor de cabeza, por culpa de mis ideas equivocadas sobre lo que yo significo par ella, por eso ya no le he hablado de ninguna redacción. Pero a papá le dejaré mi cuaderno de ejercicios el Sábado mientras entreno, así se distrae y no salta de la silla cada vez que me caigo de la barra fija.

Está todavía lejano el día en que yo vaya a la Universidad y le dé el gran disgusto a la familia (que espera que yo sea abogado como mamá o médico como el tío Luis) ya que entonces tendré mi propia Patria Potestad, que según me ha explicado Charito es una especie de libertad para ser periodista como papá. Y nada importará la falta de Patria Potestad de papá porque yo con la mía le veré todos los Domingos, los Sábados y el resto de la semana, si él tiene tiempo, vive cerca de la residencia de estudiantes y sigue pensando que yo soy algo importante en su vida.

Corrección: Todos no es un adverbio pronominal ni conceptual.

Nota: Primer premio de narrativa en castellano, certamen convocado por la Universidad de Barcelona. Publicado en "Thesaurus" revista universitaria de literatura.- Septiembre, 1991.

Fabiola Solís de King

DE MUERTE NATURAL

Enrique no murió cuando lo mataron. Después del golpe, dudó un momento, parpadeó para cerciorarse de que no le habían quitado la luz del día y respiró profundamente para verificar su posición sobre el aire. Tomó su corazón y su mano vibró con el rumor que produce un ser vivo, palpitante, con la vida impresa en las venas. Le pareció que compartía la eclosión de una flor recién abierta. Nadie le quitaría el aire, la luz del día, los latidos de su corazón. Nunca se había sentido tan poseionado de sí mismo. Ni tan vital.

Cerró los ojos, encontró dentro, ahí en sus entrañas, la inocencia de una criatura dormida en una cuna y sentía los diversos latidos de su cuerpo como que le bullía un manantial. Permaneció estático imaginando que las aguas que subían no romperían en espuma sino que quedarían suspensas para siempre, ahí, brillando en las alturas.

Sentía una extraña sed de limpidez, como que quería recobrar el esplendor que emana de todo ser intacto.

Entonces decidió no dejarse morir por mano ajena: se vistió con su traje cotidiano y sacudió algunas sombras que lo habían salpicado, se hermanó con la madurez de sus años vividos uno a uno, día a día y tuvo la certeza de la vida dentro de él, aun de aquella anterior a la imagen, anterior a la palabra, su mundo arcaico en el que los recuerdos funcionan como una pantalla que sirve para reflejar la autenticidad de las huellas perpetuadas. Y su cuerpo, esa pantalla, estaba ahí, sacudiéndose de las debilidades, de los ojos apagados, de las espaldas encorvadas, de los pasos vacilantes. Se acompasó al ritmo de la vida, de su vida. Cambió muecas por sonrisas, acalló dolencias, apartó vacíos y se llenó de apetencias con su organismo permeable, como tierra recién

abonada, sorbió todas las sorprendentes visiones del futuro, de ese futuro suyo que también quisieron aniquilar cuando lo mataron de muerte natural y él no se murió.

Las nebulosas se retiraron al paso de los soles y él, Enrique, estaba, al fin, vivo completamente.

Entonces se sembró con multitud de semillas nuevas, preparó el terreno afanosamente, regó, cuidó, podó brotes para darles forma, una vigorosa y armoniosa forma y se extasió ante el crecimiento del ser nuevo que tenía dentro. De un ser que tenía la inquietud fervorosa del que quiere usar el pensamiento de un modo fecundo. Se sentía un luchador. No iba a subordinarse a sus verdugos y prestarles servidumbre. No iba a rendir al mundo la pleitesía que le rinden los carenciados. Sus puños no darían los golpes algodonados del vencido. No, él no. Estaba dispuesto a comerciar su rebeldía. No permitiría que le hagan un lugar en medio de las cosas por piedad, no que sus pasos se tambaleen con el estupor de los moribundos. No sería un sol que hace un ocaso en el desierto. No se quedaría inmóvil llorando abrazado a su propia vitalidad desvanecida. No, él no... Tendría más bien la prestancia del hombre que no quiere disociar la vida y dejarla fuera. Al contrario, le había abrigado para deslumbrar con su mucha presencia al mundo entero.

Llegado a ese punto y sintiéndose iluminado, consideró necesario escudriñar en las tinieblas y revisar lo que no había llevado, como una oveja al redil, al filo de una agonía. El asunto había tenido un proceso insidioso, atravesado en su camino como un obstáculo invisible, cuando empezó a percatarse del peligro, su sagacidad creció a medida de sus temores: cada gesto, cada frase, cada actitud, era sometida a su escrutinio:

— señor Enrique, cuántos años que le tenemos aquí! Yo creo que son más de treinta, no es cierto?

— pasa el tiempo señor Enrique y uno no se da cuenta sino cuando se hace viejo y los huesos le empiezan a crujir, no, señor Enrique?

— por qué será que se demoran sus expedientes... antes parece que usted era más ligerito... los años no pasan en vano.

— los años no pasan en vano... los años no pasan en vano...

— Está pidiendo licencia a cada rato, parece que la salud ya no es tan buena, a su edad el reposo es necesario, señor Enrique... a su edad... a su edad...

— ahora el mundo es de los jóvenes, ellos tienen el derecho a los ascensos, no hay que estancarlos, señor Enrique, usted ya tuvo su hora... su hora...

— señor Enrique, usted tiene que avivarse en esta era de las máquinas, lo antiguo no funciona... lo antiguo no funciona...

— se lo ve cansado, señor Enrique, por eso es mejor que Martínez tenga a su cargo el proyecto de los nuevos distributivos. Ese es un trabajo para la gente joven y al día... usted señor Enrique... huele a naftalina...

— se lo ve cansado... se lo ve cansado...

— para que usted no se agite, López irá a Loja, es un viaje pesado y se requiere del aguante de los años jóvenes, señor Enrique... los años jóvenes...

— un trabajo tan pesado ya no es recomendable a cierta edad, puede ser algo peligroso, el corazón, el desgaste...

— a cierta edad... a cierta edad... el desgaste... el desgaste...

— se fue al examen médico, señor Enrique? creo que tiene miedo que le manden al asilo... que le manden al asilo...

Así fue como Enrique empezó a colmarse de carencias insinuadas y sintió que él, su cuerpo, su alma, su cerebro, que latía en la angustia del desposeimiento, estaban quedando vacantes. Se dio cuenta que las palabras: juventud, joven, fresca, tiempos modernos, su significado, su sonido, forman una trama con la que trataban de interrumpir su historia. Una historia que había tenido sustancia y cadencia. Una historia vigorosa por la vocación profunda hacia los sentimientos, las palpitaciones, los crecimientos. No se había concedido descanso hasta no agotar el último capítulo. Y ahora, de pronto, todo corría tan ligero y él, jadeante, temía quedarse inmóvil en medio de un camino desconocido.

— una gran noticia... ya están trabajando en la reestructuración y como hay necesidad de vacantes en los cargos de jerarquía, van a dar plazo para que los viejitos se vayan a descansar en sus casas...

— dicen que les van a duplicar los fondos de reserva y la pensión... tontos lo que no aprovechan...

— dicen que van a tener que irse así no lo quieren... va a declarar algunos cargos vacantes... sobre todo los ocupados por los de hace principios de siglo...

El acoso era cada vez más frontal y más desvergonzado. Enrique se sentía como una criatura perseguida, a punto de disolverse por mano ajena. Como que quedaban sólo por cumplirse, lo más rápido posible, los rituales de la agonía:

— señor Enrique debe saber las enormes ventajas de irse ahora... yo si fuera usted no pensaría dos veces... haga el cálculo y verá que es un platal...

— a usted lo que más le conviene es irse señor Enrique, los fondos de reserva duplicaditos... y la pensión más subidita que su mismo sueldo... señor Enrique... señor Enrique...

— es mejor irse sin que le obliguen, así se le agradecerá por las promociones... sin que le obliguen... sin que le obliguen...

— irse debe ser cuestión de respeto a sí mismo y de entender que hay que aceptar que los años no pasan en vano... los años no pasan en vano...

— hay que dejar el camino... dar paso a la carne fresca... es la ley de la vida... la ley de la vida... la ley de la vida...

— es mejor irse... la ley de la vida... la vejez... los años pasan...

Así llegó para Enrique el instante en que el pelotón de fusilamiento los puso, casi a empujones, frente a su último respiro.

Sintió que se incubaba en él una irritación celosa, un extraño temor de interrumpir el milagro de sus latidos porque unas manos ajenas los estaban comprimiendo. Y entonces decidió. Luego recordó las sonrisas impregnadas de una malvada dulzura:

— señor Enrique! qué bien... Por fin se decidió... Quién como usted!... a gozar de la libertad... ya no más espaldas dolorosas y dolidas por revisar tanto expediente... quién como usted... cuándo me tocará esa suerte...

— le felicito señor Enrique. Estamos de plácemes al saber que usted va a descansar tan merecidamente... lo vamos a extrañar...

— qué se siente liberarse de la carga de venir todos los santos días a la misma hora... ver las mismas caras... oír las mismas pendejadas...

— qué alivio señor Enrique... para usted debe ser como nacer de nuevo... aunque... bueno... a su edad... sería un milagro, no?...

— señor Enrique, señor Enrique... qué alivio... le felicito... le felicito... por fin se decidió... estamos de plácemes... señor Enrique...

Y los cuchicheos marcaban el silencio de Enrique. Un silencio que le resonaba en el fondo de su rebeldía. Todo su entorno conocido se le dibujaba ahora con líneas imprecisas. Luego de ir y venir de aquella mescolanza de criaturas preparadas al agasajo (¿preparando la sepultura?):

— ya contraté los tragos y la comida... ¿quien le va a poner la condecoración... quién más sino el doctor Ismael... es el que más aguante ha tenido con el genio que se manejaba el señor Enrique... Yo pienso que se le debe dar una fuente de plata. De eso me encargo yo... que me den el gusto de despedirle...

— también puede ser un reloj de oro, o que parezca al menos... el señor Enrique con la vista que tiene... no se dará ni cuenta...

— podríamos ponerle una inscripción en la fuente, algo así: el personal a su querido e inolvidable director como una demostración de su agradecimiento y admiración por sus desvelos... creo que la palabra desvelos no cuaja aquí... parece que le estamos despidiendo a una madre... más bien sería: admiración por sus múltiples capacidades y su inagotable esfuerzo por el desarrollo de la institución... justo es que ahora descansen... no, eso no vale... eso parece un epitafio... pongamos más bien que se ha hecho acreedor a nuestra gratitud y que servirá de ejemplo a futuras generaciones... eso suena chévere como dicen mis hijos...

— por fin el señor Enrique irá a dormir tranquilo en alguna banca de algún parque sin joder a nadie... leerá la fuentecita con la inscripción y a lo mejor se crea lo que le pusimos...

— es importante también contratar unos músicos que toquen la música del tiempo heroico del jefe... que el señor Enrique de sus últimos pases y pasos aquí rimando con el bolero de los Panchos... así se acordará de sus buenos tiempos... si es que los tuvo...

Y así se iba gestando entre nostálgica, cursi, heroica y mentirosa la muerte natural de Enrique, fluyéndole la agonía como la sangre en las venas. Tratando de aligerarle el ánimo para la partida. Reuniendo cosas dispersas en un mismo marco: gratitudes y bajezas, generosidades y codicias, afectos y hostilidades. Cada paso de los asesinos hacia adelante, era un regresar hacia atrás, hacia bien atrás, de Enrique. Como si él, desde el momento en que sus años empezaron a colorearse como las hojas de otoño madurándose con la vida, se aferrara al tronco para no caer. Como si en lugar de enriquecerse con el devenir, hubiera perdido el derecho a lo naciente.

Sus sesenta y cinco años (¿siglos?) le empezaron a doler, ahí, en el centro de su esencia. Fue entonces cuando decidió no dejarse morir por mano ajena, y no aceptó que le duelan las dolencias impuestas. Parecería que él nada hubiera sacrificado, nada. Como que su vida ahí e medio de horarios, reglamentos, disimulos y rendiciones, estuviera libre de lastre y nada se hubiera perdido en él, nada. Como que él se iba tal como vino, alegre, confiado, turgente, la vida poseyéndolo, caldeado de sol, con una actitud central de vivencia mística ante lo que palpita y brota. Enrique se vistió de adolescencia y se creyó indestructible. Se dio cuenta que la piel se marca con más fuerza no con lo que se ha encontrado, sino con lo que se busca para siempre, y la muerte de la que querían que adolezca sería un encuentro definitivo con finales y despojos. No permitiría que esa sombra que querían extender sobre él deje su cuerpo perdido en unas tinieblas que no podía imaginar.

Pero a pesar de que lo mataron, Enrique no se murió. Todo él se sentía limpio de muerte. Ahí estaba naciendo nuevamente seguro de no ceder.

Le parecía estar dentro de un recinto sagrado: su cuerpo, ese cuerpo suyo en cuyas paredes golpeaba la vida. Su alma, como cuerda sensible volvía a entonarse ahora que exorcizó los demonios de su jubilación y los echó fuera.

Esos demonios ¡jubilación... jubilado... Voraces, exterminadores, vociferantes, rostros engendrados en el desposeimiento, en la carencia... Enrique luchando contra ellos, no dejándose atrapar en ese vacío anónimo lleno de mil voces... vejez... jubilación... jubilado... inútil... viejo... estorbo... decrepitud... decrecimiento... decadencia... mengua...

Nuevamente Enrique se apropió del aire, de la luz y de los latidos de su corazón. Caminó hacia adelante con pasos de estreno. Botó en un basurero, como quien se sacude de un escalofrío, pergaminos, diplomas, fuentes, reloj, discursos y abrazos y fue hacia adelante con la seguridad de ser un verde brote de la naturaleza.

Luis Aguilar Monsalvé

MÁS ALLÁ DE LA BRUMA

"Polvo es el poema de la muerte"

Fernando Rielo

El niño estaba triste porque todavía no sabía adónde iba.

Las vacaciones de Navidad se habían iniciado. La invitación formal de pasar unos días con Rodrigo no llegaba todavía, aunque Vasco, con insistencia, recordaba y repetía a sus padres lo que su amigo le había dicho: "Ven a pasar unos días conmigo, te vas a divertir mucho y no te arrepentirás; a mis padres les encanta recibir a mis amigos". Los papás de Vasco no tenían ninguna intención de mandarle si es que no había algo formal de parte de la familia de Rodrigo. Después de unos días llegó la invitación y las mamás se cartearon. "Nos encantará que Vasco venga a pasar unos días con nosotros. Mi hijo le aprecia mucho, además, mi esposo y yo queremos conocerlo y tenerlo por el tiempo que ustedes crean conveniente" -añadió- "No le brindaremos mucha tranquilidad sino bullicio, habrá como cincuenta o más niños entre primos y amigos cuando nos reunamos por algo". Isabel le agradeció y le pidió que "tenga cuidado de abrigarlo bien porque hay propensión al resfrío y debe tomar, todas las mañanas, el reconstituyente vitamínico", -luego agregó- "Irás el 29 de este mes por cuatro días, va a ir en el expreso de las once de la mañana para llegar a Saratoma a las dos y media de la

tarde" -continuó- "Le hemos comprado un billete de segunda clase ya que estará solamente tres horas y media en el tren". Esta carta llegó a las cuatro y media del día en que Vasco debía llegar, por lo que causó cierta extrañeza al recibirle. Todo el día había estado cubierto por una intensa neblina.

En el andén del ferrocarril Vasco se mostraba muy inquieto, no sabía qué hacer con la maleta de mano; el paletó le colgaba hasta cerca del tobillo, a veces lo cerraba o lo abría. La bufanda tejida se le caía al suelo repetidas veces, a continuación se la colocaba al cuello o la volvía a tener en los dedos; Isabel se impacientaba porque creía que lo iba a perder todo. De lo que estaba segura era del extravío que vendría con el maletín de mano; le había puesto allí un pan alargado de cerezas para sus anfitriones, un libro para leer antes de acostarse, dinero, un equipo de aseo personal, pañuelos y un suéter extra. Le retiró de su posición, sacó el dinero y lo colocó en el bolsillo derecho del pantalón, recordándole que pusiese atención a lo que tenía en la mano y el lugar donde estaba el dinero. El tren vino puntual como siempre. Vasco subió haciéndoles señas, sonreía y les mandaba besos volados, luego asentó la maleta, llevó los índices a la boca, sacó la lengua y se hacía el bizco para terminar en una gran risotada. Los padres y su hermana, catorce meses mayor que él, tuvieron que reír por igual; él no sabía que en ese preciso momento ella le llamaba muy dentro de sí misma: "cretino". Isaac, su padre, culpaba a su esposa de tenerle aniñado y pensaba que al regreso tomaría cartas en el asunto para evitar que continuase en esa condición precaria. Su madre, por otro lado, lo veía guapísimo, igual a su padre el General Guillermo Montoya y le hacía señas para que recogiese la maleta; todos le despedían con las manos en alto y moviéndolas mientras el ferrocarril se distanciaba más y más. El piso del tren estaba resbaladizo y el niño no se percató de lo fatal del peligro en medio de una bruma espesa.

Una vez ubicado en el asiento, se sirvió una pastilla de chocolate. Todos los pasajeros eran mayores, no había ninguno de su edad. Sospechó que todos lo observaban con severidad y vestían de blanco; no se levantó ni una sola vez. Cuando el tren se detuvo en Saratoma, no le esperaba nadie, se asustó. Hacía mucho frío, iba con el abrigo cerrado y la bufanda adentro, la maleta de mano en la izquierda y con la derecha arrastraba la valija que contenía todas sus pertenencias. Un momento des-

pués, se posesionó de una de las esquinas adentro de la estación y esperó. En este proceso se imaginó que no vería a nadie, luego pensó que se trataba de una broma muy pesada de Rodrigo; sabía que a él le encantaba hacer algo así. Volvió a repasar la invitación que le hizo semanas atrás cuando todavía estaban en la escuela, recordó de inmediato las cartas de las dos mamás y recobró la calma. Consciente, sin embargo, de que algo no andaba bien, sacó el libro para leer, iba a dejar pasar dos horas para llamar a casa y preguntarles qué debería hacer, esperaba que el teléfono funcionase. Por lo que veía era un pueblo donde no había nada, sólo se percibía la existencia de una bruma densa.

Cuando ya agotó cinco páginas de lectura, le recogió un hombre gigante con un diente forrado de oro que lo levantó sin decir mayor cosa, lo puso en un coche tirado por dos caballos y se dirigieron hacia el bosque cubierto de nieve. El cochero le extendió una manta sin sonreír, pero casi no abrigaba; sintió un frío penetrante y los dientes comenzaron a castañetear. Vasco se imaginó que estaba en el fin del mundo y que iba a ser convertido, probablemente, en una acémila como en Pinocho. La bruma iba haciéndose aún más pesada.

Una de las buenas enseñanzas de Isabel que trajo a su memoria en ese momento, decía: "Hay una salida para todo si es que uno se tranquiliza y analiza con calma la situación". Se sosegó y comenzó a no sentirse secuestrado al recordar que Rodrigo le había hablado ya de ese monstruo que también solía asustarlo, pero a la vez le contaba que era como miembro de la familia y que estaba con ellos por muchos años. Luego pensó en Isaac, que aunque no pasaba mucho tiempo con él, le dedicaba cierto tiempo para jugar ajedrez y le escuchaba cuando le contaba cosas de la escuela. Aun rememoró los momentos buenos y malos con Micaela, su hermana; en el fondo sabía que no era mala, era sólo una chica, y una chica peleona. Su madre, por otro lado, era la más hermosa y más buena del mundo. ¡Cuánto diera para que en este momento de tensión, ella estuviese a su lado confortándolo, sintiendo ese calor materno! El frío era ya incontrolable y no se atrevió a decir nada por temor a un insulto o quizás a una bofetada. La bruma inundaba amenazante.

Vasco llegó desmayado, los dedos de las manos y los labios purpúreos. Nadie se encontraba con él para asistirlo. Veía en confusión: una

escalera que caía con él... un árbol que lo aplastaba..., un tren que se precipitaba al abismo con un pequeño que sangraba por el impacto pero, en una partícula de segundo después, el ferrocarril seguía íntegro; sin él..., su propia familia gritaba con caras de espanto, una ambulancia que venía... El gigante y la mucama lo colocaron en uno de los cuartos para huéspedes. Nadie vino a verlo y comenzó a preocuparse. Trató de levantarse y no pudo, pero sí fue capaz de ver por la rendija de lo improbable, que afuera, había más oscuridad y más niebla. Escuchaba lamentos y sollozos en una cama blanca, estrecha y con tapa; luego dejó de percibir todo más allá de la bruma.

El niño ya no estaba triste, sabía adónde iba.

Angel F. Rojas

EL CLUB DE LOS MACHORROS

Apunte de novela

(Fragmento)

Érase un grupo de ciudadanos que, con un número fijo de cinco, - ocasionalmente había uno más- pasaban de los sesenta años como mínimo. Todos ellos sabían leer y escribir. Y en aquella época, viviendo en el discreto rincón donde habían nacido, y cuando aún no había radio ni menos televisión, no tenían otro medio de informarse de lo que pasaba en el mundo que los diarios del puerto, que llegaban dos veces por semana, en paquetes el uno de cuatro y el otro de tres ejemplares, con cinco días de retraso. El grupo mantenía la suscripción de los dos importantes voceros porteños, y no leían los periódicos sino en forma rotativa: circulaban entre aquellos metódicamente. Y los leían de adelante para atrás. Es decir, comenzaban por los de fecha más reciente, e iban retrocediendo hasta llegar al ejemplar que encabezaba las sendas remesas bisemanales.

La lectura la hacía cada uno de ellos, pero en su respectiva casa. Quedaba para después la información verbal de lo que habían encontrado, y el comentario político, que les solía llenar de variable interés.

El primero en llegar al punto donde se reunían era don Amador Semblantes, hombre de complexión mediana, de pelo entrecano y escaso, que usaba invariablemente un sombrero hongo, cuyos taflete y cintillo, por un lento proceso de ósmosis, habían ido sorbiendo, con el andar de los años, una mancha de sudor y sebo, que atraía el polvo de las calles y probablemente, el de su cuarto de solterón también. Y su pantalón, que no se había lavado ni planchado desde hacía décadas,

aún cuando era de un excelente casimir inglés, acusaba el efecto decorante en el nacimiento de una de sus perneras. Tenía dentadura postiza, y una de las placas, la superior, estaba ya floja, y solía caérsele cuando estornudaba. Se cuenta que en una ocasión aterrizó en un plato de sopa, en medio de la sensación desagradable de los demás comensales, en el fonducho donde se alimentaba cotidianamente. Se cuidaba por ello de no estornudar, y acaso por ello tenía una voz ligeramente nasal. Le afectaba un tic. Esto consistía en un sacudimiento recurrente de hombros, como si dijera con ese movimiento que nada le importaba en el mundo.

¿Por qué era solterón? Pues porque, en su ya lejana juventud, una dama en la cual había puesto sus ojos, lo había menospreciado. No tuvo el valor de insistir. Y su decepción fue grande cuando ella se casó con otro. Don Amador se sentía muy superior al novio en todo sentido. Y quedó resentido hondamente por el resto de sus días. Era quien más entendía de papeles fiduciarios, y había colocado su pequeño capital en un banco de Guayaquil. Vivía de los intereses. Y no pagaba casa porque su primo lejano, don Daniel que era un hombre muy rico, le había facilitado una habitación en una de sus numerosas casas de renta.

Cuando le llegaba por correo el dividendo trimestral, cuyo cheque lo cambiaba a su primo en dinero efectivo, se daba un lujo: visitar a una conocida dama amiga de hacer favores, a quien había que remunerar en especie. Además del obsequio trimestral, don Amador Semblantes se las había arreglado para que recibiera cotidianamente dos litros de leche, que le obsequiaba a él su generoso primo, y que pasaba directamente a la cocina de la virtuosa dama. Pero él no la visitaba sino cuando había recibido el dividendo, aún cuando el suministro de leche fuera un obsequio de todos los días.

Las malas lenguas del pueblo pequeño donde vivía el grupo sostenían que, cuando muy joven, tuvo una aventura sonada, y que la chica que cayó en sus brazos no le dio el hijo que él hubiera querido tener. Le consideraban, pues, un macho estéril. Acaso fue esa condición la que le hizo incorporarse al grupo. Otros decían que él no era machorro. Que lo había sido la señorita, pues, aun cuando después pasó a otro poder, nunca tuvo descendencia.

Nunca pudo olvidar el escaso tiempo en el cual alcanzó el pináculo de su existencia de ciudadano: cuando le eligieron concejal. Consideraba haber tenido una actuación notable. Y especialmente, sus compañeros recordaban que en una ocasión tuvo la oportunidad de hablar en público, en una solemne ceremonia cívica. Demostró sobresalientes cualidades de orador. Y sobre todo, no se le ocurrió estornudar. Cuentan que otro de sus colegas, al escucharlo, exclamó: Qué bien habla. Qué lástima que no sea un hombre preparado: Esta última afirmación, que llegó a conocer don Amador, no la perdonó jamás. Y por ello aun cuando se reunían todos los días y se saludaban estrechándose la mano, eran rivales mutuamente agresivos. Sus opiniones, casi invariablemente, eran contrapuestas.

Se bañaba muy poco. El cuarto que ocupaba carecía de baño, y tenía que aprovechar los días soleados para acudir al río, que entonces tenía sus aguas muy lípidas, para sumergir su cuerpo blancuzco, con algo de panza de batracio, en una especie de poza que él mismo ahondaba, sacando los cantos rodados del centro, y poniéndolos en fila, a modo de tajamar. Primero se jabonaba con la ayuda de un pañuelo y, por supuesto, se sumergía cubierto pudorosamente con uno de sus calzoncillos. El jabón le servía después para lavar la improvisada prenda de baño como el pañuelo. Un trabajo menos para la lavandera.

Al salir del río tenía los pies amoratados por el frío del agua, y sus callos se habían remojado, lo cual le permitía rebanarlos cuidadosamente, cortándoles en finas láminas, que le libraban durante cierto tiempo, de la tortura que le significaban los que tenía en la planta de los pies. Su navaja, de la marca "Toro", fabricada en Alemania, había sido previamente muy bien afilada: tenía una excelente piedra de afilar debajo de su cama.

Era flaco y velludo. Y los comentaristas del pequeño pueblo decían que después de esos baños, tan poco frecuentes, quedaba todavía más flaco: la capa de mugre que acumulaba en el cuerpo, según esta versión, engrosaba su piel y por ende, su figura.

Había trabajado en su juventud como amanuense de escribanía, porque tenía muy buena letra, y en aquella época el protocolo de escrituras públicas tenía que copiarse forzosamente a mano. Ganaba a tanto la foja. El estipendio, llegado el fin de semana, lo reclamaba con una

frase escueta: "los derechos". Cuando su pariente don Daniel hacía algún negocio de aquellos que deben escriturarse, recibía directamente de aquel una propina adicional. Así era como pudo ir economizando centavo a centavo. Y vendió un "terrenito" que tenía en el pueblo, y con su producto compró los papeles fiduciarios que le daban aquella modestísima renta de la cual después vivía.

Decía venir de parientes nobles, no obstante lo cual se decía liberal radical. Cuando le preguntaban cómo se explicaba esa aparente contradicción decía que si bien sus parientes ricos eran conservadores, él, aun cuando de buena familia, y por llevarles la contraria, era liberal. La mamá había sido, según él lo confesaba, un poco chola, y esa sangre mestiza le había impulsado a profesar el credo liberal. Tenía, por lo mismo, veneración por la memoria de don Eloy.

El segundo en llegar al sitio de reunión, que era una banca de tiras situada en una de las esquinas del parque central, amparada por el alero del ancho portal de la plaza grande, era don José Miguel Casas, quien vivía cerca. Se trataba de un hombronazo, colorado, con nuca de toro y al cual los años mantenían aún muy erguido. Tan erguido que comentaban que se había tragado un fusil. Usaba un bastón con puño de plata, que era una de las muestras de su antiguo esplendor, había sido contratista del Concejo Municipal, al que le hizo la instalación del agua potable de la pequeña población. Pero allí perdió su patrimonio. Trató en vano de conseguir un reajuste en el precio pactado: la corporación edilicia se negó en redondo.

Tenía sus conocimientos elementales de topografía y nivelación. Y con ellos se bastó para concluir, bien que mal, la obra contratada. Nunca dejaba de referirse a ella. En uno de los ángulos de la plaza central había una bonita fuente. El agua que borbotaba en la figurita de bronce provenía del caño que suministraba el precioso líquido a toda la población. Y repetía, hasta el cansancio, cómo fueron sus primeros trabajos, y cómo se le había pagado con ingratitud.

Ingratitud no solamente de los concejales que prefirieron verlo arruinarse y no pagarle un suplemento al que, en justicia, tenía derecho, sino de todo el cantón, pues no obstante la dádiva que significaba el haberle proporcionado a su orgullosa cabecera agua potable en

abundancia, cuando se postuló para una diputación, fue derrotado en las urnas ignominiosamente.

Si bien era de los primeros en acudir, hacia las seis de la tarde, al lugar de reunión, era acaso el último en retirarse, a eso de las diez de la noche. Porque sabía que, si llegaba más tarde o se despedía antes, sus demás compañeros se ensañaban a sus espaldas burlándose de las que llamaban sus chifladuras.

Especialmente el comentario se centraba sobre estas consideraciones: si hubiera sido elegido diputado ¿que podía decir en el parlamento? No tenía la locuacidad de don Amador, por ejemplo. Hablaba despacio y trabajosamente. Y no sólo, decía, que le costaba dificultad expresarse sino que carecía de ideas que exponer. Menos todavía poner por escrito lo que pensaba. Pues, según sus compañeros de banca, tenía una cabeza de cemento. Claro está, decían sus entrañables amigos: ese cemento con el cual hizo los tanques de decantación de la planta de agua potable, fraguó también en aquella testa. Por ello es que su cuello, largo, vigoroso y colorado, era al propio tiempo tan robusto: una columna sólida para sostener el peso de un quintal de cemento que su cabeza tenía en la sesera.

Se daba así mismo el prestigio de Don Juan. Pero se desconocía en lo absoluto quienes eran ellas. Los más benignos sostenían que alguna base tenían sus jactancias: en el hermoso valle subtropical que se asentaba a cincuenta kilómetros de la pequeña ciudad, había unas chicas muy lindas, pero todas ellas tenían su novio o su marido. Entre ellas, se cuenta, que se lo endosaban en broma. Pero nunca hubo nada en serio. Inclusive aventuraban el comentario sosteniendo que si no era virgen, por lo menos, era de una castidad ejemplar.

Le preguntaban, medio en broma, medio en serio, si no había dejado semilla en alguna de las damas a la cuales había conquistado. El confesaba que "no pintaba". Y que, por lo demás, era hombre y muy hombre. Le preguntaban por qué no se había casado: pues porque no tenía medios suficientes para dar a su mujer una existencia decorosa. Pudo haber tomado estado si el contrato con el Concejo Municipal no le hubiera causado la ruina. Por ahora a duras penas podía subsistir pobremente.

Le gustaba apostar en las peleas de gallos, a las cuales asistía todos los domingos, y concurrir a los partidos de fútbol. Sus apuestas, como es de suponer, eran por cantidades muy ínfimas. Con todo, alguna vez dio en el blando, y con una pequeña suma consiguió aumentar diez veces su capital. Pero nunca volvió a ocurrir nada parecido.

Si le preguntaban sobre sus ideas políticas, contestaba invariablemente que seguía el ejemplo de sus mayores, que eran buenos cristianos, y por lo tanto, conservadores a macha martillo. Oía misa todos los domingos y fiestas de guardar, pero no se acercaba al sacramento de la eucaristía. Esto lo volvía sospechoso entre sus familiares. Sonstentía heréticamente que él sólo se confesaba ante Dios y que ante él se arrepentía de sus pecados. No hacía falta por ello el que un sacerdote más pecador que él le administrara un sacramento en el cual no creía. Esto producía alarma entre sus parientes, quienes le consideraban por ello un candidato seguro a las penas eternas, si bien es verdad que se acogían a la esperanza de que a última hora se arrepintiera de su culpable desvío.

Tenía unas manos poderosas, encarnadas y peludas. Le decían por ello, en confianza, Esaú. En ejercicios de fuerza hubiera sido sobresaliente. Por cierto que entre sus compañeros de club no tenía, ni remotamente, un competidor que pudiera resistirle. El más frágil de ellos era el "mosquito" Moreno Santín, que era en verdad su antípoda, como veremos más adelante. En compensación era un músico exquisito, y apenas había oído más sordo a la melodía que la de su hercúleo camarada.

Cuando algunos de sus parientes estaba de buen humor, le facilitaba un caballo ensillado, con todos sus aperos en excelente estado. Era todo un espectáculo ver al gigantón cabalgando. No era mal jinete, y su arte consistía en que hacía piruetas con su cabalgadura, en plena calle. Los cascos equinos resonaban en el empedrado y echaban chispas de pedernal cuando oscurecía. En tales casos buscaba un compañero, y lo encontraba en la persona del "Zambito Palacios", quien por supuesto vivía a caballo y era de una habilidad extraordinaria para manejarlo. Pero este eventual compañero de sus andanzas y caracoleos no formaba parte del Club de los Machorros. "Yo soy un hombre normal" decía de sí mismo.

Pero había ocasiones en que él que era tan puntual en acudir a la reunión del anochecer, abandonaba el puesto. Si la ausencia pasaba de un día, sus compañeros sostenían, a voz en una, "ya está chupando". Chupar le llamaban a emborracharse ingiriendo bebidas alcohólicas. Para este deporte no era solitario. Buscaba la compañía de un vagabundo de muy mala estofa, a quien le costeaba bebida y comida, mientras duraba lo que llamaba su "novena". Era extraño, en opinión de sus compañeros de banca, que ninguno de ellos fuera invitado. Administraba bien, decían los enterados del particular, su modo de beber. Procuraba permanecer consciente y le daba por ponerse terriblemente triste. Su invitado contaba en confianza, que a veces el hombronazo se ponía a llorar.

Decían que sus lágrimas se debían a que, a cierta altura de su intoxicación alcohólica, se miraba con insistencia enfermiza los pies, que los tenía desproporcionadamente grandes. Este simple hecho, contaban sus malquerientes, era un motivo de hondo desconsuelo. Su calzado contrastaba en la forma más espectacular con la horma del zapato del viejito Moreno Santín, que era menudo, como menudo todo él, con su apariencia de colibrí, en tanto que el aspecto de don José Miguel Casas era la de un pavo cebado. Cuando bebía, la sangre no se le subía a la cabeza: parecía quedarle en el cogote, que se le ponía casi morado. En tales casos andaba más erguido que nunca.

Había tenido mamá. Sus amigotes no creían de ello una palabra, pero era hijo de madre. Se contaba que había enviudado cuando ese hijo único estaba muy pequeño, y que cuando ella a su vez murió, le dejó unos pocos bienes de fortuna. Y sobre todo, una casa pequeña donde vivir. Como era una edificación antigua, con varios cuartos divididos por gruesas paredes de adobe, alquilaba éstos a distintos inquilinos. Uno de ellos era la fondera a quien apodaban "La condenada". El comía allí. Se trataba de un establecimiento -llamémoslo así- de mala muerte, pero donde su dueña sabía guisar estupendamente. No hacía sino tres o cuatro platos. Pero tan monótono menú era el resultado de una práctica diaria que había refinado, en medio de tanta mugre. Era la de esta mujer una típica fonda de aquellas que tan gráficamente llaman de "los agachados". Todos los comensales entraban como furtivamente, y comían con el sombrero puesto. Comentaban que don José Miguel se acostaba con la fondera. De ser esto verdad hubiera que creer que él no

tenía inconveniente de compartirla con otro aficionado, a quien ella le daba de comer gratuitamente: hombre joven que le decía "bonitica" y que podía ser su hijo.

El tercer hombre era el intelectual del grupo, estaba jubilado como profesor de gramática en el colegio de segunda enseñanza, y había terciado cuando joven, en ruidosos y solemnes juegos florales en el centenario plantel donde hizo carrera. En las antiguas revistas locales podía leerse romances consagrados a su ciudad natal, a la feria de setiembre, y la abigarrada orografía de la provincia, a la cual, en otro tiempo, la llamaran "el jardín botánico de América". Su mejor poesía era de seguro una que dedicara al árbol de la quina, y a la leyenda de su descubrimiento. Antes de entrar a la carrera de profesor, fue largos años Bibliotecario Municipal. Con una letra clara y prolija confeccionó, a mano, un estupendo registro de todas las publicaciones que guarnecían la biblioteca. Había adoptado un sistema decimal de Dewey, introduciéndole algunas pequeñas variantes. Fue esa una época de oro. Y resultaba asombroso recordar cómo, durante veinte años, asistió con puntualidad a su trabajo, desde las ocho de la mañana hasta las diez de la noche, con breves intervalos para sus comidas.

Era un niño mimado de sus dos hermanas solteras, que tanto se le parecían físicamente.

El parecido era en efecto asombroso. La misma frente abombada, la piel llena de pecas que en las manos, de dedos finos, habían acampado sin piedad, como un ejército de hormigas de color café, los ojos un tanto saltones y el andar mediante pequeños pasitos brincales, daban la impresión que los vecinos hacían gráfica diciendo de él que era una de sus hermanas -cualquiera de ellas- con pantalones; y de ellas, que eran un Miguelito con polleras. Miguelito le llamaban sus amistades. No le gustaba mucho el diminutivo, puesto que le parecía lo minimizaba un poco, de sus aficiones literarias le había quedado la arraigada costumbre de enviar cartas a los diarios de la capital y del puerto, que frecuentemente merecían el honor de ser publicadas. Cuando esto ocurría, se regodeaba largo y tendido entre sus compañeros de club. Uno de ellos en particular le admiraba sin tasa. Le reputaba un genio, un auténtico

genio cuya modestia le había impedido brillar con luz deslumbradora por todos los confines del mundo.

Le gustaba contar historietas y resumen de las novelas y cuentos que había leído. Esto era el embeleso de algunos de sus compañeros. Sus conversaciones y comentarios, que eran de tipo elevado, eran el contraste más rotundo con su burda manera de expresarse del Narizón Pesantes, que en cambio se especializaba, con el militar retirado don Patricio, en contar los chascarrillos más sucios que éste había aprendido en el cuartel, y que contaba y recontaba para no olvidarlos. Lo pintoresco del caso es que primeramente escuchaba al antiguo hijo de Marte, y luego casi exigía que éste le oyera a su vez. En el retorno el cuento colorado descendía aun más de nivel. Lo aplebeyaba en una proporción casi inverosímil. Todo lo que él vuelve a contar es como si la historieta quedara pisoteada con unos pies como los de don José María Casas. "Goza cuando cuenta esos cuentos colorados como un chanco cuando hoza el excremento" decían sus propios compañeros.

SECCION CIENTÍFICA

Plutarco Naranjo
Universidad andina Simón Bolívar,
sede Ecuador.

EL AZAR EN LA VIDA Y LA OBRA DE DARWIN

Azar viene del árabe (az-zahr, dado, juego de dado). La Real Academia de la Lengua, en su diccionario, define el azar como: "casualidad, caso fortuito, acontecimiento imprevisto".

En inglés existe la palabra *serendipity*, para denotar cierta forma de descubrimientos casuales. La palabra acuñada por el novelista Horace Walpole, en su obra "Los tres principes de serendip" (La isla de serendip fue llamada posteriormente Ceilán, y en la actualidad Sri Lanka). Algunos autores de habla española han traducido como *serendipia*. El diccionario de la Academia no contiene la palabra serendipia. En inglés la palabra fue, en cierta forma, popularizada por el famoso fisiólogo Walter Cannon. El descubrimiento por serendipia, sucede en forma accidental, mientras está en marcha una investigación que, desde el comienzo, se propone una meta y se ajusta a los métodos convencionales de investigación. En el curso de la misma pueden aparecer fenómenos inesperados que el investigador puede o no darles importancia.

Azar y serendipia

Una ocasión tomé un taxi y después de un corto recorrido paró, inesperadamente, el vehículo, en media calle. El chofer dejó el vehículo, apresuradamente, fue hacia la parte delantera, se inclinó a recoger

algo y al instante volvió a continuar la marcha. Le pregunté, "¿Qué sucedió?" Me dijo que alcanzó a divisar en la calle un billete de diez mil sucres y bajó a recogerlo. He aquí un ejemplo de azar, de casualidad y de buena suerte para el chofer.

Se dice que muchos de los más grandes descubrimientos científicos se han hecho al azar. En efecto, en muchos de ellos, el investigador buscaba una cosa y se encontró, inesperadamente, otra. El investigador perspicaz, el hombre de genio, puede reconocer que alguno de los resultados accidentales puede ser más trascendente que el resultado final previsto.

Un ejemplo puede aclarar mejor el concepto. Quizás el descubrimiento de la penicilina es el mejor ejemplo de serendipia.

Flemming, el famoso bacteriólogo, se encontraba realizando un trabajo de rutina; cultivar en un medio sólido de agar, en una caja que llamamos de Petri, ciertas bacterias para luego determinar la magnitud de inhibición del crecimiento que producía algún antiséptico en estudio. Un buen día vio que el cultivo se había contaminado con un hongo; se había formado una pequeña colonia de menos de un centímetro de diámetro, era como una pequeña mota. La contaminación era y aún sigue siendo, un problema para los laboratoristas. Cuántos de ellos, al mirar una caja contaminada, optaron simplemente por rechazarla y seguir adelante con las cajas no contaminadas. La genialidad de Fleming hizo que no descartara la caja, observándola más en detalle vio ¡oh maravilla! que en torno a la colonia del hongo *Penicillium*, se había formado un halo de inhibición bacteriana. Fleming, razonó que el hongo había producido una sustancia antiséptica y ese día nació para la ciencia y la historia la *penicilina* y la era de los antibióticos.

Inglaterra dueña de los mares

Después de la desastrosa derrota de la Flota Invencible, de España, infringida por la Armada Inglesa, al mando de Nelson, Inglaterra se convirtió en la dueña y señora de los mares y gracias a esta circunstancia y además al descubrimiento de América, se convirtió en imperio colonial.

La revolución industrial, por otra parte, al haber conseguido aumentar la producción en forma acelerada, creó la necesidad de buscar mercados extranjeros para el creciento comercio. Surgió una importante flota mercante y la Armada oficial también creció, pues debía patrullar los mares.

El comercio con la costa americana del Pacífico, presentaba el serio inconveniente que los barcos debían atravesar el que, mas tarde, se llamaría Estrecho de Magallanes, del cual no había estudios geográficos apropiados, peor cartas de navegación. El Canal de Panamá, como una alternativa, no pasaba de ser, en ese entonces, una fantasía.

En tales circunstancias el gobierno de Su Majestad decidió que la Armada designara dos barcos debidamente equipados para levantar las cartas marítimas y realizar muchos otros estudios de toda la región sur de Argentina y Chile y en particular del propio Estrecho de Magallanes.

La Armada, en 1826, designó a los barcos Beagle y Fortune, para que cumplieran tan importante misión.

Los dos grandes barcos llegaron, sin ningún contratiempo, a las costas de la Patagonia o tierra de los patagones, nombre puesto por Magallanes, pues en su periplo alrededor del mundo, en ese rincón de América encontró habitantes de gran estatura y sobretodo de pies tan grandes que los llamó "patagones, que quiere decir en portugués, patones.

Cada barco, a más de una numerosa tripulación, llevaba geógrafos, topógrafos, geólogos, y otros científicos y la dotación de un barco menos grande que en esa época lo llamaban "balleneros", pues eran utilizadas para la cacería de ballenas.

El ballenero, en la realidad, se convirtió en el barco de exploración, por su tamaño podía entrar en las distintas ensenadas, bahías, desembocaduras de ríos y circundaba cada fiordo, el trabajo era arduo, pero la tripulación incansable. Llevaban ya alrededor de un año de este minucioso trabajo.

El capitán del Beagle, no soportó la inclemencia del tiempo. Invierno fríasimo, prolongado, con vientos cortante, días de poca luz, todo fue desesperación, depresión y angustia. El capitán, triste decisión, terminó suicidándose.

El robo del barco

Tomó la dirección del *Beagle*, Fitzroy, el segundo de a bordo. Mucho más joven y con otro temperamento, asumió sus funciones con más entusiasmo y responsabilidad y continuó el trabajo.

Pero sucedió un día que, mientras dejaron el barco junto a la orilla, al lado del continente, mientras realizaban trabajos en tierra de reconocimiento e investigación geológica, los indígenas de esa zona tomaron el barco, lo robaron y desaparecieron. Cuando los topógrafos y más personal, al mando de Murray, quisieron regresar con su barco ballenero al *Beagle*, no tuvieron en qué volver. Había desaparecido como por arte de magia. No les quedó, por de pronto, otra solución que construir especies de canastas de juncos y en ellas, utilizando las manos como remos, navegar hasta llegar al *Beagle*. "¿Qué significa ésto?", exclamó Fitzroy. Para la famosa Armada, el que unos indios se roben el barco era algo sumamente intolerable, inconcebible. Fitzroy dio orden a su gente de que con el otro barco pequeño que les quedaba busque al desaparecido, hasta encontrarlo. Los indios no eran marineros y no podía haberse alejado mucho y por consiguiente, en teoría, no era difícil localizarlo.

Dos meses estuvieron recorriendo bahía por bahía, fiordo por fiordo, y el barco no apareció, fue como si se hubiera tragado la tierra. Este trabajo minucioso no permitió recuperar el barco robado, en cambio, dio por resultado el mejor mapa geográfico de la zona.

Mas ni el éxito en el levantamiento de los mapas y otros importantes estudios científicos era suficiente para amenguar la vergüenza, la profunda herida infringida en el orgullo de la Armada inglesa, reina de los mares. ¿Cómo concebir que unos pobres e ignorantes indios roben un barco nada menos que a la Armada más poderosa del mundo? ¿Cómo regresar a Inglaterra y desencadenar el escándalo con aquello del barco de la Armada de su Majestad, robado por unos humildes indios salvajes y que no pudo ser recuperado? Fitzroy en su desesperación ordenó a sus hombres salir a tierra firme y hacer una redada, tomar a la mayor cantidad posible de rehenes, En efecto, tomaron un buen número de hombres, mujeres y niños, y los llevaron a los barcos, con la esperanza de que ellos o los parientes que quedaban en tierra, para liberar a los suyos, informarían donde estaba el barco. Los rehenes fueron lle-

vados a los barcos, allí les dieron de comer, comieron bien y cuando ya hubieron terminado se lanzaron al agua, a pesar de que ésta era helada y nadando regresaron al continente. En el barco se quedó solo una muchacha de alrededor de 12 años y un hombre que le protegía. También quedaron otros dos que no eran buenos nadadores. No hubo más remedio que aceptar que al ballenero se lo tragaron los indios. Mientras tanto decurría el año 1828 y los barcos tuvieron que regresar a Inglaterra.

Fitzroy presentó el informe con la siguiente nota textual: "Tengo el honor de informar que a bordo del *Beagle*, puesto bajo mi mando, hay ahora cuatro nativos de la Tierra de Fuego. Si el gobierno de su Majestad no dispone otra cosa, procuraré que estas gentes reciban una educación apropiada y después de transcurrir unos años los devolveré a su país, provistos de lo más abundantemente posible, de los artículos que pueda resultarles más útiles y que con mucha seguridad puedan contribuir a mejorar la situación de sus compatriotas, que apenas si son algo más superiores a los animales".

¡Hay que imaginarse cómo serían esos aborígenes de la Tierra de Fuego! Aunque eran hombres altos, inclusive tan altos o más que los ingleses, en su propia tierra estaban sucios, desgredados, apenas se cubrían con algo de pieles y habitaban en unas especies de chozas, también cubiertas con pieles de animales; en realidad poco les diferenciaba de los animales. Estos cuatro indígenas comenzaron un período de estudios de cosas elementales y de la lengua inglesa, su presencia constituía un acontecimiento social. Si en Inglaterra se había oído y hablado de los aborígenes del África, de los negros, poco se sabía acerca de los indios de América, en verdad, nunca habían sido vistos los aborígenes americanos y peor los de la Tierra de Fuego.

Tan novedosa fue la presencia de los indios, que el Rey Guillermo y la Reina Adelaida, organizaron una recepción especial para presentarlos. La Reina incluso tuvo un gesto de extremada cortesía con estos indios. A la joven que la llamaron Fuesgía, por provenir de la Tierra de Fuego, le sentó sobre sus piernas, le hizo obsequios y le prodigó caricias.

Pero sucedió que un mes más tarde, Fitzroy, que tenía bajo su cuidado y responsabilidad a los cuatro aborígenes, un buen día encontró

a Fuesgía, que posiblemente tenía 13 años, cuando mucho, en plena escena de amor con uno de los aborígenes a quien habían puesto el nombre de York. Esta fue una cosa muy grave, Fitzroy temió producir un escándalo nacional, si se llegaba a saber que una niña aborígen de 13 años, estaba encinta, sin matrimonio previo. Antes de que la noticia se difundiese decidió devolver a los aborígenes a su tierra natal.

Fitzroy se lamentó, que en el viaje anterior no tuvo en el barco un naturalista, porque él no lo era, él era un consagrado marino, sabía geografía, astronomía y las artes de la difícil navegación, pero desconocía las otras disciplinas y pensaba que había sido muy útil contar con un naturalista.

Como el tiempo apremiaba, mandó una comunicación al Colegio de Cristo, que gozaba del prestigio de tener sacerdotes muy capaces en el campo de las ciencias naturales, pidiendo que le asignaran un naturalista para el próximo viaje que realizaría el Beagle después de corto plazo.

Darwin y el azar

El azar hizo que, como en el primer viaje, el Beagle no pudo realizar todos los estudios marítimos encomendados, por el robo del barco ballenero, tengan que organizar un nuevo viaje. El azar determinó el acoplamiento de la pareja de indígenas y con ello la urgencia de salir en un nuevo viaje. El azar le jugó, a Darwin, una inesperada buena suerte, pues a pesar de insalvables circunstancias fue seleccionado como "el naturalista" que debía embarcarse en el Beagle.

Darwin provenía de una familia de mucha tradición, mucho abuelo y prestigio sobre todo en el campo científico, más que en el social. El abuelo, Erasmo Darwin, fue médico de gran autoridad; a más de su agitada práctica médica, había logrado publicar algunos libros. El padre era también médico y de mucho respeto. El joven Charles, sobre todo bajo la presión del padre, comenzó en la Universidad de Edimburgo los estudios de medicina. Pero Charles Darwin no nació para médico, le interesaban otras cosas. Había leído un libro titulado "Las maravillas del mundo" y vivía fascinado sobre lo que el autor relataba acerca de otras regiones del mundo. Había así mismo, leído un libro de

su abuelo, de Erasmo Darwin, titulado: "Los amores de las plantas", que se refiere a muchos de los fenómenos biológicos del reino vegetal, en especial sobre la fecundación y reproducción de las plantas. Libro que también le llenó la cabeza.

Darwin, joven de un poco más de 20 años, inteligente y curioso se dedicó a coleccionar una serie de especímenes, sobre todo de insectos, de manera que en vez de estudiar la anatomía, concurrir a las clases y preparar las lecciones, salía en busca de insectos. Como leyó el libro del abuelo, se dedicó a coleccionar plantas y así terminó el año académico. Naturalmente no había dado exámenes ni mucho menos. La Universidad que, al comienzo del año, acogió con mucha simpatía y afecto al nieto de Erasmo Darwin, tuvo que, al final, mandar una muy cortés carta al padre, indicándole que el muchacho tenía, sin duda, capacidad, pero que seguramente no era para la medicina.

Para él padre fue un golpe muy doloroso; un duro desaire. ¡Un Darwin inteligente y con méritos y capacidades, que no era capaz de estudiar la medicina! Pensó que hubo falta de disciplina, tanto del joven cuanto de la propia Universidad. Decidió, entonces que si no le gustó la medicina, tenía que volverse un pastor protestante y le mandó al Colegio de Cristo. En el Colegio, muy pronto, trabó amistad con el profesor de botánica, un sacerdote de nombre Henslo, quien encontró en este joven tanta afición por las plantas y de nuevo, la teología y más disciplinas religiosas quedaron en los textos, Terminó el año sin que hubiera aprobado las materias teológicas, por mucho que, en cambio tenía unas colecciones espléndidas de plantas y piedritas. Había aprendido un tanto de geología. Con Henslo había aprendido a hacer colecciones sistemáticas.

Terminado el año escolar, Darwin se encontraba de nuevo ante las puertas del colegio, no para penetrar en él sino para dejarlo para siempre. No había asistido a la mayoría de clases, no había presentado exámenes y la ayuda y protección de Henslo de nada le servían.

En estas circunstancias había llegado al Colegio de Cristo, la solicitud del capitán Fitzroy pidiendo la designación de un naturalista. El más idóneo resultó ser el padre Henslo, pero él, por muchas razones, no podía abandonar sus labores para enrolarse en un aventurado viaje que se preveía sería de dos o tres años y que resultó de cinco.

En retribución a la dedicación y desinteresada colaboración que Darwin le había prestado, Henslo le obsequió una importante obra que recién se había publicado. Era una especie de memoria del viaje del famoso Humboldt, a los países tropicales de América.

Demás está decir que el joven Darwin devoró el libro y con desesperanza pensó cuándo la suerte le permitiría seguir los pasos del gran Humboldt. La suerte y el azar estaban a pocos pasos.

El joven desahuciado de la Universidad y el Colegio, había decidido tomar unas "vacaciones" mientras arribaba a alguna decisión sobre su futuro, cuando recibió una entusiasta carta del padre Henslo, proponiéndole que se incorporara a la expedición del Beagle en calidad de "naturalista". ¡Cuál no sería la agitación de Charles!. ¡Esto es precisamente con lo que soñaba!. Viajar a América, conocer otros países, otras gentes, otras plantas y animales. Afiibrado escribió a su padre, pidiéndole su autorización. Pero el severo padre, hecho a la disciplina inglesa, consideró que sería una especie de premio a un joven disoluto y ocioso y sobre todo ¿de dónde venía aquello de que su joven hijo era un "naturalista"? Su respuesta fue un rotundo no.

Henslo, mientras tanto, había comunicado ya al capitán Fitzroy que el naturalista seleccionado era el joven Charles Darwin, de cuya devoción a las ciencias naturales había hecho el mejor elogio.

Charles aunque atribulado y dolorido pero hijo obediente, escribió una muy cortés carta al Capitán Fitzroy, excusándose de participar en la expedición.

Dicen que la suerte o el azar no llama dos veces a la puerta. En el caso de Darwin llamó en una segunda ocasión.

Su tío José Darwin, informado de los acontecimientos y de la negativa de su hermano, se apersonó ante él y le convenció que, precisamente, por los antecedentes de Charles, por su fracaso en la Universidad y el Colegio, ésta era la oportunidad para que el joven se dedicase, sin mayores distracciones y bajo una disciplina militar, al estudio de la naturaleza y que es de esperarse que los fracasos anteriores los sepa convertir en un gran triunfo. Al fin el padre cedió y Charles tuvo que, a última hora, casi cuando el barco iba ya a zarpar abordarlo con un equipaje para la gran aventura de su vida.

Darwin y la serendipia

Darwin fue un hombre muy estudioso. Los largos y monótonos días de navegación en alta mar los convirtió en los más preciados de estudio y de autoformación. Fue un gran autodidacta.

Cuando comenzaron a bordear el continente americano, Darwin era ya un naturalista bien formado y sólo le faltaba un poco de práctica de campo.

Cada vez que era posible saltar a tierra lo hacía en busca de novedades. Una ocasión fue acompañado por un gaucho, en su recorrido de parte de la inmensa pampa argentina. Al ver el gaucho que Darwin tanto se entusiasmaba por las plantas, las piedrecillas, los huesos, le dijo: "Vea señor, si a usted le interesan huesos, yo le voy a llevar y un sitio, cerca de Bahía Blanca, donde hay una cantidad muy grande de huesos horribles que seguramente deben ser de los animales creados por el demonio porque Dios no ha de haber creado semejantes monstruos".

Le condujo entonces a un sitio paleontológico, donde existía una variedad de fósiles, de los grandes animales de otras épocas. He aquí la serendipia. Para otro que no hubiese sido Darwin, al igual que era para el gaucho, se trataba de un montón de huesos, pero para el nuevo científico fue el verdadero tesoro.

Entre los libros que al apuro logró incluir Darwin en su equipaje estuvo uno polémico: "Principios de Geología", de uno de los más afamados geólogos de la época, Lillie. Tras largas investigaciones geológicas, Lillie descubrió que a lo largo de lo que él calculó millones de años, se habían ido formando sucesivas capas geológicas y cada una representaba un período de miles o millones de años. surgió el grave conflicto que implicaba la dotación de las capas geológicas, que en total sumaban una antigüedad de la tierra de millones de años, lo cual contradecía, flagrantemente, a la edad sostenida por la iglesia.

Otro de los hallazgos de Lillie que, de momento, no creó mayor conflicto, fue el que cada capa geológica contenía algunos fósiles de diferentes animales a los actuales y que habían desaparecido hace miles de años.

A pesar de los limitados conocimientos paleontológicos, Darwin logró identificar algunas de las piezas óseas. Se trataba de mastodontes y otros de grandes saurios de la época. Recordó, de inmediato, las enseñanzas de Lillie y se preguntó ¿qué se han hecho estos animales?. Ya no existen, pero la tierra está cubierta por miles de otros animales. Como una chispa que ilumina por un instante el firmamento, cruzó por su mente la idea de que esos antiguos animales han evolucionado en los actuales; idea que de ese momento en adelante, retintinaría en su cabeza. He aquí que, por serendipia, surgió una primera idea sobre evolución.

Cumplida la misión de devolver a su tierra a los cuatro aborígenes y de completar las investigaciones cartográficas y de otra índole del Estrecho de Magallanes, el Beagle, atravesó dicho estrecho y se dirigió hacia el norte. Solo dejaré mencionado que recorrió a lo largo de las costas de Chile y Perú, para referirme a otro azar en la vida de Darwin.

Cuando nuestro joven investigador abordó el Beagle, en la propia Inglaterra, no sabía que el barco iría también al Archipiélago de Galápagos y menos sabía de lo que allí iba a encontrar.

Esa extraña idea de que hubiese existido una evolución de unos animales en otros y que constituía una especie de pesadilla, una idea delirante, en las Galápagos se convirtió en una realidad viviente.

Para Darwin, la visión de Galápagos, ya no fue de una pesadilla que le atormentaba sino la realidad secreta de la naturaleza. Allí encontró muchos animales que correspondían a épocas geológicas pasadas, según la obra de Lillie, pero que aquí en las Galápagos, estaban viviendo todavía. Llegó a la certidumbre de que existe la evolución biológica pero que, en las Galápagos, por razones desconocidas se quedó estancada.

Las Galápagos constituyen una especie de museo biológico viviente, pero de épocas de miles y miles de años atrás. En las Galápagos, cosa sorprendente, no existía ningún mamífero. La evolución había llegado sólo hasta el nivel de los reptiles, las grandes tortugas o galápagos, las iguanas y lagartijas y otros reptiles. Era como si se llegase al mundo recorriendo miles o millones de años hacia atrás, para contemplar un mundo antediluviano.

Estudiando más en detalle, encontró que en cada isla había una especie distinta de animales o plantas. Era posible, perfectamente, diferenciar si una tortuga era de la isla San Cristóbal o de otra isla, lo mismo ocurría con los pájaros pinzones. En la isla que había troncos de árboles viejos, con oradaciones en las cuales se estaban desarrollando larvas, los pinzones habían desarrollado un pico largo, que les permitía introducir en el hueco del árbol, sacar la larva y alimentarse. En cambio, en las islas donde predominaba la vegetación de cactus, los pinzones habían desarrollado un pico corto y fuerte, que les permitía picotear las carnosas hojas de los cactus.

Para Darwin estos descubrimientos y otros significaban, en primer lugar, que ha habido a lo largo de millones de años la evolución biológica; en segundo lugar, que la evolución, en parte por lo menos, se produce como mecanismo de supervivencia por la necesidad perentoria de alimentarse y, en tercer lugar que sobreviven los mejor dotados, los que mejor se adaptan a las condiciones del medio ambiente, con las transformaciones que se producen en sus propios organismos.

Hoy se sabe que las Galápagos son de origen volcánico. En sucesivas erupciones submarinas fue consolidándose y acumulándose la lava hasta que fueron apareciendo, en épocas distintas las islas e islotes. La más joven tiene alrededor de un millón de años. Ubicadas las islas a mil kilómetros del continente y en el cruce de varias corrientes marítimas, han ido conformando variados nichos ecológicos terrestres y marinos.

Ya en la mente de Darwin estuvo la idea de que la flora y fauna de las Galápagos era migratoria; pero que era improbable que desde miles de kilómetros de distancia, una especie determinada de pinzón haya migrado hacia una isla y otra distinta a otra isla. Lo probable en su pensamiento, era que un pequeño grupo de pinzones habría llegado a una determinada isla y que desde ella, convertida en un pequeño centro de dispersión, hayan volado algunos ejemplares a las distintas islas y allí se adaptaron al nuevo ambiente, evolucionando a una nueva especie.

Regresó el Beagle a Inglaterra y Darwin tenía que presentar el diario de sus observaciones. Con algún retraso preparó el documento que se hizo público unos años después. Se trata de la primera obra y constituye una especie de crónica de viaje.

En ella todavía no habla nada acerca de la evolución, simplemente va haciendo un relato de las cosas que fueron descubiertas, desde el punto de vista de la geología, la zoología, la botánica, etc.

Darwin seguía madurando, ya no la simple idea sino la teoría, de la evolución biológica, pero le parecía aunque muy trascendental, tan audaz y revolucionaria que él mismo recelaba poner por escrito todo lo que tenía en su mente y en sus notas de viaje; así pasaron ya muchos años cavilando antes de decidirse a escribir y publicar.

Aquí otro azar. Un buen día, en 1954, recibió una carta de un amigo mucho más joven que él y en cierta forma su discípulo, que también se había dedicado a las ciencias naturales y que pasó unos años de exploración y estudio en la Asia. Le enviaba un pequeño artículo, rogándole leerlo y si le encontraba interés, lo publicase o presentase ante la Academia. Titulaba: "Sobre la tendencia de la variedad a separarse indefinidamente del tipo original". Este amigo era Alfredo Wallace y lo que escribía, en su artículo, era una especie de resumen de las ideas de Darwin. Fue el campanazo que obligó a Darwin a dar forma final a su teoría y publicarla.

Darwin contestó a Wallace que su artículo era muy valioso y que él mismo, Darwin, tenía en borradores una extensa obra en la que llegaba a parecidas conclusiones pero que no se había atrevido a publicarla, por razones religiosas y de otro orden pero que, hoy que ya hay otro científico que sustenta ideas semejantes, se compromete a su publicación.

Presentó el trabajo de Wallace a la Academia de Ciencias, artículo que como se menciona antes esbozaba ligeramente la evolución.

Por fin, en 1859, es decir más de 30 años después de que recorrió América, Darwin publica su obra fundamental titulada: sobre el origen de las especies por medio de la selección natural o conservación de las razas favorecidas en la lucha por la sobrevivencia". Como se aprecia es un título largo, tal como en esa época se acostumbraba. Este es el libro fundamental sobre la teoría de la evolución biológica. Dos años más tarde publico otro libro, más polémico que el anterior, sobre el origen del hombre.

Así surgió una de las teorías más fructíferas en el campo científico. Esta teoría marcó una nueva época, verdaderamente revolucionaria, en la concepción de la biología, en la concepción de la vida, y sobretodo, en cómo pudieron aparecer especies superiores, como la del hombre, con una capacidad intelectual tan alta, a partir históricamente de formas elementales de la vida y de por qué aquellas especies o formas elementales de la vida muchas de ellas subsisten hasta el día de hoy.

El escándalo que provocó la obra de Darwin, las condenaciones religiosas, las oposiciones por parte de otras teorías aparentemente científicas, el conflicto con la teoría fijista y en fin muchos aspectos constituyeron materia de grandes conflictos en esa época y tales fuegos no se han apagado hasta el día de hoy. Todavía hay quienes sostienen el principio creacionista y hasta tratan de darle un carácter científico.

La teoría evolucionista de Darwin ha sido confirmada por miles de científicos, sin embargo su forma original ha tenido que ser modificada en algunos aspectos, debido a los grandes progresos de la ciencia, que actualmente puede analizar muchos fenómenos biológicos en términos moleculares. Pero la esencia fundamental de la teoría se a convertido en inamovible.

Dr. Rodrigo Fierro Benítez

MEDICINA LATINOAMERICANA: MARCO HISTÓRICO DE REFERENCIA*

Apuntando en el centro y dando en el blanco la Real Academia de Medicina de España ha organizado este primer encuentro de las Academias de Medicina de aquí y de allá. Parcelas digo yo, de la patria de los idiomas hispanoamericanos.

Luego de "Cien años de soledad", en esta sesión inaugural de este primer encuentro, es oportuna la ocasión para que nos situemos, los unos y los otros, en el momento en que nos hallamos. Los procesos que nos han conducido a lo que actualmente somos no han sido los mismos en la Península Ibérica y nuestra América.

Hace 500 años, señores, se dio un hecho portentoso: el encuentro entre el Neolítico y la Edad de Bronce, en los que se hallaba América pese a la extraordinaria organización social y política de sus grandes imperios, con el renacimiento español.

Se impuso el pueblo culturalmente más desarrollado. El que sabía leer y escribir, el que contaba con la escritura. Imponderable instrumento tecnológico que eterniza con puntualidad el pensamiento y la memoria. Sueño del hombre. Algunos pueblos habían logrado hacerlo realidad cinco mil años antes.

Como elemento de dominio y de poder la escritura en América fue determinante. Tal elemento de imposición cultural se tradujo en el vencido en un rechazo hacia los nuevos conocimientos. Surge así "el mito de la escuela", superado apenas en el presente siglo.

Sin embargo, para unos pocos, los pioneros de nuestra gran aventura, dominar la escritura, saber leer y escribir, se constituyó en un desafío de vida o muerte. La memoria escrita significaba la salvación de su identidad, a un tiempo que la vía con la que nos sería dable igualarles y quizás superarles a quienes vinieron de ultramar.

Ahí está Garcilazo de la Vega, hijo de un capitán español y de una ñusta cuzqueña, mestizo de la primera generación, nuestro primer gran *historiador*. Allí está Jacinto Collahuazo, de quien se refiere el padre Juan de Velasco en los siguientes términos: "Conocí a este indiano cacique de Otavalo en la edad de 80 años, de gran juicio y singulares talentos. Había escrito cuando mozo una bellísima obra intitulada 'Las guerras civiles del inca Afahualpa con su hermano Huáscar'. Fue delatado por ello al corregidor el cual, por indiscreto y arrebatado celo, no sólo quemó aquella obra y todos los papeles del cacique, sino que lo tuvo algún tiempo en la cárcel pública para el escarmiento de que los indianos no se atrevieran a tratar esas materias".

La decisión de aquel corregidor respondió a criterios bastante generalizados y desde muy temprano. El 20 de octubre de 1541 el escribano Jerónimo López dirigió una carta al Rey, con el fin de explicarle las razones que se dieron para la rebelión indígena del Mixton, en México. Entre otras, señala que: "Tomando muchos muchachos para tomar la doctrina, en los monasterios llenos, luego les quisieron mostrar leer y escribir; y por su habilidad, que es grande, y por lo que el demonio negociador pensaba negociar por allí, aprendieron tan bien las letras de escribir libros, puntar, o de letras de diversas formas, que es maravilla verlos, y hay tantos y tan grandes escribanos, que no sé numerar, por donde por sus cartas se saben todas las cosas de la tierra de una a otra mar, lo que de antes no podían hacer. La doctrina buena fue que la sepan; pero el leer y escribir muy dañoso como el diablo".

Desde nuestros inicios saber ha sido nuestro empeño, nuestro noble empeño. Por él perdimos el sueño, Desvelados, en ocasiones abrumados por tantos y tantos desafíos. Nos hemos mantenido en aquel loco empeño: aproximarnos, hacer también nuestras, las modernidades que iban sucediéndose.

Desvelados, infatigables, así nos llegó el siglo de la Ilustración, el luminoso siglo XVIII latinoamericano. Nos llegó cuando ya nuestros me-

jores sabían leer y escribir, y bien. Ahí está la figura enorme del un médico quiteño, centífico adelantado en los estudios biopatológicos, hijo de un indio cajamarquino: don Eugenio de Santa Cruz y Espejo; precursor de la independencia americana, el ciudadano más culto que había en la Real Audiencia de Quito, según los viajeros de la época.

El Siglo de las Luces, aquel en el que el conocimiento empírico fue arrollado por el científico, nos halló familiarizados con el libro. Las bibliotecas de las universidades y colegios regentados por los jesuitas de Chuquisaca, Quito, y Córdova del Tucumán no tenían parangón en toda América, y en materia científica se hallaban actualizadas. Es el siglo XVIII en el que la presencia de nuestra bien amada reina Isabel, en nuestra historia, adquiere connotaciones insospechadas. Pobres de nosotros si el descubrimiento de América hubiera demorado en producirse uno o dos siglos. El presente nos hubiera encontrado engrosando las filas de los condenados de la tierra.

Aventuras imposibles, de propósitos insólitos e inéditos fue la conquista de América.

Nuestro español resultó ser la fuente de la eterna juventud, aquella que les hizo perder el sueño a los primeros conquistadores españoles. La llevaban consigo, por donde iban.

En nuestras latitudes, el idioma compartido, el de la patria común, resultó ser un potro brioso jineteado por pueblos de lo más dispares. Lo hemos enriquecido, lo seguimos haciendo. En nuestra América el español es una lengua viva, dinámica, siempre joven. Adjetivaciones insólitas, la utilización de los verbos de una puntería admirable para precisar acciones extraordinarias o comunes y corrientes, y no solamente la inclusión en los diccionarios de nuevos vocablos han sido nuestro concurso, y sigue siéndolo. El pensamiento de pueblos de circunstancias diversas y diferentes ha encontrado su cause de expresión común, y por esta vía la configuración de una cultura de una riqueza inagotable.

Nuestro español no ha sido un potro desbocado. Pocos escritores contemporáneos habrán respetado más las reglas ortográficas y habrán escrito con mayor fluidez el idioma de Cervantes que García Márquez. Hemos contribuido a que nuestro español sea una criatura viva, palpi-

tante, saludable y con una buena dosis de calor tropical. Ahí están Alejo Carpentier con "El siglo de las luces", el mismo García Márquez con "Cien años de soledad" o Alvaro Mutis con sus empresas y tribulaciones de Magroll el Gaviero.

Ni la raza, ni la religión, ni ciertas conductas ante la vida y la muerte, han tenido entre nosotros la trascendencia que el idioma que hablamos 300 millones de latinoamericanos. Es nuestro elemento aglutinador frente a las fuerzas de dispersión. Si nuestra cultura se halla incluida en la de occidente, con derecho y para nuestra fortuna, es porque nuestro pensamiento expresa en el culto y moderno idioma español.

Nosotros, los latinoamericanos, desde siempre hemos vivido al filo de la navaja. Una lucha sin cuartel entre la civilización y la barbarie. Entre Collahuaso y el regidor, digamos. Entre los jesuitas de aquel portentoso que significaron las misiones del Paraguay Oriental y quienes les expulsaron. Entre los juristas y magistrados que redactaron las Leyes de Indias y aquellos que precedieron bajo el supuesto de que el Rey estaba muy lejos y Dios muy alto. Entre los civilistas que amaban las bibliotecas como su bien más precioso y los caudillos bárbaros, una mezcla en variadas proporciones del miura ibérico con el troglodita americano, y otras aportaciones relativamente recientes y no menos salvajes. Una lucha sin cuartel, que aún se mantiene, pero que lo avisoramos en sus últimos episodios.

Una historia de luces y de sombras. De luces tan brillantes como la que emitió el indio Juárez con su "El respeto al derecho ajeno es la paz". O Domingo Faustino Sarmiento para quien gobernar era educar. Fue precisamente Sarmiento quien "a finales del siglo pasado fundó la base educacional más prometedora para un rápido desarrollo económico". Bernardo Houssay, nuestro primer Premio Nobel en ciencias, gloria de la medicina latinoamericana, fue producto de aquel proceso acelerado de educación. Con Sarmiento y Houssay triunfó la civilización. La barbarie, herida pero no de muerte, hizo que el gobierno de ese entonces censurara la noticia de que nuestro colega había obtenido aquel reconocimiento.

De ahí, señores, que el camino recorrido por la medicina académica latinoamericana hasta la modernidad de hoy, tenga connotaciones tan singulares. Responde a viejos sueños, a empeños antiguos, de todo

el subcontinente. Contra viento y marea, en ocasiones a marchas forzadas, desafiando las grandes alturas o la selva, neutralizando todas las dependencias o al menos atenuándolas, la medicina latinoamericana se presenta con dignidad al juicio de quienes la estudien o a consideración de quienes se encuentren con nosotros.

Señores, nadie puede sustraerse de su circunstancia. Con la venia de ustedes debo referirme a la mía en lo que tiene de española. Hice la carrera de medicina y el doctorado en la Universidad Complutense de Madrid. Mi especialidad en Endocrinología la inicié en el inolvidable Instituto de Patología Médica del que fue Hospital Provincial. Cuando me puse a escribir este discurso, tan poco protocolario, sentí la presencia de mi maestro ejemplar, don Gregorio Marañón. Debo aquí rendir tributo a su memoria. Debo también, en esta memorable ocasión, reiterarles mis gracias a dos de mis ilustres profesores españoles: Pedro Laín Entalfo y José Botella Llusía. Y, como no, a quienes nos brindaron el estímulo y las oportunidades que requeríamos ante el convencimiento de que los latinoamericanos no carecíamos de neuronas bien despiertas. Entre otros el señor doctor Vicente Pozuelo Escudero de mis tiempos, o al Prof. Aniceto Charro Salgado en años recientes.

He de concluir. Es verdad que nos hallamos distantes y somos distintos a los españoles. Tales aseveraciones dichas con ocasión de circunstancias infaustas para nosotros, la guerra de las Malvinas, tuvieron la virtud de situarnos en nuestra circunstancia americana de manera ineluctable. Esto, sin embargo, y pese a un mundo signado por la globalización y las inversiones siempre interesadas, ibéricos e iberoamericanos continuaremos sintiéndonos y sabiéndonos más próximos que con otros pueblos de la tierra. Eso de sentimientos expresados en español o en portugués nos lleguen directamente sin intermediación alguna, ésta maravilla nos mantendrá unidos. Inclusive los efectos profundos, señores, como que requieren y se dan cuando las almas se hablan empleando las mismas palabras, las que salen de lo más hondo.

Cuanto queda dicho, señores, responde a los dictados de la dignidad y la decencia con la que actuaron nuestros mejores.

Ahí está Chimpuc Oclo, muchachita de la nobleza cuzqueña, quien, cuando iba a ser casada con un veterano conquistador español, ante el requerimiento usual de aceptación matrimonial que le hiciera

el fraile, respondió "ichach munami ichach mana munani" (quizas quiero quizás no quiero)...

Ahí está Andresito Benalcázar, hijo del fundador de Quito, don Sebastián, y de doña Leonor, india principal del lugar. Con indios y mestizo de la primera generación decidió constituirse en rey de un país libre. Fue ajusticiado. No dio ni pidió cuartel.

Ahí está esa figura enorme, aquel personaje increíble, nuestro Simón Bolívar, el que soñó con libertarnos de todas las dependencias, dictando leyes y fundando instituciones orientadas al cultivo de las ciencias y al ejercicio de la investigación científica ¡a comienzos del siglo XIX!

Ahí está José Carlos Mariátegui con sus luminosos ensayos de interpretación equilibrada y no comprometida de la historia y evolución de los pueblos que formaron parte del Tahuantinsuyo.

Ahí está el escritor castizo y humanista, presidente de Bolivia, Franz Tamayo. Hijo de una india aymara, siempre la llevaba consigo.

Conociéndonos y valorándonos, con los sentimientos profundos a flor de labios, con las obsecuencias que se dan tan solo cuando las relaciones entre los pueblos y los hombres manejan conceptos superiores que aluden a la propia identidad como puede ser el idioma compartido. Por esos caminos, señores, este primer encuentro nos significará a españoles, portugueses e iberoamericanos la posibilidad de que sus médicos se sumen a quienes sienten la necesidad de ser protagonistas de una nueva historia. Aquella que los hijos de nuestros hijos la hereden y la comprendan tan estimulante y racional como para continuar escribiéndola.

* Con este título publicamos el discurso pronunciado por el Dr. Fierro Benítez, Presidente de la Asociación Latinoamericana de Academias Nacionales de Medicina (ALANAM) en la sesión inaugural del Encuentro de Academias Nacionales de Medicina de Iberoamérica, que tuvo lugar en Madrid del 7 al 22 de noviembre de 1997 y fue organizado por la Real Academia Nacional de Medicina de España. Tal discurso en realidad es una suerte de ensayo sobre el proceso que se dio en nuestra América en cuanto al desarrollo de las ciencias en general y del pensamiento y los sentimientos que lo animaron.

Carlos de la Torre Flor

CIRUGÍA ESTÉTICA E IDENTIDAD

El hombre ha tendido siempre hacia la verdad, la justicia y la belleza, pero cada época y para cada pueblo estos valores han significado cosas muy diferentes. ¿Qué es la verdad? A grosso modo podríamos decir que es la concordancia entre el concepto y la realidad. Más, ¿qué es la realidad? ¿Estamos en capacidad de conocerla? ¿El aprehenderla, no la modifica? ¿Nos son asequibles las esencias de los seres y de las cosas o sólo sus apariencias? ¿Conocemos realidades o apariencias de realidades "noumenos" o "fenómenos"?

Como se ve el asunto es bastante más complejo de lo que parece y es por ello que ha dado lugar a muy variadas posiciones sobre las posibilidades, los límites, las formas del conocimiento, que conforman ese capítulo tan importante de la Filosofía que es la Gnoseología. Y al final, optemos por una posición o por la otra, la verdad, como el horizonte, se irá alejando conforme nos aproximemos, para constituir otro horizonte. Lo que nos quedará entre manos, como en todo lo humano, será una elusiva sombra traspasada de relatividad.

¿Si eso pasa con la verdad, qué pasará con el concepto de justicia? ¿Y qué con el esotérico, subjetivo y complicado de la belleza?

Si los conceptos de verdad han evolucionado con los siglos, los de belleza lo han hecho últimamente con las décadas y hasta con los lustros. Así como no hay verdades permanentes tampoco hay una belleza permanente, definitiva y válida para todos. Hay bellezas aquí o allá en

un determinado momento de la historia. Pero si las diferentes concepciones sobre la verdad de los diferentes modos de entender el mundo y sus diferentes formas de aplicar con justicia sus normas a la vida real, han originado guerras y exterminios, las diferentes formas de entender la belleza deberían originar, más bien un enriquecimiento general si es que fueran sabia, críticamente asimiladas. Lo que por desgracia, no siempre ha ocurrido.

La estética pertenece al reino de lo subjetivo, por lo tanto de lo no necesariamente lógico, racional; por ello deberían haber tantas posiciones estéticas como individuos existen, todos con legítimo derecho. Pero como el fenómeno estético es resultado de un acondicionamiento, de un aprendizaje, es un producto cultural. Cada cultura ha tenido y tiene ciertos supuestos estéticos que los defiende como propios y que los transmite por la educación. El problema se suscita cuando dos culturas se confrontan y tienen que convivir subsecuentemente, lo cual ocurría antes cuando unos pueblos invadían en son de conquista el hábitat de otros pueblos. Eso no ocurría todos los días. El desarrollo explosivo de los medios de comunicación e intercambio, que ha convertido al mundo en la "aldea global" (Mac Luhan), ha hecho que todas las culturas, en todos los momentos y en todos los lugares, coexistan convivan y generen con ello las crisis de identidad cultural que caracterizan a la era moderna. Porque no hay que olvidar que las concepciones estéticas y dentro de éstas imágenes que cada pueblo tiene de sí mismo, forman parte importantísima de ese concepto de identidad.

Si viviéramos en un mundo idílico de intercambios justos e igualitarios entre todos los pueblos, estas crisis no tendrían la importancia capital que tienen en el mundo real en que vivimos, un mundo de colonizadores y colonizados, de dominadores y dominados, de superdesarrollados y subdesarrollados. Los pueblos y culturas hegemónicas han completado siempre su dominio y lo han tornado perdurable mediante la imposición de sus valores culturales, lo cual implica necesariamente la negación, o por lo menos la mediatización de los valores culturales de los dominados.

Antes este fenómeno tenía lugar en forma más o menos violenta, sin que hayan resultados exitosos siempre, por supuesto, pues no hay que olvidar que a la guerra sigue la paz y que la convivencia de unos valo-

res con otros ha determinado que ciertos avances técnicos y/o ciertas condiciones estéticas, hayan sido adoptados por los vencedores como propios al advertir su innegable ventaja o superioridad. El mejor ejemplo es lo que sucedió tras la conquista de Grecia por Roma. Pero esta ha sido la excepción, no la regla. Generalmente el vencedor ha impuesto sus valores, a pesar del trasvase, mayor o menor, en sentido contrario de los valores del vencido. La conquista de América es el mejor ejemplo, en cambio, de una casi aniquilación de la cultura del vencido para reemplazarla por la del vencedor. Pero en todo caso la imposición, o por lo menos el intento de imposición, se hacía antes como consecuencia de un acto deliberado, y hasta cruento, de una cultura sobre otra. Con el desarrollo de las posibilidades tecnológicas (sobre todo en la comunicación) la hegemonía va haciéndose indiscutible sin imposición, se va tornando casi automática, sin esfuerzo, conveniente de por sí, inevitable. Los "mass media" nos bombardean desde todos los ángulos y en todos los momentos con los valores imperantes, sin quererlo casi, y no sólo con muestra aceptación resignada sino, lo que es ya grave, hasta con nuestra complacencia.

El concepto de belleza del cuerpo humano, de un rostro en particular, es uno de esos valores. El nuestro, de por sí inseguro y mal definido, pues nuestro mestizaje proviene de la raza hegemónica caucásica y de la raza amerindia, con grandes aportes africanos según la región, se ve cada día sometido al condicionamiento reflejo de los medios arios que nos proponen la televisión y el cine.

¿Será -pregunto yo- una actitud ética seguirle el juego al sistema y allanarnos a esa suplantación de valores, a esa negación de lo que constituye parte inalienable de nuestro propio ser?. Creo que la respuesta cae por su propio peso, a tal punto que podría parecer ociosa la pregunta. Pero no lo es y no lo es porque en la práctica estamos observando que algunos cirujanos estéticos, están de hecho, coadyuvando con su ejercicio quirúrgico a ese escamoteo de nuestra imagen cultural. Puede ser que no actúen de motu propio sino compelidos por los deseos y expectativas del cliente. Es explicable que, en la desinformación sistemática supeditada a los fines que hemos enunciado, y en las deficiencias de nuestros sistemas educativos, abunde la desorientación de grandes núcleos humanos. Pero es de suponer que un cirujano estético, con la larga información científica y ética que deben ser de rigor,

tiene la obligación moral de orientar y aconsejar. Porque inclusive existe otro argumento, que por sí solo debería bastar, si es que para los pragmáticos clientelistas el primero no fuera suficientemente: el resultado casi siempre es estéticamente catastrófico. Sobre un rostro mestizo de altos pómulos y maxilar superior prominente la naricita respingona y corta se denuncia como un pegote discordante y contradictorio. Ni el mismo despistado cliente quedará conforme con el resultado a poco que no esté huérfano de un mínimo de autocrítica y de un espejo. Definitivamente es falsa la afirmación, que hemos visto repetida en más de un medio periodístico, de que la cirugía estética tenga como finalidad, en nuestro medio, el "blanquear", el "desindiar" o "desnegriar" a sus demandantes. Si lo pretendiese debería ignorar varios hechos innegables.

Primero, que es la raza blanca en los países ricos la que más uso hace de la cirugía estética. Si sus caracteres antropológicos fueran los universalmente ideales debería suceder lo contrario. Y, por supuesto, no me estoy refiriendo a la cirugía para mitigar los signos del envejecimiento. Narices como las de los Ausburgos, los Borbones o la del Dante Alighieri se habrían beneficiado de una rinoplastia tanto o más que las de cualquiera de nuestros aspirantes a "cholo boys" o "cholo girls". Lo que buscamos, quienes no nos hemos dejado marcar por las perspectivas de un éxito a cualquier precio y a las demandas de un "marketing" deformado, es lograr una cierta armonía y proporción, un cierto equilibrio entre las facciones del paciente, dentro del marco de sus características antropométricas.

¿Existe mejor ejemplo de lo que no debe hacerse que la imagen de aquel andrógono, híbrido desrazado a punta de operaciones y depigmentaciones, que acumula millones gracias a la carencia de criterio musical de los adolescentes ricos? Su imagen nos trae más bien una remembranza de "el planeta de los simios" ¿Hacia ello es que queremos ir? ¿Es ese nuestro modelo? Es evidente que no. Hora es de que en el criterio de los cirujanos estéticos de esta parte del mundo, en la Puerta del Sol de Tiahuanaco y los tiempos y pirámides de Uxmall, Bonampak y Chitchen Itza ya eran antiguos cuando los hoy dominantes "se cubrían con pieles de osos y andaban con cuernos de vacas sobre sus cabezas", primen la conciencia ética y el sentido estético sobre el interés comercial

RAÍCES DE LA COMIDA

AFRO-ESMERALDEÑA

El Ecuador es un país multiétnico y pluricultural, constituyéndose la cultura afroesmeraldeña en algo muy especial. Cuando preparamos el "encocao", el "tapao", el "pusandao", el cazabe" y otras recetas, robustecemos nuestra identidad y unimos con afecto el pasado al presente.

Al revisar la historia encontramos testimonios de que el comercio de esclavos africanos en el continente americano cubrió un período de casi cuatro siglos, y constituyó el mayor trasplante que registra la historia universal. Nueve y medio millones de africanos fueron desarraigados de África para realizar en América sembríos de caña de azúcar, café, tabaco, algodón, cacao, arroz y patatas y búsqueda de oro y plata. Algunos esclavos, al obtener su libertad, se incorporaron a las actividades productivas de las sociedades americanas.

Con la trata comenzó el proceso de desculturización, basado en el reemplazo de algunos valores de la cultura nativa por otros foráneos, modalidad inherente a toda forma de explotación colonial. Pero la desculturización total es imposible porque existen formas culturales que al explotador le interesa conservar, pues contribuyen al mantenimiento de su hegemonía. Entonces las clases dominadas buscan refugio en sus valores culturales autóctonos para sobrevivir y afirmar su identidad. Por esto es que no sabemos, con precisión, cuanto pudieron salvar los esclavos o perder en la diáspora.

En la alimentación intervienen elementos naturales, psicológicos, religiosos y costumbres arraigadas, patrones culturales que se conjugan en la preparación alimentaria. Algunas de nuestras recetas y hábitos tienen raíces africanas, especialmente en aquellas regiones donde se levantaron plantaciones, en las que la fuerza de trabajo esclavizado fue masiva. Seguir las huellas de las preparaciones y los nombres de las comidas son las finalidades de este trabajo, tarea difícil pues las cocineras africanas eran analfabetas y transmitieron sus fórmulas utilizando sólo la tradición.

Recordemos este antiguo pensamiento para comprender la importante función de las africanas dedicadas a la elaboración de las comidas: "Dime que comes y te diré quién eres", pues la salud, la fortaleza y el desarrollo de un país dependen de las calorías que ingiere. Algunos científicos afirman que la raza negra fue la primera que apareció en nuestro planeta, por lo que puede asegurarse que ella es una de las culturas con mayor experiencia y conocimientos en el arte alimentario. De esto se deduce que la comida europea tiene también raíces africanas, y que muchas recetas fueron trasegadas a través de los siglos.

También es necesario recordar los cambios ecológicos acontecidos en diversas regiones del mundo, que han modificado los hábitos nutritivos. Los patrones referentes a la alimentación han sufrido también alteraciones por razones económicas, que obligaron a cambiar un producto por otro, por más barato o porque hubo dificultades en importarlo.

La situación política de los pueblos ha incidido en los hábitos alimenticios; cuando se atraviesa por períodos de guerras la hambruna ha impuesto nuevas formas en la preparación de las comidas, variantes que en algunos casos acrecentaron el acervo cultural o lo disminuyeron porque fueron olvidadas fórmulas originales.

El extenso período de intercambio entre África y América produjo una situación económica de causa y efecto que modificó el basamento socio cultural de ambos continentes, transculturización o impacto de dos culturas, determinante en cambios profundos que alteró los parámetros alimentarios. Pero es indiscutible la impronta africana en los nombres de alimentos y en ciertas combinaciones y modos de preparar las comidas. A continuación algunos ejemplos: el café con leche, el plá-

tano frito, el refrito, llamado sofrito por los africanos, que consiste en una salsa compuesta de cebollas, ajos, tomates y pimientos a la que agregaba bija o achiote para darle color amarillo y utilizada en todas nuestras provincias, base para la preparación de muchos alimentos y de la que depende el éxito del preparado.

Los esclavos agregaban achiote a esta salsa para darle semejanza al aceite de palma africana. Las comidas con ají picante o "ají guaguao", término africano, tiene origen en la comida Yoruba (Nigeria Occidental), donde también existe la batea o artesa, pieza de madera a manera de bandeja, utilizada para depositar cocimientos.

En la cocina esmeraldeña sirve para colocar el cazabe, la natilla y las rellenas. Los bollos o frituras que los africanos preparan con granos secos de leguminosas, adicionándoles ajos, ají picante y sal para luego freírlos, son los "akaras".

Las comidas con coco y plátanos, cubiertas con hojas de esta última planta, conservan raíces de la diáspora. El legado cultural negro es muy importante, por lo que con la muerte de una cocinera africana se pierde un tesoro en el arte culinario.

Los horarios de las comidas dispuestos en el día aceptados por nosotros, son de origen africano. Una característica de las comidas africanas es una alimentación rica en carbohidratos. La venta de alimentos en forma ambulante, trabajo casi exclusivo de las mujeres, es de origen africano, para lo que ellas utilizaban tableros que transportaban sobre su cabeza, modalidad que se conserva en nuestro valle del Chota.

La cocina, como la literatura, tiene un extraordinario poder comunicativo que rompe prejuicios etnocéntricos. Nuestras comidas típicas comprenden códigos de la cosmovisión afro esmeraldeña, ya que la manera de saborearlas tiene relación con la forma de ser y sentir la vida. La privilegiada ubicación geográfica de la provincia de Esmeraldas, lugar donde se asentó gran parte de la inmigración africana al Ecuador, está cruzada por ríos y es bañada por el Océano Pacífico, colmada de riquezas ictiológicas, que el habitante de esta región supo aprovechar para su alimentación. Años atrás bastaba lanzar un anzuelo o una atraya al río o al mar para lograr abundante pesca.

No es fantasía ni realismo fantástico cuando se afirma que la comida esmeraldeña iba directamente del mar a la olla. Todos los productos que forman la dieta alimentaria se obtenían con facilidad y abundancia, lo que contribuyó a robustecer las recetas y secretos de nuestras comidas, cuyas raíces cruzan el mapa africano con nombres perdidos o modificados en los confines del tiempo, con aditamentos que las cocineras y amas de casa agregaban con ternura para hacer de las viandas algo así como una ofrenda a la familia. No hay fórmulas idénticas para un mismo plato, pues varían las proporciones, la expresión creativa y la magia, pero en cualquier caso los preparados afro esmeraldeños tienen la virtud de hacerle chupar los dedos a quienes sepan aquilatar el arte culinario. Además nuestros potajes tienen excelente presentación, exquisito olor, envidiable sabor y mucho del embrujo africano.

Otro factor que influye en la calidad de la comida afro esmeraldeña es la fertilidad del suelo de la provincia verde: es suficiente arrojar en él las semillas para que germinen las plantas. Además algunas plantas son silvestres y solo demandan cosecharlas, pero en la actualidad los hábitos alimentarios están sufriendo severos cambios por la alteración del ecosistema, el aumento demográfico y la depreciación de los recursos naturales.

Habrán quienes pregunten la razón para que el afro esmeraldeño diga encocao, tapao, pusundao, calentao, etc. Según estudios "sobre un área dialectal hispanoamericana de la población negra", del investigador Germán de Granda, constituye un fenómeno fonético riguroso de los sonidos de componentes articulatorio global y una oclusión simultánea, verificada en distintos puntos o zonas de la cavidad bucal. En el occidente de Colombia y en la costa ecuatoriana, especialmente en la provincia de Esmeraldas, las letras C, Q, D, generalmente son reemplazadas por una oclusión global en cualquier palabra afectada por ese fenómeno: cantando, queso, puerco, calado, pescado, etc. Esta forma de pronunciar ciertas palabras se creyó en principio que correspondían a defectos individuales, pero más tarde se comprobó que era una tendencia lingüística comunitaria, cuya distribución en la cadena hablada sufre un cierre global, que substituye la K en la totalidad de las posiciones en que este sonido aparece. Ejemplos:

¿asa ural = casa cural

¿reo = creo

¿lima = clima

En posición explosiva silábica no inicial y ante los mismos sonidos se produce el mismo fenómeno. Ejemplos:

palma afriñana = palma africana

pezao = pescado

malziao = malcriado

En Esmeraldas presencié un caso semejante. Recuerdo a una niña de nueve años llamada Elena Carabali, hija de nuestra cocinera, que no podía incorporar la letra C a su habla. Durante más o menos dos meses, entre sonrisas de ambas, le enseñé a decir:

Como poco coco como, poco coco compro

Al principio en el intento de repetir, ella decía

omo poo oo omo, poo oo ompro.

La oclusiva global corresponde a un fenómeno socio lingüístico relacionado con estratos socio culturales marginales, del que las mujeres son las más afectadas, porque constituyen grupos sociales limitados por otros grupos, sin mayor relación con distintas formas de expresión. La oclusiva global en un proceso etnohistórico, sustratístico africano usado por los esclavos, pues se supone hubo una transferencia del cuadro fonético español basado en un posible origen sustratístico del sonido estudiado, concordante con el carácter histórico y lingüístico.

En las lenguas africanas del área de Guinea existe un desplazamiento de la articulación oclusiva velar en las letras K, G, P, B, D, T del sistema español.

A continuación algunas recetas de la comida afro esmeraldeña:

Encocao de pescado

Ingredientes

Pescado
Limón
Coco
Tomate
Cebolla
Ajo
Pimiento
Sal
Pimienta
Chilangua

Preparación

Se lava el pescado con sal y limón, se lo coloca en la olla, se le agrega sal, pimiento y el refrito; luego se añade una segunda agua de coco y se lo cocina durante diez minutos, se le aumenta la chilangua y una taza de zumo de coco. No se tapa el recipiente; después de un corto hervor se baja.

Masato

Ingredientes

Plátano maduro
Canela
Clavos de olor
Leche
Azúcar
Esencia de vainilla

Preparación

Se cocinan los plátanos maduros con agua, canela y clavos; luego se deja enfriar el preparado, luego se licúa con leche, azúcar y media cucharadita de esencia de vainilla.

Cazabe

Ingredientes

Maíz
Coco
Leche
Clavos de olor
Pimienta dulce
Azúcar

Preparación

Un día antes de la preparación se macera el maíz en agua; se lo lava el día siguiente, se lo muele, se lo disuelve y se lo cierne. Se lo cocina con canela, pimienta dulce, clavos de olor y azúcar. Una vez cocido se le añade el zumo de coco, se hierve hasta cuando la masa esté a punto.

Sopa de conchas con coco

Ingredientes

Conchas
Coco
Sal
Pimienta
Chilangua
Ajos
Cebolla
Tomate
Pimientos
Arroz

Preparación

Se raspa el coco y se extrae el zumo. En la segunda agua del coco se cocina el arroz con los aliños y el jugo de las conchas previamente cocidas: la preparación debe hervir hasta que el arroz esté blanco; luego se añaden las conchas picadas, la chillangua y el zumo de coco y se hierve durante cinco minutos.

El Champús

Ingredientes

Hojas de naranjo
Maíz
Mote
Panela
Canela
Pimienta dulce
Clavos de olor

Preparación

Macerar el maíz quebrantado durante cinco días, se le quita la cáscara, se muele, se disuelve en agua y se cierne. Se coloca en el fuego durante cuarenta y cinco minutos con la canela, la panela, las hojas de naranjo, la pimienta dulce y el clavo de olor. Después de cuarenta y cinco minutos se le añade el mote, el cual debe estar previamente cocido.

La panda de pescado

Ingredientes

Pescado
Limón
Sal
Ajo
Orégano
Cebolla

Pimiento
Albahaca
Chirarán
Zumo de coco

Preparación

Limpio el pescado con sal y limón, se lo masera con sal, limón pimienta y ajo durante diez minutos; después se le agrega refrito preparado con tomate, ajo cebolla, pimiento, albahaca, chirarán y orégano. Se coloca el preparado en una envoltura de hojas de plátano y se lo humedece con el zumo de coco, se lía y se lo coloca en brasas para cocerlo.

Bibliografía

- Carrera, Lidia: *Comidas*. El Monte, Miami, 1986
- Cepeda, Margarita: *De la costa con sabor*. Ed. Corriente, Bogotá 1986
- Estupiñán Tello, Julio: *Historia de Esmeraldas*. Ed. Gregorio, Manabí, 1977
- Escobar, Martha: *La frontera imprecisa*. Centro Cultural Afro ecuatoriano, 1990
- Haddon A.C.: *Costumbres del universo*, Montaner y Simón, Barcelona
- Lexis 22: *Círculo de lectores*. Barcelona 1983
- Naranjo, Marcelo: *La cultura popular del Ecuador*, Centro internacional de artesanías y artes populares. Esmeraldas 1988
- Rodríguez, María Luisa: *Léxico de la alimentación popular de Colombia*. El Monte, Colombia 1964
- Savoia, Rafael: *El negro en la historia*. Centro Cultural Afro ecuatoriano

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

*Hombres necios que acusáis
a la mujer sin razón,
sin ver que sois la ocasión
de lo mismo que culpáis.
Si con ansia sin igual
solicitáis su desdén,
¿por qué queréis que obre bien
si la incitáis al mal?*

Sor Juana Inés de la Cruz

“Tiene los ojos grandes, un poco oblicuos de su ascendencia criolla, de que tan orgullosa le mostraba; la boca suavemente dibujada y llena de pasión; la barbilla redonda e imperiosa. Miran lejos y no se sabe si sobre sus pupilas o sobre sus labios aletea, inquieta y sutil como el viento, una mariposa de ironía”.

Esta descripción del óleo que retrata a sor Juana Inés de la Cruz, fue redactada por Matilde Muñoz en el prólogo de una de sus obras. Se describe así a una religiosa, a una de las mujeres más cultas e inteligentes de su época, como repitieron incansablemente los cronistas.

Si hubiese que hablar en términos concretos, habría que decir que Juana Inés fue una mujer total: religiosa en la última etapa de su vida, integrante de la corte virreinal mexicana en su juventud y niña prodigio en su infancia. Conoció los silencios y soledades del claustro, pero también el amor, el lujo y los placeres mundanos. Entregó su vida a los

atacados por la peste que asoló su tierra y fue quizá la mente más lúcida e instruida de su tiempo.

Fue íntegramente mujer y también íntegramente americana. Juana Inés jamás salió de América. Muchos críticos la proclamaron la mayor exponente de la poesía hispanoamericana en aquellos años oscuros en que las letras salían del Barroco para remontarse hacia la gloria de la Ilustración. También fueron muchos quienes la denostaron, aunque ninguno pudo desconocer o ignorar su colosal cultura. Quizá sor Juana Inés de la Cruz fue un prototipo de mujer americana. De esa mujer americana que se destacó no sólo en las letras, sino que también supo en el momento adecuado ponerse a la altura del guerrero o acompañarlo en los momentos más duros.

Sor Juana representa la inteligencia de la mujer americana, pero también su pasión, su belleza, la devoción y entrega a Dios y a sus semejantes.

Orígenes

Durante más de dos siglos los orígenes de sor Juana fueron conocidos a través de la versión del jesuita Diego Calleja, biógrafo de la escritora. La versión del religioso decía:

A doce leguas de la ciudad de México, metrópoli de la Nueva España, tiene su asiento una bien capaz alquería, muy conocida con el título de San Miguel de Nepantla, que, a fuer de primavera, hubo de ser patria de esta maravilla. Allí nació la madre Juana Inés, el año de mil seiscientos y cincuenta y uno, el día doce de noviembre, viernes, a las once de la noche. Fue su padre don Pedro Manuel de Asbaje, natural de la villa de Vergara, en la provincia de Guipúzcoa, que pasó a Indias, donde casó este dichoso vizcaíno con doña Isabel Ramírez de Cantillana, de cuya legítima unión tuvieron, ente otros hijos, a nuestra poetisa única...

Pero en 1949, un lejano descendiente de sor Juana, G. Ramírez España, publicó "La familia de sor Juana Inés de la Cruz". Documentos inéditos, en el que revelaba que la poetisa de niña llevó el nombre de Juana Ramírez y fue hija ilegítima de Pedro Manuel de Asbaje. La niña

había nacido realmente en Nepantla, pero vivió en el hogar de su madre, Isabel Ramírez Cantillana, en el pueblo de Panoayan.

En uno de sus villancicos, sor Juana dice: "El no ser de padre honrado..." A partir de las revelaciones de Ramírez España cobra significado ese verso, interpretado hasta entonces como ajeno a la biografía de sor Juana.

Juana Ramírez o Juana Asbaje fue, estrictamente, una niña prodigio. Ya a los tres años había aprendido a leer y a escribir, tarea que emprendió a escondidas de sus padres. Tenía una inagotable sed de saber y un gran miedo a transformarse en un ser rudo. Para lograrlo, con toda la inocencia infantil, se negaba a comer queso porque había oído comentar que el queso "embrutecía las gentes".

Todavía no tenía ocho años cuando escribió su primera loa con motivo de una festividad de la población de Amacameca, lugar en el que se había trasladado su familia. Como en aquellos momentos era imposible que una mujer concurrese a la universidad, Juana confiaba a sus familiares que su mayor deseo era que la vistieran de hombre y que la enviaran a estudiar a la capital mexicana. La niña insistía permanentemente en esta necesidad. Fue tal su insistencia que, al fin, su madre decidió enviarla a casa de unos parientes de la ciudad.

Instalada en la capital, prácticamente devora la biblioteca de su abuelo. Aprende latín con la misma rapidez que los niños aventajados aprenden su catecismo. Así como se había negado a comer queso, se corta sus sedosos cabellos, "pues me parece inconveniente que una cabeza vacía llene adorno tan rico".

No era difícil que, en aquellos años, las noticias de tan insólito prodigio llegasen a la corte, y así sucedió; apenas tenía trece años cuando fue recibida como dama de la virreina. El virrey era el marqués de Mancera, quien mantenía una corte llena de ostentación, fiel reflejo del barroquismo de la época.

Segunda etapa

Después de su niñez pueblerina y prodigiosa, Juana Inés inicia la segunda etapa de su vida, completamente diferente a la primera. Su sed

de saber se ve colmada: la música, el verso, la prosa, la política, la filosofía, la teología, todo es de su incumbencia. El mismo virrey promueve una especie de tribunal con cuarenta eruditos para que pongan a prueba la sabiduría de la muchacha. Y sales airosa. "Se defendía —apunta el mismo virrey— como una galera real en medio de un tropel de chalupas".

Y, como era lógico por entonces, surgen las habladurías. Se comenta y rumorea en palacio que aquella sabiduría suya surge de la magia, quizá del mismo demonio. Pero Juana Inés también sale airosa de aquellos cotilleos.

Juana Inés se desenvuelve en el lujo de la corte. Allí abundan los amoríos, los galanteos, pero ella desarrolla su sensibilidad.

Carlos López Narváez, en su trabajo "De lo profano a lo divino en la lírica amorosa de sor Juana Inés de la Cruz," comenta el paso de la muchacha entre los amoríos de palacio: "Galanes y caballeros formábanle ruedo o hacíanle cortejo; unos la celebraban, otros la perseguían. Ella pagaba en sonrosados madrigales o en urticantes epigramas, según la gallardía o la bajeza del acero concitado por sus esplendores. De todo esto dan cuenta sus versos, y es por ello por lo que, según noble consejo, hay que usar grande reserva en la interpretación de su vida a través de sus poemas".

Más adelante, el mismo López Narváez asegura: "Dicen que de quienes la adoraron casi todos fueron desdeñados. Sin embargo, cuéntase que hubo uno, único favorecido, pero que murió durante los amores; y que tras esto y con esto, la desesperanza mundanal se transformó en sobrenatural esperanza. Y dio espalda a las pompas mezquinas para buscarlas infinitas en el asilo de su alma, así vencida para la victoria de Dios".

Por su parte, Eduardo Mendoza Varela, en su ensayo "Época y paisaje en sor Juana Inés de la Cruz", hace otra interpretación del desprecio de lo mundanal que ella tenía: "El ingreso de sor Juana al claustro es uno de aquellos momentos —dice Mendoza Varela— cruciales de su vida, no descifrados del todo. Hay quienes ponen en ello un desencanto amoroso con todos los aderezos de lo cursi y lo romántico. Hay quienes aseguran que, más de una predestinación monástica, nació en

un anhelo de seguridad. La vida erótica de sor Juana tiene, por lo demás, ciertas características un poco psicosexuales".

Profundizando aún más, Mendoza Varela agrega: "No olvidemos su temor y su orgullo, su resentimiento social que se hace patente en sus reacciones y ese pensar —palabras suyas— que "pared blanca donde todos quieren echar borrón". El disfraz masculino que pretendía para entrar en la universidad, su costumbre de cortarse el cabello, el rictus un poco voluntarioso no obstante su belleza, y ese estoy negada para el matrimonio" de que nos habla en una página no superada, son síntomas entre otros muchos de un extraño temperamento que acaso no se ha estudiado suficientemente. Sor Juana experimenta una rara aversión por el hombre; no obstante, en su obra poética considera el amor como la fuerza esencial del alma. Hay en ella, en este terreno, algo de ascético y conventual, algo que si es verdaderamente sincero en una hermosa muchacha que los dieciséis años ingresa en un convento sin una explicable vocación religiosa".

Tercera etapa: el convento

El ingreso de Juana Inés al convento no sirvió para sumergirla solamente en la oración. El convento de San Jerónimo era centro de reuniones, pláticas y discusiones intelectuales. El locutorio del convento también presenció ensayos dramáticos y musicales que, por lógica, no fueron bien vistos por el confesor de sor Juana. La misma sor Juana describe sus tareas en el convento con absoluta claridad: "Volví, mal dije, pues nunca cesé, proseguí la estudiosa tarea (que para mí era descanso en todos los ratos que sobaban a mi obligación) de leer y más leer, de estudiar y más estudiar, sin más maestro que los mismos libros. Ya se ve cuán duro es estudiar en aquellos caracteres sin alma, careciendo de la voz viva y la explicación del maestro: pues todo este trabajo sufría yo muy gustosa, por amor de las letras: ¡oh, si hubiese sido por amor de Dios, que era lo acertado, cuanto hubiera merecido!".

Surge claramente de estas palabras la ausencia de una vocación religiosa en sor Juana. "Estudiar y más estudiar" era su tarea en este refugio para su inteligencia.

"La vida conventual –amplia López Narváez– corría entre las menudencias del menester cotidiano que, por lo demás, daba tema para frecuentes encargos poéticos si tocaban con la corte o con la sociedad. Otras veces era el alternar con los poderosos protectores en empresas y fiestas de gobierno; los graves afanes del estudio, y aun la intervención erudita en cuestiones teológicas, filosóficas, doctrinales".

Como puede verse, la vida conventual de sor Juana Inés de la Cruz no se limitaba a los claustros ni a la dedicación exclusiva a la religión. La misma sor Juana, en una carta dirigida a sor Philotea, deja muy en claro por qué se hizo monja e ingresó en el convento:

Entréme religiosa porque, aunque conocía que ese estado tenía cosas (hablo de las accesorias, no de las formales) que repugnaban a mi genio, con todo, para la total negación que yo tenía al matrimonio, era lo menos desproporcionado y lo más decente que podía elegir en materia de seguridad que deseaba de mi salvación. Y a este fin, el más importante, doblaron la cerviz todas las impertinencias temperamentales de querer vivir sola, sin ocupación forzosa, son libertad para estudiar, sin rumores de comunidad en el sosegado silencio de los libros; pero alumbrándoseme, en el consejo de los doctos, que aquello era tentación, la vencí con el favor divino y tomé el estado que indignamente tengo.

Pero el peso de la oprimente sociedad de entonces era demasiado. Saber, sobre todo en el caso de una mujer, no estaba bien considerado. Por eso, en otro pasaje de la carta, sor Juana dice:

A Dios le he pedido me apague el entendimiento, dejando sólo lo que baste para guardar su ley; lo demás, según algunos, le sobra a una mujer y aún hay quienes digan que daña. Y él sabe también que, al no conseguirlo, he intentado sepultar nombre y entendimiento, sacrificándolos a quien me los dio: no otro motivo me entró en la religión".

Hay quienes vieron cobardía en la actitud de sor Juana al recluirse en el convento, pero lo cierto es que hay que comprender la época en la que esta mujer debe enfrentarse con toda una sociedad. Consciente de ello, la poetisa decide seguir adelante con sus necesidades intelectuales y no dejarse arrastrar a una vida fácil y mundanal que, con seguridad, la hubiese alejado del desarrollo de su sensibilidad. "No por vocación (que era toda para el estudio) –dice Amado Nervo– y sí por nobilísima

violencia sobre sí misma, fuese sor Juana al convento". Y la misma Juana lo ratifica cuando dice: "Pensaba que al venir aquí –al convento– huía de mí misma; pero –miserable de mí– trájeme a mí conmigo".

Menéndez y Pelayo, en su ensayo sobre sor Juana, rescata lo que hay en ella de mujer íntegra: "Fue mujer vehemente y apasionadísima en sus afectos –dice Pelayo– y sin ascenso a invenciones románticas ni a nada ofensivo a su decoro, difícil era que con tales condiciones dejase de amar y ser amada, mientras vivió en el siglo... Sus versos hablan con tal elocuencia de pasión sincera y mal correspondida o torpemente burlada... qué sólo quien no distinga entre el legítimo acento y la emoción lírica podrá creer que fueron sólo pasatiempos de sociedad o expresión de ajenos afectos".

Y cita Menéndez y Pelayo este soneto para marcar lo suave y delicado –e íntegramente femenino– del alma de sor Juana.

*Detente, sombra de mi bien esquivo,
imagen del hechizo que más quiero,
bella ilusión por quien alegre muero,
dulce ilusión por quien penosa vivo.
Si al imán de tus gracias atractivo
sirve mi pecho de obediente acero,
¿para qué? me enamoras lisonjero,
si hasta de burlarme, luego, fugitivo?
Mas blasonar no puedes satisfecho
de que triunfa de mí tu tiranía;
que aunque dejas burlado el lazo estrecho
que tu forma fantástica ceñía,
poco importa burlar brazos y pecho
si te labra prisión mi fantasía.*

Cuarta etapa: la celda

Desde el mismo convento, sor Juana tuvo una terrible osadía intelectual: criticar un sermón del padre Antonio de Vieira, confesor del rey de Portugal y de la reina de Suecia, que era, a la vez, uno de los más

célebres predicadores de su tiempo. Como casi siempre, deja tambaleando a su oponente.

Su audacia es castigada; la censuran, reprimen sus actitudes y la vida se vuelve más dura en el convento. Sor Juana había puesto el dedo en la llaga, había atacado a la institución que la cobijaba: no le sería perdonado.

Desencantada por su libertad intelectual, cercenada y acusada, sor Juana decide renunciar a todo boato. No sale ya del convento. No estudia. No frecuenta las reuniones de la sociedad mexicana que la recibía y halagaba. Se recluye en la celda.

Su gesto de desprendimiento llega a un límite inesperado: vende su biblioteca de cuatro mil volúmenes y todos sus instrumentos musicales y astronómicos para repartir el producto entre los pobres. Se entrega, desolada, a una flagelación inaudita. Su propio confesor le recomienda prudencia. Todo sacrificio le parece poco y se dedica al cuidado de los enfermos. Cuando la peste azota México, ella es la primera en atender a los cuarenta y tres años, el 17 de abril de 1695, "en una de las épocas más lúgubres de la Nueva España —según comenta el mexicano Alfonso Reyes—, entre heladas, tormentas, inundaciones, hambres, epidemias, sublevaciones e incursiones de piratas: cielo y tierra parecían conjurados para hacer deseable la muerte".

Juan Antonio de Rivera Calderón, en su *Diario de sucesos acaecidos en México entre 1676 y 1695*, comenta así su entierro: "Domingo. Murió a las tres de la mañana, en San Jerónimo, la madre Juana de la Cruz, insigne mujer de todas materias y poeta, de una peste. Asistió todo el Cabildo de su iglesia y la enterró don Francisco de Aguilar y cantó misa fray Antonio de Santa Clara".

Las honras fúnebres de ese entierro fueron dichas por Carlos de Sigüenza y Góngora (quizá el único amigo permanente de sor Juana y una de las grandes inteligencias de Hispanoamérica), con quien la poetisa intercambiaba, permanentemente, conocimientos y opiniones.

Precursora del Modernismo

"En la historia de la poesía hispanoamericana —dice Germán Posada

Mejía en Sor Juana de la Cruz y sus amigos del Nuevo Reino de Granada-, la lírica de sor Juana Inés de la Cruz tiene un lugar aparte. Por que la expresión lírica, que es la más universal creación artística de nuestra América, alcanza su máximo florecimiento sólo desde 1880 en adelante, a partir del Modernismo; y sor Juana viene a ser única, remota, genial precursora de este movimiento".

Para mucho de los críticos y ensayistas de la obra de la poetiza, ésta se encuentra en el centro del nacimiento de la aparición de la literatura americana, con los escritos de Colón, hasta el surgimiento del Modernismo con la irrupción de José Asunción Silva, Manuel Gutiérrez Nájera y Rubén Darío.

Lo cierto es que sor Juana es "el primero de nuestro clásicos que se formó y escribió en América", como apunta Posada Mejía. Anteriormente habían surgido otros clásicos geniales, como el inca Garcilaso y Ruiz de Alarcón, en la historia y el teatro, pero que escribieron en España y se incorporaron luego a la literatura americana. Sor Juana jamás salió de México. Y por haber permanecido allí recibió y reflejó en su obra algunos resabios del Barroco, aunque, como apuntó Karl Vossler, se siente en su obra "la frescura de la altiplanicie mexicana de Anáhuac".

Cuando sor Juana comienza a escribir, boquea moribunda la Edad de Oro, el Barroco. La poetisa vive en su época de decadencia cultural, pero logra remontarla y "partiendo del Barroco —como asegura Vossler— se acerca a la poesía de la Ilustración y anticipa a Goethe y a Shelley". Para Menéndez y Pelayo había algo de milagro y sobrenatural en aquella fuerza lírica genial. Es que sor Juana rompió las estructuras y no repitió, como otros poetas, los moldes barrocos ya gastados permitidos.

El barroco que reina en la colonia americana no es una herencia europea, sino más bien una reacción contra lo europeo. Y, como asegura M. Picón Salas, la literatura colonial del siglo XVIII fue híbrida, porque intentaba demostrar cómo el hombre de entonces "trataba de aprovechar la vida y de reaccionar, al mismo tiempo, frente a la elección que le dictaba el occidente".

También hay que tener en cuenta que sor Juana aparece en un momento en el cual comienza a profundizarse en América la idea de lo mestizo. Para Mendoza Varela, e siglo de sor Juana es aquel en el que se define "y se conforma parcialmente la mentalidad de México actual"; la época en la que surge un nuevo hombre intermedio entre el indio y el español. Y el barroco es la expresión de ese mestizaje que se muestra ambivalente, que "se aleja del indio, pero se acerca a lo indio; repudia lo español, pero se acerca a lo español". Al indio le contempla en forma colectiva; al español, en forma individual", como afirmó Emilio Abreu Gómez. En ese momento americano vivió sor Juana y encontró su medio de expresión. Ese barroco desde el que comienza y al que supera no le permite evitar algunas letrillas burdas en las que, como Quevedo, canta a poco elegantes funciones fisiológicas.

La corriente neoclásica que surgió con el siglo XVIII condenó la expresión barroca de sor Juana, como también al mismo Góngora. La necesidad de un retorno a lo clásico ignoró durante más de dos siglos la obra de sor Juana. Fijó sólo reconoció en ella cualidades intelectuales y no artísticas. Para Gallego, los versos de sor Juana estaban "atesados de extravagancias gongorinas y de los conceptos pueriles y alambicados... yacían entre el polvo de las bibliotecas desde la restauración del buen gusto...".

Es en la última parte del siglo XIX cuando comienza a rescatarse o revalorizarse la figura de sor Juana. En 1878 el colombiano Miguel Antonio Caro expresaba: "...bien avanzada la sorda y tenebrosa invasión del culteranismo en la república de las letras, en un convento de México, una mujer extraordinaria, si bien no exenta de los resabios del mal gusto dominante, brillaba con luz propia en medio de noche tan dilatada".

Con respecto a la revalorización de sor Juana dice Germán Posada Mejía: "El sentimiento de sor Juana volvió a surgir en México, igual que a fines del XVII, en los primeros años de este siglo. Fue el poeta Amado Nervo, con su Juana de Asbaje (Madrid, 1910), quien trajo la nueva visión. En pos de él aparecieron, paralelo a la revaluación de Góngora, que también salió de México, los estudios de Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, Manuel Tous-saint, Ezequiel A. Chávez, Emilio Abreu Gómez, Alfonso Junco, Javier Villaurrutia, Alfonso Méndez Plancarte,

todos eminentes sorjuanistas, por quienes renació la mística de la Décima Musa, y se extendió a los Estados Unidos, España, Suramérica y, sobre todo, a Alemania, donde los grandes maestros Karl Vossler y Ludwig Pfandl, han realizado trabajos fundamentales".

En la actualidad contamos con trabajos inestimables hechos por Octavio Paz, figura total de las letras mexicanas.

Los versos de sor Juana

Quienes han estudiado profundamente a sor Juana Inés de la Cruz, han coincidido en indicar que les resultaba imposible no prensarse de ella, incluso "con físico y mundano amor", como afirmó Eduardo Mendoza Varela y lógicamente también su apologista Amado Nervo. Y, obviamente, el mayor atractivo de esta "mujer incitante", a quien se llamó Fénix de las Indias, Décima Musa de México, Nuevo monstruo de la naturaleza o Asombro de las edades, está en sus versos y también en su prosa, "tan valiosa como su poesía".

Aun en la soledad del convento, y enfundada en su sayal color de marfil, Juana escribía estrofas como ésta:

*Esta tarde mi amor, cuando te hablaba,
como en tu rostro y tus acentos vía
que con palabras no te persuadía,
que el corazón me vieses deseaba.
Y amor, que mis intentos ayudaba,
venció lo que imposible parecía;
pues entre el llanto que el dolor vertía
el corazón deshecho destilaba.
Basta ya de rigores, mi bien, baste,
no te atormenten más celos tiranos
ni el vil recelo tu inquietud contraste
con sombras necias, con indicios vanos;
pues ya el líquido humor viste y tocaste
mi corazón deshecho entre tus manos.*

O esos versos ya célebres, clásicos y enarbolados por las reivindicaciones más o menos feministas:

*Hombres necios que acusáis
a la mujer sin razón, sin ver que sois la ocasión
de lo mismo que culpáis.
Si con ansia sin igual
solicitáis su desdén,
¿por qué? queréis que obre bien
si la incitáis al mal?*

Así como repletos de un amor terreno, sus versos se hacen inmortales por su ardorosa y delicada intensidad cuando expresan el amor divino, como en A Cristo Sacramentado, donde adquieren una nueva dimensión:

*Amante dulce del alma,
bien soberano a que aspiro,
tú que sabes las ofensas
castigar a beneficios;
divino imán que adoro:
hoy, que tan propicio os miro,
que me animáis la osadía
de poder llamaros mío;
hoy, que en unión amorosa
pareció a vuestro cariño
que si no estabais en mí
era poco estar conmigo;
hoy, que para examinar
el afecto con que os sirvo,
al corazón en persona
habéis entrado vos mismo.
Pregunto: ¿es amor o celos
tan cuidadoso escrutinio?
que quien lo registra todo
da de sospechar indicios.*

*Más, ¡ay bárbara ignorante
y qué de errores he dicho!
como si el estorbo humano
obstara al lince divino.
Para ver los corazones
no es menester asistirlos,
que para vos son patentes
las entrañas del abismo.
Con una intuición presente
tenéis en vuestro registro
el infinito pasado
hasta el presente finito.
Luego no necesitabais,
para ver el pecho mío
si lo estabais mirando sabio,
entrar a mirarlo fino.
Luego es amo, no celos,
lo que en voz amante miro.*

Sor Juana Inés de la Cruz tiene una extensa producción, hoy revalorizada y reconocida. Es, como ya hemos dicho, la primera escritora clásica de América y, esencialmente, una de esas mujeres de actitud firme que, a pesar de la incomprensión de su época, logró sobresalir con incomparable fuerza.

Primera gran figura de las letras latinoamericanas, abrió un camino amplio por el que luego transitaron las mujeres de esa estirpe dedicadas al trabajo intelectual que, en muchos casos, se ampararon en su ejemplo y en su lucidez.

HOMENAJE AL PUEBLO DE
ISRAEL EN SUS CINCUENTA
AÑOS DE VIDA

Alba Luz Mora

ISRAEL EN SUS CINCUENTA AÑOS DE VIDA

Hablar de un pueblo es referirse a la huella que dejó en la historia y al espíritu que lo animó y singularizó entre otros conglomerados humanos.

Al pueblo de Israel lo han diferenciado dos características repetitivas. La primera, ese afán de hallar y consolidar su patria. "la tierra prometida de Moisés y los patriarcas". Y, la segunda, el estoicismo y tenacidad frente al éxodo, la persecución y el exterminio.

Al llegar por primera vez a Israel el viajero quiere desentrañar los réditos de esa búsqueda incesante, y cómo se muestran las generaciones actuales tras la milenaria y fatigosa jornada.

Conocer el paisaje del país, la disposición y arquitectura de las ciudades, los signos de un espíritu creyente, esa creatividad ancestral y la calidad humana de su pueblo.

La naturaleza verde y sinuosa de Cafarnáum, Galilea, Jericó, Judea, las márgenes desérticas del Mar Muerto, el Neguv y la Arava y las elevaciones basálticas del Golán, hablan por sí mismas de contrastes en un territorio de apenas 27.800 kilómetros.

Tres bellezas naturales rompen la continuidad del panorama físico: el Mar Muerto, punto más bajo de la tierra, a 450 metros del nivel del mar, sitio de la más alta densidad y salinidad de aguas del mundo, aprovechado para los balnearios curativos y para industrializar productos cosméticos. El lago Kinéret o mar de Galilea, al extremo sur del río Jordán, y 212 metros bajo el nivel del mar, fuente hídrica más importante del país, recuerda el relato bíblico de la caminata de Jesús sobre las aguas, es centro de recreación y leyenda. En sus riberas está la ciudad

de Tiberiades y una sucesión de lugares santos: el monte de las bienaventuranzas, las ruinas de la Sinagoga de Cafarnáum y de la casa del apóstol Pedro. La roca donde Cristo apareció resucitado. Tabgha o Magadán, donde multiplicó los panes y los peces, y el río Jordán que va de un mar a otro en trescientos kilómetros de cauce vivificador.

La mano sabia del hombre ha añadido al paisaje la cromática variada de tres tipos de organización comunitaria: el kibutz, unidad social y económica, el moshav o asentamiento de familias con su propia granja y hogar; y el vishuv keilatí, que agrupa cientos de núcleos familiares.

El Fondo Nacional de Forestación y otros organismos protegen una reserva de 96.000 kilómetros de parques naturales y bosques, logrados en intensa lucha con el suelo árido nos correspondió sembrar un árbol, el primer día de la visita, en las elevaciones de Judea, junto a 19 invitados de Iberoamérica. Ceremonia que solemnizaron las respectivas banderas flameando al viento.

Las ciudades están casi en la cima de los montes y colinas, en actitud de vigías permanentes. Estrategia de seguridad y defensa ante la interminable sucesión de enfrentamientos y conquistas. Su pétreo color blanco contrasta con el verdor del panorama y color del cielo, o apenas se insinúa en densidades ocres que se mimetizan entre el entorno árido de las partes desérticas.

La arquitectura, personificada en Jerusalén, ha logrado una expresión regional propia moderna, que combina armoniosamente elementos del Medio Oriente, Noráfrica, y occidente. Utiliza los materiales nobles, sobre todo la caliza o roca blanca, labrada artísticamente o pulida en superficies que esplenden a la luz. Con ella se hicieron las viejas murallas, los acueductos, sinagogas, mezquitas, templos y edificios contemporáneos.

Jerusalén significa paz. Es la ciudad santificada por la tradición y la religión, la Historia y la Teología. Centro de la espiritualidad nacional, fue capital en el reino de David y es la capital política en el presente.

Para los judíos, es el símbolo del anhelo de volver a la tierra. Para los musulmanes, "el lugar remoto" de que habla El Corán, a donde llegó el profeta Mahoma desde la Meca y desde allí ascendió a los cielos. Para los cristianos, el sitio que eligió Jesús para vivir y la perdurabilidad de

los lugares santos que lo evocan: el Jardín de Getsemaní, la Posada de la última Cena, la Vía Dolorosa y las 14 estaciones, el Monte Calvario, el Santó Sepulcro.

La ciudad vieja tiene 4.500 años y sus murallas hechas por los romanos en el siglo II y fueron restituidas en el siglo XVI, mide un kilómetro de extensión. Allí se encuentran restos arqueológicos del período israelita bajo el reino de David, la tumba del monarca en el monte Sión, el barrio herodiano, el Cardo o vía pública comercial con reminiscencias romanas o bizantinas, el Monte Moría que recuerda el Primer Templo, antiguas sinagogas, el cementerio en el monte de Los Olivos, la mezquita Elaska y la Cúpula de la Roca, las ocho puertas, por una de las cuales volverá el Mesías. Y el túnel Hasmodeo, recientemente descubierto, con una infraestructura subterránea de organización administrativa, social, singular. Desemboca en la plaza que rodea el muro de los lamentos o muro occidental.

Allí, al atardecer, y en medio de cientos de turistas y devotos, presenciemos el rezo de los judíos ortodoxos, ellos a la izquierda con trajes oscuros; ellas a la derecha, con túnicas y pañuelos blancos de seda, con los libros santos en la mano y el peculiar bamboleo de sus cuerpos de atrás hacia adelante, en trance de elevación a Dios.

Repasábamos entonces los versos que nos había obsequiado el poeta y diplomático Moshé Liba, que dicen:

No te preocupes amigo,
de esta tierra
se va directo al paraíso.
De la Tierra Santa
a los cielos,
sin salas de espera ni apelación".

Al ambiente de pasado y tradición se agregan las múltiples manifestaciones de fe de las religiones predominantes: la judía ortodoxa, y se percibe una especie de emulación religiosa en torno al Santo Sepulcro, con ceremonias y ritos de fe diferentes.

Jerusalén nueva empezó con el primer barrio en 1860. Paradigma de su arquitectura es el Palacio de la Corte Suprema de Justicia revestido todo de roca blanca, con diseños que conjugan las reminiscencias orientales y contemporáneas, y recursos que aprovechan el contraste de luces y sombras naturales, grandes espacios que le dan originalidad y funcionalidad. Lo ornamentan obras de arte de renombre y grandes ventanales desde los que se contempla Jerusalén. Está en el predio Ben Gurión y fue construido en 1987 con el patrocinio de la Fundación Notschild y la AID Hanadiv.

La segunda unidad es *Tel Aviv*, urbe moderna en las costas del Mar Mediterráneo, centro cultural, comercial, financiero, de la vida de Israel. Posee un gran complejo hotelero, bellas playas y zonas residenciales. Nació en 1907 como suburbio del puerto antiguo de Yafó al que hoy se ha fusionado.

Yafó, a su vez, es el único puerto de la antigüedad que ha perdurado. Tiene 4.000 años, sirvió a fenicios y egipcios, fue punto de ingreso de las múltiples migraciones judías. Sus calles angostas y retorcidas, arcadas y graderíos, retrotraen al pasado y constituyen una colonia de artistas y centro turístico. Desde el parque, en la parte más elevada, se contempla el puerto, las dimensiones de Tel Aviv y la atracción del mar Mediterráneo. El nombre evoca a Jafet, hijo de Noé, dicen que los cedros de Líbano para el templo del rey Salomón pasaron por él, y la leyenda griega describe el encadenamiento de la bella Andrómeda a las rocas frente a Yafó.

Haifa es un puerto al noreste del país, cuyo nombre significa "costa hermosa". Desde la bahía la ciudad asciende por el Monte Carmelo hasta la cima. Allí se halla la Basílica de Stella Maris, con la imagen de la virgen de El Carmen, el Gran Faro y el Convento de las Carmelitas guarda los restos arqueológicos de la casa que habitó el profeta Elías y grandes murales y vitrales que rememoran pasajes de su vida.

Tiberiades, a la orilla del Mar de Galilea, es la ciudad que más seduce, dedicada al turismo y la recreación.

Los restos del pasado, como la casa del profeta Maimónides, se mezclan con hoteles y edificios modernos. Fue centro de estudios judíos y, por largo tiempo, sede de la renombrada Academia Judía.

Nazareth es una población pintoresca, habitada por árabes cristianos, Genera gran actividad artesanal y en ella se levanta la Basílica de la Anunciación.

El espíritu creyente ofrece un antecedente común: el paso histórico y admirable de Jesús, que inauguró para la humanidad una nueva era, con sus lecciones de profundo contenido social. La tradición de Mahoma, las creencias de las diversas comunidades que integran el Estado de Israel, constituyen el marco diferente y desconcertante a la vez, de ser la tierra prometida por Dios para legar a la humanidad la palabra santa en el Torá y los diez mandamientos, la Biblia y las revelaciones de los profetas, que han pervivido por sobre las contingencias históricas, las pasiones humanas y transformaciones políticas, y nos han legado la necesidad de justicia y la importancia de la moral.

A este espíritu creyente se suma el cívico y patriótico, punto de luchas inacabables por dominar desde Jerusalén. No hay separación de religión y estado. La menorá o candelabro de siete brazos es el objeto ritual y patriótico, reproducido en los problemas del estado de Israel, símbolo del acervo y tradición judíos. La bandera se basa en el manto de oraciones del rey David y la estrella de siete puntas. El himno invita a no reposar hasta ser un pueblo libre en la tierra de los antepasados. La Alajá reúne el conjunto de leyes que siempre guiaron la vida judía y el crisol de la diáspora significó la apertura del nuevo estado proclamado en 1948, para recibir al pueblo desde el exilio a su tierra original.

Una creatividad ancestral, fruto de la superposición de diversas culturas, está presente en las obras artísticas, artesanías y múltiples expresiones, mezcla del refinamiento oriental, el enigmatismo de las miradas de su gente y la sensualidad de sus manifestaciones.

El museo de Israel, en Jerusalén, resume este acervo con sus galerías de Bellas Artes, Etnografía y muestras arqueológicas. El Santuario del Libro guarda los siete rollos hebreos con la primera versión del libro de Isaías, encontradas en una caverna en las cercanías del Mar Muerto, son los restos de la antigua biblioteca de los Esnios cuyos precursores conformaron la secta Quimrán. Revelan la historia del Segundo Templo desde el siglo II antes de la era cristiana y su destrucción, época en que se operan hechos culminantes para la cristalización de las religiones monoteístas,

El Museo de la Diáspora, en la universidad de Tel Aviv, ofrece una visión completa de la historia de las comunidades judías en la Diáspora, a través del mundo, cuyas tradiciones se conservaron con idénticos signos, pese a la dispersión.

El Museo del Holocausto, también en Jerusalén, llamado Yad Vashem, conmemora el inhumano exterminio de seis millones de judíos durante la segunda guerra mundial. Dividido en secciones, incluye las avenidas de los nombres y de los gentiles justos, el Valle de las Comunidades Exterminadas. Un gran pabellón central guarda la llama votiva que recuerda los desaparecidos. Nos impresionó la sala donde se reproducen las torturas de las cámaras de gas y de los campos de concentración; los crematorios. Grandes fotos murales denuncian las escenas vividas y el holocausto. Impacta la de un grupo de mujeres desnudas, de diferentes generaciones, que junto a un muro esperan el fusilamiento y les aguarda una fosa llena de cadáveres.

El Pabellón de los Niños, sacrificados en número de un millón quinientos mil, es una cúpula oscura, donde titilan cientos de estrellas que los rememora y una voz repite incansablemente su origen, nombres y edades.

La visión no estaría completa si no habláramos del habitante de Israel que moró en esa tierra desde hace cuatro milenios. Cuyos vasos de comunicación en el tiempo y el espacio fueron la lengua hebrea, las costumbres, los ritos, el amor a Haarretz y la tierra.

Son 5.5 millones de habitantes, el 81% judíos, un 18% árabes y el resto otras comunidades menores. Los caracteriza un espectro amplio de ocupaciones: de lo secular a lo religioso, de lo tradicional a lo moderno, de lo urbano a lo rural, de lo comunitario a lo individual. Prevalece la sociedad joven consciente del compromiso social y cívico, con una ideología política, ingenio y creatividad. La educación ofrece múltiples opciones profesionales y un esmerado afán en la investigación aplicada al desarrollo. La universidad de Monte Scopus en Jerusalén y de Tel Aviv, que visitamos, ubicadas en campus modernos funcionales dotados de bibliotecas, laboratorios, tienen actualmente 154.000 estudiantes.

Los dos encuentros con los intelectuales y poetas israelitas en el Departamento de Estudios Españoles y Latinoamericanos de la Universidad Hebrea Monte Scopus y en el Palacio de Congresos de la misma ciudad, nos dejaron advertir la sensibilidad del espíritu judío y las corrientes modernas de creación. Igualmente, las sesiones con la Asociación de Escritores Hebreos en Tel Aviv, para hablar del tema "La literatura como iniciación espiritual", y con el Centro Cultural Arabe Israelita Beit Haguefen de Haifa. Nos enriquecimos mutuamente con los intercambios de inquietudes y análisis realizados.

Los conferencias del profesor Eldar sobre "Introducción al pensamiento judío diagonal"; del lingüista Arie Comey, sobre la trayectoria del idioma hebreo; la del internacionalista y diplomático Embajador Dvo Shmorak, acerca del proceso de paz, nos permitieron acceder aún más al modo de pensar y reflexionar del intelectual judío.

Recuerdo aparte, merece el Instituto Cultural Israel Iberoamérica, nuestro anfitrión. Sus directivos, doctores Netanel Lorch, Embajador Itzjak Shefi (que estuvo en el Ecuador), el señor Yosef Arad, el señor José Luis Nájenson, autor de un tríptico, la profesora Lavana Angel, entre otros, generaron el ambiente cordial en toda la programación cumplida del 6 al 13 de abril. El diario La Aurora, decano de la prensa israelí en castellano, registró el Encuentro realizado.

Un párrafo especial merece el señor Josef Arad, Coordinador del Instituto y Coordinador General del Encuentro, acompañante permanente y reseñador de las visitas que efectuamos, dotado de un temperamento afable y solícito, con un manejo perfecto del idioma español, fue el guía del grupo. Fue el mejor Embajador de Israel en el certamen.

La visita a la Décima Octava Feria Internacional del Libro en el Palacio de Congresos de Jerusalén, nos permitió encontrar ediciones y contenidos de los más variados países y continentes. Ecuador presentó también su stand. La asistencia a la entrega del Premio: "Jerusalén 1977" al escritor español Jorge Semprún, fue la oportunidad de conocer al ensayista y político de Onujadi cuya semblanza hizo el escritor Mario Vargas Llosa. Con Semprún dialogamos en una sesión especial, en la Sala Fisher-Mishkenot Shaanim, lugar tradicional y sitio de hospedaje de los visitantes importantes.

Literatura y exponentes principales de Maimónedis a Paul Celan. Artes y conocimiento de autores y obras, Arqueología y Saber, de Jean Aucusa Prino Levi, complementaron la cosmovisión de Israel.

La música fue uno de los aspectos que centró nuestra atención. Al escuchar al cantante Yehuda Poliker en el Teatro de Jerusalén comprendimos una vez más algo singular del pueblo judío, su capacidad de asimilar las corrientes de moda occidentales, que combinan con las raíces judías y ofrecen creaciones originales cuyo fondo es la expresividad del alma de Israel, que fueron acogidas entusiastamente por las nuevas generaciones, que gustan de cantar, bailar, tocar palmas.

Debo resaltar la presencia diplomática del Ecuador en Israel. Al conjunto de personalidades que en los últimos años estuvieron representándonos, hoy se suma una mujer, Paulina García Donoso de Larrea, que ha ascendido un peldaño más de una carrera bien llevada e iniciada tempranamente.

Supo dispensarnos su compañerismo y solicitud cariñosa y la de su esposo. Su gestión es un orgullo para el Ecuador, reconocida en Israel.

Al finalizar, quisiera reafirmar lo concluyente: hay algo que peculiariza y cohesionan al pueblo judío: un sentimiento de nacionalidad poderoso y una identidad robusta, perceptible en todas sus formas. Nada ha importado que lo hubiesen extrañado de su lar primigenio, ni que un racismo inhumano tratara de exterminarlo en holocausto conmovedor.

La tónica que lo ha mantenido como un puño, al cabo de tantos años, será siempre la misma: un similar orgullo de origen, el amor por Israel, una misma conducta de entereza y un sincretismo cultural decantado y definido.

Ese todo actual, que ha pervivido, y que al no volverse efectivo en sus aspiraciones e ideales, se tornó en efectivo y prevaleció de generación en generación en todos los confines del planeta hasta reencontrarse en un estado fuerte, celoso de su patrimonio y soberanía. Los desencuentros con otros pueblos que persisten, no son sino la evidencia de las luchas por algo que todo pueblo anhela, la soberanía y la libertad.

El último capítulo de la portentosa historia de Israel no ha sido aún escrita. Queda el más difícil, el que más imaginación requiere y más co-

raje exige: el final de un proceso de negociación, el reconocimiento irreversible de otros estados de la región.

Gracias al señor Embajador por la invitación que me deparó experiencias inoivables. Gracias a las instituciones de Israel que lo posibilitaron. Y al licenciado Humberto Vacas Gómez, miembro del Instituto Ecuatoriano Israelí, por haber sugerido mi nombre para tan inolvidable experiencia.

Shalón,

*Conferencia dictada en 1997 en Quito.

Julio Pazos

MASADA

En ese peñón de Masada la lírica llegó con fuerza.
Identifiqué sus imposiciones y serenas resacas
por haberlas sentido antes en Ingapirca y Rumicucho.

Oí fluctuaciones, nítidas, en ese silencio,
y era mi sangre una piedrecilla arrojada en el vaso de alabastro.

No supuse que en Masada
y delante del Mar Muerto,
ópalo oculto en el vapor alcalino,
iba a encontrarme con la belleza cruel.

Asombro, angustia, me arrebataron
del recuerdo de mi paisaje distante.

En la altura de Masada quedé inerme,
además, a la vista de esas ocre fracturas
que descendían del desierto de Judea,
me enfrentaba al vacío
y a distantes pero oscuras promesas.

Ningún árbol y peor una corola,
allí se imponían los secos élitros
que cubrían el alma del baldío.

Una visión irrumpió:
piel aceitunada, ojos turquesas,

de las esclavas de Flavio Silva,
mujeres dispuestas al amor,
manos entregadas a caricias.
El romano Flavio Silva no disfruta,
vencedor de muertos.

Allí todo era inerte.
Las imágenes se descomponían en texturas inconstantes,
en perspectivas discontinuas,
en incesantes perfiles;
imperaba, sin embargo, la inmovilidad
o quizá la espuma del silencio.

La lírica me aprisionaba.
En la distancia,
la sal que sudaba ese mar sin olas,
parecía polvo de huesos
y hasta descubrí, con horror,
que eran las osamentas
de mis diversos y ardorosos sentimientos.

HOMENAJE A NELSON ESTUPIÑAN BASS



Alba Luz Mora

SIGNIFICACIÓN LITERARIA DE NELSON ESTUPIÑÁN BASS

Para hablar del escritor y poeta Nelson Estupiñán Bass, y de su vasta obra, que ya llega a 17 volúmenes, debemos identificar la corriente literaria nacional con la que se identifica y aquellos antecedentes que permitieron el desarrollo de nuestra auténtica narrativa nacional.

El Ecuador, que a fines del siglo pasado y primeros años del presente, vivió de las influencias literarias de Europa, generó escritores que carecían de identidad propia. Pero registró en su haber cultural un hecho que tuvo amplias repercusiones en las creaciones siguientes: la insurgencia del Realismo y Naturalismo narrativo, alimentado por la revolución liberal de 1895 y luego por el pronunciamiento socialista de octubre de 1917 en la URSS. La fuerza de atracción del entorno social despertó la conciencia de los intelectuales, sumidos hasta entonces en la Escuela Costumbrista que convivió largamente con el Romanticismo. El sacudimiento revolucionario los obligó a descender, cada vez más, a lo inmediato y terreno y a enseñar a su progenie literaria el repudio por las idealizaciones románticas.

Todos los críticos nacionales convienen en que la novela "A la Costa" del ambateño Luis A. Martínez, de la generación nacional de 1844, fue el punto de partida para este cambio. Porque incorporó el problema social ecuatoriano entra a su relato, trazó el límite entre la novela europeizante y la que nos habló con voz propia y nos mostró el elemento humano y el medio nacional con desenfado, reciedumbre y desnudez. Diego Araujo halla en "A la Costa" "el punto de partida del Realismo Social de 1930. Jorge Enrique Adoum la llama "la primera expresión de voluntad de ver y explicarse el país". Edmundo Ribadeneira nos dice que con ella "la cara de la patria se asoma por primera vez" y Au-

gusto Arias que con ella "la novela ecuatoriana adquirió musculatura propia".

Después de "A la Costa" la producción ecuatoriana apareció cada vez más, ligada a lo eglógico, la corporeidad geográfica y la atmósfera social. José Rafael Bustamante, Gonzalo Zaldumbide, Sergio Núñez, Pablo Palacio, presentaron personajes adheridos a un rincón geográfico definido que asumen el papel de motores de su propio destino, como señal inequívoca de autenticidad. Y viene después el segundo paso importante: el apareamiento de la primera novela indigenista, "Plata y Bronce" de Fernando Chávez. Le seguirá "Los que se van", colección de cuentos de Enrique Gil Gilbert, Demetrio Aguilera Malta y Joaquín Gallegos Lara. Y el relato ecuatoriano envía firmemente en la corriente social.

Su empresa representó un vigoroso sentido de humanidad y abrió las puertas a la novela nacional. Nació "Huasipungo" de Jorge Icaza, la segunda novela indigenista. Y "Sangurimas" de José de la Cuadra, integró al mundo de la ficción al montubio. Le siguió el denominado "Grupo de Guayaquil", que en Alfredo Pareja, Demetrio Aguilera Malta, Angel F. Rojas, Pero Jorge Vera y otros, reveló la más honda comprensión de los grupos protagónicos, incorporó los elementos regionales a sus creaciones y, con ellos, al hombre total de la patria: el indio, el cholo, el montubio. Como muy bien dice Martha Lizaraburo: "fue como una apertura de caminos hacia los nuevos fundamentos y de recursos literarios para una expresión propia y auténtica de nuestro ser nacional, en una dimensión universal".

Y aunque el cuento "El negro Santander" de Enrique Gil Gilbert, y la novela "El cojo Navarrete", de Enrique Terán, involucran ya al negro del Litoral y los valles cálidos andinos, nadie hasta entonces lo había estudiado con derecho propio. Cuando su historia resulta más dolorosa que la del indio, porque arribó a nuestras tierras en condiciones inferiores. El padre Las Casas, al conseguir la promulgación de las Leyes de Indias, por las que se reconocía la naturaleza "humana" de nuestros aborígenes, estableció, sin proponérselo, la importación de negros, que se adaptaron al trópico al que el indio había sido renuente. Y vino el negro, en calidad de esclavo, sin otra historia nacional que el barco negro ni otro destino que la esclavitud y la explotación.

Adalberto Ortiz escribió la primera novela del negro, "Juyungo", que es su historia en lucha contra la explotación y frente a la selva. Y es aquí, donde entra la personalidad de Nelson Estupiñán Bass, también de Esmeraldas, que pertenece a la generación de escritores de 1944. En 1954 nos entregó "Cuando los guayacanes florecían", segunda novela de la negritud, editada ya seis veces, por diferentes editoriales del país y dos del exterior, recientemente traducida al ruso y al inglés y en proceso de conversión al alemán y al francés.

Nelson Estupiñán nació el 19 de septiembre de 1915. Se recibió como Contador público en 1932, en el Instituto Nacional Mejía de Quito. Su vida ha devenido entre cuatro quehaceres importantes: la docencia, el periodismo, la dirigencia de entidades y publicaciones culturales y la actividad literaria en lo narrativo y lo poético. Fue profesor asistente de la Universidad de Nueva York, extensión de Búfalo; Presidente de la Casa de la Cultura, Núcleo de Esmeraldas, por cinco años. Dirigió las revistas "Tierra verde", "Marimba", "Hélice" y "Meridiano negro". Es permanente colaborador del diario "El Comercio" de Quito. Representó al Ecuador en los Congresos de cultura negra celebrados en Cali y Panamá. Ha sido Juez del concurso poético que anualmente convoca el diario "El Universo" de Guayaquil. Ha pronunciado importantes conferencias en la Universidad de Harvard, Washington, D.C. y en varias instituciones ecuatorianas. Ha viajado por China Popular y la Unión Soviética. Actualmente está jubilado.

Sus obras novelísticas son: "El paraíso", 1958. Historia de un cacique que llega a ser Ministro de Gobierno, por obra y gracia de la política, y de su hijo, verdadero ejemplo de ineptitud y cinismo, que muere en manos de la vindicta popular. "El último río", con dos ediciones, 1966 y 1990. Historia de pasión donde Estupiñán expresa el profundo conocimiento que tiene de su pueblo. El personaje principal, José Antonio Pastrana, refleja todas las vicisitudes ecuatorianas de comienzos de siglo. "Senderos Brillantes", 1974. "Las puertas del verano", 1978.

"Toque de queda", 1978. "Bajo el cielo nublado", en dos ediciones, de 1972 y 1982. "El crepúsculo" y "Los geranios pintaron de amarillo".

Pero su obra de mayor notoriedad es "Cuando los guayacanes florecían", publicada en 1954, que lo incorporó al grupo del realismo social. En ella narra el levantamiento del coronel Carlos Concha, en la ciudad

de Esmeraldas, contra el gobierno del general Leonidas Plaza Gutiérrez, y a raíz de la masacre del general Eloy Alfaro, asesinato que conmovió a los negros de Esmeraldas e iluminó el ámbito de su propia miseria y atraso. Se sublevan como reacción del último toque de traición demasiado patente: la subsistencia del feudalismo y la pervivencia del concertaje y el abuso. Y buscan las reivindicaciones sociales.

El esmeraldeño, hedonista, que goza intensamente de sus sentidos, se levanta cada día del olvido y la mala voluntad en que lo han mantenido nuestros gobernantes, que conserva su imaginación y su honor por sobre todas las agresiones de que es objeto, fiel a su condición de ser humano y capaz del heroísmo y del desprendimiento, está retratado en sus páginas, con profundo conocimiento de su psicología y ambiente. Es obra de argumento sencillo, de desarrollo fluido, llena de figuras bien concebidas y logradas. Además, entra en la novela de índole histórica, porque contribuye al fortalecimiento de la corriente realista que hoy en sus varias formas impera en la novela latinoamericana. Otra manifestación más de este escritor es la poesía. Nelson Estupiñán rescata la copla popular esmeraldeña, se nutre de los componentes negros y mulatos de su tierra, usa el octosílabo, la décima, el soneto alejandrino, los versos pareados y libres y exterioriza su capacidad creativa y magnífica sensibilidad en poemas de especial significación.

La negritud, como verdad humana, hecha de geografía e historia y, particularmente, hecha de verdad, de emoción, de ética y de estética, evidencia en los componentes negros y mulatos de su tierra, que dejaron la herencia oral en la memoria colectiva, se inserta con naturalidad en su poesía. La creación titulada "Canto a la negra quinceañera", inauguró en 1934 la poesía negrista ecuatoriana. Y sus libros "Taimarán y Cuambú" (ediciones 1956 y 1986), "Las huellas digitales" (1971), "Las tres carabelas" (1973), que integra poesía, relato y teatro. "Desempate", segunda parte de Taimarán y Cuambú (ediciones 1980 y 1986). "Las dos caras de la palabra", prosa y poesía en dos ediciones. "El póker de la patria", 1984. "Duelo de Gigantes" poesía popular, 1986, nos legan la riqueza creacional de Estupiñán Bass. Y "Antología poética", sección poética personal, a lo que se agrega su autobiografía titulada "Este largo camino".

El contrapunto popular, el ritmo espontáneo del cantor moreno. Las supersticiones y abusiones de su raza. El exótico y acompasado son de sus bailes y canciones. La agresividad contenida de milenios, la dulzura de sus mujeres y canciones, emergen en sus libros sin forzamiento alguno. Para decirnos que existen, que son parte de nuestro pueblo y que deben ser entendidos con visión cósmica y humana.

No se opone a su vocación literaria, la otra, la técnica, para editar tratados como "Contabilidad Agropecuaria Práctica" en 1973 y "Balance general de un banco". Para Estupiñán las matemáticas no se oponen a la creación literaria. Mas bien se integran por sus múltiples similitudes en la forma estructural de elaborarlas. Y por ello, como gran maestro de Contabilidad y Cálculo, ha prestado grandes servicios a diferentes institutos de educación.

Pero a Nelson Estupiñán Bass no siempre le ha hecho justicia la crítica nacional. Estudiosos como Antonio Sacoto, Diego Araujo, Iván Egúez, Jorge Enrique Adoum, Agustín Cueva, eluden involucrarlo en sus trabajos de análisis de la narrativa realista ecuatoriana. No así Edmundo Ribadeneira que le dedica un penetrante análisis en el libro "Moderna novela ecuatoriana"; y Galo René Pérez que lo señala como un signo de las particulares características de la actual literatura hispanoamericana, en su obra "Pensamientos y Literatura del Ecuador".

Y es Benjamín Carrión, quien en su ensayo "presencia africana" con mayor intuición valorativa exalta a Nelson Estupiñán. El encuentra en esa corriente literaria llamada por Sartre "la negritud" dos capítulos importantes que la caracterizan. El primero, con las obras del puertorriqueño Luis Palés Matos y del cubano Emilio Gallagas. Y el segundo capítulo, de lo que él llama "La poesía grande, auténtica", la de Nicolás Guillén, René Depestre, Langston Hughes y Jorge de Lima. A los que incorpora a dos ecuatorianos: Adalberto Ortiz y Nelson Estupiñán Bass.

Pero paradójicamente, es en el exterior donde la obra de Nelson Estupiñán Bass se conoce a profundidad y se aquilata mejor. Así lo atestiguan las traducciones de 1978 y 1987 de su novela "Cuando los guayacanes florecían" al ruso y al inglés. El que figure en la antología "Orfeo negro" su poema "Venganza", editada en alemán. Que conste en la publicación "For Neruda, for Chile", en inglés, con la composición "Un

cirio para Neruda". Y que, se lo haya tratado extensivamente en las obras: "Poesía afrohispana, 1949-1989" de Marvin A. Lewis; "Escritores negros en Latinoamérica", "La imagen negra en la literatura latinoamericana" de Richard L. Jackson; y "La imagen de la mujer negra en la poesía sudamericana" de Ann Venture Young. A más de las innumerables tesis y monografías de estudiantes extranjeros.

Hoy, al aspirar al Premio Nobel de Literatura 1998, auspiciado por innumerables instituciones de América negra, se ratifican los valores que lo aquilatan como ser humano, narrador diestro y poeta de exquisita sensibilidad y vigor.

Actividades del Grupo "América" 1995-1998

Sesiones ordinarias mensuales

Todos los últimos sábados de cada mes, en la residencia de los diferentes socios, actividad únicamente suspendida los meses de agosto y septiembre por vacaciones de verano. La actividad ha sido ininterrumpida desde 1993 a la fecha.

Publicaciones de la entidad

Un número anual de la revista "América" órgano de la entidad. Han circulado los números 112, 113, 114, 115, 116, 117, y 118 de la segunda época.

Los libros: "Homenaje a Antonio Machado", 1991, mil ejemplares. Coautores: Susana Cordero de Espinosa, María Rosa Crespo, Simón Espinosa, Gustavo Alfredo Jácome, Monseñor Alberto Luna Tobar, Alba Luz Mora, Estela Parral de Terán, Julio Pozos Barrera.

Por editarse: "Homenaje a Medardo Ángel Silva" y "Jornadas nerudianas".

Nuevos socios del Grupo

Han ingresado desde 1993: Nelson Estupiñán Bass, Argentina Chiriboga de Estupiñán, Gladys Jaramillo de Luzuriaga, Antonio Sacoto Salamea, Teresa León de Noboa, Renán Flores Jaramillo, Julio Pazos Barrera, Embajador de México Antonio Riva Palacio, Embajador de Bolivia Gastón Aráoz, Luis Aguilar Monsalve, Eduardo Mora Anda, Leonardo Arízaga Vega, Mario Cobo Barona

Reingresaron: doctores Angel F. Rojas y Miguel Albornoz Sánchez.

Actos especiales

Presentaciones de los siguientes libros y sus autores: "Viaje esencial" de Eduardo Mora Anda; "Viñetas otavaleñas" de Gustavo Alfredo Jácome; "Por qué se fueron las garzas", edición e francés, 1998, también del doctor Gustavo Alfredo Jácome; "El Quito rebelde" 1809-1812 y "Ecuador a comienzos de siglo" del doctor Claudio Mena Villamar; "Veinte años de novela ecuatoriana", "Del ensayo hispanoamericano del siglo XIX", "Nuevos temas literarios", "Catorce novelas claves ecuatorianas", segunda edición, de Antonio Sacoto Salamea; "Nueve poetas" de Gustavo Alfredo Jácome; "Aprendiendo a morir" y "El Cristo feo" de Alicia Yáñez Cossío; "Puntuación artística" de Gustavo Alfredo Jácome; "Este largo camino", "Los canarios pintan de amarillo", "El crepúsculo", "Al norte de Dios" de Nelson Estupiñán Bass; "Retratos cubano" de Alicia Yáñez Cossío; "La palabra desnuda" y "Refranes esmeraldeños", segunda edición de Laura Hidalgo Alzamora; "Poemamor" segunda edición, de Manuel Federico Ponce; "La contraportada del deseo", "Jonatás y Manuela" y "En la noche del Viernes" de Argentina Chiriboga de Estupiñán; "El único invitado" y "La Hominización, una historia de amor y de muerte" de Carlos de la Torre Flor; "Salmos del mar" de Eduardo Mora Anda; "En el umbral del silencio" de Luis Aguilar Monsalve.

Homenajes

Al pintor Carlos Rodríguez por la doctora Ximena Montalvo López; a Piedad Larrea Borja, por haber recibido el galardón "Gabriela Mistral" de Chile y por su trayectoria intelectual. "Jornadas nerudianas", homenaje a Pablo Neruda; homenaje a Medardo Angel Silva en el centenario de su muerte; conferencia sobre Gonzalo Zaldumbide pronunciada por el licenciado Humberto Vacas Gómez; mesa redonda "Presencia de la mujer en la literatura ecuatoriana", con la intervención de Alicia Yáñez Cossío y Estela Parral de Terán, en la feria Expo-98, en homenaje a la mujer ecuatoriana; condecoración a Alba Luz Mora por las Bodas de Plata de la Federación Ecuatoriana de Mujeres Profesionales y de Negocios, Ambato 1999.

Festividades especiales

Reuniones de Navidad y Año Nuevo desde 1993 en casa de la Presidenta. Se cumplieron programas especiales.

Galardones recibidos por los socios

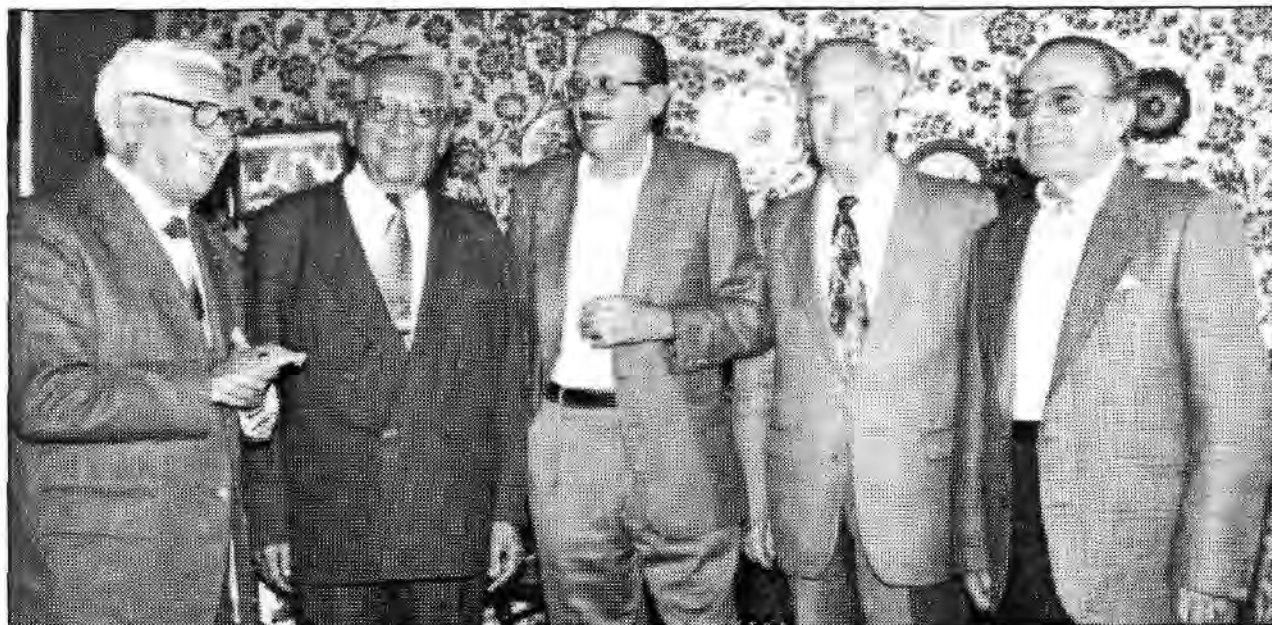
Premio "Eugenio Espejo" 1995 a Nelson Estupiñán Bass; Premio "Eugenio Espejo" 1997 otorgado al doctor Angel F. Rojas; Premio "Sor Juana Inés de la Cruz", 1997 para Alicia Yáñez Cossío, en certamen mundial.

Intercambio con el exterior

En noviembre de 1997 una Comisión constituida por los socios Alba Luz Mora, Claudio Mena Villamar y Estela Parral de Terán, viajó a Argentina para participar en las "Jornadas de literatura ecuatoriana" auspiciadas por el Embajador de Ecuador en ese país; viaje de las socias Alicia Yáñez Cossío y Alba Luz Mora a la Feria Internacional del Libro realizada en Lima, en mayo de 1998; viaje de los socios Alba Luz Mora y Julio Pazzos a Israel, invitados por el gobierno de ese país; viaje de los socios Nelson Estupiñán Bass y Argentina Chiriboga de Estupiñán al Africa, para participar en el Congreso Internacional de Escritores de la Negritud. El señor Estupiñán fue declarado "Maestro de Maestros".

Distinciones especiales

Ingresó a la Academia Ecuatoriana de la Lengua la doctora Susana Cordero de Espinosa. Ingresó a la Academia Nacional de Historia de Argentina el doctor Eduardo Mora Anda, actual Embajador del Ecuador en ese país; el poeta Julio Pazzos fue elegido Presidente del Instituto Ecuatoriano Israelí.



De izquierda a derecha: profesor Darío Lara, doctor Gustavo Alfredo Jácome, doctor Claudio Mena Villamar, doctor Gonzalo Abad y Lic. Humberto Vacas Gómez. Diciembre 1997.



Ingreso al Grupo América del poeta Mario Cobo Barona. De izquierda a derecha, doctor Galo René Pérez, Lic. Alba Luz Mora, Mario Cobo Barona, Julio Pazos, Susana Cordero de Espinoza y doctor Leonardo Arizaga Vega.